OSHO

LA PASIÓN POR LO IMPOSIBLE

La búsqueda de la verdad, la bondad y la belleza en el camino del autoconocimiento

DEBOLSILLO clave

Índice

Cubierta
Pasión por lo imposible
I EL AMOR
II EL EGO
III VIVIR
IV LA MEDITACIÓN
V SER
VI LA LIBERTAD
Notas
Créditos

La pasión por lo imposible

Osho

Traducción de
Flora Casas

DEBOLSILLO

www.megustaleer.com

Introducción



ACERCA DE ESTE LIBRO

Osho habló durante más de treinta y cinco años ante miles de amigos y viajeros del mundo entero. Respondió a más de diez mil preguntas en el transcurso de esos años, siempre haciendo hincapié en lo siguiente: «No respondo a preguntas; te respondo a ti».

Sus respuestas no son como las conferencias de un profesor de universidad ni los sermones de un sacerdote en la iglesia. «Yo simplemente respondo a tu silencio, a tus preguntas, a las implicaciones de tus preguntas. Quizá hayas hecho la misma pregunta miles de veces, pero mi respuesta no será la misma, porque todo cambia continuamente. Tú has cambiado mucho, yo también he cambiado mucho. Puede parecer que la pregunta es la misma, pero no lo es, porque la plantea una persona diferente, que ha cambiado.»

Osho dice que la pregunta subyacente a todas las preguntas es la siguiente: «No sabes quién eres. Estás en la oscuridad más absoluta, inconsciente de tu esplendor, tu divinidad, tu belleza, tu verdad. Las preguntas difieren únicamente en la formulación, y, naturalmente, yo tengo que formular mis respuestas de acuerdo con las preguntas.

»Mi respuesta es una. No he respondido a diez mil preguntas, y no he dado diez mil respuestas. Tu pregunta es una, pero la has planteado de diez mil formas. Mi respuesta es una, pero para no echar a perder el juego, he respondido de diez mil formas, con la esperanza de que quizá, alguna vez, en un momento de silencio, puedas comprender esa única respuesta. Solo de ti depende cuánto tiempo vayas a perder en eso. Tienes que recibirla. No puedo dártela yo; tú tienes que tomarla».

Este libro consiste en una selección de las respuestas de Osho en una serie de charlas con el título de *Satyam, Shivam, Sundaram*, «Verdad, Divinidad, Belleza».

I
EL AMOR

La psicología de la frustración



El amor no lo puedes recibir de alguien que no haya conocido la dicha. Y esa es la desgracia del mundo entero, que todos piden amor y fingen amar. No puedes amar porque no sabes lo que es la consciencia. No conoces el satyam, *el* shivam, *el* sundram. *No conoces la verdad, no conoces la experiencia de lo divino ni conoces la fragancia de la belleza*.

1



He leído un artículo que dice que las mujeres están hartas y que los responsables son los hombres. ¿Es verdad?

Es verdad, pero es una verdad a medias. También los hombres están hartos, y las responsables son las mujeres. En realidad, todos estamos en la misma situación: hombres o mujeres, todos estamos hartos, porque vivimos de una forma absurda. Ni los hombres son responsables del aburrimiento de las mujeres, ni las mujeres son responsables de la frustración de los hombres.

Hay que profundizar en la psicología de la frustración. Lo primero que tienes que recordar es que si estás frustrado, harto, aburrido, es porque estabas esperando otra cosa. Si no hubieras esperado nada...

Yo no estoy harto, y no veo que me pueda ocurrir... Hasta mi último suspiro seguiré con los ojos abiertos, llenos de asombro, con la misma mirada con la que nací. Yo vivo en el mismo mundo en el que vives tú. Yo no me aburro, porque nunca he esperado nada. Por lo tanto, la frustración es imposible.

Las mujeres están hartas porque esperan demasiado de los hombres, y los pobrecillos no pueden satisfacer sus deseos. Las mujeres tienen más imaginación, y convierten a cualquier Fulanito o Menganito en un auténtico héroe. Son tan románticas que a sus ojos cualquier idiota se les aparece como un Buda Gautama.

Y poco a poco, cuando sus grandes héroes se convierten en algo más cotidiano, en lugar de ver gigantes se encuentran con pobres seres humanos, normales y corrientes. Y así empieza la gran frustración. Lo magnifican y lo

exageran, pero no se puede vivir con exageraciones ni se puede vivir mirando con una lupa. Tarde o temprano hay que aceptar la realidad.

La realidad es el marido calzonazos, que no despierta el menor interés. Y el hombre... no es tan imaginativo, pero su instinto biológico llega casi a intoxicarlo, y cuando está intoxicado por su instinto biológico cualquier mujer fea le parece una Cleopatra. Sus ojos están velados por la locura biológica.

Quienes dicen que el amor es ciego no se equivocan. El hombre empieza a ver con los ojos cerrados; tiene miedo de abrirlos porque la realidad puede no ser tan maravillosa. Pero ¿cuánto tiempo se puede vivir con los ojos cerrados? Tarde o temprano tendrás que ver a la mujer de la que te has encaprichado.

El encaprichamiento biológico desaparece muy pronto; es algo químico, hormonal. Una vez satisfecho sexualmente, desaparece la ceguera, la locura. Vuelves a ser racional, a estar cuerdo, y solo ves a una mujer normal y corriente. Naturalmente, para evitarla te pones a leer el periódico, o a ver la televisión. En Estados Unidos han hecho un sondeo: el estadounidense medio ve la televisión siete horas y media al día. Y, naturalmente, las mujeres se hartan.

Me he enterado de que algunas personas ven la televisión incluso mientras hacen el amor. Ni siquiera a los grandes sexólogos como Vatsyayana, el pandit Koka, Freud o Havelock Ellis se les habría pasado por la cabeza que llegaría un día en que la gente haría el amor mientras ve la televisión. Están tan aburridos de todo que la televisión es un refugio.

Pero la psicología es muy sencilla: empiezas a esperar cosas de los demás y a creer en tus expectativas. Al cabo de poco tiempo tus expectativas chocan con la realidad. Esa es la razón por la que los hombres están hartos, por la que las mujeres están hartas... Todo el mundo está harto. El mundo está lleno de personas aburridas.

Quizá el aburrimiento sea el fenómeno más destacado del siglo XX. El hombre jamás había estado tan aburrido. En la antigüedad, cuando el hombre era cazador, no existían ni el matrimonio ni la posibilidad de la monotonía; no se aburría porque no tenía tiempo de aburrirse. La mujer tampoco se aburría; había

posibilidades de elegir a distintos hombres. El matrimonio lo resolvió todo en nombre de la seguridad y la estabilidad, pero acabó con la exploración.

Un poeta escribió un canto maravilloso en urdú que dice: «Si tú (se dirige a Dios), si tú estás a favor del matrimonio, ¿por qué me diste ojos? ¿Por qué me diste inteligencia?». Los idiotas no se aburren... y quizá os sorprenda saber que los ciegos tampoco se aburren.

Cuanto más inteligente seas más pronto te aburrirás: ese es el criterio. Cuanto más inteligentes, sensibles y creativas son las personas, más se aburren, porque con una sola experiencia tienen suficiente. Repetirla es de idiotas.

Con la estabilización financiera y social (el matrimonio, los hijos, la educación, la jubilación, los seguros... en los países avanzados incluso hay prejubilaciones), se ha acabado con la alegría de la exploración. Todo está tan establecido y controlado que solo parece existir una posibilidad de explorar, sobre todo en Occidente: el suicidio. Solamente eso sigue siendo desconocido.

Han experimentado con el sexo y han descubierto que es una estupidez. Han experimentado con las drogas y han descubierto que es un autoengaño. Ahora ya no parece quedar ninguna aventura, ningún reto, y cada día hay más suicidas. Hay que tener en cuenta que el índice de suicidios no ha aumentado en los países pobres. Parece que los pobres están menos aburridos, menos hartos, porque tienen que pensar en la comida, la ropa y el techo, y no les queda tiempo para el aburrimiento. No se lo pueden permitir.

Cuanto más rica la sociedad, en la que se tiene acceso a todo... ¿cuánto tiempo puedes seguir llevando una vida segura, establecida, monótona, garantizada? A las personas de gran inteligencia les da por suicidarse.

Oriente también ha conocido épocas de riqueza, pero por suerte ha encontrado un sustituto para el suicidio, que es el *sannyas*. Cuando los orientales ya no pueden más, cuando se hartan, como Buda Gautama, porque tenía todos los lujos posibles... ¿cómo puedes vivir entre los mismos lujos uno y otro día? A la edad de veintinueve años Buda Gautama no quería saber nada del mundo. Lo había experimentado todo; no había más posibilidades en el mundo.

Una noche oscura escapó de su reino, de su seguridad y de su estabilidad. Lo dejó todo y se hizo mendigo para buscar algo que fuera eternamente fresco, que jamás envejeciera, que nunca se convirtiera en algo aburrido. La búsqueda de lo eternamente fresco es la búsqueda del *sannyas*.

Existe una fuente en tu interior eternamente fresca, que jamás envejece, y no puedes aburrirte de ella. Y cuando digo esto, lo digo desde esa misma fuente. Mis palabras proceden de la misma fuente. Si puedes degustarlas, sentirlas, quizá vislumbres una lejana tierra en la que todo se renueva a cada momento, en la que el polvo no se posa en ningún espejo. Ese mundo está en tu interior.

Pero te interesa una mujer, y esa mujer se interesa por ti. La mujer no puede encontrar tu fuente de la alegría eterna, ni tú tampoco puedes encontrarla, porque estás centrado en la mujer. Todos estamos centrados en otros, y lo que puede proporcionarte continuamente alegría está en tu interior, pero nunca miras en el interior.

La gente está dispuesta a subir al Everest, está dispuesta a ir a la luna o a Marte para buscar, pero no sabes que incluso si llegaras al Everest simplemente parecerías ridículo. ¿Qué harías allí? ¿Cuánto tiempo se quedó Edmund Hillary en la cima del Everest? No más de dos minutos. Arriesgó su vida, y centenares de personas habían muerto antes intentando llegar a la misma cumbre. Y me da la impresión de que Edmund Hillary debió de sentirse abochornado en la cima de la montaña más alta del mundo. Menos mal que no había nadie para verlo. Al cabo de dos minutos se aburrió y volvió a su casa.

¿Qué harías en la luna? Es una situación curiosa... Cuando regresó el primer astronauta ruso, Yuri Gagarin, el primero en llegar más cerca de la luna en la historia de la humanidad, y los periodistas le preguntaron: «¿Qué fue lo primero que pensó cuando llegó a la luna?», respondió: «Lo primero que pensé... Miré la tierra. Parecía preciosa desde allí. Es ocho veces mayor que la luna, y desde allí arriba brilla exactamente como la luna, pero ocho veces más. La luna parece algo tan normal como la tierra».

Los rayos reflejados del sol solo se perciben desde muy lejos. La luna no

tiene luz propia; cuando se llega allí, es el sitio más feo y árido que se pueda imaginar, porque no hay agua, ni verdor, ni rosas. Allí no pasa nada; es un desierto completamente muerto.

«Pero desde la Luna —dijo Yuri Gagarin—, lo primero que pensé fue: mi hermosa tierra...» Es curioso, cuando vives en la tierra no te fijas en ella. Yuri Gagarin había pasado toda su vida en la tierra, y nunca se le había ocurrido pensar: «Mi hermosa tierra...».

Y a continuación añadió: «Cuando me dije “mi hermosa tierra” recordé que soy comunista y de la Unión Soviética, pero desde la luna la tierra deja de estar dividida en la Unión Soviética, Alemania, Japón, la India y Estados Unidos». Todas esas absurdas líneas que hemos creado en el mapa no existen en la tierra. Por primera vez, en la luna, sintió una humanidad, una tierra tan hermosa...

Yuri Gagarin estuvo en la India. Lo vi en Nueva Delhi y le pregunté:

—Desde que volvió a la tierra, ¿ha vuelto a pensar «qué hermosa es mi tierra»?

Me miró sorprendido y respondió:

—Nadie me ha hecho esa pregunta y no he vuelto a pensar en la tierra.

El hombre siempre mira las cosas lejanas; parece completamente ajeno a lo evidente, a lo que tiene cerca.

Tú eres lo más próximo a ti, y por eso lo pierdes de vista. Y no hay forma alguna de alejarte de ti mismo. Adondequiera que te llevemos, serás tú; no puedes separarte de ti mismo. Por tanto, no puedes decir: «Mi hermoso ser...».

Tendrás que aprender el arte de entrar en ti mismo. Tendrás que ser más subjetivo que objetivo. La subjetividad es la esencia del misticismo. Tendrás que empezar a mirar hacia dentro.

Eso es lo que llamamos meditación: no es sino mirar hacia dentro, para llegar al punto de la fuente misma de tu vida. Y una vez que hayas alcanzado tu fuente de la vida, no existirá el aburrimiento, y tu vida será una continua fiesta.

En otro caso, seas hombre o mujer, tu destino será el aburrimiento.

Becky Goldberg se sentía cada día más triste y sola, porque lo único que hacía Hymie, su marido, noche y día, era ver la televisión. Fue a una tienda a comprarse un animal de compañía.

—Si quiere un animal poco corriente, en esa jaula hay un pájaro matón enorme, que puede destruir cualquier cosa con el pico y las garras —le dijo el dueño de la tienda.

—¡Qué horror! —exclamó Becky.

—No se preocupe —replicó el hombre—. El pájaro matón es extraordinariamente educado y obediente. Solo destruye algo cuando se le da una orden, como por ejemplo: «Pájaro matón, la silla» o «Pájaro matón, la mesa». Entonces se pone en acción inmediatamente.

—¿Podría romper un televisor? —preguntó Becky.

—Claro que sí. Lo dejará reducido a chatarra en cuestión de segundos.

Así que Becky compró el pájaro matón y se lo llevó a casa. Naturalmente, Hymie estaba frente al televisor, y la mujer abrió la jaula.

Hymie alzó la vista y preguntó:

—¿Qué animalito has comprado, cariño?

—Un pájaro matón —contestó Becky, preparándose para dar la orden.

Hymie volvió a mirar el televisor y dijo:

—¿Cómo? ¡Un pájaro matón! ¡Mis cojones!

2



¿Cómo puedo amar mejor?

El amor es suficiente por sí mismo. No necesita mejoras. Es perfecto tal y como es; no ha de ser más perfecto en ningún sentido. El deseo mismo demuestra que se ha comprendido mal el amor y su naturaleza. ¿Puedes tener un círculo perfecto? Todos los círculos son perfectos, y si no son perfectos, no son círculos.

La perfección es intrínseca al círculo, y lo mismo puede decirse de la ley del amor. No puedes amar menos, ni puedes amar más, porque no se trata de una cantidad. Es una cualidad inconmensurable.

Tu pregunta demuestra que jamás has probado el amor, y que intentas ocultar tu falta de amor con un deseo, el de «cómo amar mejor». Nadie que conozca el amor puede hacer una pregunta así.

Hay que comprender el amor no como un encaprichamiento biológico; eso es lujuria, que se da en todos los animales. No tiene nada de especial; existe incluso en los árboles. Es la forma que tiene la naturaleza de reproducirse. No tiene nada de espiritual ni nada especialmente humano.

De modo que lo primero que hay que hacer es establecer una clara distinción entre lujuria y amor. La lujuria es una pasión ciega; el amor es la fragancia de un corazón silencioso, tranquilo y meditativo. El amor no tiene nada que ver con la biología, las hormonas o la química. El amor es el vuelo de la consciencia hacia esferas más elevadas, más allá de la materia y del cuerpo. En el momento en que comprendes que el amor es algo trascendental, deja de ser una cuestión fundamental.

La cuestión fundamental radica en cómo trascender el cuerpo, en cómo conocer algo que hay en tu interior y que está más allá, más allá de todo lo conmensurable. Ese es el significado de la palabra «materia». Tiene una raíz sánscrita, *matra*, que significa «medida», aquello que puede medirse. La palabra francesa *mètre* procede de la misma raíz.

La cuestión fundamental es cómo escapar de lo mensurable y cómo entrar en lo inconmensurable; en otras palabras, cómo sobrepasar la materia y abrir los ojos a una mayor consciencia. No hay límite para la consciencia; cuanto más consciente te haces, más comprendes hasta qué punto es posible algo más. Al alcanzar una cima, se te presenta otra cima. Es una peregrinación eterna.

El amor es un derivado de una consciencia creciente, como el perfume de una flor. No lo busques en sus raíces; no está allí. Tu biología son tus raíces; tu consciencia, tu flor.

A medida que te vayas transformando en un loto abierto de consciencia, te sorprenderá, incluso te desconcertará, una tremenda experiencia que solo puede llamarse amor. Desbordas de alegría, de dicha, y cada fibra de tu ser baila en pleno éxtasis. Eres como una nube que quiere llover a raudales. En el momento en que desbordas de dicha, se despierta un enorme anhelo en tu interior, el anhelo de compartir. Ese compartir es el amor.

El amor no es algo que pueda ofrecerte quien no ha alcanzado la dicha. Y esa es la desgracia del mundo entero: todos piden ser amados y fingen amar. No puedes amar porque no sabes lo que es la consciencia. No conoces el *satyam*, ni el *shivam*, ni el *sundram*.

No conoces la verdad, no conoces la experiencia de lo divino, ni la fragancia de la belleza. ¿Qué puedes dar? Estás tan vacío, tan hueco... En tu ser no crece nada, nada es verde. Dentro de ti no hay flores. Tu primavera aún no ha llegado.

El amor es un derivado... cuando llega la primavera y empiezas a florecer, a madurar y sueltas tu potencial fragancia. Compartir esa fragancia, compartir esa gracia, esa dicha... eso es el amor.

Y no hay que plantearse mejorarlo. Ya es perfecto; siempre es perfecto. Si es,

es perfecto. Si no es perfecto, no existe. La perfección y el amor no pueden ir separados.

Si me hubieras preguntado: «¿Qué es el amor?», habría sido más honrado, sincero, auténtico. Pero me has preguntado «¿Cómo puedo amar mejor?». Has aceptado como un hecho que sabes lo que es el amor; y no solo eso, sino que tu pregunta implica que ya amas. Tu pregunta consiste en cómo mejorar ese amor.

No quiero hacerte daño, pero tampoco puedo evitar decirte la verdad. No sabes lo que es el amor. No puedes saberlo porque aún no has profundizado en tu consciencia. No has tenido la experiencia de ti mismo. No sabes nada de quién eres. El amor no crece en medio de esa ceguera, de esa ignorancia, de esa inconsciencia. Vives en un desierto. No hay posibilidad de que crezca el amor en esa oscuridad, en ese desierto.

En primer lugar tienes que llenarte de luz, de gozo, llenarte hasta el extremo de empezar a desbordarte. Esa energía desbordante es el amor. Entonces se conoce el amor como la mayor perfección del mundo. Nunca es menos, ni más.

Pero nuestra educación es tan neurótica, tan psicológicamente enferma que destruye toda posibilidad de crecimiento interior. Te enseñan desde el principio a ser perfeccionista, y naturalmente aplicas tus ideas perfeccionistas a todo, incluso al amor. El otro día leí la siguiente frase: «Un perfeccionista es quien se toma grandes molestias y quien causa aun mayores molestias a los demás. Y el resultado es un mundo deprimente».

Todos intentan ser perfectos, y en el momento en el que alguien intenta ser perfecto, empieza a esperar que los demás sean perfectos, y los censura, los humilla. Eso es lo que llevan haciendo los supuestos santos en el transcurso de los siglos. Eso es lo que han hecho las religiones con vosotros: envenenar vuestro ser con la idea de la perfección.

Como no puedes ser perfecto, empiezas a sentirte culpable, pierdes el respeto por ti mismo. Y quien pierde el respeto por sí mismo pierde la dignidad del ser humano. Han aplastado tu orgullo, han destruido tu humanidad con palabras bonitas como «perfección». El hombre no puede ser perfecto.

Sí, hay algo que el ser humano puede experimentar, pero que está más allá de su percepción habitual. A menos que también experimente algo de lo divino, no puede conocer la perfección.

La perfección no es como una disciplina, no es algo que se pueda practicar. No es algo que haya que ensayar. Pero eso es lo que se enseña a todo el mundo, con la consecuencia de un mundo lleno de hipócritas, que saben muy bien que están vacíos y huecos pero fingen toda clase de cualidades que no son sino palabras vacías.

Cuando le dices a alguien: «Te amo», ¿te has parado a pensar lo que quieres decir? ¿Es simple encaprichamiento biológico entre los dos sexos? Entonces, una vez satisfecho tu apetito animal, desaparecerá eso que se llama amor. Era solamente hambre, y una vez satisfecha el hambre, se acabó. La misma mujer que te parecía la más bella del mundo, el mismo hombre que te parecía un Alejandro Magno... Empiezas a pensar en cómo librarte de ella o de él.

Te resultará muy esclarecedor comprender esta carta que le escribió Paddy a su amada Maureen.

> Mi querida Maureen:
>
> Te conocí anoche pero tú no apareciste. La próxima vez te conoceré, aparezcas o no. Si llego yo primero, escribiré mi nombre en el poste para que lo sepas. Y si llegas tú primero, bórralo y nadie se enterará.
>
> Querida Maureen, por ti escalaría la montaña más alta y atravesaría el más proceloso mar, soportaría cualquier penuria con tal de pasar un momento a tu lado. Tuyo para siempre,
>
> PADDY
>
> P.S. Iré a verte el viernes si no llueve.

En cuanto le dices a alguien «te amo», ya no sabes lo que dices. No sabes que es simple lujuria oculta tras una hermosa palabra, «amor». Desaparecerá. Es algo momentáneo.

El amor es eterno. Es la experiencia de los budas, no de las personas inconscientes de las que está lleno el mundo. Muy pocas personas han conocido

el amor, y son las más despiertas, las más iluminadas, las cimas más altas de la consciencia humana.

Si realmente quieres conocer el amor, olvídate del amor y recuerda la meditación. Si quieres llevar rosas a tu jardín, olvídate de las rosas y cuida del rosal. Dale alimento, riégalo, ocúpate de que reciba la cantidad adecuada de sol y agua. Si te ocupas de todo eso, las rosas brotarán a su debido tiempo. No puedes hacer que broten antes, no puedes obligarlas a que se abran antes, y no puedes pedirle a una rosa que sea más perfecta.

¿Alguna vez has visto una rosa que no sea perfecta? ¿Qué más puedes pedir? Toda rosa es perfecta en su singularidad. Baila al viento, en medio de la lluvia, al sol... ¿No ves la enorme belleza, la alegría absoluta? Una rosa común y corriente irradia el esplendor oculto de la existencia.

El amor es una rosa en tu ser, pero tienes que preparar tu ser, disipar la oscuridad y la inconsciencia. Debes estar cada día más alerta y consciente, y el amor llegará por sí solo, a su debido tiempo. No tienes que preocuparte por él. Y cuando llega, es perfecto.

El amor es una experiencia espiritual; no tiene nada que ver con los sexos ni con los cuerpos, sino con el ser más íntimo.

Pero tú ni siquiera has entrado en tu propio templo. No sabes quién eres, y preguntas por el amor. En primer lugar, sé tú mismo; en primer lugar, conócete a ti mismo, y el amor llegará como recompensa. Es una recompensa del más allá. Cae sobre ti como las flores... llena tu ser. Y sigue cayendo sobre ti, acompañado de un enorme deseo de compartir.

En el lenguaje humano compartir solo puede señalarse con «amor». No explica gran cosa, pero señala la dirección a seguir. El amor es una sombra de la vigilancia, de la consciencia.

Yo te enseño a ser más consciente, y el amor llegará cuando te hagas más consciente. Es un huésped que llega inevitablemente a quienes están dispuestos y preparados para recibirlo. Tú ni siquiera estás preparado para reconocerlo...

Si el amor llama a tu puerta, no lo reconocerás. Si el amor llama a tu puerta,

encontrarás mil y una excusas; a lo mejor piensas que es el viento soplando con fuerza, o pondrás cualquier otra excusa para no abrir. E incluso si abres la puerta no reconocerás el amor porque nunca lo has visto. ¿Cómo vas a reconocerlo?

Solo se reconoce lo que se conoce. Cuando el amor llega por primera vez y llena tu ser te sientes completamente abrumado y desconcertado. No sabes qué está pasando. Sabes que tu corazón está danzando, que te rodea una música celestial, conoces unas fragancias que no conocías. Pero se tarda un poco en encajar todas estas experiencias y en recordar que quizá sea el amor. Y poco a poco va calando en tu ser.

El amor no se encuentra en la poesía. Según mi experiencia, quienes escriben poesía sobre el amor son quienes no conocen el amor. Conozco personalmente a grandes poetas que han escrito hermosos poemas amorosos, y sé que nunca han experimentado el amor. En realidad, sus poemas son simples sustitutos, consuelos. Al escribir sobre el amor se engañan a sí mismos y a los demás, fingiendo conocer el amor.

Solamente los místicos conocen el amor. Aparte de los místicos no existe otra categoría de seres humanos que hayan experimentado el amor. El amor es monopolio de los místicos. Si quieres conocer el amor, tendrás que entrar en el mundo del misticismo.

Jesucristo dice: «Dios es amor». Él formó parte de una escuela mistérica, los esenios, una antigua escuela de místicos, pero quizá no se graduara en la escuela mistérica, porque lo que dice no acaba de ser verdad. Dios no es amor; el amor es Dios, y la diferencia es enorme; no se trata solo de un cambio de palabras.

Si dices que Dios es amor, afirmas que el amor es simplemente un atributo de Dios, mientras que también es sabiduría, compasión, perdón. Puede ser millones de cosas además de amor; el amor es uno de los atributos de Dios. Y, en realidad, convertirlo en un pequeño atributo de Dios es irracional e ilógico, porque si Dios es amor no puede ser justo; si Dios es amor no puede ser lo suficientemente cruel como para arrojar a los pecadores al fuego eterno. Si Dios es amor, no puede ser la ley.

Omar Jayam, gran místico sufí, muestra más comprensión que Jesucristo cuando dice: «Yo seguiré siendo yo mismo. No haré caso de los sacerdotes ni los predicadores porque confío en que el amor de Dios es suficientemente grande; no puedo cometer un pecado mayor que su amor. Entonces ¿por qué preocuparse? Nuestras manos son pequeñas como son pequeños nuestros pecados. Nuestra trascendencia es pequeña; ¿cómo podemos cometer pecados que no pueda perdonar el amor de Dios? Si Dios es amor, no puede estar presente en el juicio final para separar a los santos de los demás millones y millones de personas y arrojarlas al infierno para toda la eternidad».

Los esenios enseñaban justo lo contrario; la cita que da Jesucristo es errónea. Quizá sus enseñanzas no habían arraigado demasiado en él. Ellos decían: «El amor es Dios». Una diferencia enorme. Así, Dios se convierte en un atributo del amor, solo en una cualidad de la extraordinaria experiencia del amor. Dios no es una persona, sino solo una experiencia de quienes han conocido el amor. Dios tiene menos importancia que el amor. Y yo os digo que los esenios tenían razón. El amor es el valor absoluto, el florecimiento último. No hay nada más allá. Por consiguiente, no se puede perfeccionar.

Lo cierto es que antes de que lo logres tendrás que desaparecer. Cuando el amor esté ahí, tú no estarás ahí.

Kabir, gran místico oriental, dice algo muy significativo, unas palabras que solo puede pronunciar alguien que ha experimentado, que ha comprendido, que ha entrado en el santuario interior de la realidad suprema: «Había buscado la verdad, pero resulta extraño que mientras el buscador estaba allí, la verdad no era hallada. Y cuando la verdad fue hallada, miré a mi alrededor... yo estaba ausente. Cuando fue hallada la verdad, no estaba el buscador, y cuando estaba el buscador, la verdad no estaba».

No hay coexistencia posible: o tú o el amor; tú eliges. Si estás dispuesto a desaparecer, a fundirte y fusionarte, dejando tras de ti solo una consciencia pura, florecerá el amor. No puedes perfeccionarlo porque no estarás presente. Y además, no necesita perfeccionamiento. Siempre llega perfecto. Pero «amor» es

una de esas palabras que utiliza todo el mundo y nadie comprende. Los padres les dicen a sus hijos: «Os amamos», y son los mismos que destruyen a sus hijos. Son los que transmiten a sus hijos toda clase de prejuicios, toda clase de supersticiones del pasado. Son quienes imponen a sus hijos la carga de toda la porquería que se ha ido transmitiendo de una generación a otra. La locura continúa... hasta que se hace gigantesca.

Sin embargo, todos los padres creen amar a sus hijos. Si realmente los amaran, no les gustaría que fueran como imágenes suyas, porque ellos son desgraciados, sufren... La vida no ha sido una bendición para ellos, sino una maldición. Y a pesar de todo, quieren que sus hijos sean como ellos.

Una familia me invitó a pasar unos días en su casa. Yo estaba sentado una tarde en el jardín. Se estaba poniendo el sol y era una tarde preciosa, silenciosa. Los pájaros volvían a sus árboles, y el hijo, un niño pequeño, estaba a mi lado. Le pregunté:

—¿Sabes quién eres?

Los niños son más perceptivos, comprenden con más claridad que los adultos, porque los adultos ya están echados a perder, corrompidos, contaminados, con toda clase de ideologías y religiones. Aquel niño me miró y dijo:

—Me preguntas una cosa muy difícil.

Yo le dije:

—¿Por qué es tan difícil?

Respondió:

—Es difícil porque soy el único hijo que tienen mis padres, y desde que puedo recordar, cuando vienen invitados a casa uno dice que en los ojos me parezco a mi padre, otro que en la nariz a mi madre, otro que tengo la cara de mi tío, así que no sé quién soy, porque nadie dice que se parece a mí.

Repliqué:

—Sí, realmente difícil.

Pero eso es lo que les hacen a todos los niños: No les dejan experimentar a

ellos solos y no les permiten ser ellos mismos. Cargan sobre el hijo sus ambiciones insatisfechas.

El doctor Amrito es mi médico personal. Su padre también era un médico de renombre. En su testamento, el padre dejó una extraña condición: que Amrito accediera a la herencia si cumplía esa condición. La condición consistía en que podría sacar el dinero del banco el día en que lo aceptaran como miembro del Real Colegio de Médicos. Si no era aceptado como miembro, si no lo aceptaban en el Real Colegio de Médicos, que es el cuerpo más importante del mundo en lo referente a los médicos...

Cuando me enteré, comprendí la ambición frustrada del pobre padre. Llevaba toda la vida deseando pertenecer a esa prestigiosa organización, y por eso cargó al hijo con su ambición. Se iría de este mundo, pero aún deseaba realizar su ambición. Y si el hijo no podía cumplir aquella condición se quedaría mendigando por la calle, no podría heredar los ahorros que su padre había acumulado durante toda una vida. Y a pesar de ser hijo único, el dinero se pudriría en el banco, sin que él pudiera sacarlo.

Por suerte lo consiguió, y mucho mejor de lo que podría haberse imaginado su padre. Fue aceptado como miembro del Real Colegio de Médicos, el más joven en la historia de la asociación. Allí los aceptan cuando son viejos, experimentados, cuando han escrito muchos libros y artículos, cuando han hecho muchas investigaciones y aportado muchos datos. Amrito lo consiguió rápidamente. Fue el miembro más joven que ingresó en el real colegio.

Todo padre desea que su hijo sea como una imagen suya, pero todo niño tiene su propio destino; si se convierte en tu imagen nunca llegará a ser él mismo. Y sin ser tú mismo jamás te sentirás satisfecho, jamás te sentirás a gusto con la existencia. Siempre sentirás que te falta algo.

Tus padres te aman, y te dicen que tienes que amarlos porque son tus padres. Es un fenómeno extraño del que nadie parece darse cuenta: solo porque seas su madre, el niño no tiene por qué amarte. Tienes que ser digna de ser amada; el hecho de ser madre no es suficiente. Por ser padre, eso no significa que seas

inmediatamente digno de ser amado. El hecho de que seas el padre no significa que se cree un enorme sentimiento de amor en el niño.

Pero es lo que se espera... y el pobre niño no sabe qué hacer. Empieza a fingir; es el único camino posible. Sonríe cuando en su corazón no hay sonrisas; da muestras de amor, respeto, gratitud: todo falso. Es actor, hipócrita, un político, desde el principio. Vivimos en este mundo en el que padres, profesores, sacerdotes, todos, te han corrompido, te han desplazado, te han alejado de ti mismo.

Yo me esfuerzo por devolverte a tu centro. A ese centrarse yo lo llamo «meditación». Simplemente quiero que seas tú mismo, con gran respeto por ti mismo, con la dignidad de saber que la existencia te necesita, y entonces podrás empezar a buscarte a ti mismo. En primer lugar llega al centro, y después empieza a averiguar quién eres.

Conocer tu naturaleza original es el comienzo de una vida de amor, de una vida en la que todo es una fiesta. Podrás dar amor porque no es algo que se agote, porque es inconmensurable y no puede agotarse. Y cuanto más des, más capaz serás de dar.

La mayor experiencia de la vida es dar sin condiciones, sin esperar ni siquiera un «gracias». Por el contrario, el amor verdadero, auténtico, siente agradecimiento por la persona que ha aceptado su amor. Podría haberlo rechazado.

Cuando empieces a dar amor con un profundo sentimiento de gratitud hacia cuantos lo aceptan, te sorprenderá ver que te conviertes en emperador, que dejas de ser un mendigo que va pidiendo amor como una limosna de puerta en puerta. Y las personas a cuya puerta llamas no pueden darte amor porque también son mendigos. Los mendigos se piden amor unos a otros, y se sienten frustrados y se enfadan porque no les llega el amor. Pero así tiene que ocurrir.

El amor pertenece al mundo de los emperadores, no al de los mendigos. Y eres emperador cuando estás tan lleno de amor que puedes darlo sin condiciones.

Y a continuación te llevas una sorpresa aun mayor: cuando empiezas a dar tu

amor a cualquiera, incluso a los desconocidos, lo que se plantea no es a quién se lo das, sino que la alegría misma de dar es tan grande que ¿a quién le importa quién va a recibirlo? Cuando este espacio entra en tu ser, das a todos y cada uno, no solo a los seres humanos, sino también a los animales, a los árboles, a las remotas estrellas... porque el amor es algo que se puede transmitir incluso a la estrella más distante con una mirada amorosa. Solo con tocarlo, puedes transmitir amor a un árbol. Sin pronunciar una sola palabra... Se puede transmitir en absoluto silencio.

Y cuando lo digo, no me limito a decirlo. Yo estoy viviendo un ejemplo de cuanto os digo. ¿No sentís mi amor, aunque nunca os lo haya expresado? No hace falta decirlo; se declara por sí mismo. Tiene sus propios modos de llegar a lo más profundo, a vuestro ser.

En primer lugar llénate de amor, y después vendrá el compartir. Y, a continuación, la gran sorpresa... que, a medida que des, empezarás a recibir de fuentes desconocidas, desde rincones remotos, de personas desconocidas, de los árboles, los ríos, las montañas. El amor se derramará sobre ti desde cada rendija de la existencia. Cuanto más das, más obtienes, y la vida se transforma en una auténtica danza de amor.

Para mí, este es el estado de iluminación: puro amor. Y no hay otro dios que el puro amor.

3



Dices que no sabemos qué es el amor. ¿Qué es lo que siento por ti? Acaricia mi corazón, me hace reír y llorar, me lleva al éxtasis, a lo más profundo de mí. ¿Qué es?

Debe de ser el comienzo de una gran historia de amor, pero no olvides la diferencia entre las historias de amor normales y corrientes y la gran historia de amor, que es cualitativamente diferente de lo que se suele llamar historias de amor, que son como pompas de jabón. Un día estás profundamente enamorado y al siguiente, o incluso el mismo día, la pompa de jabón ha desaparecido y con ella tu historia de amor. Es algo momentáneo.

La gran historia de amor no es realmente con el maestro, sino con el universo por mediación del maestro. El maestro es, como mucho, una ventana por la que puedes ver el cielo entero con todas sus estrellas. No te enamoras del marco de la ventana.

Hay muchas personas que se enamoran del marco de las ventanas: lo que se venera en los templos, las mezquitas, las iglesias y las sinagogas son simples ventanas, y esas ventanas tampoco están presentes. Lo estuvieron en su momento; hace dos mil, tres mil, cuatro mil años sí había una ventana.

Los que fueron contemporáneos de la ventana debieron de condenarla, porque los sacaba de sus actividades mundanas. Los perturbaba... su paz, su vida, sus negocios, su trabajo. ¿Por qué fue crucificado Jesucristo? ¿Por qué envenenaron a Sócrates? ¿Por qué sufrió tantos atentados Buda Gautama? Por la sencilla razón de que esas personas perturbaban a todos. Lo que estás haciendo

está mal; siempre estás en el sitio que no debes; está mal que seas avaricioso, que te enfades, que tengas envidia, que seas lujurioso, que sientas deseos...

No decían nada en lo que no tuvieran razón; tenían toda la razón, pero eso perturbaba las vidas. Después se convirtieron casi en el azote de todos. Personas como Jesucristo, que recorría una pequeña zona como Judea, incordiando a todos al decirles que este no es el mundo real, que esos padres y esos hijos no son la verdadera familia... «Tu verdadero padre está en el cielo, y a menos que creas en mí no encontrarás a tu verdadero padre.»

La gente andaba despistada, no entendían qué era lo que estaba bien. Aquellas personas estaban creando confusión. «Bienaventurados los pobres, porque ellos heredarán el reino de Dios», decía Jesucristo. Eso inquietaba a los ricos, y en cierto sentido también a los pobres, porque el pobre intenta hacerse rico. Y ese hombre predicaba que eres bienaventurado tal y como eres, o sea que no intentes hacerte rico.

Los ricos se enfadaban porque Jesucristo decía: «Más fácil sería que un camello pasara por el ojo de una aguja que un rico traspasara las puertas del cielo». Quienes lo escuchaban se sentían inquietos, no podían dormir tranquilos. No podían seguir con lo suyo.

Y si no le prestas atención y no crees en él... el día del juicio final elegirá a los suyos y los demás serán arrojados a las tinieblas, al infierno, para toda la eternidad. Y entonces no existe ninguna posibilidad de liberación.

Es normal que esas cosas alteren a la gente. Y cuando no soportaron más alteraciones, tuvieron que crucificar a Jesucristo, simplemente para que hubiera paz en su tierra, para tener cierta tranquilidad en la vida. Los coetáneos de las personas que pueden llevarte hasta lo supremo siempre las condenan. Pero pasa una cosa rara: nadie quiere llegar hasta lo supremo. Y hay unas cuantas personas, como yo, que se dedican únicamente a llevarte hasta lo supremo, lo quieras o no; eso no importa. Están dispuestas a sacrificarse, pero no te dejarán en paz, te perseguirán durante siglos.

Moisés sigue persiguiendo a la gente, Jesucristo sigue persiguiendo a la

gente, Buda Gautama sigue acosando... Pero cuando esas personas mueren, empiezas a sentirte un poco culpable por no haberles hecho caso: a lo mejor tenían razón. Tus propias experiencias en la vida te enseñan que la envidia no es buena, que la ira no es buena, que la avaricia tampoco es buena, y las enseñanzas de esas personas quizá sí lo fueran... y tú las mataste. Entonces el sentimiento de culpabilidad se venga.

Una vez me preguntaron: «¿Por qué tiene Jesucristo más seguidores en el mundo que todos los demás?». Yo contesté: «Por una sencilla razón: la crucifixión».

A Mahavira no lo crucificaron, y nadie se sintió culpable. Pero como Jesucristo sí fue crucificado, la gente empezó a sentirse culpable y a pensar que a lo mejor era inocente, que no había cometido ningún crimen, pero lo habían matado. Vieron que tenían las manos manchadas de sangre, y ¿cómo lavarlas? La culpa se transformó en culto.

Es una psicología extraña. En cuanto empiezas a sentirte culpable, la única forma de librarte de la culpa consiste en rendir culto a quien has crucificado. El culto te ayudará a sentirte bien, porque aunque lo has crucificado reconoces que has hecho algo malo y estás dispuesto a todo... Lo adorarás, rezarás, leerás la Biblia, lo seguirás durante siglos. Te volverás fanático, tan fanático como los coetáneos de Jesús, que lo crucificaron. Estaban fanáticamente en su contra y sus descendientes fanáticamente a su favor. Es un cambio psicológico muy extraño que se produce una y otra vez.

Si puedes portarte conmigo simplemente con humanidad mientras esté vivo, tendrás la oportunidad de que se te abra una ventana. Y si eres capaz de amar y de confiar, nada te resultará imposible. Muy pocos serán capaces de hacerlo, pero solamente esos pocos alcanzarán algo... no los millones de cristianos que rinden culto a alguien que crucificaron. Su culto no es sino una compensación; no es amor. Es un consuelo, no amor.

El amor tiene un carácter completamente distinto. Es puro júbilo, es la

sensación de la dicha en presencia de la persona con la que se da la gran historia de amor.

Me has planteado lo siguiente: «Dices que no sabemos qué es el amor». Incluso si empiezas a amar no sabrás qué es el amor. Lo experimentarás, te llenarás de él, te desbordará, podrás compartirlo, pero no podrás comprender lo que es, porque el amor es uno de los misterios supremos de la vida.

Me preguntas: «¿Qué es lo que siento por ti? Acaricia mi corazón, me hace reír y llorar, me lleva al éxtasis, a lo más profundo de mí. ¿Qué es?».

No busques ninguna explicación. Toda explicación interfiere en el desarrollo de lo misterioso. No preguntes qué es. Si te regocijas en él, tiene que ser bueno. Si lo festejas, tiene que ser bueno. Si danzas con él, estás en el buen camino. Pero no preguntes qué es, porque en cuanto empieces a preguntarlo empezarás a convertirlo en algo intelectual. Es algo del corazón que conoce la experiencia, pero que no quiere saber nada de explicaciones. Te está ocurriendo algo inmensamente hermoso, pero no le pongas nombre. A partir de cierta etapa, las palabras son peligrosas. Si le pones nombre, puedes pensar que has llegado al final.

No lo llames amor. Estás en el buen camino, vas bien dirigido, pero no le pongas nombre. Si lo llamas amor, te sentirás satisfecho y dejarás de crecer. «¿Qué más puede haber? He llegado a la etapa final: es el amor.» Por favor, no le pongas nombre; limítate a recordar que estás en el buen camino.

Un día se abrirá la rosa mística en tu interior y empezará a desprender fragancia. Ni siquiera entonces debes ponerle nombre. La existencia es eterna, y el crecimiento no tiene límites. Hay cielos más allá de los cielos, y cimas más allá de las cimas.

Esa es la belleza de la existencia, que no tiene fin. Es una continua aventura, una continua peregrinación, una búsqueda, la búsqueda de algo más, la búsqueda de realidades más profundas. Pero nunca se llega a un fin como para decir: «He aprobado el examen final». No existe ese examen final.

Hymie Goldberg fue a ver a un adivino. Tras sentarse en la habitación oscura, el adivino dijo:

—Voy a leerle la palma de la mano por cincuenta dólares, y eso le da derecho a hacerme tres preguntas.

—¿Preguntas sobre qué? —preguntó Hymie.

—Sobre cualquier cosa —contestó el vidente.

—Pero ¿no le parecen demasiado cincuenta dólares por eso? —preguntó Hymie en tono lastimero.

—Es posible —respondió el quiromántico—. ¿Cuál es su última pregunta?

En la vida, la última pregunta se plantea muy pronto, pero en la existencia real ni siquiera surge la primera. Cada día te haces más silencioso, y en ese silencio no surgen las preguntas. Cuando no hay preguntas, la posibilidad de cualquier respuesta sencillamente no existe.

Quienes saben no conocen la respuesta. Los llamamos los despiertos, los iluminados, porque han dejado a un lado todas las preguntas; ya no tienen ninguna pregunta que plantear. Si quieres llamar a esta respuesta ausencia de preguntas, bien está... pero tampoco hay respuesta a eso.

Un hombre está en un teatro, tumbado de espaldas sobre cuatro butacas de la platea. Baja el acomodador y le dice:

—Oiga, señor, tiene que dejar las cuatro butacas. Solo puede ocupar una.

El hombre suelta un gruñido y no se mueve. Baja el encargado y le dice al hombre:

—Oiga, señor, levántese. Solo puede ocupar una butaca.

El hombre vuelve a gruñir y sigue sin moverse.

Por último llaman a un policía. Baja por el pasillo y le dice al hombre, que sigue tumbado sobre las cuatro butacas:

—¡Venga! ¡Levántese de esas butacas!

El hombre suelta un gruñido, y el policía le dice:

—A ver, listillo, ¿de dónde has salido?

El hombre suelta un gemido y dice:

—Del paraíso.

Te gusta reír. A todo el mundo debería gustarle reír, porque tal y como yo considero la religiosidad, la risa es mucho más valiosa que cualquier oración. La oración es algo simplemente intelectual. La risa es total: tu cuerpo, tu mente, tu corazón, todo se une en ella. Ríes como un todo unitario, único.

Tres famosos cirujanos estaban tomando café y fanfarroneando sobre sus hazañas. Uno de ellos dijo:

—Le injerté un brazo a un hombre y ahora es golfista profesional.

—Eso no es nada —replicó otro—. Yo le injerté una pierna a un hombre que ahora es uno de los mejores corredores de fondo del mundo.

—¡Pues vaya! —dijo el tercer cirujano—. Yo le injerté una sonrisa a un burro y ahora es el presidente de Estados Unidos.

4



¿Qué es dar y qué es recibir? Comprendo que solo he empezado a vislumbrarlo. La receptividad me parece como la muerte, y automáticamente se enciende la alerta roja en mi interior. ¡Socorro! La existencia me parece algo tremendo.

Comprendo lo que te preocupa. Es lo que le preocupa a casi todo el mundo. Es bueno que lo reconozcas, porque ahora puedes cambiar la situación. Desgraciados los que padecen el mismo problema pero no son conscientes de él, porque debido a su inconsciencia no tienen ninguna posibilidad de transformación. Tú has tenido el valor suficiente para sacarlo a la luz.

Es tremendamente importante que se comprenda lo que dices. Preguntas: «¿Qué es dar?». ¿Te has preguntado a ti mismo qué es dar? ¿Piensas que ya estás dando mucho a tus hijos, a tu esposa, a tu novia, a la sociedad, a tu club de fútbol? Sí, das mucho, pero no sabes qué es dar. A menos que te des a ti mismo, no das nada. Puedes dar dinero, pero tú no eres el dinero. A menos que te des a ti mismo, es decir, a menos que des amor, no sabes qué significa dar.

«¿... y qué es recibir?» Casi todo el mundo cree saber qué es recibir, pero quien me interpela tiene razón al interpelarme y demostrar que no sabe qué es recibir. Al igual que si no das amor no sabes qué es dar, no sabes qué es recibir: a menos que seas capaz de recibir amor, no sabrás qué es recibir. Quieres que te amen, pero no lo has pensado: ¿eres capaz de recibir amor? Hay muchos obstáculos que te impedirán recibirlo.

El primero, que no tienes respeto por ti mismo, y por consiguiente, cuando el amor se te acerca, no te sientes digno de recibirlo. Pero estás metido en tal lío que ni siquiera eres capaz de ver algo muy sencillo: porque nunca te has

aceptado tal y como eres, nunca te has amado a ti mismo. Entonces ¿cómo vas a recibir el amor de otro?

Sabes que no eres digno de ello, pero no quieres aceptarlo ni reconocer esa absurda idea que te han metido en la cabeza, que no eres digno de ello. ¿Y qué haces? Sencillamente rechazas el amor. Y para rechazar el amor tienes que buscar excusas.

La primera y principal excusa es «no es amor.. por eso no puedo aceptarlo». No te puedes creer que alguien te quiera. Si no puedes quererte a ti mismo, si no te ves a ti mismo, tu belleza, tu gracia y tu grandeza, ¿cómo vas a creerlo cuando alguien te dice: «Eres maravilloso. Veo en tus ojos una gracia profunda, insondable. Veo en tu corazón un ritmo en armonía con el universo»?

No puedes creértelo; es demasiado. Estás acostumbrado a que te condenen, a que te castiguen; estás acostumbrado a que te rechacen, a que no te acepten tal y como eres... Eso lo aceptas fácilmente.

El amor tendrá un enorme impacto en ti, porque tendrás que sufrir una gran transformación antes de poder recibirlo. En primer lugar tienes que aceptarte sin sentimiento de culpa. No eres un pecador como te enseñan el cristianismo y otras religiones.

No comprendes la estupidez de todo eso. Hace mucho tiempo, un tal Adán desobedeció a Dios, y no se puede decir que fuera un gran pecado. Aun más: hizo bien en desobedecerlo. Si alguien había cometido un pecado, fue Dios, al prohibir a su propio hijo, a su propia hija, que comieran el fruto de la ciencia y el fruto de la vida eterna. ¿Qué clase de padre es ese? ¿Qué clase de Dios? ¿Qué clase de amor?

El amor exige que Dios les hubiera dicho a Adán y Eva: «Antes de comer otra cosa, recordad estos dos árboles. Comed cuanto queráis del árbol de la sabiduría y cuanto queráis del árbol de la vida eterna, para que podáis estar en el mismo espacio de inmortalidad en el que yo estoy».

Eso habría sido muy sencillo para cualquiera que amara. Pero que Dios le prohibiera a Adán adquirir la sabiduría significa que quería mantenerlo en la

ignorancia. Quizá tuviera envidia y temiera que si Adán adquiría la sabiduría fuera como él. Quería mantener a Adán en la ignorancia para que siguiera siendo inferior. Y si comía el fruto de la vida eterna sería un dios.

Ese Dios de la prohibición a Adán y Eva debía de ser muy envidioso, muy desagradable, inhumano, poco cariñoso. Y si todo eso no es pecado, ¿qué es pecado? Pero los judíos, los cristianos, los musulmanes y todas las religiones, te enseñan que aún llevas sobre tus hombros el pecado que cometió Adán. Las mentiras han de tener un límite.

Incluso si Adán hubiera cometido un pecado, tú no tienes por qué cargar con él. Según esas religiones, fuiste creado por Dios, pero, en lugar de llevar en ti lo divino, cargas con la desobediencia de Adán y Eva.

Esa es la forma occidental de condenarte: eres un pecador. La forma oriental llega a la misma conclusión, pero desde premisas distintas. Dicen que todos tienen una enorme carga de pecados y malas obras, cometidos en el transcurso de millones de vidas pasadas. En realidad, la carga de un cristiano, un judío o un musulmán es mucho más ligera. Solamente cargan con el pecado que cometieron Adán y Eva. Y seguramente se ha ido atenuando al cabo de muchos siglos. No eres el heredero directo de los pecados de Adán y Eva. Ese pecado ha pasado por millones de manos, y ahora esa cantidad debe de ser casi homeopática.

Pero el concepto oriental es aun más peligroso. No es que lleves sobre tus hombros el pecado de otros... En primer lugar, nadie puede cargar con el pecado de otra persona. Si tu padre comete un delito... no pueden llevarte a ti a la cárcel. Por simple sentido común, si el padre ha cometido un pecado o un delito, es él quien tiene que pagar por ello. No pueden encarcelar al hijo o al nieto porque el abuelo haya asesinado a alguien.

Pero el concepto oriental es mucho más peligroso y ponzoñoso: cargas con tu propio pecado, no con el de Adán y Eva; y no en una pequeña cantidad, sino que va aumentando con cada una de tus vidas. Y resulta que has vivido millones de vidas antes de esta, y que en cada vida has cometido múltiples pecados. Se te han acumulado. La carga es monstruosa, y acabas machacado por ella.

Es una extraña estrategia para destruir tu dignidad, para reducirte a un ser subhumano. ¿Cómo puedes quererte? Puedes odiar, pero no amar. ¿Cómo vas a creer que alguien te quiera? Es mejor rechazarlo, porque tarde o temprano la persona que te ofrece su amor descubrirá tu realidad, que es muy fea... una enorme carga de pecado. Y entonces esa persona te rechazará. Para evitar el rechazo es mejor rechazar el amor. Por eso no se acepta el amor.

Todo el mundo lo desea, lo anhela, pero cuando llega el momento en el que alguien está dispuesto a derramar su amor sobre ti, te echas atrás. Ese echarse atrás tiene un profundo significado psicológico. Tienes miedo; es maravilloso, pero ¿cuánto durará? Tarde o temprano se revelará mi realidad. Es mejor estar alerta desde el principio.

El amor significa intimidad, el amor significa el acercamiento de dos personas, significa dos cuerpos pero una sola alma. Tienes miedo: ¿tu alma de pecadora cargada con las malas obras de millones de vidas...? No; es mejor esconderla, mejor no llegar a la situación en la que la persona que deseaba amarte te rechace. Es el miedo al rechazo lo que no te permite recibir amor.

No puedes dar amor porque nadie te ha dicho nunca que eres un ser amante desde tu nacimiento. Te han dicho: «¡Has nacido en pecado!». No puedes amar ni puedes recibir amor. Eso ha disminuido todas tus posibilidades de crecimiento.

Dices: «Ahora comprendo que solo he empezado a vislumbrarlo».

Tienes suerte, porque hay millones de personas en el mundo entero completamente ciegas a sus condicionamientos, las terribles cargas que las generaciones anteriores les han impuesto. Pero no se eliminan olvidándolas.

No se actúa sobre un cáncer olvidándose de él. No reconociéndolo, manteniéndolo en la oscuridad, corres el mayor riesgo contra ti mismo, y además sin necesidad. Tarde o temprano invadirá todo tu ser, y nadie sino tú será responsable. De modo que si notas que empiezas a vislumbrarlo, eso significa que se te están abriendo algunas ventanas.

«La receptividad me parece como la muerte.» ¿Te has parado a pensarlo?

Sientes la receptividad como la muerte; cierto. Y la sientes así porque la receptividad es como la humillación. Recibir algo, sobre todo amor, significa que estás mendigando. Nadie quiere estar en el extremo receptor porque te hace inferior al que da.

«La receptividad me parece como la muerte, y automáticamente se enciende la alerta roja en mi interior.» Esa alerta roja te la implanta la sociedad que siempre has respetado, las mismas personas de las que siempre has pensado que desean lo mejor para ti. Y no digo que intenten hacerte daño a propósito. A ellas también les han hecho daño y se limitan a transmitir lo que han recibido de sus padres, de sus profesores, de la generación anterior.

Cada generación transmite sus males a la nueva generación, y, naturalmente, la nueva generación recibe más y más cargas. Heredas todos los conceptos supersticiosos y represivos de la historia. Lo que se pone en alerta roja no es algo tuyo. Son tus condicionamientos los que disparan la alarma roja.

Y tu última frase es simplemente un esfuerzo por racionalizarlo. Es uno de los grandes peligros de los que todos deberíamos tomar conciencia. No racionalices. Ve a la raíz misma de todos los problemas, pero no busques excusas, porque si buscas excusas no podrás arrancar las raíces. Tu última frase es una racionalización. Quizá no hayas sido capaz de comprender su cualidad intrínseca. Dices: «¡Socorro! La existencia me parece algo tremendo».

Piensas que tienes miedo de recibir porque tu existencia es tremenda, que tienes miedo de dar porque la existencia es tremenda. ¿Qué sentido tiene dar tu pequeño amor, como una gota de rocío, al inmenso mar? El mar no se enterará; por consiguiente, no tiene sentido dar ni tampoco recibir. Como el mar es muy grande, te ahogarás en él. Por eso te parece la muerte, pero es una racionalización tuya.

No sabes nada de la existencia, no sabes nada de ti mismo, que es el punto de la existencia más próximo a ti. A menos que empieces desde tu propio ser, jamás llegarás a conocer la existencia. Ese es el punto de partida, y todo tiene que empezar desde el principio.

Al conocerte a ti mismo, conocerás tu existencia; pero el sabor y la fragancia de tu existencia te dará ánimos para profundizar un poco más en la existencia de los demás. Si tu propia existencia te ha hecho tan dichoso... es natural que anheles penetrar en los demás misterios que te rodean: los misterios humanos, los misterios de los animales, de los árboles, de las estrellas.

Y una vez que hayas conocido tu existencia ya no tendrás miedo a la muerte...

La muerte es una ficción; no es algo que ocurra, sino que simplemente lo parece... lo parece desde el exterior. ¿Has visto alguna vez tu propia muerte? Siempre has visto morir a otros. Pero ¿te has visto a ti mismo muriendo? Nadie ha hecho semejante cosa; en otro caso, ni siquiera este mínimo de vida sería posible. Todos los días ves a alguien que muere, pero siempre es otro, nunca tú.

Quienes se han conocido a sí mismos saben, sin lugar a dudas, que son seres eternos. Aunque han muerto muchas veces, siguen vivos.

La muerte y el nacimientos son solo pequeños pasajes de la gran peregrinación del alma. El temor a la muerte desaparecerá en cuanto entres en contacto contigo mismo, y eso te abrirá un cielo totalmente nuevo, sin explorar. Cuando sabes que no existe la muerte, desaparece el temor. Empiezas a ser un auténtico aventurero, a adentrarte en los diferentes misterios que te rodean. La existencia se convierte, por primera vez, en tu hogar.

No hay nada que temer: es tu madre, y tú formas parte de ella. No puede ahogarte, no puede destruirte. Cuanto más la conozcas, más protegido te sentirás; cuanto más la conozcas, más dichoso te sentirás; cuanto más la conozcas, más *serás*.

Y entonces podrás dar amor, porque lo tendrás; y entonces podrás recibir amor, porque el rechazo será impensable.

5



¿Por qué tengo que llorar siempre que me llega el amor?

Tienes suerte. Si el amor no te llena los ojos de lágrimas, significa que el amor está muerto.

Es una desgracia que se haya llegado a asociar las lágrimas con la tristeza y el dolor; esa es solo una dimensión de su ser. Pero su manifestación más significativa está en el amor, en la gratitud, la oración, el silencio, la paz. Cuando te sientes tan pleno, las lágrimas son simplemente el desbordamiento de tu satisfacción, de tu alegría.

Hay que darle un nuevo significado a las lágrimas, una nueva poesía y una dimensión completamente nueva, que han perdido porque la humanidad ha vivido en el sufrimiento y las lágrimas han pasado a formar parte de ese sufrimiento. En segundo lugar, como la humanidad ha estado dominada por el hombre, este se ha empeñado, por una cuestión de ego y de orgullo, en no llorar. Llorar es algo femenino, cosa de mujeres. No es cierto. Es una idea fea, machista, y no solo fea, sino antinatural y falsa, porque las glándulas lacrimales de los hombres albergan tantas lágrimas como las de las mujeres. La naturaleza no ha impuesto ninguna diferencia en esas glándulas.

Salta a la vista que no es intención de la naturaleza discriminar a hombres y mujeres, pero el hombre ha sido muy egoísta en el transcurso de los siglos y piensa que el llanto es una especie de debilidad. Reprime las lágrimas, pero no es consciente de sus consecuencias. También ha reprimido su amor y ha creado situaciones peligrosas para él. Hay más hombres que mujeres que se vuelven locos, por la sencilla razón de que no dejan de controlarse. Llega un momento en

que la represión es excesiva y se produce una crisis nerviosa. La mujer no se controla; cuando siente ganas de llorar, llora. Es más natural que el hombre, y eso le proporciona unas experiencias que el hombre se pierde. La mujer es más sana; vive más tiempo, cinco años más que el hombre. Es más tranquila y calmada. Hay menos mujeres que se vuelvan locas, menos mujeres que se suiciden, aunque hablen del suicidio. A veces incluso lo intentan, pero con poca convicción.

Pero el hombre va acumulando, y llegado a un punto en el que no es capaz de controlarse. O se suicida o comete un asesinato o se vuelve loco.

Está aquí presente uno de mis abogados de Estados Unidos, Swami Prem Niren. Mantuvo un contacto cada vez más profundo conmigo durante los doce días que pasé en las cárceles estadounidenses. Me siguió de una prisión a otra, y fue la única persona que me vio durante aquellos días, casi todos. Siempre tenía los ojos llenos de lágrimas, y comprendí cuánto me amaba y lo impotente que se sentía. Hizo todo lo que se podía hacer.

Los demás abogados recibían su dinero; naturalmente, se limitaban a hacer su trabajo. Él era el único que no actuaba como un criado, sino como un amante; no le pagaba. Fue uno de mis *sannyasins*: mi vida corría peligro, y es natural que él luchase con intensidad, con todas sus fuerzas. El último día, cuando me soltaron, fuimos al hotel. Teníamos nuestro propio hotel, nuestra propia discoteca, nuestro propio restaurante en Portland, Oregón.

Allí, en el hotel, estaba sentado a mi lado junto con otra de mis *sannyasins*, Isabel, y lloraba como un niño. Y el otro día estaba sentado a mi lado y volví a ver lágrimas en sus ojos. Lo dejé hace dos años en Estados Unidos con lágrimas en los ojos, y ayer volví a verlo llorando.

Pero quizá ni siquiera sea consciente de sus lágrimas. Cuando llegó aquí hace unos días, habló con Anando, uno de mis secretarios, y le preguntó: «¿Por qué dice Osho que sus abogados tenían lágrimas en los ojos?».

Cuando me enteré, no daba crédito. Si ayer estaba aquí sentado llorando...

Quizá los miles de años de condicionamientos han bloqueado la conciencia de su propio llanto, de su amor, de su feminidad.

Un mundo mejor, una humanidad mejor, y más personas disfrutarán del llanto. Es una auténtica bendición.

Me preguntas: «¿Por qué tengo que llorar siempre que me llega el amor?».

¿Y qué quieres? ¿Qué más quieres? Sin duda piensas que esas lágrimas son algo malo. ¿Es algo malo llorar cuando te llega el amor? Llevas sobre tus hombros un condicionamiento erróneo, pero es algo bueno, porque cuando te llega el amor, ¿qué puedes hacer? Las palabras no te servirán de nada; solo las lágrimas pueden expresar lo que ocurre en lo más profundo de tu corazón. Las lágrimas son el mayor tesoro que posees.

Pero el hombre ha sido distorsionado en todas partes, se ha recortado la naturaleza del hombre con los intereses creados. Las naciones necesitan ejércitos y no quieren que al hombre le llegue el amor. Hay que secar sus lágrimas y bloquear su amor, porque, de otro modo, no será capaz de matar, asesinar y masacrar a personas que son como tú, a personas que no te han hecho nada, a hombres cuyas esposas, cuyos hijos, cuyos ancianos padres quizá estén esperándolos como te esperan tus padres, tu esposa, tus hijos.

Pero para crear al soldado hay que destruir al hombre por completo. Hay que transformarlo en robot, y los robots no lloran, a los robots no les afecta el amor. Como se necesitaban ejércitos, se ha deformado al hombre. Como las mujeres no hacían falta en los ejércitos, se las ha dejado a un lado. Y mejor para las mujeres, porque han seguido siendo más naturales.

Jamás te avergüences de tus lágrimas. Siéntete orgulloso de seguir siendo natural. Siéntete orgulloso de poder expresar lo inexpresable con las lágrimas. Esas lágrimas son los cantos que no has podido entonar. Esas lágrimas son ese corazón tuyo que no puede emplear la palabra. Jamás te avergüences de tus lágrimas. Los ojos que han perdido las lágrimas han perdido su más hermoso, su más glorioso tesoro.

Me gustaría que los que me rodean fueran totalmente naturales, que fueran

completamente inocentes, desinhibidos. Y cuando fluyan las lágrimas, alégrate: sigues vivo... porque ¿acaso no sabes que los muertos no pueden llorar, que los muertos no tienen lágrimas?

Y quienes piensan que están vivos y no pueden llorar, no pueden derramar lágrimas, viven una falacia. Han muerto hace tiempo. El mismo día en el que murieron sus lágrimas, también murieron ellos, porque murió su amor.

No tienes otra alma que el amor.

6



Cuando cierro los ojos y miro en mi interior, muchas veces entro en contacto con un profundo anhelo de mi corazón, por nada especial. Es solo anhelo. ¿Es un obstáculo en el camino, o es el fuego que me anima a seguir adelante?

Es una de las experiencias más hermosas sentir un anhelo puro, sin saber por qué. En cuanto sabes qué anhelas, el anhelo se convierte en deseo, y un deseo es un obstáculo, una atadura. Pero el anhelo puro, una especie de pena, sin saber por qué, sin objetivo visible, sin meta que alcanzar, solo un fuego puro... quema todos los obstáculos, quema todas las estupideces que los siglos han acumulado a tu alrededor.

Ese es el fuego que Zaratustra enseñó a adorar a sus discípulos. Pero como ha ocurrido con todos los grandes maestros, los seguidores de Zaratustra siguen adorando al fuego. Te sorprendería saber que aquí en la India, cuando los seguidores de Zaratustra huyeron de Persia, de la invasión musulmana y de la conversión a su religión impuesta por los musulmanes... El islam solo conoce un argumento, el de la espada: o eres musulmán o te cortan la cabeza. No permiten otra alternativa.

De modo que en una época Irán estaba lleno de seguidores de Zaratustra. Ya no hay; se han convertido al islam, pero algunos escaparon y llegaron a la India, así que una gran religión ha quedado limitada a un espacio pequeño, el de Bombay. Pero no han olvidado una cosa: el fuego. Todavía sigue ardiendo el fuego ancestral en los templos de Zaratustra, tras veinticinco siglos. No dejan que se apague; ponen combustible continuamente, lo vigilan veinticuatro horas

al día para que siga ardiendo. Zaratustra les enseñó que cuando el fuego se apaga, mueres.

Pero Zaratustra se refería al fuego del que tú hablas. Es el fuego del puro anhelo que arde en tu corazón y que quema todo lo que no eres tú. Y de ese fuego sale tu carácter de veinticuatro quilates, tú en tu autenticidad.

No debe desconcertarte. Es natural que cuando sientes por primera vez algo como un anhelo sin objetivo se desconcierte la mente. La mente conoce el anhelo de dinero, de sexo, de poder, de prestigio, pero el anhelo sin objetivo... eso la supera. Pero pasar por ese fuego es la experiencia más hermosa. No es caliente; es fresco, tranquilo, magnífico. Te convierte en un templo. Quema todo lo falso y no auténtico que hay en ti, mata al hipócrita que hay en ti, destruye las divisiones de tu ser, tu estructura mental esquizofrénica. Te lleva a la pureza e inocencia absolutas. En ese fuego florecerá tu rosa mística.

De modo que sé feliz, canta y baila. Estás en el buen camino.

Dos ancianos caballeros ingleses estaban en su club de Londres. Uno dijo:

—Mi difunta esposa era una persona realmente excepcional, muy religiosa. No dejó de ir ni un solo día a la iglesia, y en casa se rezaba y se entonaban salmos de la mañana a la noche.

—Sí, realmente excepcional —replicó su amigo—. ¿Y cómo murió?

El otro hombre dio una chupada al puro que estaba fumando y contestó:

—La estrangulé.

Que los demás no sepan nada de tu fuego. No dejes que los demás conozcan la transformación que se está produciendo en tu interior, porque la gente se opondrá a tu transformación interior más que a ninguna otra cosa. Pueden tolerar que tengas gran poder como presidente, como primer ministro, o que seas el hombre más rico del mundo. Eso sí lo toleran, pero no que empiece a remontarse

tu ser esencial en su pureza cristalina. Se lo toman como un gran insulto porque piensan que para ellos también fue posible pero han perdido el tiempo en juegos absurdos. Y ahora tú les recuerdas lo que han perdido. La única forma de olvidarlo es destruirte.

Todos los grandes iluminados han sido asesinados, destruidos, envenenados, por la sencilla razón de que la masa no podía tolerarlos, eran demasiado. Volaban tan alto que hacían daño a millones de personas: «Eran de los nuestros, estaban entre nosotros, y es humillante que hayan alcanzado tal altura y que vuelen mientras nosotros seguimos arrastrándonos por la tierra. La única forma de olvidar nuestra humillación es destruirlos». No piensan en la otra posibilidad.

Algunos sí piensan en ella, y esos pocos avanzan a través de la transformación. Esos pocos son bienaventurados. Esos pocos empiezan a considerar a quienes han alcanzado las alturas como pioneros, como visiones de su propio futuro y su potencial, y emprenden el mismo camino.

Pero esas personas escasean. La mayoría toma el camino más fácil, que consiste en destruir a quienes provocan alteraciones innecesarias, a quienes alteran tus asuntos, tus historias amorosas, todo.

Quien se siente más herido es el ego, porque tú no puedes alcanzar esas alturas y alguien sí las ha alcanzado.

II
El ego

Escapar de ti mismo...



En lugar de escapar, adéntrate. Aproxímate a ti mismo para ver mejor. Nadie más puede ver tu realidad interior; solo tú puedes ver ese esplendor y esa magnificencia. Porque nadie más puede ver tu belleza interior, te condenan. Solo tú puedes reafirmar tu dicha, solo tú puedes reafirmar en última instancia tu iluminación.

7



¿Por qué corro siempre tanto? ¿Hay algo que no quiero ver?

No eres solo tú; casi todos corren con toda la rapidez que pueden, para huir de sí mismos. Y el problema es que no puedes huir de ti mismo. Adondequiera que vayas, serás tú mismo.

Es el miedo a conocerse a sí mismo, el mayor miedo del mundo. Es porque todos te han condenado por las cosas más insignificantes, por los mínimos errores, que son totalmente humanos, por lo que tienes miedo de ti mismo. Sabes que eres indigno.

Esa idea ha calado profundamente en tu inconsciente: que no vales, que no eres digno. Y, naturalmente, lo más fácil es huir de ti mismo. Todos lo hacen, a su manera: unos corren en busca de dinero, otros corren en busca de poder, otros de respetabilidad, otros de virtud, de santidad.

Pero si te fijas bien, no corren en busca de nada, sino que están huyendo de algo. Es una simple excusa, correr como locos en busca de dinero; se engañan a sí mismos y al resto del mundo. La realidad es que el dinero les proporciona una buena excusa para correr en su busca y oculta el hecho de que están huyendo de sí mismos. Por eso, cuando acumulan dinero, les llega un momento de desesperación y angustia terribles. ¿Qué ha ocurrido? Ese era su objetivo; lo han cumplido... deberían ser los hombres más felices del mundo.

Pero las personas que triunfan no son las más felices, sino las más desgraciadas. ¿A qué se debe su angustia? A que han fracasado todos sus esfuerzos. Ya no tienen nada que buscar, y de repente se encuentran consigo

mismas. Al llegar a la cima del éxito no encuentran a nadie; solo a sí mismos. Curiosamente, es la misma persona de la que han estado huyendo.

No puedes huir de ti mismo. Por el contrario, tienes que aproximarte más, profundizar en tu ser, y olvidar ese tono de censura que te han transmitido en el transcurso de tu vida. Padres, marido, esposa, vecinos, profesores, amigos, enemigos, todos señalan algo malo en ti. No te valoran desde ningún lado.

La humanidad ha creado una situación muy extraña en la que nadie se siente a gusto, en la que nadie puede relajarse, porque en cuanto te relajas te enfrentas contigo mismo. La relajación se convierte poco menos que en un espejo, y no quieres ver tu cara por lo mucho que te afectan las opiniones negativas de los demás.

Tu iglesia, tus sacerdotes, tu religión, tu cultura no te han permitido ni los placeres más pequeños. El sufrimiento es aceptable, pero no el placer. En tal situación, es natural que te sientas pecador, cuando desde todos lados y por todos lados solo recibes censuras y condenas. Todas las religiones proclaman a los cuatro vientos, desde hace siglos, que naciste en el pecado, que tu destino es sufrir. Te han condenado desde tantos lados, sin excepción, que es muy natural que a cualquier individuo le afecte esa enorme conspiración. Todo el mundo está atrapado en ella.

Y te llevarás una sorpresa mayúscula si intentas comprenderlo. Al igual que los demás te condenan, tú condenas a los demás; la conspiración es recíproca. Al igual que tus padres nunca te han aceptado como un ser valioso, tú haces otro tanto con tus hijos, sin darte cuenta de que cada cual es como es, que no puede ser de otra manera. Puede fingir ser de otra manera, puede ser hipócrita, pero en verdad siempre seguirá siendo como es.

Huir no es sino crear más hipocresía, más máscaras para ocultarte por completo de la mirada de los demás. Quizá logres esconderte de los demás, pero ¿cómo lograrás esconderte de ti mismo? Puedes ir a la luna, y allí te encontrarás. Puedes subir al Everest; quizá estés solo, pero estarás contigo mismo. Quizá en la soledad del Everest te pongas más alerta y seas más consciente de ti mismo.

Esa es una de las razones por las que las personas también tienen miedo a la soledad; necesitan multitudes, siempre quieren gente a su alrededor, quieren amigos. Les resulta muy difícil permanecer en silencio, tranquilas y solas. La razón es que en soledad te quedas contigo mismo, y has aceptado esas estúpidas ideas de que eres feo, que eres sensual, lujurioso, avaricioso, que eres violento; no hay nada valioso en ti.

Me preguntas: «¿Por qué corro siempre tanto?». Porque tienes miedo de ser adelantado por ti mismo. Y las consecuencias de correr tanto tienen múltiples dimensiones. Al correr tanto para huir de uno mismo se ha creado una pasión por la velocidad; todo el mundo quiere llegar a alguna parte a la mayor velocidad posible.

En cierta ocasión me ocurrió lo siguiente. Volvía a Jabalpur de un sitio llamado Nagpur, con el vicerrector de la universidad de Nagpur, cuando se estropeó el coche en medio de la carretera. No he visto a nadie sentirse tan mal como él. Le dije:

—No hay prisa. No le está esperando nadie, y la conferencia a la que va a asistir empezará dentro de veinticuatro horas. Jabalpur solo está a tres horas de aquí. No hay ningún problema. O nos arreglan el coche o avisamos a otro para que venga desde Jabalpur, o alguien nos acercará, y además pasan autobuses continuamente. No hay ningún problema... No tiene por qué ponerse así.

Él se quedó en el coche mientras yo iba a buscar a alguien. Era un pueblo pequeño, pero quizá se pudiera encontrar a un mecánico o algún tipo de ayuda, o quizá algún agricultor tuviera coche. Cuando volví del pueblo, aquel hombre estaba a punto de echarse a llorar. Le pregunté:

—¿Qué ocurre?

Me respondió:

—No puedo soportar estar solo. Me desenmascara, me deja completamente

desnudo ante mí mismo. Me hace tomar conciencia de que he desperdiciado toda mi vida, y no quiero saberlo.

Le dije:

—No saberlo no va a ayudarlo de ninguna manera. Es mejor saberlo, y es mejor que profundice en su interior. Por eso tanto sufrimiento y tanta soledad...

La soledad debería ser una de las mayores alegrías.

La gente no para de correr. No importa adónde vayan; lo que importa es si corren a toda velocidad o no.

Me preguntas: «¿Hay algo que no quiero ver?». Muchas cosas. Sobre todo, lo que no quieres ver es a ti mismo, y eso por un condicionamiento absurdo.

Mi idea de la transformación interior es que tienes que olvidarte de los condicionamientos. Sencillamente olvídate de lo que han dicho los demás de ti. Son tonterías. Si no saben nada de sí mismos, ¿qué pueden decir de ti que sea verdad?

Y las opiniones que has recogido sobre ti de los demás... Intenta observar de quiénes proceden esas opiniones. No son de un Buda Gautama, ni de un Jesucristo, ni de un Sócrates; son de personas tan ignorantes como tú. Sencillamente repiten las opiniones de otros.

Voy a contaros una historia preciosa. No importa si es real o ficticia; su belleza reside en su significado.

Uno de los más grandes emperadores que ha conocido la India era el mogol Akbar. Solo se le puede comparar con un hombre de Occidente, Marco Aurelio. Los emperadores raramente son sabios, pero esos dos hombres fueron claras excepciones.

Estaba un día Akbar en la corte hablando con los cortesanos. Había reunido a los mejores del país: el mejor pintor, el mejor músico, el mejor filósofo, el mejor

poeta. Tenía un comité especial compuesto por nueve miembros a los que se conocía como las nueve joyas de la corte de Akbar.

El más importante se llamaba Birbal. Hombre tremendamente inteligente y con gran sentido del humor, hizo algo inapropiado en presencia del emperador. Cada emperador tiene sus normas —su palabra es ley— y Berbal hizo algo con lo que Akbar era muy estricto. Akbar lo abofeteó inmediatamente. Respetaba a Birbal, lo quería, era su mejor amigo, pero las normas de la corte... Eso no podía perdonarlo.

Pero lo que ha hecho historia es lo que hizo Birbal. Sin esperar un momento, le dio una bofetada al hombre que estaba a su lado. El hombre se quedó atónito, e incluso Akbar se quedó atónito. Consideraba a Birbal un hombre muy prudente, y pensó: «¿se ha vuelto loco o qué? Le ha dado un bofetón... Qué cosa tan rara, absurda e ilógica».

El otro hombre se quedó allí de pie atónito y Birbal le dijo:

—No te quedes ahí como un tonto. ¡Pásalo!

Aquel hombre le dio un bofetón al que estaba a su lado, y entonces quedó claro el juego: había que pasarlo. Por la noche, cuando Akbar se fue a dormir con su esposa, esta le dio un bofetón. Él le dijo:

—¿Qué pasa?

Ella contestó:

—Ha dado la vuelta a toda la ciudad, y al final ha regresado al punto de partida. Alguien me ha dado un bofetón, y cuando le he preguntado «¿Qué pasaba?», me dijo que era el juego que había iniciado Akbar. He pensado que era mejor terminarlo, para completar el círculo.

Y, al día siguiente, lo primero que hizo Birbal fue preguntarle a Akbar:

—¿Te han devuelto el bofetón?

Akbar contestó:

—No pensé que fuera a ocurrir una cosa así.

Birbal replicó:

—Pues yo estaba completamente seguro, porque ¿adónde podía ir a parar?

Circularía por toda la ciudad. No puedes escapar; tiene que volver a ti.

Todo se transmite durante siglos, pasa de una mano a otra, de una generación a otra, y así continúa el juego. Ese es el juego del que tienes que salir, y la única forma de salir de él consiste en volver a descubrir el respeto por ti mismo, en volver a lograr la dignidad que tenías cuando eras niño, cuando aún no estabas contaminado, cuando aún no estabas condicionado y envenenado por la sociedad ni por la gente que te rodeaba.

Vuelve a ser niño y no huirás de ti mismo. Te adentrarás en ti mismo, que es como actúa el meditador.

La persona mundana huye de sí misma, y la persona que busca entra en sí misma para encontrar su fuente de la vida, la consciencia. Y cuando descubre esa fuente, no solo ha descubierto su fuente de la vida, sino la fuente de la vida del universo, del cosmos.

En su interior brota un extraordinario sentimiento de fiesta. La vida se convierte en un canto, una danza, un momento tras otro. Se libera por completo de ese galimatías que le ha transmitido la sociedad. Simplemente desecha todos los condicionamientos, todas las tradiciones, el pasado entero.

Yo te digo: solo has de renunciar a una cosa, que es el pasado y nada más.

Si eres capaz de renunciar al pasado te sentirás completamente renovado, recién nacido, y vivir en esa renovación es tal dicha, tal éxtasis que no se te ocurrirá escapar de ella ni un solo momento. Quien se conoce a sí mismo jamás se toma vacaciones. Pero la mayoría de las personas se comportan de una forma absurda...

Un estadounidense circulaba por una pequeña carretera rural de Irlanda y se quedó horrorizado al ver un carro cargado de heno que salía del prado y se

internaba en la carretera. Apretó los frenos pero no pudo pararse a tiempo y acabó traspasando la cerca y el coche estalló en llamas en el prado.

—¿Has visto? —le preguntó Paddy a su amigo Seamus, que conducía el carro de heno—. Qué mal conducen algunos turistas de esos. Hemos salido del prado justo a tiempo.

A un viejo agricultor que araba sus tierras con un par de toros le preguntó un vecino por qué no trabajaba con bueyes.

—No quiero bueyes —contestó el agricultor—. Prefiero los toros.

—Pues si no quieres bueyes, ¿por qué no usas caballos? —insistió el vecino.

—¡No quiero caballos! —replicó el agricultor—. ¡Quiero toros!

—¿Y si usaras el tractor que acaba de comprar tu hijo? —intentó el vecino.

—Tampoco quiero tractores. Prefiero los toros —aseguró el agricultor.

—¿Y por qué solo quieres toros? —preguntó el vecino, ya sin saber qué decir.

—Porque no quiero que se piensen que todo en la vida es romance.

Esa es la situación en la que naces, en la que te han condicionado. Nadie quiere que sepas que la vida es puro romanticismo. Y ese es mi delito, porque en eso consisten mis enseñanzas: en que la vida no es sino romanticismo.

Una pareja de recién casados fueron a Miami y se registraron en el hotel para pasar la luna de miel. No se los vio durante días, hasta la mañana del sexto, cuando entraron en el comedor a desayunar. Cuando se acercaba el camarero, la mujer le dijo a su marido:

—¿Sabes qué me gustaría, cariño?

—Sí, lo sé —contestó el hombre cansinamente—. Pero alguna vez tenemos

que comer.

De vez en cuando conviene desayunar, pero por lo demás la vida es un romance continuo. Y yo no solo os enseño el romance del cuerpo, que es muy vulgar; os enseño el romance del espíritu, que tiene principio pero no final. Pero solo es posible si empiezas a ir hacia dentro. Ir hacia dentro significa ir hacia Dios.

En ir hacia dentro está el secreto de toda la transformación alquímica de ser. Huir es sencillamente perder un tiempo sumamente valioso y una vida que podría haber sido un gran canto, una gran creatividad, una enorme fiesta de luz. Cuanto más te alejes de ti mismo más oscura se hará tu vida, más desdichada, más cargada de ansiedad, más la condenarás y más la rechazarás. Y cuanto más te alejes más difícil te resultará encontrar el camino de vuelta. Llevas muchas, muchas vidas, alejándote de ti mismo, pero si avanzas por un camino adecuado, de meditación, no has llegado demasiado lejos.

La meditación es el atajo entre donde estás y donde deberías estar, y la meditación es un método tan sencillo que cualquiera, hasta un niño pequeño, puede entrar en su paraíso.

En lugar de huir, ve hacia dentro. Acércate más a ti mismo para ver mejor. Nadie puede ver tu realidad interior; solo tú puedes ver ese esplendor y esa magnificencia. Como nadie puede ver tu belleza interior, te condenan. Solo tú puedes reafirmar tu dicha, solo tú puedes reafirmar en última instancia tu iluminación.

E incluso así la gente tendrá recelos. Recelaban de Sócrates, recelaban de Buda Gautama, recelaban de Jesucristo. Sus recelos se basaban en la ignorancia de su propio ser interior.

¿Cómo van a creer a Buda Gautama, que afirma que en los silencios interiores del corazón se encuentra el éxtasis supremo? No saben nada de lo interior, no conocen ni los rudimentos. No saben nada del éxtasis. Pueden

escuchar a un Buda Gautama, por su presencia, por sus ojos carismáticos, por su vibración magnética, pero cuando vuelven a casa empiezan a dudar, a recelar.

Y lo mismo ocurre conmigo. Recibo muchas cartas que dicen que «cuando te escuchamos todo parece perfecto, pero cuando llegamos a casa empiezan a surgir las dudas, la mente empieza a decirnos que nos han hipnotizado».

Hay millones de personas que quieren aproximarse a mí pero tienen miedo, por la sencilla razón de que pueden hipnotizarse. Es algo mucho más profundo que la hipnosis. No estás hipnotizado, sino simplemente te acercas a un visión distinta de ti mismo. No es cosa de magia; no te engañan, sino que te despiertan.

La palabra «hipnosis» significa «sueño», y mi tarea consiste en despertarte. Estás dormido y llevas dormido muchas vidas. Es hora de despertar.

Has desperdiciado demasiado tiempo, demasiada energía y demasiadas oportunidades, pero aún hay tiempo, y en cuanto despiertes acabará la noche y comenzará el amanecer.

8



Cada día soy más consciente de las barreras que he erigido en mí mismo en el transcurso de los años para evitar convertirme en un ser abierto, alegre, amante de sí mismo. Tengo la sensación de que el muro en mi interior se fortalece cuanto más consciente soy de él, y no puedo traspasarlo. ¿Necesito más valor? ¿Podrías ayudarme con tu interpretación, por favor?

Es otra vez la misma pregunta. He contestado (al último que ha hablado), pero también te he contestado a ti, aunque hayas planteado la pregunta de distinta manera. Hay algunos pequeños detalles diferentes; por lo demás, es el mismo problema. Expondré detalladamente algunas de esas pequeñas diferencias.

Dices: «Soy cada día más consciente de las barreras que he erigido en mí mismo en el transcurso de los años para evitar convertirme en un ser abierto, alegre, amante de sí mismo. Tengo la sensación de que el muro en mi interior se fortalece cuanto más consciente soy de él, y no puedo atravesarlo».

Lo primero que hay que comprender es que el muro no se está fortaleciendo, sino que tienes una conciencia más clara de él. No hay razón alguna para que se fortalezca el muro cuando empiezas a tomar más conciencia. Es como cuando das la luz en una casa oscura: empiezas a ver las arañas y las telarañas, y eso no significa que hayan empezado a crecer de repente porque hayas dado la luz. Siempre han estado ahí, pero tú has empezado a estar alerta, a ser consciente. Pero no pienses que están creciendo. La luz no tiene nada que ver con su crecimiento; es que revela su presencia, como tu consciencia creciente revela la presencia de los muros de tu prisión.

Y dices: «Soy consciente de él y no puedo traspasarlo». Como esos muros no son verdaderos muros —no están hechos de piedra ni de ladrillo, sino de pensamientos—, no pueden impedirte el paso. Solamente tienes que conocer el secreto para traspasarlos. Si empiezas a luchar en el interior de los procesos de tu pensamiento, que constituyen los muros de la prisión, te meterás en un lío tremendo. Incluso puedes volverte loco.

Así es como la gente se vuelve loca: están rodeados de montones de pensamientos, intentan con todas sus fuerzas salir de entre la masa, pero cada vez se meten más, y naturalmente se desmoronan. Su sistema nervioso no puede soportar tantas presiones y tensiones. Han abierto la caja de Pandora. Todo estaba oculto ahí, pero eran dichosamente inconscientes. Cuando logran una consciencia meditativa, de repente ven tal multitud que cuanto más esfuerzos hacen más notan su impotencia ante los muros que los rodean.

Luchar contra ellos no es lo más acertado; tarde o temprano te sentirás cansado, atado, verás que la cordura se te escapa de las manos. Pero si sigues un método adecuado, en lugar de desmoronarte, avanzarás. El método adecuado para enfrentarte con todo cuanto sientes que te rodea consiste en ser un simple testigo, en no luchar, en no juzgar, en no condenar. Limítate a guardar silencio, a estar en calma, simplemente presenciando lo que hay.

Es casi un milagro. Yo no he conocido otro milagro que el de la meditación, el milagro de ser testigo. Si puedes ser testigo, te sorprenderá cómo disminuye el muro, cómo se dispersa la multitud, y, poco a poco, irás viendo puertas y huecos por los que salir.

Pero no hay necesidad de salir. Quédate donde estás y sigue presenciando. A medida que se fortalezca tu actitud de testigo, se debilitará el muro que te rodea. El día en que tu actitud de testigo sea perfecta, descubrirás que no había ningún muro, que no te rodea nada, que tienes el cielo entero a tu alcance. En lugar de luchar contra tus pensamientos, de luchar contra las condiciones adversas, sé testigo, sin más. Luchando no ganarás. Sin luchar, la victoria es tuya. La victoria corresponde únicamente a quienes pueden ser testigos.

A Hymie Goldberg le costaba trabajo que su mujer, Becky, volviera a hacer el amor con él. Una noche, justo antes de acostarse, le ofreció un vaso de agua y dos aspirinas.

—¿Por qué me das esto? —preguntó Becky—. No me duele la cabeza.

—Estupendo —dijo Hymie—. Entonces, vamos a lo nuestro.

El problema era el dolor de cabeza. Todos los días, cuando el pobre Goldberg lo intentaba, su mujer tenía dolor de cabeza. En esta ocasión empleó un método distinto. Becky no comprendió que estaba utilizando una estrategia muy inteligente: ofrecerle aspirinas incluso antes de que ella hubiera dicho que le dolía la cabeza. Hay que ser un poco inteligentes...

El doctor Klein terminó de reconocer a un paciente y le dijo:

—Goza usted de perfecta salud, señor Levinski: el corazón, los pulmones, el nivel de colesterol, todo está bien.

—Estupendo —dijo el señor Levinski.

—Nos veremos el año que viene —dijo el doctor Klein.

Se estrecharon la mano y, en cuanto el paciente salió de la consulta, el doctor oyó un fuerte golpe. Abrió la puerta y allí estaba tendido el señor Levinski, boca abajo. La enfermera gritó:

—¡Acaba de desmayarse, doctor! ¡Ha caído fulminado!

El médico le puso la mano en el corazón a aquel hombre y dijo:

—¡Dios mío, está muerto! —Colocó los brazos bajo los del cadáver y añadió —: Vamos, rápido. ¡Cójalo por los pies!

—¿Qué? —exclamó la enfermera.

—¡Por Dios! —dijo el médico—. Vamos a darle la vuelta. ¡Que parezca que estaba entrando!

Sé un poco inteligente. Dicen que la inteligencia no sirve de mucho a menos que seas lo suficientemente inteligente como para saber servirte de ella.

El otro día hice un gran descubrimiento. Dicen que cualquier idiota que te encuentras por el mundo es el producto final de millones de años de evolución. Desde luego, la inteligencia es rara, pero las personas que están a mi alrededor... el solo hecho de que hayan tenido el valor de estar aquí demuestra sobradamente su inteligencia. Hay que poner esa inteligencia en funcionamiento.

—Ay, Dios mío —suspiró Paddy—. Yo tenía todo lo que un hombre puede desear: el amor de una mujer preciosa, una casa bonita, mucho dinero, ropa buena...

—¿Y qué pasó? —preguntó Seamus.

—¿Que qué pasó? Pues que de repente entró mi esposa, sin avisar.

Has de estar alerta. Los peligros surgen a cada paso. Quien decide meditar debe andarse con mucha cautela.

Lao Tzu afirma que quien medita camina como si atravesara un arroyo helado en pleno invierno, muy precavido, alerta.

A menos que seas muy precavido, que estés alerta, te resultará difícil trascender la mente de millones de años de antigüedad y su funcionamiento. Aunque la estrategia es sencilla, a veces lo sencillo parece lo más difícil, especialmente cuando lo desconoces por completo.

Para ti la meditación no es más que una palabra. No ha llegado a ser un alimento, una experiencia; por eso comprendo tus dificultades. Pero tú también tienes que comprender las mías: tus enfermedades pueden ser muchas, pero yo solo tengo una medicina, y mi dificultad consiste en seguir vendiendo la misma medicina a distintos pacientes, para enfermedades distintas. No me interesa cuál es tu enfermedad, porque sé que yo solo tengo una medicina. Sea cual sea tu

enfermedad, hablaré de ella, pero al final tendrás que aceptar la misma medicina. No cambia nunca. Que yo sepa, no ha cambiado durante estos treinta y cinco años. He visto a millones de personas, atendido millones de preguntas, y conozco la respuesta incluso antes de oírlas. La pregunta no importa; lo que importa es conseguir que la pregunta se acerque a mi respuesta.

El profesor de matemáticas le pregunta al pequeño Ernie:

—Ernest, si tu padre pide prestados trescientos dólares y promete devolverlos a razón de quince a la semana, ¿cuánto deberá dentro de diez semanas?

—Trescientos dólares —contestó Ernie sin vacilar.

—Me temo que no sabes mucho de matemáticas —dijo el profesor.

—Pues yo me temo que usted no conoce a mi padre —replicó Ernie.

9

¿Por qué fuerzo las situaciones e impongo mi voluntad en lugar de aceptarlas y dejar que ocurran las cosas?

La educación de los seres humanos es tan dañina, tan atroz que todo lo que de significativo y valioso hay en ti lo sustituye por crueldad, violencia y deseo de dominación. La sociedad entera apoya esa destrucción de tu inocencia; le favorece.

Forzar algo simplemente significa que lo fuerzas en tu contra. Eso provoca la esquizofrenia, la personalidad dividida que lucha contra sí misma. Es el recurso más feo y destructivo de que se han valido los intereses creados en el transcurso de miles de años. Encontraron una clave sencilla para destruir al individuo. El individuo representa un peligro, un peligro para la explotación, un peligro para la esclavitud, para cualquier clase de imposición. Un individuo moriría antes de someterse.

La individualidad tiene una dignidad... Pero al hombre se le ha arrebatado su individualidad con un recurso muy sencillo. Solo hay que poner al individuo en conflicto... y como dice el antiguo proverbio, «divide y vencerás».

Luchas continuamente contigo mismo porque te han inculcado ideas absurdas sobre ti mismo: tienes que elegir entre tu naturaleza, sentirte a gusto con la naturaleza, y miles de años de condicionamientos... los condicionamientos que cada día ahondan más en tu ser.

Se condena el placer, se condena el no ser serio, se condena el ser juguetón. La humanidad entera se ha vuelto completamente seria, y la seriedad es una

enfermedad psicológica. Puede calarte hasta lo más profundo e incluso poner enferma tu alma.

No hay nada en el mundo por lo que haya que ser serio.

En la vida solo ocurren tres cosas. Una ya ha ocurrido, y no pudiste hacer nada al respecto: nacer. Otra es la muerte; aunque aún no ha ocurrido, tampoco puedes hacer nada al respecto. De modo que olvídate por completo de esas dos cosas, porque están fuera de tu alcance. Entre las dos quedan la vida, el amor, el júbilo.

No se puede eliminar fácilmente a una persona viva. La persona que ama tiene una visión clara y no se deja engañar por los políticos. Y a la persona que sabe ser juguetona no se la encontrará en una iglesia, un templo, una mezquita o una sinagoga. A esos sitios van los que han muerto antes de la muerte, los que defienden un punto de vista contrario a la vida, el amor, el juego, la alegría, contrario al universo entero.

Pero si esas condiciones llegan a cegarte, empezarás a reprimir en tu interior toda posibilidad de ser más alegre, más cariñoso, más dichoso, más extático. Es una lucha entre tu pasado y tú. El pasado es largo; se remonta a tus raíces mismas, pero si estás lo suficientemente alerta aún tienes tiempo de escapar de la red, de las cadenas del pasado.

La persona liberada del pasado es la única libre para vivir el presente.

Y hay que recordar algo insólito: que quien se ha liberado del pasado, como es completamente nuevo en este hermoso planeta, como un recién llegado, también se liberará, automáticamente, del futuro.

El futuro es una proyección del pasado. El pasado no tiene más existencia que el futuro, pero el pasado te proporciona ambiciones y deseos y toda clase de ideas absurdas de avaricia y deseo, y por eso empiezas a considerar el futuro como un refugio.

La realidad consiste solo en el ahora, el presente. No tiene nada que ver con el pasado ni nada que ver con el futuro. Está tan concentrada en el momento presente que, si puedes estar en ella, todo lo que estés buscando se cumplirá.

El momento presente es la puerta que se abre a lo divino.

Todos mis esfuerzos van encaminados a alejar a los míos del pasado y del futuro y lograr que accedan a la intensa belleza del presente.

Vive momento a momento, dejando continuamente atrás el pasado, como el polvo que se acumula en un espejo. Quien se siente satisfecho con el presente no se preocupa por el futuro. Piensas en el futuro porque tu presente es malo, porque sufres terriblemente. Para evitarlo, para no verlo, te centras en metas lejanas. Jamás alcanzarás esas metas. Te harás adicto a ambiciones y metas, pero recuerda que, dondequiera que estés, siempre estará el presente, no el futuro.

Si te has olvidado de vivir el presente, ya has muerto. Otra cuestión es que puedan pasar sesenta, setenta u ochenta años para que te entierren o te incineren en una pira funeraria... pero habrás muerto mucho antes. En cuanto pierdes contacto con el presente te sobreviene la muerte, pero si vuelves a establecer ese contacto, es posible la resurrección.

Solo el presente puede proporcionarte el espacio para relajarte y no forzar nada. Es el pasado lo que te imbuye una moralidad y unos ideales contrarios a la naturaleza. No puedes vencer a la naturaleza; es demasiado grande, mientras que tú eres una simple gotita en el océano de la naturaleza. La gotita no puede luchar contra el océano. Solo tiene que relajarse y hacerse una con él.

Desde mi punto de vista, el auténtico *sannyasin*, el buscador de la verdad, es el buscador del presente.

Preguntas: «¿Por qué fuerzo las situaciones e impongo mi voluntad?». Esas son ideas absurdas que te han impuesto. No tienes voluntad; la idea misma de la fuerza de voluntad es una falacia. La voluntad es cosa de la existencia. Puedes participar en esa voluntad si abandonas tu personalidad, tu separación; entonces tendrás la voluntad universal dentro de ti. No tenemos una voluntad individual, pero a tu ego le satisface que la gente te diga que tienes mucha fuerza de voluntad.

¿Qué es el hombre? Tan solo un puñado de polvo... Sí, hay algo presente en ese polvo, pero no te pertenece a ti, sino a la totalidad.

En segundo lugar, ¿por qué fuerzas las situaciones? ¿No has visto nunca un río bajando desde las montañas? Baja desde altas cimas en las que jamás se derrite la nieve, y atraviesa valles, atraviesa territorios desconocidos. ¿Adónde se dirige el río? Está completamente relajado, sin que ninguna meta lo someta a presiones, sin ningún sitio al que llegar. Y en cada momento disfruta de los árboles junto a los que pasa, de las montañas por las que desciende. Y un día, todo río, sin excepción, llega al mar.

Pero no toda persona es tan afortunada como él. La mayoría se pierde en el desierto y se evapora en una pira funeraria. Solo unos cuantos, los bienaventurados, llegan al mar. El secreto es tan sencillo y evidente que no lo comprendes.

¿Quién eres tú para forzar las situaciones? ¿Qué poder posees para forzarlas? Las situaciones surgen de la existencia misma. Lo más sensato es estar de acuerdo con ellas, no en desacuerdo. Si estás de acuerdo con las situaciones, podrás remontarlas, pero en cuanto empiezas a luchar... eres algo tan minúsculo y el universo es tan inmenso que no existe posibilidad de que venzas. Entonces llega la frustración, y tras ella el dolor, el sufrimiento.

Sé como una nube blanca que atraviesa el cielo sin deseos de llegar a ninguna parte. No hace falta; ya estás allí. ¿Qué más quieres? Y si el viento sopla hacia el sur, la nube blanca irá hacia el sur. Cada momento flotando allá arriba, en el cielo, es tal éxtasis que ¿qué más da la dirección, sur, norte, este u oeste? Y si de repente cambia el viento y vuelve a soplar hacia el norte, la nube no se queja, no dice que es ilógico ni que «nos dirigíamos hacia el sur y de repente, sin razón alguna, te pones a soplar hacia el norte otra vez». Sin la menor resistencia, la nube empieza a moverse con el viento, adondequiera que vaya. No hay conflicto entre la nube y el viento.

Y ese debería ser el punto de vista de todo buscador de la verdad: ningún conflicto con la naturaleza, ningún conflicto con la existencia, y todo el sufrimiento, toda la tensión, la angustia y la ansiedad desaparecerán por sí

mismos. Son creación tuya. Por supuesto, tú no eres totalmente responsable; son la herencia de un pasado largo, feo, antinatural.

¿Qué clase de situaciones intentas cambiar? El amor brota en tu corazón, pero, cuidado, porque la sociedad dice que el amor es ciego. Es encaprichamiento, una especie de esclavitud, y acabarás por arrepentirte, de modo que es mejor no permitir que surjan tales cosas desde el principio. Y como tu cabeza está llena de esta clase de moralidad, de puritanismo, empiezas a luchar contra tu corazón.

Tu cabeza y tu corazón no están juntos; ese es el problema.

Tu cabeza está llena de tonterías, unas tonterías que no son tuyas. Te las han transmitido tus padres, tu sociedad, tus maestros, tus profesores, tus sacerdotes, tus políticos. Tienes la cabeza llena de estupideces, y esa cabeza intenta imponerse al corazón, al que nadie tiene el poder de contaminar, de distorsionar.

Esa es la única esperanza para el ser humano: escuchar al corazón y seguirlo. Entonces tu vida se transformará en un peregrinaje dichoso.

Todos los métodos de meditación que enseño... en resumidas cuentas puede decirse que no son sino llevarte de la cabeza al corazón, de la lógica al amor, del ego a la ausencia de ego, de la separación a una profunda fusión con el todo.

El todo sabe... y el todo no sabe nada de tus ideales, no sabe nada de tus moralidades y conceptos del bien y el mal. Pero el milagro consiste en que, en el momento en que te fundes con él, todo es bueno y bello, todo va bien. *Satyam, shivam, sundram*: es verdad, es divino y posee una belleza que no es de este mundo.

10



La otra mañana, durante tu charla, tuve la sensación de que mi cara desaparecía. Era una sensación muy agradable, que me sorprendió y me dejó asombrado. ¿Podrías decir algo al respecto, por favor?

No era tu verdadera cara lo que desaparecía. Lo que desaparecía era tu máscara. Solo puede desaparecer la máscara. La verdadera cara se puede tapar, pero de ningún modo borrarse. Se emplea la máscara para tapar la cara; tenemos múltiples máscaras y las cambiamos según lo requiere la situación.

Si estás ante tu criado, te pones una máscara. Eres el amo. Cuando te enfrentas a tu jefe, te pones una máscara distinta: aunque te esté humillando, sonríes. La verdadera cara no puede sonreír, pero la máscara sí. En el fondo estás echando pestes, pero tienes que sonreír, porque, si no, pones en peligro tu trabajo.

Me han contado una historia sobre una oficina en la que el jefe solo estaba una hora, pero cuando llegaba reunía a todos los empleados y les contaba chistes. Únicamente sabía tres chistes, por lo que se producía una situación muy extraña. Aquellas personas habían oído los chistes miles de veces, pero cuando el jefe los contaba (porque solo se sabía tres, es decir, que cada chiste se repetía al menos dos veces a la semana) se reían a carcajadas y aplaudían como si fuera la primera vez que los oían. Incluso el jefe pensaba: «¿Qué pasa aquí? ¿Se les habrá olvidado?».

Pero un día se desveló el secreto. Una de las mecanógrafas no se rió. Todos se la quedaron mirando: ¿qué le pasaba? Siempre se había reído más que nadie...

El jefe también se sintió molesto, porque había contado un chiste y la chica ni siquiera sonreía. Le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—No me pasa nada —contestó la chica—. Me han ofrecido otro trabajo, y a partir de ahora me reiré allí, no aquí. Que sigan riéndose estos idiotas. ¡Es por sus chistes por lo que me cambio de trabajo! Estoy harta, porque ha contado los mismos chistes tantas veces que hasta me los repito a mí misma. Lo paso fatal... Por la noche, mientras duermo, repito el chiste y me despierto sudando. Esos tres chistes se han convertido en mi pesadilla.

»He cambiado de trabajo y he venido por última vez a ver qué se siente sin tener que reírse. Me siento muy bien porque por primera vez ve mi verdadera cara; lo que llevan todas estas personas que se ríen a carcajadas y sonríen de oreja a oreja son máscaras. En el fondo están echando pestes de usted y les gustaría cortarle el cuello. Saben que a menos que lo maten... Hablan a sus espaldas, y yo he oído lo que dicen. Piensan ... ¿cómo acabar con ese tipejo?, porque es él o nosotros. Esos tres chistes son suficientes para matar a cualquiera; ya lo llevan casi en la sangre, en los huesos, en los tuétanos. Incluso cuando están mecanografiando algo se olvidan de todo y se ponen a mecanografiar el chiste. Si tienes que oír lo mismo año tras año y fingir...

Lo que has sentido es muy hermoso. Ese es mi único anhelo, veros con vuestra verdadera cara.

Que desaparezcan las máscaras; sé tu mismo y te sentirás ligero, lo disfrutarás. Al principio quizá te quedes asombrado, pero como seguirá ocurriéndote una y otra vez, desaparecerá el asombro y la sensación agradable será más profunda.

Llega un momento en el que una persona es completamente verdadera, y entonces su vida se llena de dicha.

Te han obligado a ponerte máscaras porque se espera que actúes de una

forma determinada, que hables de una forma determinada, que vistas de una forma determinada. No tienes la mínima libertad. La sociedad te encarcela, por todas partes. Esa es tu esclavitud y ese tu sufrimiento, tu dolor y tu infierno.

Sal de tanta falsedad y sé simple, tan simple como los pájaros que cantan, como los árboles que disfrutan del sol, como los niños pequeños.

Llevaron al pequeño Hymie Goldberg a una sesión de espiritismo. Cuando llegó, la médium le preguntó si le gustaría establecer contacto y hablar con alguien.

—Me gustaría hablar con mi abuelita —contestó Hymie.

—Por supuesto, cielo —dijo la médium, y se sumió en un profundo trance. Se puso a gemir y a hablar con voz extraña, diciendo—: Soy tu abuelita que te habla desde el cielo... un sitio maravilloso en el firmamento... ¿Quieres preguntarme algo, Hymie?

—Sí, abuelita —replicó Hymie—. ¿Qué haces en el cielo si todavía no te has muerto?

La inocencia infantil.

El pequeño Ronnie se estaba haciendo mayor. Un día le preguntó a su madre:

—¿De dónde vienen los niños, mamá?

—Los trae la cigüeña —contestó la madre.

—Sí, pero ¿quién se tira a la cigüeña, mamá?

11



¿Cómo puedo dejar el ego a la puerta de casa? Me sigue como una sombra e incluso se esconde detrás de mí para que no lo vea.

La pregunta demuestra que no has comprendido el significado del ego. No es nada visible ni tangible, ni siquiera una sombra que te sigue. Es algo que se te coloca encima de la cabeza, y por eso no puedes verlo. Es todo lo que conoces de ti mismo, tu nombre, tu respetabilidad, tu poder; cuanto tienes es tu ego.

El ego es simplemente una creación mental, y comprenderlo supone un proceso muy sutil. La sociedad en la que te has criado no quiere que te conozcas a ti mismo, pero sería muy peligroso no permitirte que te conocieras a ti mismo y dejarte en un estado caótico. El peligro radica en que en ese caos podrías empezar a buscarte.

No se puede vivir en el caos. Hay que encontrar el ojo del huracán, porque es una necesidad primaria para sobrevivir. La sociedad crea el ego como sustituto de tu ser, y, por su parte, la mente crea la idea del yo, del ego. Ese sustituto es absolutamente imprescindible para mantenerte alejado de ti mismo, porque cuando llegas a creerte que eso eres tú, no se plantea la cuestión de buscarte a ti mismo. Es lo que les ha ocurrido a millones de personas que han vivido en este planeta y lo que les sigue ocurriendo hoy en día a millones de personas. Actualmente hay más ignorancia que nunca en el mundo, debido a la población.

Hay cinco mil millones de imbéciles en el mundo. Es algo que no había ocurrido nunca; es algo completamente nuevo. Vives en un mundo muy especial, en el que cinco mil millones de personas no saben nada de sí mismas. La

ignorancia no ha sido jamás tan tremenda ni la noche tan larga como en la actualidad. Pero aparte de lo que pase en el mundo, cada individuo es capaz de salir de esa oscuridad. Lo primero que ha de comprender es que no se conoce a sí mismo, y que lo único que sabe de sí mismo son las opiniones que le imponen los demás.

Alguien te dice: «Eres muy inteligente», y te resulta tan gratificante creértelo que te lo crees. Hace falta un enorme valor para desvincularte de cuanto has creído ser.

Tú eres el ego; por consiguiente, te resulta difícil dejarlo a la puerta de tu casa. Como no conoces nada de ti salvo el ego, si lo dejas fuera te dejarás fuera a ti mismo. Podrás dejarlo a la puerta únicamente si comprendes su estructura.

Mantenerte ocupado, haciendo cosas, es un falso sustituto para no tener tiempo, no tener fuerzas, no tener necesidad de buscar tu auténtico ser. En resumidas cuentas, eres completamente falso.

Yo no creo en los términos medios. O eres real o eres irreal; no cabe la posibilidad de que una mitad de ti sea real y la otra mitad irreal. Lo real y lo irreal no pueden coincidir. No es posible que cierto porcentaje de ti sea real y el resto irreal. Es imposible. La ley de la consciencia no lo admite. Lo real y lo irreal jamás coinciden.

¿Has visto alguna vez que coincidan la luz y la oscuridad? O hay luz o hay oscuridad; no pueden estar al mismo tiempo en tu habitación, la una a este lado y la otra al otro lado para que puedas disfrutar de la luz y de la oscuridad al mismo tiempo.

El meditador entra en su mente y se pone a observar cómo funciona. El hecho mismo de observar la mente le hace consciente de que él no es la mente, que no es parte de la mente. El meditador es una entidad lejana, cualitativamente distinta, un simple observador: en otras palabras, un simple espejo que solo refleja la realidad pero en el que no deja huella ninguna realidad.

Si se presenta ante él la cara fea, muestra sin juzgar la cara fea en todos sus detalles, sin condenarla. Y cuando aparece la cara hermosa, tampoco la evalúa ni

la reconoce. Refleja la cara fea y la cara hermosa por igual, como un testigo imparcial, lejano, como un reflejo.

En cuanto te conviertas en testigo no sentirás la necesidad de dejar el ego a la puerta de tu casa. Aun más: el ego te habrá dejado a ti e, incluso si vas tras él, no lo alcanzarás.

De modo que hay que comprender el proceso correctamente. El ego no es como el paraguas, los zapatos o el impermeable que dejas a la entrada. El ego está escondido dentro de tu mente. Naturalmente, no puedes dejarte la cabeza fuera, y el ego va contigo adondequiera que vayas.

Hay que comprender el ego, y al comprenderlo desaparece. Solo un testigo sabe que el ego es una falsa entidad, y no hay por qué luchar contra una falsa entidad.

¿Acaso luchas contra la oscuridad? Cuando entras en tu casa a oscuras, ¿luchas contra la oscuridad para echarla de allí? ¿Sacas la espada para cortarle la cabeza? Si haces semejante tontería simplemente demostrarás lo poco inteligente que eres. No podrás ni siquiera rozar esa oscuridad de tu casa. No puedes meterla en unas bolsas, sacarlas y tirarlas al jardín del vecino.

Con lo negativo no se puede hacer nada directamente. Si quieres hacer algo con lo negativo, haz algo por lo positivo. Cuando no quieres que haya oscuridad en tu habitación das la luz, sin preocuparte por la oscuridad. El enfoque es completamente distinto. Das la luz, y en cuanto aparece la luz se desvanece la oscuridad.

Lo mismo es aplicable a tu ego. No tiene existencia propia; es un falso sustituto que te han dado para que puedas seguir jugando con él y te olvides por completo de la búsqueda del ser real. Y las exigencias de ese falso ego son enormes; jamás quedan satisfechas. Pedirá dinero, pedirá respeto, poder, y tú lo satisfarás, pero seguirá vacío.

No se puede contentar a un egoísta. El ego es como una herida abierta, que no para de hacerse más grande. Cuanto más intentas llenarlo más descubres que

está vacío y más te exige. Te conviertes casi en esclavo de una falsa identidad. Desperdicias toda tu vida en las ambiciones creadas por el ego.

El ego es lo más peligroso que ha inventado la sociedad. Cuando quieras abandonarlo... y no pienses en esos términos de «abandono», porque la palabra te da la idea de que es algo, y no es nada. No puedes abandonarlo, no puedes dejarlo. Tienes que enfrentarte a su realidad.

En la meditación profunda tienes que transformarte en testigo del funcionamiento de la mente, porque el ego es el conjunto de los productos secundarios del funcionamiento de tu mente. Sus pensamientos, sus deseos, ideologías, prejuicios, políticas, filosofías, religiones... todo contribuye de una u otra forma a crear cierto ego en ti.

Un profesor que tuve, el señor Das, era un filósofo de renombre no solo en la India, sino en casi todos los países. Había dado clases por todo el mundo, y volvió a la India para jubilarse. Solo lo tuve de profesor tres meses; al cabo de los tres meses se jubiló, pero fue una época de grandes revelaciones, para él y para mí.

El primer día, cuando entró en el aula, yo estaba sentado en su silla. Parecía tan incómodo, allí de pie junto a mí, y yo estaba tan tranquilo... que los alumnos se echaron a reír y él preguntó:

—¿Qué pasa aquí?

Yo contesté:

—No pasa nada. Esta silla me resulta más cómoda que las demás, y no soy imbécil. Puedo elegir lo que me conviene.

Dijo:

—Es usted muy raro. Esta silla es para el profesor.

Repliqué:

—Pues sin problemas. Yo daré la clase. ¿Cuál es el problema? Si esta silla es para el profesor, el profesor está sentado en ella. Puede usted buscar otra silla y sentarse.

Era un anciano, un filósofo reconocido mundialmente, y su ego se sintió

terriblemente herido. Dijo:

—No sabe con quién está hablando.

Dije:

—Lo sé perfectamente. Es usted quien no sabe con quién está hablando.

No me levanté de la silla. Le dije que hiciera lo que quisiera; que fuera a ver al vicerrector, que hiciese venir al vicerrector...

—Voy a quedarme en esta silla.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó.

—Viene a demostrarle que lo que le molesta no es que yo esté sentado aquí, sino su ego. Si lo reconoce, me levantaré de la silla. Si no lo reconoce, puede traer a quien quiera para que lo ayude, pero o poco conozco a los alumnos, o ellos no van a ayudar —repliqué.

Esperó unos momentos. En el aula reinaba un silencio absoluto. Todos temían que si aparecía el vicerrector yo tendría problemas: me expulsarían inmediatamente. Ya me habían expulsado de muchos sitios, pero yo seguía haciendo cosas raras. ¿Qué necesidad tenía de sentarme en aquella silla?

Pero no cabe duda de que el señor Das era un hombre inteligente. No salió de la clase. Dijo:

—Quizá tenga razón. Es mi ego lo que me hace daño. No tiene nada que ver con la silla.

Repliqué:

—Entonces puedo levantarme. Pero recuerde que solo le quedan tres meses en esta universidad antes de jubilarse. Le vendrá bien jubilarse, pero no se lleve al ego. Déjelo aquí, en esta silla, y que lo utilice otra persona.

Me levanté de la silla, y el profesor se sentía tan confuso que dijo a los alumnos:

—Hoy no voy a poder dar clase.

Y, dirigiéndose a mí, añadió:

—Me gustaría que me acompañara a mi casa. Quiero hablar de algunas cuestiones muy importantes con usted.

El profesor no estaba casado. Había escrito muchos libros, muy buenos, y antes de conocerlo yo había leído todo lo que había escrito. Fuimos a su casa en su coche. Por el camino me dijo:

—Siento no haber comprendido su propósito. No cabe duda de que tengo un enorme ego, que ha ido creciendo a medida que se me respetaba en el mundo de la filosofía. Tendrá que ayudarme a librarme de él. Yo también noto cómo me tortura, también noto su carga, pero no sé qué hacer con él.

Nunca había pensado en la meditación. Los filósofos no meditan; enfocan la vida intelectualmente. Piensan y piensan sobre todas las cosas imaginables, pero jamás se convierten en testigos de ninguna experiencia, sobre todo la experiencia de los procesos interiores de su pensamiento.

Si de verdad quieres librarte del ego, tendrás que profundizar tanto en las meditaciones que llegues a interponer una distancia entre tu mente y tú. Verás inmediatamente la falsedad del ego, y, en cuanto la veas, desaparecerá. No es que puedas abandonarlo, sino verlo, comprenderlo, ser testigo de él... y entonces desaparecerá él solo.

El pequeño Elmer estaba en la sección de juguetería de unos grandes almacenes trasteando con los últimos juegos electrónicos para niños. Por los altavoces dieron un aviso: «Ethel Evan no sabe dónde está su hijo, Elmer Evan. Rogamos a Elmer que acuda inmediatamente al despacho del gerente».

Elmer estaba de lo más deprimido.

—Vaya, hombre —murmuró—. Otra vez perdido.

Pero en realidad todo el mundo está perdido, perdido porque no sabes quién eres, porque no has encontrado tu ser, porque no eres un individuo real, integrado, sino solo una personalidad falsa.

Un inglés fue abandonado en una isla desierta donde lo cuidó una preciosa

nativa. La primera noche le dio las bebidas más exóticas. La segunda noche le ofreció la comida más exquisita que se pueda imaginar. La tercera noche le dijo:

—Y ahora, ¿te gustaría jugar a un juego conmigo?

—¡No me digas que aquí también tenéis fútbol! —exclamó encantado el inglés.

Estos ingleses...

Todo el mundo ha desarrollado cierto ego, y el ego te domina en todas las esferas de la vida. Te dicta tu modo de vida. Te dicta lo que está bien y lo que está mal. Y si miras en profundidad, el día que seas capaz de ver tu ego como una falsa entidad sentirás lástima de ti mismo por haberte dejado dominar por una falsa entidad durante toda tu vida. Entonces podrás ver que lo que te han dicho que está bien no es sino alimento para el ego, y que lo que te han dicho que está mal no es sino privación de alimento para el ego.

Todo el bien y todo el mal, todos tus actos morales e inmorales pueden delimitarse con una sola cosa, una definición que quizá no se te haya ocurrido jamás. Cuanto satisface tu ego es moral, virtuoso, espiritual, religioso, y cuanto va en contra de tu ego es una vida pecaminosa, un modo de vivir en la delincuencia, inmoral, no espiritual, condenable. No satisfacer las exigencias del ego honra a una persona.

Cuando te transformas en testigo ves esa sutil estrategia, esa psicología de destruirte y mantenerte alejado de ti mismo y del centro mismo de la existencia.

Tu ego es tu infierno, tu ego es tu sufrimiento, tu ego es el cáncer de tu alma. La única forma de salir de él es convertirte en testigo de los procesos de tu mente.

12



La otra noche, durante tu charla, me di cuenta de lo terco y cabezota que soy. Siempre hay un «pero» dentro de mí y no sé cómo superarlo. ¿Cómo puedo rendirme por completo a ti?

Tu pregunta es sumamente interesante. Dices: «La otra noche, durante tu charla, me di cuenta de lo terco y cabezota que soy». En cuanto uno se da cuenta de que es cabezota, deja de serlo, porque está utilizando la cabeza. Y también te has dado cuenta de que eres terco. Me gustaría decirte humildemente que no lo eres, porque una persona realmente terca superaría cualquier «pero», por grande que fuera. Supondría un reto para su terquedad.

Dices: «Siempre hay un "pero" dentro de mí y no sé cómo superarlo». ¡Pues ponte terco y cabezota y supéralo!

Además, yo no te he pedido que abandones tus «peros» y «sin embargos». No puedes hacerlo... tu mente es esquizofrénica, está siempre dividida en direcciones diametralmente opuestas. Una parte de la mente dice una cosa y la otra parte la contradice de inmediato; ese es el «pero». Una parte quiere terminar la frase pero la otra parte la interrumpe.

No te he pedido que lo abandones, que lo superes. Me has interpretado mal. Lo único que quiero es que comprendas lo que te ocurre. Con comprenderlo bastará para disipar la oscuridad.

Así habla el ego: ¿Cómo superar? ¿Cómo abandonar? Todo «cómo» surge del ego. La persona de buen entendimiento simplemente se pregunta: ¿Dónde está el ego, dónde están todos esos «peros» y «sin embargos»?

Sencillamente han desaparecido. A la intensa luz de la conciencia no pueden

existir tales cosas.

Y por último dices: «¿Cómo puedo rendirme por completo a ti?».

¿De dónde has sacado la idea de que tienes que rendirte a mí? Tienes que rendirte a la existencia, no a mí. Esa es mi continua pelea con todas las religiones, porque todas quieren que te rindas a ellas.

Hace unos meses el Papa incluso declaró que no les está permitido a los católicos confesarse directamente con Dios. Dice que es uno de los mayores pecados. Tienes que hacerlo por el canal adecuado. En primer lugar, tienes que confesarte con el sacerdote, que tiene línea directa con Dios, y después él hablará con Dios a tu favor, pero tú no puedes hacerlo directamente.

Ni siquiera te permiten a Dios... Tienes que someterte al sacerdote, al Papa, al *shankaracharya*, al imán, al profeta. ¿Y quiénes son esas personas? Probablemente, las personas más egoístas del mundo, cuyo ego disfruta de ser profetas, que disfrutan con la idea de haber venido a salvar el mundo, de ser los salvadores que disfrutan de la idea de ser el único hijo engendrado por Dios. No tienen ninguna prueba, ni siquiera una partida de nacimiento. Esas personas parecen egoístas muy piadosos, y tras su piedad se oculta el ego.

Yo no soy ningún salvador. Rendirse a mí es completamente inútil. Yo no soy profeta, ni siquiera primo lejano de un dios. Soy simplemente yo.

¿Y comprendes la responsabilidad de rendirte a alguien? Porque también estás sometiendo tu libertad, convirtiéndote en esclavo en nombre de la religión y la espiritualidad. Y esa esclavitud es mucho más profunda que la normal, cuando esclavizan tu cuerpo. Es una esclavitud espiritual. Puedes rebelarte contra la esclavitud física, que te ha sido impuesta por otros.

Esa esclavitud espiritual la has aceptado tú. Te has sometido a alguien: un Jesucristo, un Buda Gautama, un Mahavira... ¿Cómo puedes rebelarte? En el transcurso de dos mil años no se ha rebelado contra Jesucristo ni un solo cristiano; en el transcurso de veinticinco siglos no se ha rebelado contra Buda Gautama ni un solo budista. El hecho es que tú mismo te has sometido, y no lo consideras esclavitud.

Yo no te he pedido que te rindas a mí ni siquiera parcialmente, y mucho menos por completo.

Ríndete a la existencia, a las estrellas, los mares y las montañas, y ellos no te mantendrán en cautiverio. Te darán libertad y te cubrirán de bendiciones. La existencia entera se convertirá en tu hogar.

Ríndete al todo. Esa rendición tiene cierta importancia, porque desaparece el ego. Y la rendición solo puede darse por completo; no puede ser parcial. No puedes decir «me rindo a la existencia al veinte, al treinta por ciento»; no es un trato comercial. No es negociable. O el ciento por ciento o el cero por ciento: esas son las dos únicas alternativas.

Pero recuerda que jamás debes rendirte a una persona. Por mucho que alardeen, todas están hechas de la misma sangre y la misma carne que tú. Solo algunos especialmente astutos, falsos e hipócritas se aprovechan de tu inocencia, dicen que eres una de sus ovejas y se hacen pastores. Y a ti te gusta que te llamen oveja, no te sientes humillado y no comprendes que te están insultando espiritualmente. Por el contrario, piensas que es algo para alegrarse que el pastor, el único hijo de Dios, te haya aceptado.

En primer lugar, no existe prueba alguna de Dios; en segundo lugar, tampoco existe prueba alguna de que tenga esposa; en tercer lugar, tampoco existe prueba alguna de que haya engendrado un hijo. En las escrituras se le califica de omnipotente... ¿y se conforma con dar vida a un solo hijo durante toda la eternidad? Y no creo que sepa nada de métodos de control de natalidad, porque no existían al principio, cuando estaba creando el mundo. Él no los creó, desde luego.

Ni Dios existe, ni existen los mensajeros de Dios, ni los profetas de Dios, ni los hijos únicos engendrados por Dios. Todas esas personas solo tienen una cosa más que tú: sus enormes egos, tan grandes que llegan a autoconvencerse de cualquier ilusión, de cualquier alucinación. La mejor manera de convencerse de una ilusión es transmitírsela a la gente. Cuando unas cuantas personas empiezan a creer en ti... y siempre hay gente dispuesta a creer. La gente cree en cualquier

cosa: visitantes interplanetarios de diez centímetros de estatura, de color verde, que vienen a la tierra...

Los seres humanos están dispuestos a creerse cualquier estupidez porque están tan vacíos que si algo parece llenarlos... A quien se está ahogando, incluso una pajita le parece una tabla de salvación. Se aferra a la pajita, sabiendo perfectamente que no podrá salvarlo y que, por el contrario, la arrastrará con él río abajo.

Todas tus creencias no son sino pajitas a las que te aferras porque sabes que te estás ahogando.

No quiero que os rindáis a mí. Va en contra de mi consciencia. Sois mis compañeros de viaje; no puedo degradaros ni puedo humillaros. En todo caso puedo daros más dignidad y autoestima. Esa es para mí la verdadera función del maestro. Solo los farsantes, los falsos maestros, exigen sometimiento. Cierto, yo también predico el sometimiento, pero no a mí, sino al todo. Y os resultará más fácil someteros a ese cosmos infinito, hermoso. Así desaparecerán los «peros».

Pero jamás te sometas a lo que no sea el todo. Si lo haces, serás un esclavo. Esa es la esclavitud a la que está sometida la humanidad desde hace miles de años.

Yo enseño la libertad, no la esclavitud. Yo os enseño la totalidad en la forma de vivir, y os enseño el respeto, el amor y la gratitud hacia el todo.

Debes de haber sacado esa idea de las falsas escrituras que continuamente escriben los ignorantes. Son tan ignorantes que no pueden tener conciencia de su propia ignorancia, y por eso no paran de proclamar tonterías. Como esas cosas se han repetido muchas veces, casi han llegado a ser verdad.

Cuidado con la psicología de las masas y cuidado con el pasado de la humanidad. Es feo, terriblemente feo. Por desgracia lo heredamos, pero por suerte pueden desheredarnos. Puedes desvincularte del pasado y empezar una vida con un enfoque completamente distinto que esté en sintonía con la existencia, no en sintonía con la Biblia, ni con el Corán, ni conmigo, sino en sintonía con la existencia en su totalidad.

A menos que sintonices con el pulso universal, hagas lo que hagas no podrá decirse que sea espiritual. Será alguna clase de esclavitud, quizá nueva, pero la esclavitud es la esclavitud, antigua o nueva.

Bridget y Maureen volvían de la iglesia, donde el sacerdote acababa de dar un sermón sobre la vida marital.

—¿Qué te ha parecido el sermón? —preguntó Bridget.

—Ojalá supiera yo tan poco del matrimonio como él —contestó Maureen.

Es un mundo extraño. Quienes no están casados, quienes han hecho voto de castidad para toda la vida, enseñan a los demás la vida marital, y esos idiotas los llaman «padre». ¿Padre de quién?

Todas las escrituras religiosas que enseñan a vivir son obra de personas que han renunciado a la vida. No conocen ni los rudimentos de la vida y son unos cobardes, porque han huido de la vida, de sus luchas y sus retos, y predican el significado esencial de la vida, los fundamentos de la vida.

Personas que no han amado a nadie escriben auténticos tratados sobre el amor. Qué mundo tan raro. Y esas personas tan raras no se paran a pensar ni un momento que no tienen autoridad para hablar sobre algo que no han experimentado, pero satisface el ego predicar y aconsejar, aunque no se tenga ni idea de lo que se habla.

En una ocasión me invitaron a una conferencia religiosa. Antes de mí habló un monje jainista que dijo cosas preciosas, pero noté sus vibraciones... Repetía las cosas como un loro. No sabía nada. Lo demostraban sus ojos, su cara, sus gestos, sus palabras. Eran huecas, vacías, aunque estuvieran sacadas de las escrituras.

Yo tuve que hablar después. Acababa de llegar a aquella ciudad y el monje que había hablado antes que yo era muy famoso en la zona, o sea que en realidad

habían ido a oírlo a él. Yo era demasiado joven y un perfecto desconocido en la región; era la primera vez que iba a la ciudad. En cuanto el monje bajó del estrado, la gente empezó a marcharse.

Tuve que gritar por el micrófono que se quedaran donde estaban. Naturalmente, nunca habían oído a un hombre así. Les dije:

—Volved a vuestros asientos. No me conocéis... Dejadme cinco minutos y después os ordenaré que os marchéis. A los cinco minutos me callaré y quien se quiera marchar deberá hacerlo inmediatamente... pero tengo absoluto derecho a cinco minutos. Me habéis invitado y os estáis portando mal conmigo.

Todos se sentaron, pensando: «Qué hombre tan raro. A lo mejor hay algo que...». Y en esos cinco minutos critiqué al monje que había hablado antes que yo. Dije:

—En primer lugar, no sabe de lo que habla. —Los asistentes se quedaron horrorizados, porque todos respetaban a aquel anciano (tenía casi setenta y cinco años). Y añadí—: Aunque tiene setenta y cinco años, está muy retrasado. No sabe interpretar las escrituras que ha citado. Sus interpretaciones son malinterpretaciones, y voy a rebatirlo punto por punto. —Después dije—: Ya han pasado cinco minutos. Quien se quiera marchar, que se marche inmediatamente.

De casi diez mil personas no se marchó ni una. Era difícil marcharse; querían saber qué iba a decir exactamente contra el monje.

Rebatí cuanto había dicho el monje, con todo detalle, sin que fuera posible añadir nada más. El monje debía de ser un hombre sincero...

Tras la reunión el viejo monje me envió a dos mensajeros con un recado: «Me gustaría conocerlo porque es la primera vez en mi vida que alguien me contradice. Todo lo que he citado estaba ensayado y repetido, y llevo años predicando, de modo que es casi mi profesión. Pero no había nada espontáneo, ni nada se basaba en mi propia experiencia, porque no sé lo que es la consciencia, lo que es la meditación. Solo le pido que me conceda una cosa, porque soy el jefe de mi comunidad y no me permitirán que vaya verlo al sitio donde usted se

aloja. Ya están enfadados con usted porque ha contradicho en todo a quien ha sido su maestro durante tanto tiempo. Pero como yo no los apoyo, y digo que tiene usted razón, no pueden hacer nada. Sí pueden hacer una cosa, y me lo han dejado muy claro: “no puedes ir a ver a ese hombre. Si quieres verlo, invítalo a tu casa. Se trata del prestigio de nuestra comunidad”».

Así que cuando aparecieron dos desconocidos, les dije:

—No hay ningún problema. Yo no pertenezco a ninguna comunidad y no estoy encadenado a nadie. Soy un hombre libre y puedo ir a cualquier sitio. Nadie me lo puede impedir. Estoy dispuesto a ir con vosotros.

No pensaban que fuera a resultar fácil. Fui, y había una gran multitud con gran expectación y gran temor de que pasara algo, pero al verme llegar solo no dieron crédito, porque a mí me habían contado que estaban terriblemente enfadados conmigo.

Su maestro, su profesor, el hombre al que se habían sometido, había sido humillado, aunque yo no lo había humillado. Era mi forma de demostrarle respeto: llevarlo a su realidad, despertarlo... eso no es humillante. Y cuando entré en el templo en el que estaba, me dijo:

—Me gustaría hablar con usted a solas. Por favor, marchaos todos y cerrad la puerta.

Cuando se cerró la puerta, aquel anciano (aún veo su cara y sus lágrimas), se echó a llorar como un niño.

—No desespere. Aún hay tiempo —le dije.

Él replicó:

—Pero he perdido setenta y cinco años... y nadie me había dicho que solo repito cosas como un papagayo. Al principio también sentí cierta rabia, y el ego herido, pero después pensé que era mejor escuchar todo lo que tenía usted que decir. Y mientras lo escuchaba, poco a poco comprendí que tenía razón... que no me conozco a mí mismo. Y sin conocerme a mí mismo he estado predicando cosas a la gente, algo que cuando no te conoces a ti mismo no es solo un crimen, sino un pecado.

Sharon estaba sujetando a Paddy ante el altar el día de su boda cuando el sacerdote anunció que no celebraría la ceremonia mientras Paddy estuviera borracho.

—Llévatelo de aquí y tráelo cuando esté sobrio —le dijo a Sharon.

—Pero, padre, cuando esté sobrio no vendrá —se lamentó Sharon.

¿Quién se casaría estando sobrio? Es una especie de borrachera, una especie de inconsciencia. En tu inconsciencia, hablas de someterte por completo... Has oído esas palabras... y quizá me las hayas oído a mí, pero les has dado el significado que tú querías.

Rendirse a mí significa traspasarme tu responsabilidad, y no hay forma de que ningún individuo realice tu viaje espiritual por ti. Un día te sentirás frustrado, después te enfadarás conmigo y por último me maldecirás porque has malgastado diez años y no has llegado a ninguna parte. Es una estupidez tan grande... pero no admitirás que desde el principio habías elegido un camino equivocado.

No has escuchado bien lo que digo. Oyes lo que quieres oír. Rendirse al todo... Piensas que no puedes condenar el todo un buen día si no pasa nada. La gente se reirá de ti y te dirá: «¿Qué es eso del todo? Las estrellas, el sol, la luna, el cielo, las montañas, los ríos.... ¿Tú crees que van a transformarte?». Se reirán de ti, pero yo quisiera decirte que solo ese sometimiento puede obrar una transformación en ti.

La transformación no la producen las estrellas, ni las montañas, ni el todo. La transformación se produce gracias a tu rendición y tu totalidad, pero recuerda el significado de sometimiento y totalidad. Diez años o diez vidas.... no puedes volver si la rendición es total. Tú no puedes retractarte de tu rendición un día y decir «He dejado de estar rendido». Si haces eso, quiere decir que todo ese

tiempo en el que pensabas que lo estabas no era cierto. La rendición es absoluta, incondicional, no puedes retractarte. Por eso insisto en la totalidad. No retengas nada. Dáselo al todo al que pertenece.

Tú has salido del todo, eres de ese todo. El todo nutre cada momento de tu vida. Deja que el todo se apodere de tu vida completa, totalmente, y a su debido tiempo, en el momento adecuado, llegará la primavera y brotarán las flores.

III
VIVIR

Intensa y apasionadamente



Hay que vivir la vida tan total e intensamente que puedas exprimir el jugo de cada minuto sin dejarte ni una sola gota. Solo una vida así es auténtica, grandiosa; solo una vida así no llega al final con la muerte, sino que en el momento de la muerte llega a las puertas de lo divino.

13



¿Por qué este terrible miedo a sentirme realmente vivo?

El miedo a sentirse realmente vivo no es el miedo a la vida, sino un miedo encubierto a la muerte. Si estás vivo, morirás. La muerte es la culminación de la vida. El miedo a la vida no es fundamentalmente miedo a la vida; es el miedo a lo que te traerá la vida en última instancia, es decir, la muerte.

Pero la mente es muy astuta para encubrir las cosas y para indicar los caminos que no se deben seguir, que te alejan de la realidad de tu experiencia interior, subjetiva. ¿Cómo se puede tener miedo a la vida? ¿Por qué?

Lo único que tenemos es la vida: toda la música, toda la danza, todos los cánticos, la belleza y la búsqueda de la verdad son de aquel que está lleno de vida. ¿Qué temor a la vida puede existir?

Hay que vivir la vida tan total e intensamente que puedas exprimir el jugo de cada minuto sin dejarte ni una sola gota. Solo una vida así es auténtica, grandiosa; solo una vida así no llega al final con la muerte, sino que en el momento de la muerte llega a las puertas de lo divino.

La muerte es una experiencia compleja, como lo es la vida, e incluso quizá más compleja, porque la vida se extiende a lo largo de setenta u ochenta años y la muerte se condensa en un solo momento, en un segundo. Por su condensación... es un milagro. Los que no han vivido solo experimentan la muerte. Y quienes han vivido experimentan plenamente la liberación eterna en la consciencia universal; para ellos, la muerte es una amiga.

Pero empieza por la vida, porque la vida es el principio y la muerte el final. Si tienes miedo desde el principio no darás alimento al rosal, no le darás agua,

no lo cuidarás. No te aproximarás a él, no derramarás tu amor sobre él. El rosal se secará, morirá sin rosas, sin haber experimentado un hermoso momento de dicha o éxtasis. Se secará; no llegará a saber que tenía la posibilidad de una inmensa belleza y de la fragancia de las rosas. Naturalmente, ese estado es muy deprimente. Morirá angustiado, sin haber sabido lo que es la vida. Solo conocerá la muerte.

Hay que recordar lo siguiente, de simple lógica: si no vives la vida plenamente, tendrás que experimentar la muerte. Y la muerte es una ficción, pero la sentirás casi más que tu vida real, porque nunca has vivido la vida... Ha sido como un eco, débil, lejano; como mucho, habrá consistido en un sueño. Pero no has vivido realmente, no has amado realmente, no has bailado realmente. Siempre te has mantenido a distancia de dondequiera que hubiese una fuente de vida para rejuvenecerte; no te has permitido el rejuvenecimiento, no has permitido que la vida te visitara y fuera tu huésped.

Aunque parecía que estabas vivo, esa vida era solamente médica. Respirabas, hablabas, dormías, despertabas, trabajabas... los signos que la ciencia médica considera propios de una persona viva.

Pero los místicos saben mucho más que los médicos. Saben que son solo signos de vida, pero no la vida, y que puede existir la vida sin los signos de vida y que los signos pueden existir sin la vida.

Me acuerdo de un místico indio, Brahma Yogui. Estuvo aprendiendo una sola cosa durante casi treinta años, porque quería demostrar a la ciencia médica —él era médico— que los signos de vida no son sinónimos de vida. Qué mundo tan extraño. Lo expuso en Oxford, en Cambridge, en Harvard, en Tokio, en Calcuta.

Hacía lo siguiente. Se sumía en una meditación profunda, y el ritmo de la respiración iba disminuyendo lentamente, se le paraba el pulso, no se oían los latidos del corazón. Los médicos —los mejores médicos de esas universidades— lo reconocían, y hasta doce de ellos firmaban el certificado de defunción. Aquel

hombre presentaba todos los síntomas que la ciencia médica considera la muerte; no cabía ninguna posibilidad de que estuviera vivo.

Brahma Yogui ponía como condición que cuando lo dieran por muerto firmaran inmediatamente el certificado de defunción. Al cabo de diez minutos empezaba a respirar de nuevo, lentamente, recuperaba el pulso, volvía a latirle el corazón, abría los ojos despacio y sonreía a los médicos. Le dieron el certificado de defunción tantas veces, en tantos colegios médicos, en tantas universidades, que aquello llegó a ser un gran enigma. Los médicos no daban crédito; todos los síntomas eran clarísimos. ¿Cuál era su secreto?

Su secreto es conocido en Oriente desde hace siglos. No quiero que perdáis treinta años en demostrarlo, porque es inútil, pero en un nivel más modesto podéis experimentarlo mientras meditáis. A medida que la meditación se hace más profunda, la respiración se hace más lenta, silenciosa.

Sabes muy bien que cuando estás enfadado o te sientes humillado la respiración se acelera y se aceleran los latidos del corazón. Cuando te llegan buenas noticias, que te ha tocado a lotería, por ejemplo, el corazón te late tan fuerte que lo pueden oír hasta los vecinos. Sabes que con las emociones cambian los latidos del corazón, la respiración. En la meditación trasciendes las emociones, trasciendes los pensamientos. Naturalmente, la respiración se hace tan silenciosa que, a menos que intentes oírla desde muy cerca, es casi imposible.

En el zen, cuando el meditador llega muy profundo, la única manera de averiguar si está vivo o muerto consiste en ponerle un espejo ante la nariz. No se oye la respiración, pero en el espejo aparece un poco de vaho. Esa es la única señal de que está vivo.

Brahma Yogui demostró sin dejar lugar a dudas a casi todos los expertos del mundo que los signos de la vida son solo externos. La fuente de la vida puede permanecer tan silenciosa en el interior que no hay forma de reconocerla desde el exterior. Solo la persona con vida conoce su belleza, su luminosidad, su dicha,

pero esas cosas, la dicha, el éxtasis, no las puede detectar un estetoscopio. Ningún instrumento las percibe.

Si la vida puede disociarse de sus signos —esto no lo dijo Brahma Yogui; lo digo yo—, la otra posibilidad también se hace realidad. Podría ocurrir que millones de personas solo sufrieran signos de vida, mientras que dentro no tienen nada. Como robots, tienen fisiología, biología, química, un cerebro con un programa incorporado para funcionar durante setenta años. Seguirá funcionando.

Quizá os sorprenda saber que incluso en la tumba sigue creciendo el pelo, siguen creciendo las uñas, porque su proceso incorporado es tal que no necesita la vida. Si abres una tumba, te quedarás atónito: el pelo del cadáver es muy largo, y también las uñas. Quizá alucines y pienses: «¿Este hombre se ha muerto de verdad o nos ha engañado?».

Pero el mundo está lleno de cadáveres... Son cadáveres porque le tienen miedo a la vida. ¿Y por qué le tienen miedo a la vida? Porque si entran en el torrente de la vida, al final tendrán que enfrentarse a la muerte. Pero su lógica es absurda.

La experiencia de cuantas personas han vivido total e intensamente en el transcurso de la historia de la humanidad, de quienes han quemado la antorcha de su vida por ambos extremos, es que no encontraron la muerte. Estaban tan vivos que en el momento de la muerte se produjo una gran transformación. No mueren, no se quedan inconscientes; simplemente pasan a una nueva forma de vida, o si se han despertado hasta tal punto que no hay necesidad de otra forma de vida, pasan al universo sin forma. El universo entero se convierte en su cuerpo y su ser. Esa es la cima más alta que puedes alcanzar, pero si le tienes miedo a la vida, te resultará muy difícil.

En la India hay una planta muy bonita. También tiene un nombre muy bonito; se llama *chuimiu*, que significa «quisquillosa». Con solo tocar una hoja de la planta, esta se cierra inmediatamente, se cierran las dos hojas que la componen y parece completamente muerta. Se queda en situación de

emergencia. Hay algún peligro... y espera al menos quince minutos para ver si el peligro ha desaparecido. Después vuelve a abrir las hojas lentamente.

Si eres una *chuimui,* tan quisquillosa que en cuanto la vida se aproxima a ti te cierras, ¿para qué estás viviendo? Ya estás muerto. Las personas están muertas en diferentes grados: unas al ciento por ciento, otras al cincuenta por ciento, otras al treinta por ciento. Las más religiosas, las más virtuosas, las más moralistas, las más puritanas... no tienen más de un cinco por ciento de vida, o incluso menos. Los grandes santos menguan aun más; solo viven al uno por ciento, porque todavía respiran. Salvo eso, no muestran otros signos de vida.

El miedo a la muerte te aleja de la vida.

Pero la realidad es que si vives al ciento por ciento, o mejor si lo consigues un poco más, no te sobrevendrá la muerte. No experimentarás la muerte, sino solo un cambio de casa. Todos sabrán que has muerto, pero ¿qué tienes tú que ver con los demás? Tú sabrás que estás vivo, y más vivo que nunca, porque el cuerpo es un obstáculo, una jaula, una prisión.

La mente está cargada de porquería. No ves que tu consciencia lleva una carga casi himaláyica de milenios, hasta el punto de haberle doblado la espalda. En cuanto tu consciencia se libera del cuerpo, sale al aire abierto, bajo el cielo, bajo las estrellas. Y esa liberación es la liberación del pasado, porque el pasado se lleva en el cuerpo, en el cerebro.

La consciencia es siempre nueva, pero como estás identificado con el cuerpo, piensas que durante una época eres joven, después eres viejo y un día mueres. Es la identificación con el cuerpo lo que crea el problema.

Tienes que aprenderlo todo desde el principio: la vida, el amor, la risa.

La vida es muy corta; no la desperdicies con miedos. Sumérgete en las aguas más profundas de la vida. Solo la vida puede redimirte de la muerte. Lo que normalmente parece el final de la vida no es el final de la vida para quienes han despertado. Es el comienzo de una vida completamente nueva, mucho mejor, mucho más grande, mucho más luminosa.

Empiezas a enamorarte; vives al menos al diez por ciento. Empiezas a

disfrutar de la comida; estarás un poco más vivo. Empieza a disfrutar de la belleza que rodea el mundo, y estarás más vivo.

Mantente libre de las ataduras como el matrimonio, porque no conozco nada que se parezca tanto a la muerte como el matrimonio. Dos personas, las dos vivas, sentadas una junto a la otra, muertas... completamente muertas. Yo puedo distinguir desde lejos, al ver a una pareja andando, si son marido y mujer. Si les ves las caras largas, santurronas, es que son marido y mujer. Si los ves riendo, disfrutando, bromeando, la mujer es de otro hombre, o al revés, el hombre es de otra mujer.

Si realmente quieres estar cada día más vivo, aproxímate más a la intensidad y a la totalidad en todos los terrenos de la vida.

La vida es una bendición, no un pecado. La vida es un regalo, no culpabilidad. La vida es lo más grande que te da la existencia, gratis. Como no has pagado nada por ella, no reconoces su valor.

No pierdas ni un solo momento; cuando surja la oportunidad de bailar, no te quedes en un rincón como un simple espectador. Participa. Cuando la gente se ría, no participes solo por no parecer tonto; ríe de todo corazón. Que no te preocupe si los demás se ríen o no.

Deberíais fijaros en mi *sannyasin* Sardar. No le importa que los demás se rían o no; cuando le apetece reírse, se ríe. Es siempre el primero; después lo imitan los demás, poco a poco, pensando que si todo el mundo se ríe está bien, que no hay nada malo.

La meditación te ayudará a aproximarte a la vida. El amor te ayudará a acercarte a la vida, como también te ayudará la creatividad. Disfrutar de las pequeñas cosas que han sido condenadas por esos estúpidos llamados santos te acercará a la vida.

En el *ashram* del *mahatma* Gandhi estaba prohibido hasta el té. El té no es un gran pecado; contiene un poco de cafeína, pero no es un pecado. En ninguna escritura religiosa se dice que el té sea un pecado. Y para destrozar el paladar de la gente, Gandhi se inventó un *chutney*, una salsa. ¿Habéis visto los árboles del

neem? Probad las hojas y no lo olvidaréis jamás. Son lo más amargo del mundo. Gandhi obligaba a todos los del *ashram*... Comía con los demás, y comprobaba si les daban salsa de *neem*. Era una estrategia para destruir el paladar de la gente.

Un escritor estadounidense se estaba preparando para escribir la biografía de Gandhi y le permitieron alojarse en el *ashram* unas semanas. Recuerdo que lo que más trabajo le costó fue esa salsa de *neem*, dos veces al día. «El primer día no podía creérmelo... ¿Qué pasa, me están envenenando o qué? Después Gandhi me explicó las bondades de esa salsa: "En los *ayurvedas*, el *neem* se considera la planta más valiosa del mundo; posee grandes cualidades, purifica la sangre. Lo malo es que sabe fatal".»

Así que cuando Gandhi se lo explicó, al ser un recién llegado, probó un poco y dijo: «¡Dios mío!». Pensó que para no destrozar toda la comida sería mejor tragárselo de golpe, beber un poco de agua y disfrutar después de la comida.

Se lo tragó de golpe, y el *mahatma* Gandhi llamó al cocinero y le dijo: «Ya te decía yo que le iba a gustar. ¡Tráele otra ración!».

El biógrafo dijo: «Dios mío, ahora no voy a poder ni tragármelo».

La salsa de *neem* tenía sus virtudes porque uno de los puntos fundamentales del *ashram* procedía del jainismo: la insipidez. Esas son las personas que van en contra de la vida. La comida no tiene que saber a nada, no hay que llevar ropa bonita, no hay que disfrutar de las cosas cotidianas de la vida, como una cama cómoda, una casa bonita con un jardincito y sus flores.

¿Sabéis que en el *ashram* de Gandhi solo había macetas de trigo, porque no quería rosas? Las rosas son un lujo y representan el capitalismo, y lo que necesita la India es trigo. ¿Cuánto trigo pueden proporcionar dos o tres macetas a noventa millones de personas?

Pero era un símbolo de su mente y un símbolo de la mente de los llamados santos. Torturarse a sí mismo... y la única forma de torturarte es privarte de cuanto vive, ama, de cuanto es bello.

Debéis entender que yo lo enfoco todo desde la afirmación de la vida. Para mí, cuanto deniega la vida es irreligioso, y hasta la fecha todas las religiones han

sido irreligiosas en ese sentido. Deniegan la afirmación de la vida y, naturalmente, cuanto más te alejas de la vida, más muerto te sientes. Te limitas a arrastrarte desde la cuna hasta la tumba. Lo único de lo que puedes disfrutar es que la gente piense que eres un santo, para satisfacer tu ego.

Giles, un campesino, decidió hacer testamento. Reunió a sus tres hijos y les dio un pato a cada uno, indicándoles que quien vendiera su pato a mayor precio heredaría las tierras.

El primer hijo fue al mercado y vendió su pato por diez dólares.

El segundo hijo vendió su pato al vecino por quince dólares.

El tercer hijo, que tenía algo de soñador, llevaba su pato al pueblo cuando lo abordó una chica de una aldea y se ofreció a hacer el amor con él a cambio de que le diera el pato.

Resulta que se lo pasaron tan bien que la chica quiso devolverle el pato si volvía a hacer el amor con ella.

Con el cuerpo tembloroso después de aquella experiencia, cuando iba por un camino rural con su pato, un coche lo atropelló y mató el pato.

El conductor saltó del coche y puso un billete de veinte dólares en la mano del joven, mientras se disculpaba por haberlo atropellado.

El joven se incorporó y volvió a su casa, cansado y con la ropa hecha jirones. Giles le preguntó qué tal le había ido.

—En fin —dijo el chico—. Me han jodido por un pato, me han dado un pato por joderme y veinte dólares por un pato jodido.

Mira el lado más agradable de la vida, disfrútalo plenamente y desaparecerán todos tus temores. Solo la experiencia de la vida, del amor y la risa pueden disipar la oscuridad del miedo.

14



A veces tengo la sensación de que el sexo me ha abandonado, pero o no acabo de entenderlo o no quiero aceptarlo. ¿Puedes ayudarme a comprender qué me está ocurriendo?

La mente occidental ha olvidado por completo que el sexo no es la vida, y, por consiguiente, todos los nacidos en Occidente tienen en el inconsciente la idea de que cuando se acaba el sexo, se acaba todo. Y eso no es verdad.

Por el contrario, en el momento en que se desvanece el sexo empieza la verdadera vida. La rosa mística crece en la tumba del sexo. No te pasa solo a ti; le pasa a todo *sannyasin* que busque honrada y sinceramente la verdad.

El sexo es algo tan infantil, tan absurdo que si te haces una foto durante el acto sexual, te sorprenderán unas cuantas cosas: la mujer con la que estás haciendo el amor ha cerrado los ojos porque no soporta verte en semejante actuación, que resulta estúpida. Lo único que puede hacer es cerrar los ojos y dejar que pase ese momento espantoso. Y por eso la mayoría elige la noche para hacer el amor, salvo unos cuantos idiotas.

Te verás haciendo gimnasia, resoplando y sudando encima de la pobre mujer... y ni siquiera te avergüenzas de que una mujer frágil esté debajo de ti y tú encima de ella. Pero te metes tanto en esa actividad inútil que no te das cuenta.

Hay unas cuantas ciudades en Europa y Estados Unidos con restaurantes y hoteles que ofrecen una atracción muy especial. Me han hablado de un hombre que un día preguntó:

—¿En qué consiste esa atracción especial?

El encargado del local le dijo:

—La entrada es cara, pero si le interesa y tiene dinero, podrá hacer el amor con una mujer preciosa.

El hombre no pudo resistir la tentación; dio el dinero y lo llevaron a una habitación. Desde luego, la mujer era preciosa, y cuando empezaron a hacer el amor oyó unas risitas aquí, unas risitas allá. No entendía qué pasaba. Había hecho el amor muchas veces, pero esas risitas... y desde todos lados...

Cuando se encendieron las luces, vio lo que había preparado aquella gente. Había mirillas por toda la habitación, que era redonda, y la gente lo veía; de ahí salían las risitas.

—¡Dios mío! Los del restaurante me han tomado el pelo. —Salió y le dijo al encargado—: ¿Qué es esto? No me había dicho nada.

El encargado replicó:

—Se paga mucho más por ver el espectáculo. No pasa nada; mañana podrá verlo usted. ¿Y qué es un espectáculo sin espectadores?

Dio el dinero, porque pensó que los que se reían disfrutaban más que él, y al día siguiente se sentó ante una mirilla con lente de aumento y se lo pasó tan bien que él mismo se echó a reír. El que estaba a su lado viendo el espectáculo le dijo:

—¿De qué se ríe? Eso no es nada. Tendría que haber venido ayer. ¡El hombre estaba absolutamente enloquecido!

Se ha mantenido oculto el sexo durante siglos, en la oscuridad de la noche, con los ojos de la mujer cerrados. Cuando comienza, a los trece o catorce años de edad, es un mecanismo biológico para la reproducción. No tiene nada que ver contigo; estás en manos de las ciegas fuerzas de la biología. Y si comprendes las cosas suficientemente bien, calculo que cuando llegas a los cuarenta y dos empiezas a notar que el sexo te está abandonando. No que tú debas abandonarlo, y tengo que insistir en esto una y otra vez: no deberías dejarlo, porque esa es la única forma de mantenerlo vivo hasta el último suspiro.

Lo que harías abandonándolo es lo mismo que han hecho los monjes de todo

el mundo, hindúes, cristianos, budistas. Lo llaman celibato, un hermoso nombre para una fea realidad. Reprimen su sexualidad en nombre del celibato.

El sexo es una energía vital porque reproduce la vida. No puedes reprimirlo; encontrará formas perversas para salir al exterior, en la homosexualidad, en la sodomía. Y la perversión definitiva de todas las enseñanzas religiosas es el virus del sida. Es el resultado de ese supuesto celibato.

Pero nadie condena al Vaticano, nadie condena a los sacerdotes como responsables de que al menos diez millones de personas padezcan sida. Estos son datos solo del mundo occidental, porque en Oriente aún no existen los medios, los procesos ni los expertos para encontrar el virus. De modo que esos diez millones de personas pertenecen al mundo occidental.

Centenares de personas mueren a diario porque no existe curación para el sida; es una muerte lenta. En un período de entre seis meses y dos años, morirás lentamente. Morir rápidamente encierra cierta belleza, porque no sufres, pero quedarte colgado en una especie de limbo, sabiendo perfectamente que no hay curación, dos años de vida se convierten en una terrible pesadilla. No piensas sino en la muerte.

Si reprimes el sexo, no transformas la inmensa energía que contiene, pero si se acaba por sí mismo mediante las meditaciones, mediante el entendimiento, sin esfuerzo por tu parte, brotarán una belleza y una transparencia tales en tu ser que se hará realidad cuanto has soñado y pensado siempre.

Y, como acabo de decir, eso le ocurre a todo *sannyasin*. Yo lo llamo celibato únicamente cuando el sexo desaparece, no antes. Si lo fuerzas antes de que desaparezca por sí solo, sencillamente te perviertes. Es una ley fundamental de la vida.

Puedes cambiar el flujo natural de la energía de la vida, pero cuando se pervierte, se complica mucho. En primer lugar tienes que devolverla a su estado natural; solo entonces es posible la transformación. La perversión no se puede transformar.

No eres solo tú; tu antigua novia también me ha escrito, y dice: «¿Es posible

que me haya abandonado el sexo y yo no me haya dado cuenta?».

Parece muy difícil con los condicionamientos occidentales darse cuenta de la desaparición del sexo con alegría y considerarlo una bendición del más allá. Como los occidentales solo creen en el cuerpo material, el sexo es la única posibilidad de disfrutar de momentos de alegría orgásmica... y eso con suerte, porque hay muchos millones de personas que no tienen esa suerte. Solo muy de vez en cuando alguien vislumbra la alegría orgásmica. Lo prohiben los condicionamientos.

En Oriente, si el sexo desaparece por sí mismo, se celebra. Nos tomamos la vida de una manera completamente distinta; para nosotros no es sinónimo de sexo. Por el contrario, no eres maduro mientras se mantiene el sexo.

Cuando desaparece te llega una gran madurez, así como el verdadero celibato, el auténtico *brahmacharya*, y te centras. Y al quedar libre de las cadenas de la biología, que son las únicas cadenas que te hacen prisionero de las fuerzas ciegas, abres los ojos y ves la belleza de la existencia. En tus días de celibato te reirás de tu estupidez, de que alguna vez pensaras que es lo único que puede ofrecer la vida...

Está muy bien, y no solo muy bien, que desaparezca el sexo. A medida que desaparezca, descubrirás que en tu interior crece el amor auténtico. El sexo no es amor; es una falacia, una ceguera. Te dejas engañar por la biología, que te induce a pensar que eso es amor, pero una vez que ha desaparecido el sexo, tu vida entera queda redimida de su pasado animal. Y al igual que el sexo reproducía más y más niños, la energía libre de sexo empezará a darte un nuevo nacimiento a cada momento. Tu vida se renueva y crece en una nueva dirección.

El sexo es horizontal; el amor, vertical, porque te lleva hacia arriba, hacia las esferas más elevadas del ser. Y cuanto más asciendes en el amor, más te aproximas a la verdad absoluta. El día en que tu amor llegue al clímax, experimentarás lo que he definido como *satyam, shivam, sundram*, la verdad, la divinidad y la belleza.

Entonces esas experiencias dejan de ser algo momentáneo. Pasarán a formar

parte de ti, y tú formarás parte de ellas. Serán como los latidos del corazón, que estarán contigo para la eternidad.

Pero comprendo tu problema: hasta ahora solo has conocido un gozo, el del sexo. Eres completamente inconsciente de la existencia de cielos más allá de los cielos y de que tú vas arrastrándote por la tierra. No eres consciente de que tienes alas y de que puedes volar como un águila frente al sol hasta el cielo remoto. El cielo entero será tu reino.

Por eso se ha producido un malentendido. En el transcurso de los siglos lo han experimentado los místicos, y como han experimentado que el sexo funciona como una fuerza cegadora, que te aprisiona, lo condenan. El malentendido consiste en que la gente empezó a pensar que si se puede reprimir el sexo, ellos pasarían a formar parte del mundo místico y sus experiencias.

Nadie se ha atrevido a decir que no es así como debe interpretarse este fenómeno. El celibato no es algo que haya que practicar, no es algo que haya que ensayar, que te pueda imponer ningún método, ningún esfuerzo, ninguna forma de actuar. El celibato llega cuando desaparece el sexo por sí mismo. En el sentido que yo le doy, la palabra «celibato» tiene un sentido muy importante.

Pero el malentendido consistió en que al ver a los místicos gozando, bailando y cantando, con esos ojos, esas caras y el tirón carismático, la gente empezó a reprimir su sexualidad, pensando que era el sexo lo que les impedía conocer las esferas más elevadas del ser. En eso consiste el gran malentendido.

Yo he dedicado todos mis esfuerzos (que me han valido la condena de todas las religiones, porque todas viven sumidas en este malentendido) a destruir ese malentendido.

No estoy a favor del sexo, pero tampoco estoy en contra.

Tiene su tiempo, su época, su clima, y hay que concederle ese tiempo. Es un fenómeno completamente natural, pero no debe expandirse más allá de sus límites.

Al igual que aparece a la edad de catorce años, si lo vives total, intensamente, sin las culpas que inducen las religiones, te verás fuera de esa

cárcel aproximadamente a los cuarenta y dos. Eso como término medio; los más inteligentes pueden librarse antes. A los que son un poco tontos les costará un poco más.

Pero los malentendidos están por todas partes.

Justo antes de la operación, el dinámico cirujano le explicaba al paciente las nuevas técnicas de recuperación.

—Debe empezar a andar lo antes posible —explicó el médico—. El primer día tiene que andar unos cinco minutos; el segundo, diez minutos, y el tercero al menos una hora. ¿Entendido?

—Sí, doctor —replicó el paciente, un tanto asustado—. Pero ¿podría quedarme tumbado durante la operación?

A Gilroy y Loretta no les fueron bien las cosas la primera vez que se acostaron. Gilroy se esforzaba cuanto podía, pero Loretta no respondía. Desesperado, Gilroy le preguntó:

—¿Qué pasa?

—Es tu órgano —respondió Loretta—. No es suficientemente grande.

—¡Vaya! No sabía que fuera a tocar en una catedral —replicó Gilroy indignado.

El mundo está plagado de malentendidos. Crean confusión, crean caos, y cuando todos han entendido algo mal y tú eres el único que intenta que lo entiendan como es debido, se ofenden.

Ni un solo líder religioso ha refutado con lógica lo que yo digo, porque esa gente carece de lógica, pero me han condenado sin refutarme, y como todos andan metidos en lo mismo, parece que yo estoy solo contra todo el mundo.

Pero lo que yo digo es una verdad de fácil comprensión.

No se puede imponer el sexo... ¿Cómo es posible que un niño de siete años tenga la suficiente potencia como para reproducirse? La sola idea parece absurda. El sexo llega espontáneamente; es una cuestión de madurez del cuerpo, de la química, de la fisiología, que lo produce a los doce años de edad.

Si la llegada no está en tus manos, tampoco va a estarlo la salida; se marchará sin problemas a los cuarenta y dos años de edad. Solo hay que recordar una cosa: no te dejes corromper por las religiones, no te dejes corromper por las escrituras, ni por los supuestos santos. Son las personas más perversas sobre la faz de la tierra. Han destruido al ser humano en tantos sentidos que sus crímenes son incontables.

El mayor crimen consiste en crear culpabilidad por el sexo, porque eso mantiene el sexo vivo más allá de sus límites naturales. Por eso, incluso una persona de setenta años sigue pensando en el sexo. En realidad, no tiene nada más en lo que pensar... Ya jubilado, ¿qué otra cosa puede hacer? Pues hay que pensar en ello y hablar sobre ello. El sexo, que antes formaba parte del cuerpo físico, se ha trasladado y se ha convertido en algo cerebral, en algo mental.

Incluso en el momento de la muerte, la mayoría de las personas mueren con una imagen sexual flotándoles en la mente. Eso es algo muy feo, y la responsabilidad es de los supuestos santos. Ni comprenden la psicología y la ciencia de la transformación ni les importa que lo que enseñan vaya a destruir la vida de las personas.

Lo que yo os enseño es que cuando empiece a funcionar la energía sexual le deis pleno apoyo. A la edad de dieciocho o diecinueve años es cuando el ser humano posee mayor energía sexual, cuando llega al punto culminante. Pero la sociedad te lo prohíbe; tienes que ir al instituto, tienes que ir a la universidad, tienes que volver de la universidad (cuando a lo mejor ya tienes veinticinco años), y después tienes que casarte.

Pero al llegar a los veinticinco años ya llevas seis cuesta abajo. Es algo completamente anticientífico. Los chicos y las chicas deberían convivir en las

universidades, no en residencias separadas, y se les debería proporcionar cuanto la ciencia ha descubierto sobre el sexo. Naturalmente, en épocas pasadas era un poco difícil, debido al problema del posible embarazo, pero ahora no existe ningún problema.La píldora ha sido la mayor revolución mundial, mucho mayor que la revolución rusa.

Y ahora han entrado en funcionamiento otras dos píldoras que han convertido el sexo en simple diversión, sin nada por lo que preocuparse. La primera píldora tenía que tomarla la mujer durante cierto período de tiempo; solo así se podía evitar el embarazo, y no tenía una seguridad al ciento por ciento. Era muy normal que no estuvieras esperando a tu amante y no hubieras tomado la píldora... Y la mente humana es tan absurda que sigue pensando que no puede producirse un embarazo cada vez; como es algo raro, nada de qué preocuparse. Se puede correr el riesgo. Pero ese riesgo siempre supone un gran peligro.

Me han contado que un hombre viajaba en un autobús lleno de niños. Paró junto a un pequeño hotel para que los niños tomaran un refresco, té o algo. El encargado del hotel le preguntó:

—¡Dios mío! ¿Son todos suyos?

El hombre respondió:

—No son míos. Soy representante de métodos anticonceptivos, y estos niños son mis fracasos. Los llevo a la fábrica para demostrarle al dueño que algo no funciona con sus métodos anticonceptivos. Cuente cuántos son... Y los padres me están esperando con las pistolas cargadas para matarme, porque les había dado una garantía del ciento por ciento.

La primera píldora no tenía una garantía del ciento por ciento. La segunda píldora es tremendamente importante. Hay que tomarla después de haber hecho el amor, así que no hay ningún problema, no se corre ningún riesgo. Y la tercera

píldora es incluso más importante, porque establece la igualdad entre el hombre y la mujer. ¿Por qué solo tendría que tomar la píldora la mujer? El hombre puede tomar la tercera píldora.

Si se observa científicamente, sin prejuicios, debería permitírsele a todo joven, hombre o mujer, que hiciera el amor sin culpabilizarse, pero les obligamos a reprimir su sexualidad, y cuando sus energías empiezan a declinar les permitimos que se casen.

De esto surgen dos problemas. En primer lugar, les hemos estado diciendo durante veinticinco años que el sexo es malo, para evitar que tengan relaciones sexuales. Veinticinco años es la tercera parte de la vida, tiempo suficiente para cimentar un prejuicio contra el sexo. Y, de repente, todo cambia un día y les permitimos que se casen. Es una estupidez, porque ¿qué pasará con esos veinticinco años de propaganda contra el sexo? Y los que se casan también son imbéciles; no les preguntan a los sacerdotes y a los padres: «¿Qué va a pasar con ese condicionamiento de veinticinco años? Ahora nos dais permiso para hacer el amor, pero ¿y esos veinticinco años de prohibición?».

De modo que el primer problema consiste en que el hombre es el único animal... El hombre es el animal más inteligente, pero sin la menor inteligencia con respecto al sexo. No les dan clases de educación sexual a los ciervos, a los leones, a los caballos o a los burros. No necesitan que les enseñen nada sobre el sexo; es algo natural en ellos, pero los seres humanos se sienten confusos tras veinticinco años de constante insistencia por parte de la religión, los padres, la sociedad, la universidad. No saben qué hacer en la luna de miel.

Me han contado que un joven se casó y se fue a pasar la luna de miel a un hotel de un centro turístico. Esa noche había luna llena. La mujer se desnudó inmediatamente y se acostó en la cama, pero el joven siguió sentado ante la ventana, contemplando la luna. Pasaron los minutos, las horas, y la mujer preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Qué haces ahí sentado? Es nuestra luna de miel.

El hombre replicó:

—Cállate. Antes de venir aquí, le pregunté a mi madre: «¿Tienes que darme algún consejo?». Me dijo: «Es la noche más importante de tu vida. No te pierdas un solo momento». Así que estoy esperando y contemplando la noche, la noche más importante. No me distraigas.

Pero esto ocurre, y después ocurre otra cosa: el profundo sentimiento de culpa sobre el sexo, que es pecado. Si tienes la idea de que algo es pecado no podrás disfrutarlo realmente. El pecado te frenará. El pecado hará que te avergüences de ti mismo: ¿qué estás haciendo? Por eso ningún hombre, ninguna mujer están preparados para hacer el amor con profundo gozo, en libertad. Por el contrario, todo el mundo está predispuesto contra el amor.

Esa es la razón por la que la gente no se libera de la sexualidad a los cuarenta y dos años; continuará incluso hasta los ochenta. La sociedad anula a las personas... y quizá también lo haga inconscientemente. Te arrebatan tu hogar, la experiencia que era posible para ti, pero que no se produce hasta que el sexo te abandona por sí mismo.

Entonces la libertad tiene un significado completamente distinto. No la has alcanzado; te la han concedido desde el más allá. La existencia ha aceptado que ya estás preparado para mayores misterios. Ya no tienes que seguir aferrándote a tu osito de peluche; puedes trasladarte a tierras de éxtasis, a experiencias de dicha que conocen un principio pero no un final. Puedes empezar a buscar la verdad de tu ser y la verdad de la existencia.

Me parece muy extraño que se me condene por educar a la gente en el sexo. En realidad les enseño el celibato natural, pero para que surja el celibato natural el sexo también tiene que ser natural.

El sexo no es la meta; solo es una escalera.

Si puede ser natural, sin sentimiento de culpa, sin contaminación, lo

traspasarás y te sorprenderás enormemente al comprobar que te has hecho maduro. Los placeres corporales no tendrán ningún sentido, porque, en comparación con la dicha espiritual, se desvanecerán.

Lo que ocurre es perfecto... Es un momento festivo cuando el sexo te abandona, y así ha debido de ser, porque ahi está el certificado de Prem Premal. Ahora ya puedes pasar de la vida animal normal y corriente a la auténtica transformación. Es la misma energía que interviene en el sexo.

Si el sexo desaparece tienes tanta energía para la meditación, tanta energía para la simpatía, tanta energía para la creatividad... y eres una persona creativa.

Con toda esa energía liberada tendrás una creatividad en tu trabajo como jamás habrías soñado. Esa creatividad te llevará a la autorrealización.

15



¿Existe alguna posibilidad de que llegue a crecer?

Me encanta cómo has planteado la pregunta. Surge de una sincera humildad, y precisamente por su humildad abre las puertas a tu crecimiento. Me preguntas: «¿Existe alguna posibilidad de que llegue a crecer?».

Existen todas las posibilidades; para el corazón humilde todo es posible. Nada es posible para el egoísta. A la persona capaz de aceptar «no soy nadie» se le abren todas las puertas de repente, tiene acceso a todos los misterios de la existencia. Para quien es capaz de decir «no sé», es posible el milagro. Al admitir que no sabe, empieza a ser sabio, porque empieza a hacerse como un niño, totalmente inocente.

Tienes todas las posibilidades de llegar a crecer, y sobre todo en este campo de energia búdico, si no funcionas movido por el ego, si has dejado tu ego ante la «Puerta sin puertas»*, todo es posible para ti. Entonces la existencia entera está a tu disposición. Lo único que la obstaculiza es ese pequeño ego.

A veces te preguntas por qué ese pequeño ego, que es falso, impide que las personas crezcan. Lógicamente parece ridículo, pero existencialmente es como cuando se te mete una motita de polvo en un ojo y desaparece toda la existencia. Cierras los ojos, no puedes abrirlos. Esas motitas de polvo te arrebatan la existencia. El arco iris en las nubes, el sol y la lluvia... todo desaparece.

El pequeño ego funciona como una motita de polvo en los ojos, y te impide ver todas las posibilidades que tienes a tu disposición, que siempre han estado a

tu disposición. Quítate esa motita de los ojos. No cambia nada. Todo estaba a tu disposición, pero tus ojos no podían verlo.

Con tu humildad son posibles grandes milagros. Sigue siendo humilde, inocente, receptivo, disponible, a la espera de que el huésped llame a tu puerta.

Dos monjas atravesaban el bosque una noche cuando dos hombres se abalanzaron sobre ellas, las arrastraron hacia los arbustos y las violaron. La hermana Mary, toda contusionada, alzó la mirada al cielo y se puso a rezar en voz baja.

—Perdónalo, Señor, porque no sabe lo que hace.

La hermana Teresa la miró y dijo:

—Pues qué lástima. El mío sí que lo sabe.

Una rubia guapísima entró muy nerviosa en la consulta de un dentista.

—¡Ay, doctor! —exclamó—. Tengo mucho miedo. Es que creo que casi preferiría tener un niño a que me hicieran un empaste.

—Muy bien —replicó el dentista con recelo—. Pero decídase antes de que ajuste el sillón.

Sigue siendo inocente, sigue riéndote y gozando, y no tendrás que preocuparte por crecer. Ocurrirá por sí mismo. Tú no tienes que hacer nada; solo crear la atmósfera adecuada.

Y aquí ya hemos creado esa atmósfera. Puedes aprovechar esa atmósfera si no mantienes la actitud de un extraño, de un espectador o un curioso.

Si estás aquí, fúndete y únete en esta hermosa comunión que es incomparable en el sentido de que no ocurre nada parecido sobre la tierra. Allí

donde la gente ríe, goza, baila, canta, se funden unos con otros, se produce el crecimiento por sí mismo.

Aprende a reír, aprende a bailar, a cantar, a ser tú mismo, completamente satisfecho y agradecido a la existencia.

Paddy y Maureen acababan de tener a su decimoctavo hijo, y Maureen fue al médico a ver si podía prescribirle un audífono.

—¿Un audífono? —dijo el médico—. ¿Y en qué te va a ayudar eso a planificar tu familia con más eficacia?

—Pues verá —replicó Maureen—. Es que estoy un poco sorda, y todas la noches cuando Paddy me pregunta: «¿Quieres dormir o qué?», yo le digo: «¿Qué?».

16



¿Qué es la verdadera amistad?

La pregunta que planteas es muy compleja. Tendrás que comprender unas cuantas cosas antes de saber qué es la verdadera amistad. La primera es la amistad.

La amistad es el amor sin ninguna connotación biológica. No son los amigos entendidos como el amigo o la amiga en el sentido de novios. Utilizar la palabra «amigo» asociándola con la biología es una completa estupidez. Es un encaprichamiento, un enloquecimiento. Te está utilizando la biología con fines reproductivos. Si piensas que estás enamorado, te equivocas; se trata de una simple atracción hormonal. Solo con cambiar tu química, desaparecerá tu amor. Solo unas inyecciones de hormonas y un hombre puede transformarse en mujer y una mujer en hombre.

La amistad es el amor sin connotaciones biológicas, algo que se ha convertido en un fenómeno raro. Era algo muy grande en épocas pasadas, pero unas cuantas cosas del pasado han desaparecido por completo. Es muy extraño, pero las cosas feas se mantienen, no mueren fácilmente, y las cosas hermosas son muy frágiles; mueren y desaparecen con mucha facilidad.

Hoy en día se entiende la amistad en términos biológicos o en términos económicos o sociológicos... en términos de relaciones superficiales, o casi.

Pero la amistad significa que, en caso de necesidad, estás dispuesto incluso a sacrificarte. La amistad significa que para ti alguien es más importante que tú mismo, que quieres a alguien más que a ti mismo. No es un negocio. Es amor en toda su pureza.

Esa clase de amistad es posible incluso tal y como eres ahora. Incluso los inconscientes pueden mantener esa clase de amistad. Pero si empiezas a tomar mayor consciencia de tu ser, la amistad empieza a transformarse en amigabilidad. La amigabilidad tiene connotaciones más amplias, un panorama mucho más extenso. La amistad es poco en comparación con la amigabilidad. La amistad puede romperse, el amigo puede convertirse en enemigo, una posibilidad intrínseca al hecho mismo de la amistad.

Esto me recuerda a Maquiavelo cuando da consejos a los príncipes del mundo en su gran obra, *El príncipe*. Una de sus pautas es la siguiente: «Jamás le cuentes a tu amigo nada que no puedas contarle a tu enemigo, porque quien hoy es amigo mañana puede tornarse en enemigo». Y lo que se deduce de lo anterior es: «Jamás digas nada contra el enemigo, porque el enemigo puede tornarse mañana en amigo». Y entonces te sentirás avergonzado. Maquiavelo tiene una idea muy clara: que el amor normal y corriente puede transformarse en odio, la amistad en enemistad, en cualquier momento.

Ese es el estado inconsciente del hombre: donde hay amor, justo detrás se esconde el odio; donde hay odio, está la misma persona a la que amas pero no te das cuenta.

La amigabilidad solo es posible cuando eres real, cuando eres auténtico y totalmente consciente de tu ser. Y si surge el amor de esa conciencia, entonces será amigabilidad. La amigabilidad nunca puede transformarse en lo opuesto. Síguelo como criterio: que los valores más importantes de la vida son los que no pueden convertirse en lo contrario; no existe lo contrario.

Me preguntas: «¿Qué es la verdadera amigabilidad?».

Vas a necesitar una gran transformación para siquiera probar la amigabilidad. Tal y como estás, es como una estrella muy lejana. Puedes echarle un vistazo a esa estrella lejana, puedes tener cierto conocimiento intelectual de esa estrella, pero será algo intelectual, no existencial.

Y a menos que pruebes existencialmente la amigabilidad, te resultará muy difícil, casi imposible, establecer la diferencia entre la amistad y la amigabilidad.

La amigabilidad es lo más puro que se puede concebir en el amor. Es tan puro que ni siquiera puedes decir que es una flor; solo puedes decir que es un perfume que puedes notar y experimentar, pero no puedes atraparlo. Está ahí, tus fosas nasales están llenas de él, tu ser está rodeado por él. Sientes las vibraciones, pero no hay forma de atraparlo. La experiencia es tan grande, tan inmensa que nuestras manos se quedan demasiado pequeñas.

Te he dicho que tu pregunta es muy compleja, no por la pregunta en sí, sino por ti. Aún no has llegado al punto en el que la amigabilidad puede convertirse en una experiencia.

Sé real, sé auténtico, y conocerás la cualidad más pura del amor, una fragancia de amor que siempre te rodeará. Y esa cualidad del amor más puro es la amigabilidad. La amistad tiene destinatario, alguien es amigo tuyo.

En una ocasión le preguntaron a Buda Gautama: «¿Tiene amigos el iluminado?», y él respondió: «No». Quien le había hecho la pregunta se quedó perplejo, porque pensaba que el iluminado tiene el mundo entero por amigo.

Pero Buda Gautama tiene razón, por mucho que te sorprenda. Cuando dice que el iluminado no tiene amigos, se refiere a que no puede tener amigos porque tampoco puede tener enemigos. Ambos van unidos. Puede tener amigabilidad, pero no amistad.

La amigabilidad es un amor que no tiene destinatario, que no está canalizado. No es un contrato, ni tácito ni explícito. No es de un individuo a otro individuo; es de un individuo a la existencia entera, de la cual el hombre es solo una pequeña parte, porque también forman parte de ella los árboles, los animales, los ríos, las montañas, las estrellas. Todo está incluido en ella.

La amigabilidad es la manera de ser auténtico, real; empiezas a irradiarla. Aparece por sí misma, no la atraes tú. Quienquiera que se acerque a ti notará la amigabilidad. Eso no significa que no vayas a tener enemigos. Con respecto a ti, no serás enemigo de nadie, porque ya no serás amigo de nadie, pero tu altura, tu consciencia, tu dicha, tu silencio, tu paz molestarán a muchos, los irritarán, convertirán a muchas personas sin conocimiento en tus enemigos.

En realidad, los iluminados tienen más enemigos que los no iluminados. Los no iluminados pueden tener unos cuantos enemigos y unos cuantos amigos. Los iluminados tienen prácticamente al mundo entero en su contra, porque el ciego no puede perdonar a quien tiene ojos, y el ignorante no puede perdonar al que sabe. No pueden sentir amor por quien ha logrado satisfacción, porque su ego está herido...

El iluminado no tiene ni amigos ni enemigos; solo un amor puro, sin destinatario. Siempre está dispuesto a derramarse en el corazón de quien está dispuesto a recibirlo.

Es la amigabilidad verdadera, real.

Pero esa persona provocará a muchos egos, herirá a quienes se consideran importantes y poderosos. Los presidentes, las reinas, los reyes y los primeros ministros se preocuparán inmediatamente. Una persona sin poder se convierte de repente en centro de atención, atrae a personas con dinero, prestigio y poder. No se puede perdonar a semejante persona. Hay que castigarla, haya cometido un delito o no.

Y el iluminado no puede cometer un delito; es completamente imposible.

Pero ser inocente, ser amigable, amar sin razón alguna, el simple hecho de ser tú mismo puede disparar muchos egos contra ti. Por eso cuando digo que el iluminado no tiene enemigos me refiero a que por su parte no tiene enemigos, pero que por parte de los demás, cuanto mayor sea su estatura, mayor será su oposición a él, mayores la enemistad, el odio, la condena. Así ocurre desde hace siglos...

Una comprensión intelectual no resulta suficiente, aunque conviene tenerla, porque puede ayudar a avanzar hacia una experiencia existencial. Pero únicamente la experiencia te proporcionará el pleno sabor de la dulzura, de la belleza, la divinidad y la verdad del amor.

17



¿Cuál es la diferencia entre ser humilde, ser tímido y esconderse por miedo?

La diferencia entre ser humilde, ser tímido y esconderse por miedo es enorme, pero es tan grande la inconsciencia humana que no somos capaces ni tan siquiera de distinguir entre nuestros actos y las respuestas ante la realidad; por lo demás, la diferencia es tan clara que incluso plantear tal pregunta es inútil.

En primer lugar, hay que profundizar en la palabra «humilde». Todas las religiones le atribuyen una connotación errónea: con humilde se refieren a lo contrario de egoísta. No es así. Incluso lo opuesto exacto del ego sigue siendo el ego, que se esconde tras diversas fachadas. Aparece de vez en cuando en la persona supuestamente humilde: piensa que es más humilde que nadie, y eso es el ego. La humildad no conoce semejante lenguaje.

Ya he contado la historia de tres monjes cristianos. Sus monasterios estaban próximos entre sí en las montañas y se veían todos los días en el cruce de caminos. Un día hacía mucho calor y decidieron descansar y hablar un rato. Al fin y al cabo eran cristianos, de diferentes sectas, pero los tres de principios cristianos.

Sentados a la sombra de un árbol, uno dijo:

—Salta a la vista que vuestros monasterios deben de tener algo, pero que no podéis encontrar la sabiduría y la erudición que encontraríais en nuestro monasterio.

El segundo dijo:

—Ya que planteas la cuestión, he decir lo siguiente: en vuestro monasterio puede haber gran erudición, pero no se trata de eso. No hay nadie tan disciplinado y austero como los de nuestro monasterio. Su austeridad es incomparable, y recordad que el día del juicio final no se tendrá en cuenta la erudición. Lo que se tendrá en cuenta es la austeridad.

El tercer monje se echó a reír y dijo:

—Los dos tenéis razón respecto a vuestros monasterios, pero no conocéis la verdadera esencia del cristianismo, que es la humildad. Nosotros somos lo más en cuestión de humildad.

¿Ser lo más en cuestión de humildad? Entonces se trata simplemente del ego reprimido. Por codicia, por la tremenda codicia de entrar en el paraíso y disfrutar de todos sus placeres, el hombre es capaz de reprimir su ego y hacerse humilde. Antes de poder deciros lo que es la verdadera humildad tenéis que comprender la falsa humildad. A menos que se comprenda lo falso, no se podrá comprender lo verdadero. Es más: al comprender lo falso la verdad surge por sí misma.

La falsa humildad no es sino el ego reprimido, que finge ser humilde pero desea ser el que más. La auténtica humildad no tiene nada que ver con el ego; es la ausencia de ego. No reivindica ser superior a nadie. Es comprender, lisa y llanamente, que no hay nadie superior y que no hay nadie inferior; que las personas son simplemente ellas mismas, incomparablemente únicas. No se las puede comparar; no son ni superiores ni inferiores.

Por eso, la persona verdaderamente humilde resulta muy difícil de comprender, pero no es humilde de la forma que se suele comprender. Has conocido a cientos de personas humildes, pero son todas egoístas y no tienes la suficiente perspicacia como para ver su ego reprimido.

En una ocasión vino a mi casa una misionera cristiana, una mujer joven, muy hermosa. Me regaló una Biblia y unos cuantos folletos, y parecía muy humilde. «Llévese toda esta porquería de aquí —le dije—. Esta Biblia suya es una de las

escrituras más profanas del mundo...» y ella estalló inmediatamente, olvidándose de su humildad. Le dije: «Puede dejar la Biblia. Era solo un truco para demostrarle quién es usted. No es humilde; si no, no se habría ofendido». Solo el ego se siente ofendido. A una persona humilde no se la puede ofender.

La verdadera humildad es simple ausencia de ego; supone desprenderse de la personalidad y los adornos que has acumulado a tu alrededor y ser como un niño pequeño, que no sabe quién es, que no sabe nada del mundo. Sus ojos están limpios, y pueden ver el verdor de los árboles con más sensibilidad que tú. Tus ojos están cubiertos de ese polvo que llamas conocimientos. ¿Y por qué has acumulado ese polvo que te ciega? Porque los conocimientos del mundo dan una tremenda energía a tu ego. Tú sabes y los demás no.

La persona humilde no sabe nada. Ha completado el círculo de la vuelta a la inocencia de la infancia. Está asombrada y ve misterios por todas partes. Recoge piedrecitas y conchas en la playa y se alegra tanto como si hubiera encontrado diamantes, esmeraldas y rubíes.

Cuando era niño, tenía muy preocupada a mi madre, y también a mi sastre, porque le decía:

—Ponme todos los bolsillos que puedas.

Él decía:

—Con una sola condición: que no le cuentes a nadie quién te ha hecho este traje. Estoy perdiendo clientes por tu culpa. Dicen: «Este sastre está un poco chiflado...» porque pongo bolsillos delante, detrás, a los lados, en los pantalones... donde puedo.

Yo repliqué:

—Mira, donde encuentres sitio, pon un bolsillo.

Me preguntó:

—¿Te has vuelto loco o qué?

Le respondí:

—Piensa lo que quieras, pero es que necesito muchos bolsillos.

Era porque a la orilla del río de mi pueblo había tantas piedras, y de colores

tan bonitos, que necesitaba varios bolsillos para guardar los diferentes colores.

Mi madre se enfadaba porque me acostaba con mis piedras de colores. Cuando me quedaba dormido, me sacaba las piedras de los bolsillos. «¿Cómo puedes dormir con tantas piedras?» Yo le decía que me engañaba, que no debía hacer nada mientras yo dormía.

La infancia tiene una claridad inmensa. En esa claridad, en esa transparencia, en esa perspectiva, el mundo parece un milagro.

La persona humilde regresa a esa existencia milagrosa. Nos parece normal, pero no nos fijamos en que un loto, un rosal y millones de flores distintas florecen en el mismo suelo. La tierra no tiene colores; ¿de dónde salen esos hermosos colores? La tierra es muy áspera; ¿de dónde salen las rosas aterciopeladas? La tierra no tiene verdor; ¿de dónde sale el verde?

La persona humilde vuelve a ser como un niño. No reclama nada; solo siente gratitud, gratitud por todo, gratitud incluso por cosas que no entiende por qué se ha de estar agradecido.

Junnaid, un místico sufí, hizo una peregrinación religiosa con sus discípulos. En aquella escuela mistérica era casi rutinario que los discípulos rezaran con el maestro. Y su oración era siempre la misma y acababa dando gracias a Dios: «¿Cómo voy a pagarte? Me das tanto, derramas sobre mí tanta dicha... y nunca piensas en cómo voy a pagártelo. No tengo sino gratitud. Perdóname por mi pobreza, pero te agradezco las grandes cosas que me has dado».

Nadie se oponía a ello. La escuela de Junnaid prosperaba y llegaba gente de lugares remotos; era una de las escuelas más ricas de los sufíes, pero en la peregrinación los discípulos empezaron a flaquear en la última parte de la oración.

Un día pasaron por una aldea de fanáticos. Los musulmanes no creen que los sufíes sean verdaderos musulmanes, aunque son lo únicos verdaderos musulmanes del mundo. Los musulmanes ortodoxos, los clérigos, condenan a

los sufíes; piensan que se han descarriado porque han abandonado a las masas y recorren su propio camino en solitario. No les interesa la tradición, y declaran sin ambages: «Si hay algo erróneo en la tradición, nosotros vamos a corregirlo».

Por ejemplo, los musulmanes rezan a Dios, y acaban la oración diciendo que el dios de los musulmanes es el único Dios. Solo hay un Dios, un solo libro sagrado, el Corán, y un solo profeta, Mahoma.

Los sufíes no llegan a tanto; simplemente dicen que solo existe un Dios, y nada más. No añaden los otros dos puntos, que solo hay un libro sagrado, el Corán, ni que solo hay un profeta, Mahoma. Eso ofende a los musulmanes ortodoxos.

Los sufíes son muy humildes y están abiertos a todas las fuentes. No les importa que las fuentes sean cristianas, judías o hindúes. La verdad es la verdad, y es irrelevante por qué puerta entre en tu ser.

En aquella aldea de fanáticos no les dieron cobijo, no les dieron comida y ni siquiera les permitieron que sacaran agua de su pozo. Era una zona desértica y la situación se prolongó durante tres días. Dormían en la fría noche del desierto, tiritando, con hambre y sed, rechazados, condenados, y al llegar a la última aldea incluso los lapidaron. Lograron escapar y sobrevivir.

Pero el maestro continuó con la oración, la misma que se rezaba en su escuela mistérica: «¡Cuánto nos has dado! Tu compasión es infinita. Y conoces nuestra pobreza... No podemos darte nada salvo nuestra sincera gratitud».

Ya resultaba excesivo. Tres días sin comida ni techo, las frías noches del desierto... Los discípulos no lo aguantaban. Junnaid estaba llegando demasiado lejos. Uno de los discípulos le dijo:

—Olvídate de la última parte de la oración, al menos durante estos días.

Junnaid replicó:

—No lo comprendes. Dios nos ha enviado estos tres días como una prueba de fuego. Su compasión es infinita; solo intenta comprobar si también nuestra confianza es infinita, si nuestra confianza tiene condiciones. Si os hubieran recibido bien en estas aldeas, si os hubieran dado buena comida, un techo bajo el

que descansar (porque los musulmanes sienten gran respeto por quienes hacen una peregrinación santa), estaríais de acuerdo con mi oración. Como hasta ahora nunca habéis puesto impedimento, Dios me da la oportunidad de demostrar que no soy agradecido solamente en los buenos momentos. Pase lo que pase, mi gratitud es inquebrantable. Incluso en el lecho de muerte saldrán las mismas palabras de mis labios.

El humilde lleva una vida de gratitud incondicional, no solo de gratitud a Dios, sino a los seres humanos, los árboles, las estrellas, todo.

Ser tímido es otro truco del ego. Se ha convertido en algo casi ornamental. A una persona tímida, sobre todo las mujeres en Oriente, se la considera elegante, graciosa... Son tan tímidas... Pero son tímidas porque se considera algo estupendo.

En Occidente va desapareciendo poco a poco esa timidez en las mujeres porque no se piensa que tenga valor.

¿Cuáles son los momentos en los que empiezas a sentirte tímido? Son los momentos en los que alguien te elogia, los momentos en los que alguien dice: «¡Qué guapo eres!» y tú sabes que no es verdad, que hay muchas personas guapas alrededor. Pero casi siempre te topas con algún idiota que te dice «qué guapo eres», y entonces sientes timidez porque sabes que no es verdad, pero satisface tu ego.

Puedes intentarlo, decirle a la mujer más fea o al hombre más feo del mundo: «¡Dios mío! Nunca ha habido nadie como tú en el mundo. Eres tan guapa que ni Cleopatra te habría llegado a la suela de los zapatos», y ni la mujer más fea lo negará. Te dirá: «Eres la única persona sensible...».

A mí me expulsaron de una escuela... Me expulsaron de muchas escuelas y muchas universidades, unas experiencias muy enriquecedoras para mí. Nadie ha estado en tantas escuelas y tantas universidades como yo. En la ciudad en la que

vivía había veinte escuelas universitarias, y llegó un momento en que no estaban dispuestos a admitirme en ninguna de ellas. Yo preguntaba:

—¿Cuál es el problema?

—El problema no eres tú —me decían—. No podemos decir que tú seas el problema, porque te han expulsado de todos los demás centros... no porque tú seas un problema, sino porque creas tales situaciones que los profesores presentan su dimisión. No se te puede acusar de nada, porque te limitas a hacer preguntas relevantes, pero como los profesores no pueden responderlas se sienten humillados. No queremos que nuestro profesorado se sienta incómodo.

Solo quedaba otro centro, y pensé que sería mejor no acudir allí directamente sino buscar un intermediario. Así que en lugar de ir a las oficinas, pregunté por el director, por sus cualidades, lo que le gustaba y lo que no le gustaba. Me dijeron:

—Es muy religioso. De madrugada, a las cuatro de la mañana, despierta a todo el vecindario... porque es un tipo muy grandón, muy gordo, y es devoto de la madre Kali de Calcuta. Tiene una estatua muy grande en su casa, ha construido un templo, y cuando empieza a gritar lo que él llama oraciones... Es la única persona de la ciudad que puede hablar ante diez mil personas sin micrófono. Y sus propias palabras lo embriagan de tal manera que...

—Con eso me vale —dije.

Fui a casa del director exactamente a las cuatro de la mañana. Estaba en su templo, desnudo salvo por un pequeño paño, y gritaba sin cesar «*Jai Kali*, *Jai Kali*!», que significa «victoria a la Diosa Madre».

Me senté en un rincón del templo y también me puse a gritar «*Jai Kali*!». Miró a su alrededor, porque era la primera vez que alguien lo acompañaba en sus gritos. Grité con todas mis fuerzas, porque yo no puedo hablar en público sin micrófono, pero era una necesidad imperiosa...

Me preguntó:

—¿Quién eres?

Respondí:

—Un devoto de la diosa madre de Calcuta, pero yo soy un pequeño devoto, no como usted, que es muy grande. He venido a postrarme a sus pies, porque en esta ciudad es usted el único hombre religioso.

Dijo:

—Y tú eres el único hombre que me ha comprendido. Todos los vecinos me denuncian a la policía, y los profesores de la escuela creen que estoy un poco chiflado.

Le dije:

—Todos esos idiotas no tienen ninguna importancia. Un hombre de corazón y amor declara que es usted el mayor devoto de la madre Kali. Es usted el hombre más espiritual que he conocido jamás.

Me preguntó:

—¿Puedo ayudarte en algo?

Contesté:

—No es gran cosa... Quiero que me admitan en su escuela. Aunque hay otras veinte, si tengo la oportunidad de estar con su excelencia, no entraré en ninguna otra escuela.

Dijo:

—Estás admitido. Y el día que vengas, rellena los impresos. Te daré una beca, y si quieres alojarte en la residencia, no te cobrarán nada. Eres la única persona que me ha comprendido en toda mi vida. Ni siquiera mi mujer, ni mis hijos... Todos piensan que estoy loco, que me pasa algo.

Fui a la escuela y me recibió junto a la puerta. Los profesores y los alumnos no daban crédito. Me llevó a su despacho y me dijo:

—Aquí no vas a pagar nada, pero como la gente se ha enterado de que estás admitido te tienen tanto miedo como a mí. Así que solo te pongo una condición... No quiero molestar a los profesores. Están todos en tu contra, y sé que también están en mi contra. Son gente irreligiosa, materialista... así que tendrás que perdonarme. Solo una condición: que no asistas a mis clases.

—No me interesan las clases —repliqué—. ¿Puedo ir al templo?

Me abrazó y me dijo, con lágrimas en los ojos:

—Con tan pocos años y ya tienes un corazón tan puro... Las puertas de mi templo siempre estarán abiertas para ti. Lo tengo cerrado por miedo a que los vecinos destruyan la estatua, pero te daré una copia de la llave para que puedas entrar cuando quieras. Cierra la puerta por dentro para que, aunque haya una multitud, tú no tengas que preocuparte. En el camino de los buscadores siempre se interponen estos obstáculos.

Le dije:

—No se preocupe.

Cuando me gradué no había asistido ni a una sola clase. Como iba a trasladarme a otra ciudad para los estudios de posgrado, pensé que sería mejor decirle la verdad. Fui a verlo al templo y le dije:

—No puedo seguir llevando este peso; quiero contarle la verdad. Dice que yo lo comprendo, que soy la única persona que lo comprendo. Lo siento, pero no lo entiendo, y, además, estoy completamente seguro de que le falta un tornillo.

—Pero ¿qué dices? —replicó.

—Me he graduado y ya no tengo ningún problema. Era un soborno, un soborno espiritual.

Y cuando le dije: «Es usted la persona más religiosa que he conocido», incluso ese hombre gordo y grandón parecía tímido. Es el ego, jugando a un juego distinto.

La persona sin ego nunca siente timidez. Si dices algo de ella que no es verdad, lo rebatirá. Quiere mostrarse en toda su autenticidad.

Y por último, «esconderse por miedo». Son diferentes expresiones del ego, la falsa humildad, la timidez (sabiendo perfectamente que lo que se dice no es verdad) y lo tercero, esconderse por miedo. Salvo el ego, no hay ningún elemento en ti que sienta miedo, porque el ego es lo único falso, lo único que tiene que morir. Ni desaparece tu cuerpo (sencillamente volverá a sus elementos

básicos) ni muere tu consciencia. Continuará su viaje hacia niveles y formas de expresión más elevados, o acabará por desaparecer en la consciencia universal.

Pero eso no es la muerte, sino hacerse más grande, enorme, infinito, eterno. No es una pérdida. Lo único que morirá y que ha estado muriendo continuamente cada vez que ha muerto —el cuerpo va a los elementos materiales, la consciencia va a la consciencia universal, o a una nueva forma de consciencia—, lo único que muere una y otra vez es el ego. Por tanto, el ego es la causa fundamental de todos tus temores. Quien carece de ego también carece de temores.

Para ti es un criterio intelectual. Para mí no se trata de una distinción intelectual, sino de mi experiencia. El día que desapareció mi ego, descubrí una humildad completamente distinta. He comprendido que no hay motivo para la timidez, y no me escondo por miedo.

Esta experiencia puedes vivirla tú también, y a menos que sea experiencia, si se queda en comprensión intelectual, no será suficiente. La meditación puede ayudarte a librarte del ego, y entonces desaparecerán esas tres cosas, pero en el estado de inconsciencia resulta muy difícil distinguir entre la humildad verdadera y la falsa.

Un hombre me dijo una vez: «No solo no sé lo que me traerá el día de mañana, sino que ni siquiera estoy seguro de lo que me trajo el día de ayer».

Todos vivimos como un sonámbulo, que anda mientras está dormido. Nuestra consciencia es tan superficial y nuestra inconsciencia tan profunda... Todos nuestros actos proceden de lo inconsciente, y todas nuestras decisiones de lo consciente. Por eso nuestras decisiones y nuestros actos nunca son sinónimos. Dices una cosa pero haces otra, porque en tu interior existe una gran escisión.

Lo que actúa es lo inconsciente, y la mente consciente es tan pequeña que solo puede hablar. Por eso todo el mundo habla y dice cosas muy bonitas. Incluso los mejores poetas y artistas de distintos campos... lo que hacen con la poesía, la pintura o la escultura surge de su mente consciente. Es su forma de hablar, su forma de expresarse, de comunicarse con los demás, pero la

desagradable experiencia es que, si entras en contacto con ellos personalmente, resultan más normales y corrientes que la gente normal y corriente. Con la maravillosa poesía que han escrito...

Da la casualidad de que conozco a la mayoría de los grandes poetas de este país, porque he viajado por todo su territorio y he conocido a toda clase de personas. Me han sorprendido. Había leído su poesía y me había encantado, pero no daba crédito a que unos hombres tan vulgares hubieran ascendido a tales alturas. Poco a poco me fui dando cuenta de que había una disociación. La mente consciente habla, y habla de una forma maravillosa, pero la mente inconsciente no sabe nada de lo consciente.

En lo referente a tus actos y a tu modo de vida, van a surgir de lo inconsciente. Es algo inmenso, la herencia de millones de años de evolución humana; es algo con un poder tremendo. Has de recordar que si estás en manos de lo inconsciente no hay forma de ver las cosas tal y como son.

No hay forma de llevar la luz a la oscuridad inconsciente salvo con la meditación. A medida que crece la meditación crece la consciencia y mengua la inconsciencia. Al llegar al punto final, la consciencia es total y desaparece por completo la inconsciencia. En ese momento, tus palabras, tu vida y tú se hacen sinónimos, y ya no existen ni la disociación ni el enfrentamiento.

Los seres humanos normales y corrientes pueden apreciar un hermoso cuadro, pero esa forma de apreciación es otra expresión del ego.

Me han contado el caso de una mujer muy rica que adquirió un cuadro de Picasso. Colocó el cuadro en el salón de su casa. No entendía qué era y ni siquiera sabía si estaba al derecho o al revés. Incluso Picasso se sentía confuso muchas veces, no sabía qué había pintado.

No cabe duda de que Picasso era un gran pintor, pero no un artista consciente. Combinaba los colores maravillosamente, pero sus cuadros no tienen ni pies ni cabeza. Ni siquiera él sabía de qué iban, y en una ocasión en que se lo preguntaron se enfadó muchísimo. Dijo: «Nadie le pregunta su significado a la rosa, ni a los árboles, ni al sol ni a las estrellas. ¿Por qué me tienen que dar la

lata continuamente con qué significa este cuadro o el otro? Sencillamente es bello, sin ningún significado».

Aquella mujer era una exhibicionista, ni más ni menos; quería lucirse con un cuadro de Picasso, que además valía un millón de dólares. Pero llegaba un crítico a su casa y decía: «Es falso». La mujer quitaba inmediatamente el cuadro del salón. Aparecía otro crítico y decía: «Me gustaría ver ese cuadro»... y resulta que estaba en el sótano. Decía: «¿Quién ha dicho que es falso? Es auténtico», y otra vez volvía el cuadro al salón. Eso ocurrió muchas veces.

El ego es un fenómeno muy sutil. Si hay algo que lo satisface, es bueno. Si no lo satisface, es malo. Y todo el mundo hace como si entendiera de música, para demostrar que sabe de la gran música, la gran poesía, la gran literatura... para demostrar que es un entendido. Pero la realidad es muy distinta. El ego jamás quiere aceptar una cosa: la ignorancia.

El pequeño Ernie empezaba a cansarse del largo sermón que estaban dando en la iglesia. Le preguntó a su madre en un susurro, que todos pudieron oír: «Si le damos ya el dinero, ¿podremos irnos?».

Pura inocencia. Si lo que quiere es el dinero, pues se lo damos y que nos deje en paz. ¿Para qué tanto tormento? Pero solo un niño es capaz de decir eso, y a mí me gustaría que todos mis *sannyasins* volvieran a ser niños.

—Jamás debéis perder los estribos, muchachos —dijo un día el padre O’Flanagan en la clase de religión—. No debéis decir malas palabras ni enfadaros ni poneros nerviosos. A mí nunca me pasa. Por poneros un ejemplo... ¿veis esta enorme mosca que tengo en la nariz? Muchos malvados se enfadarían

con la mosca, pero yo no. Yo nunca pierdo los estribos. Me limito a decir: «Márchate, mosca, márchate».

Y de repente pegó un salto y exclamó:

—¡Por todos los santos! ¡Si es una avispa, la muy hija de puta!

Así de fina es la capa de la consciencia... Nuestras pretensiones, nuestras promesas, son superficiales. El sacerdote se olvidó del sermón que estaba dando y actuó justamente como estaba recomendando que no se actuara.

Es conveniente no sentir simple curiosidad sobre las diferencias entre las cosas. Tienes que meditar más, y entonces la respuesta surgirá en tu interior. Solo tu respuesta te hará realmente sabio. Puedes acumular las respuestas de otros, pero seguirás siendo un ignorante.

18



Me doy cuenta de que estoy deseando cortar con los celos, la censura, la codicia, la ira, todos los malos de la película, pero a pesar de todo veo que me aferro a los aspectos de mi personalidad que aún me gustan, la pasión, la faceta de payaso, de vividor. ¿Por qué tengo miedo de que ser solo un observador me aburra?

Comprendo que debes de sentirte metido en un gran conflicto... Me da la impresión de que no tienes suficiente experiencia. Esas cosas importantes solo las conoces de oídas: si renuncias a los celos, la censura, la codicia, la ira y todos los malos de la película, se derramarán sobre ti todos los placeres y las bienaventuranzas del paraíso.

En realidad no te interesa cortar. Si pudieras disfrutar de los placeres y el éxtasis de la iluminación y seguir con los celos, la codicia, la censura y la ira, creo que serías inmensamente feliz.

El problema es que vas a tener que elegir. ¿Cómo vas a cortar con la codicia, los celos, la censura y la ira si disfrutas de la pasión, de la faceta de payaso, de vividor?

Te recomiendo, en primer lugar, que disfrutes cuanto puedas de tu faceta de vividor, de tu pasión, de tu faceta de payaso. Hasta que te hartes de todo eso. No te dividas.

Eso es lo que les ocurre a muchas personas al oír las grandes palabras, que en su interior se forma una disociación. No quiero que seas esquizofrénico; quiero que seas psicológica y espiritualmente sano.

Te recomiendo que en primer lugar te dediques a tus pasiones cuanto puedas,

hasta que acabes aburrido de ellas. Ese es el primer paso. Solo entonces podrás dar el segundo paso, y muy fácilmente. Es el primer paso lo que te impide dar el segundo paso. Cuando estés harto, tendrás que cortar con la codicia, los celos, la censura, la ira... ¿Qué vas a hacer con ellas? Vienen en un solo paquete... Pero empieza por tus pasiones, porque no sé de nadie que no haya acabado harto de sus pasiones.

Desde luego, si vives a medias quizá no llegues a hartarte, pero vive totalmente, pon toda tu energía en tus pasiones, en tu faceta de payaso, de vividor, y no tardarás en ver que lo que pensabas que iba a depararte grandes dichas no ha hecho sino destruir tus energías y dejarte como un cartucho de escopeta usado.

Solo entonces podrás cortar con los celos, y ni siquiera te hará falta. Todas esas cosas se cortarán por sí mismas. Y en el tercer paso no tendrás que preguntar si ser observador resultará aburrido.

¿Creéis que yo me aburro? Yo no me aburro ni siquiera con vosotros. Vengo a veros con alegría todos los días, mañana y tarde. No me acuerdo de que sois las mismas personas a las que vi ayer.

Yo me siento renovado en todo momento. Ser el observador no aburre; el observador vive en un silencio absoluto, en medio de la paz y la alegría que surge de su interior, no del exterior. Y el observador te proporciona experiencias que no podías ni haberte imaginado.

Te suena la palabra «éxtasis», pero no conoces su significado. Te suena la palabra «verdad», pero no conoces su significado. Te suena la palabra «belleza», pero si alguien te pregunta qué significa no podrás contestarle.

El observador te trae el *satyam, shivam, sundram.* Te abre las puertas de la verdad, de la divinidad, de la inmensa belleza y la vida eterna. Te proporciona nuevos ojos, una nueva percepción. Los árboles te parecerán más verdes que ahora, e incluso una florecilla silvestre te dará alegría, te llenará de asombro. El mundo entero se convierte en un misterio. Es imposible aburrirse.

Para el observador, el mundo cambia rápidamente, sin parar. Lo contrario se

queda para los ciegos, y llamo ciegos a quienes no han despertado como observadores; esa es la única ceguera espiritual. Por eso pensáis que son los mismos árboles, los mismos pájaros, que es el mismo sol, el mismo mar. No comprendéis que la existencia se renueva a cada momento.

Me gusta citar a Heráclito, que dice lo siguiente: «No puedes meterte en el mismo río dos veces». Yo voy más allá que Heráclito. Digo que no puedes meterte en el mismo río ni siquiera una vez, porque el río fluye constantemente, pero a los ciegos les parece el mismo río.

Te transformas, eres alguien distinto en cada momento; si no, ¿cómo se pasa de la infancia a la juventud? Si te enseñan tu primera foto, la que te hicieron cuando pasaste a formar parte del cuerpo de tu madre, tienes que verla con lupa, y no verás sino un punto grande. No distinguirás la nariz, ni las orejas, ni los ojos. ¿Ese soy yo? Pero en su momento lo fuiste... y desde entonces las cosas han cambiado continuamente.

¿Te acuerdas de la fecha en la que pasaste de niño o niña a joven? No ocurre de repente; se desarrolla tan gradualmente que a menos que seas un observador no podrás reconocer los sutiles cambios que se producen de manera continua. Pero para los ciegos es el mismo mundo.

Me preguntas: «¿Por qué tengo miedo de que ser solo un observador me aburra?».

No tienes miedo porque conozcas la experiencia de que ser el observador resulte aburrido... No existe ni un solo ejemplo en la historia de la humanidad de que un observador, un meditador, haya dicho que la experiencia interior resulte aburrida. No tienes miedo de eso. No sabes en qué va a consistir la explosión interior cuando surja el observador.

A lo que tienes miedo es a que no surja el observador a menos que cortes con las pasiones, con tus facetas de payaso y de vividor. A lo que temes es al cambio. No sabes nada del observador; es más, me da la impresión de que ya estás aburrido, porque solo una persona que se aburre puede ser un vividor, un aventurero que va de un lado a otro. Fíjate en los turistas...

El turista es una clase de ser humano diferente, otra clase de humanidad. Están completamente locos, con sus cámaras de fotos de acá para allá, siempre con prisas; incluso si van al Taj Mahal no tienen mucho tiempo, y se limitan a tomar unas cuantas fotos y vuelven a meterse en el taxi. No han visto el Taj Mahal, solo han enfocado la cámara. Cuando el tío del taxi empieza a tocar el claxon para anunciar que hay que marcharse, que hay otros sitios que ver... Y cuando vuelven a su casa, ya tranquilos, dicen con el álbum de fotos en la mano: «Ahora sí que vamos a ver la auténtica belleza del Taj Mahal, del Himalaya y de Cachemira».

Qué estupidez. Podrías haber comprado todas esas fotos en la ciudad en la que vives. Están a la venta.... y no se pueden encontrar mejores fotografías que las que están a la venta, hechas por buenos fotógrafos, por profesionales. Tus fotografías serán de aficionado. ¿Y has dado la vuelta al mundo solo para acumular fotografías? ¿Por qué ese miedo a quedarte ante el Taj Mahal al menos durante veinticuatro horas?

Quienes conocen el Taj Mahal como lo conozco yo, se quedan allí quince días. Cuando empieza a aparecer la luna, el primer día de la luna, el Taj Mahal es maravilloso; se entrevé un momento y después se hace la oscuridad. El segundo día hay más luz, y el tercero aún más. A medida que aumenta la luz, el Taj Mahal se recorta con mayor claridad, como un sueño que se hace realidad. Y exactamente en la noche de la luna llena, alrededor de las nueve, el Taj Mahal se muestra en todo su esplendor. La combinación de la luna llena y el Taj Mahal no es obra de arquitectos normales y corrientes; es obra de místicos sufíes. Fue creado para que en nuestro interior surgieran la gratitud y la oración. No es un sitio para turistas; es un lugar para buscadores.

Los buscadores no tienen prisa. Esperan, contemplan el Taj Mahal desde todos los ángulos, con diferente luz, por el día, por la noche. A primera hora de la mañana, cuando el cielo está plagado de estrellas, el Taj Mahal tiene una belleza diferente, que va cambiando. Esa es la grandeza del Taj Mahal, y esa es la grandeza de toda la existencia. El Taj Mahal es solo un ejemplo.

El aventurero, el vividor, es en realidad una persona muy aburrida. Como intenta librarse del aburrimiento, no para de correr de un sitio a otro, de una mujer a otra. Se aburre enseguida de todo, va en pos de otra cosa, pensando que quizá no se aburrirá con eso. Pero no se da cuenta de que no son las cosas lo que aburren, sino que tú eres el aburrido. Te aburrirás dondequiera que estés.

Incluso si fueras a conocer al mismísimo Dios, le harías unas cuantas fotos (¿qué si no?) y empezarías a aburrirte. El mismo Dios, eterno... ¿Cuántas fotos podrías sacarle? Se te acaba el rollo de película y ahí te quedas, con ese Dios muerto, una pesadez. Saldrás corriendo, aunque sea para meterte en el infierno, y entrarás en él: igual te espera alguna aventura.

Pero te aburrirás en todos lados, porque el aburrimiento es tu actitud, tu forma de enfocar la vida, no una cualidad de las cosas. ¿Cuáles son tus pasiones? ¿Cuánto tardas en hartarte de una relación apasionada? Quizá una noche, o quizá eso sea demasiado.

Voy a contaros una historia sufí. Había un rey que estaba muy enfadado porque quería que una mujer muy guapa de la ciudad, que era pobre, fuera su amante. Pero lo curioso es que ella estaba enamorada de uno de los siervos del rey. Eso era demasiado para el monarca, demasiado humillante, insultante. El rey la desea, la chica se niega a sus deseos y le gusta un pobre siervo.

El rey consultó al consejo de sabios qué debía hacer. El más anciano propuso que los llevaran a ambos a la corte, desnudos, abrazados y atados, y... «dejadlos en vuestros jardines durante veinticuatro horas rodeados de armas de fuego de modo que no puedan escapar».

El rey replicó:

—¿Cómo? ¿Dejar que se abracen desnudos en mis jardines? Pero ¿qué consejo me estás dando?

El anciano dijo:

—Yo ya soy viejo, y sé cuánto tardas en aburrirte. Hazlo, y mañana por la

mañana verás los resultados.

Los dos jóvenes estaban deseando casarse y soñando con la luna de miel, con lo bonito que iba a ser. Quizá no haya existido jamás una luna de miel tan bonita como esa, porque nadie se ha amado tanto como ellos. Todos los amantes piensan lo mismo. Todo amante piensa: «Yo soy el mejor amante del mundo».

Cuando los obligaron a desnudarse y a abrazarse se sintieron muy incómodos, allí rodeados de individuos con armas... y con toda la corte observándolos. Pero tenían que cumplir la orden; se abrazaron y los ataron de tal modo que no pudieran separarse.

Y, claro, a ver lo que pasó durante doce horas: que se hicieron pis, el uno encima de la otra, que tuvieron que defecar, y el olor era repugnante... Fue sin duda la luna de miel más maravillosa del mundo. Hacía mucho calor aquella noche en Nueva Delhi; sudaban y apestaban, y no veían el momento de que amaneciera... Aquella misma noche empezaron a odiarse, en el transcurso de doce horas. Todo se condensó.

En tu vida normal se extiende como una fina capa, y lleva más tiempo, quizá quince días. Esos amantes lo experimentaron con absoluta intensidad. Eso es la pasión.

Los dejaron libres por la mañana, y, según cuenta la historia, salieron corriendo y no volvieron a verse. Ya se habían visto más que suficiente. No volvieron a coincidir en toda su vida. Ambos se marcharon de Nueva Delhi, para no ver a aquel hombre feo, para no ver a aquella mujer fea, a aquella asquerosa que se había hecho pis encima de él.

¿Qué pasión tienes? Vívela intensa, totalmente, y al cabo de veinticuatro horas estarás harto de ella. Y después quizá unas cuantas experiencias más... dependiendo de tu inteligencia. Si eres inteligente, te bastará con una historia. Si eres imbécil, quizá sigas esperando durante toda tu vida que otra historia sea la definitiva.

Cuanto más inteligente es un hombre o una mujer, antes se da cuenta de que esa lujuria, esa pasión, es una estupidez. Y si comprendes la razón por la que eres un aventurero, que en el fondo es tu vida de aburrimiento la que te impulsa a buscar nuevas aventuras... quizá no te aburras en alguna parte... Pero sigues yendo de un lado a otro, malgastando tu vida.

Y cuando llegue el día en que se agoten tus pasiones, ¿cómo podrás sentir celos? Los celos son un derivado de tus pasiones. Y cuando ya no te interese nadie, solo la exploración de tu ser, la censura desaparecerá. Y cuando descubras tu tesoro, ese esplendor oculto en tu interior, desaparecerá la codicia.

Cuando sientes esa satisfacción, ¿cómo puedes sentir ira? Esa ira destruiría tu alegría y tu satisfacción.

Pero el secreto de esta transformación consiste en observar. En toda la historia de la humanidad no hay ningún meditador que se haya aburrido. En realidad, los meditadores son los únicos que eliminan por completo el aburrimiento. La existencia los emociona de tal manera, se sienten tan emocionados con su consciencia, con la armonía que establecen con el pulso del universo que no pueden aburrirse. Es algo que cambia a cada momento, cada momento es un universo nuevo, y cada momento es una nueva danza, una nueva canción, una nueva música que jamás habías oído.

Moishe Finkelstein acababa de entrar en el salón de un burdel que conocía y se quedó atónito al ver a su padre bajando las escaleras. Se quedó de piedra.

—¿Qué haces en un sitio así, papá? —preguntó.

El viejo Finkelstein también se quedó anonadado, pero se recobró rápidamente.

—Vamos a ver, Moishe —replicó tranquilamente, mientras se sacudía el traje —. ¿Tú crees que por una porquería de veinte dólares iba a molestar a tu madre, con lo mucho que trabaja, la pobre?

La gente busca excusas, una tras otra, pero en realidad es que se aburren.

Hymie Goldberg llevaba veinte años comiendo en el mismo restaurante, y todos los días, invariablemente, tomaba sopa de pollo, pero un día llamó al camarero después de que le hubiera servido la sopa.

—Dígame, señor Goldberg —dijo el camarero.

—Haga el favor de probar esta sopa —dijo Hymie.

El camarero se quedó atónito.

—¿Cómo que pruebe la sopa? Lleva usted veinte años tomando esta sopa de pollo, todos los días. ¿Ha cambiado alguna vez?

Hymie no hizo caso al camarero.

—Pruebe la sopa —insistió.

—Pero ¿qué le pasa, señor Goldberg? —exclamó el camarero—. Sé a qué sabe la sopa de pollo.

—¡Pruebe la sopa! —gritó Hymie.

—Vale, vale —dijo el camarero—. ¿Dónde está la cuchara?

—¡Ajajá! —exclamó Hymie.

No estaba aburrido de la sopa; es que no tenía cuchara.

En primer lugar hártate de tus pasiones; es demasiado pronto para ser observador. Y cuando te hartes de tus pasiones y tus aventuras, verás que desaparecen la ira, los celos y la codicia. Entonces será el momento, el momento adecuado para iniciar la aventura definitiva de ser el observador, el meditador, el testigo.

En primer lugar, sigue jugando con tus juguetes. En la vida de todo niño llega un momento en el que deja a un lado los juguetes y se olvida de ellos. En la vida de todo hombre o mujer inteligente también llega el momento en el que se harta de los juguetes de la vida cotidiana, a los que incluso los animales tienen acceso. Y entonces surge la necesidad de superar a los animales, de superar la sociedad humana, de preguntarse por la fuente misma de la vida, de la propia consciencia. Entonces habrás penetrado en un misterio interminable.

Jamás te aburrirás... y lo digo con absoluta certeza, porque yo no hablo sobre ello, sino que estoy dentro de ello, formo parte de ello. No me he aburrido ni un solo momento en toda mi vida.

Pero no voy a decirte que te creas lo que digo. Solo puedo aconsejarte que vayas paso a paso, de modo que un día también tú puedas experimentar esa inmensa bendición. Es un derecho inalienable.

IV
LA MEDITACIÓN

Del hacer al presenciar



Tus enfermedades pueden ser muchas, pero yo solo tengo una medicina, y mi dificultad radica en vender la misma medicina a diferentes pacientes, para diferentes enfermedades. No me interesa cuál es tu enfermedad, porque sé que solo tengo una medicina:
la meditación.

19



Siempre te he oído decir: «Deja de hacer. Observa». Últimamente has dicho en varias ocasiones que la mente debería ser nuestra criada, no nuestra ama. Parece como si no hubiera nada que hacer salvo observar. Pero sigue planteándose la pregunta: ¿hay algo que se pueda hacer con esta criada rebelde, salvo observar?

No se puede hacer nada con esta criada rebelde, salvo observar. Parece una solución demasiado sencilla para un problema tan complicado como ese, pero es uno de los misterios de la existencia. El problema puede ser muy complicado, y la solución muy sencilla.

«Observar, presenciar, estar alerta» parecen palabras demasiado simples para resolver la complejidad de la mente. Millones de años de herencia, tradición, condicionamientos, prejuicios... ¿cómo van a desaparecer observando y nada más?

Pero no desaparecen, porque como decía Buda Gautama: «Si están encendidas las luces de la casa, los ladrones no se acercan a esa casa, sabiendo que el dueño está despierto». Como se ve por las ventanas, desde las puertas, la luz está encendida y no es el momento de entrar en la casa. Cuando las luces están apagadas, los ladrones se sienten atraídos hacia la casa. La oscuridad es una invitación para ellos. Como decía Buda Gautama, es la misma situación para tus pensamientos, imaginaciones, sueños, angustias, para tu mente.

Si el testigo está allí, el testigo es casi como la luz; los ladrones se dispersarán. Pero si los ladrones descubren que no hay testigos, llamarán a sus hermanos, a sus primos y a todos.

Se trata de un fenómeno tan sencillo como la luz. En cuanto llevas luz al interior, desaparece la oscuridad. No preguntas: «¿Hay suficiente luz para que desaparezca la oscuridad?» ni: «Cuando hayamos traído luz, ¿tendremos que hacer algo más para que desaparezca la oscuridad?».

No; sencillamente, la presencia de luz es la ausencia de oscuridad, y la ausencia de luz es la presencia de oscuridad. La presencia del testigo es la ausencia de la mente, y la ausencia del testigo es la presencia de la mente.

De igual modo, en el momento que empieces a observar, tu observador se irá fortaleciendo lentamente y tu mente se irá debilitando. En cuanto comprende que el observador ha madurado, la mente se somete inmediatamente, como un buen criado. Es un mecanismo. Si ha llegado el amo, puede utilizarse la máquina. Si el amo no está allí o está profundamente dormido, la máquina funciona por sí sola, hace lo que puede. No hay nadie que le dé órdenes, nadie que le diga: «Párate. Eso no hay que hacerlo».

Entonces la mente se convence poco a poco de que es quien manda. Y como es tu ama desde hace milenios, cuando intentas ser testigo se rebela, porque se ha olvidado por completo de que no es sino una criada. Llevas tanto tiempo ausente que no te reconoce. De ahí la lucha entre el testigo y los pensamientos.

Pero al final vencerás tú, porque la naturaleza y la existencia quieren que tú seas el amo y la mente la criada. Las cosas están en armonía, y entonces la mente no puede equivocarse. Entonces todo queda existencialmente relajado, fluyendo hacia su destino.

No tienes que hacer nada; simplemente observar.

Paddy compró un loro en una subasta. Le preguntó al organizador de la subasta:

—He pagado mucho dinero por este loro. ¿Está seguro de que sabe hablar?

El organizador contestó:

—Claro que estoy seguro. Estaba pujando por lo mismo que usted.

Así es la inconsciencia de la mente, tal es la estupidez de la mente.

Me han contado que los ateos irlandeses, al ver que los teístas habían puesto en marcha un servicio telefónico de oración, también pusieron en marcha un servicio de esa clase... a pesar de ser ateos. Pero la mente competitiva... También tienen un servicio telefónico de oración; cuando llamas, no contesta nadie.

Había dos vagabundos sentados ante una hoguera una noche. Uno de ellos estaba muy deprimido.

—Verás, Jim —dijo caviloso—, la vida del vagabundo no es tan bonita como la cuentan. Pasar la noche en el banco de un parque, o en un granero helado... Viajar a pie, intentando esquivar a la policía, que te echen de todas las ciudades, sin saber cuándo volverás a comer, despreciado por todos...

Su voz se apagó y emitió un profundo suspiro.

—Bueno, si piensas eso, ¿por qué no buscas trabajo? —preguntó el otro.

—¿Qué dices? —exclamó el primer vagabundo, asombrado—. ¿Y reconocer que soy un fracasado?

La mente se ha acostumbrado a ser la que manda, y necesita cierto tiempo para recuperar el juicio. Basta con presenciar. Es un proceso muy silencioso, pero de consecuencias enormes. No existe otro método mejor que ser testigo para disipar la oscuridad de la mente.

Lo cierto es que existen ciento doce métodos de meditación. Yo los he probado todos, y no intelectualmente. Tardé años enteros en probar cada uno de ellos y encontrar su esencia, y tras haber probado ciento doce métodos, cuál no sería mi asombro al comprobar que la esencia consiste en presenciar. Los puntos

no esenciales de los métodos son diferentes, pero el núcleo de todos consiste en ser testigo.

Por eso puedo deciros que solo existe una meditación, que consiste en el arte de ser testigo. Lo consigue todo, la transformación completa de tu ser. Te abre las puertas del *satyam, shivam, sundram*, la verdad, la divinidad y la belleza de todo.

20



¿Cómo lleva la observación a la no mente? Cada día soy más capaz de observar mi cuerpo, mis pensamientos y mis sentimientos, y es una sensación fantástica. Pero los momentos sin pensamientos son muy escasos y distanciados. Cuando dices: «La meditación es presenciar», creo entenderlo, pero cuando hablas de la no mente, no me resulta fácil. ¿Podrías explicarlo, por favor?

La meditación supone una peregrinación muy larga. Cuando digo que la meditación es presenciar, me refiero al principio de la meditación, y cuando digo que la meditación es la no mente, me refiero al final de la peregrinación. Presenciar es el principio, y la no mente es la culminación. Presenciar, ser testigo, es el método para alcanzar la no mente. Naturalmente, notarás que presenciar es más fácil, porque es algo que te resulta más cercano.

Pero el presenciar es como una semilla, y después viene el largo período de espera, no solo de esperar, sino de confiar en que esa semilla germine, que se transforme en arbusto, que un día llegue la primavera y el arbusto dé flores. La no mente es la última etapa de la floración.

Sembrar la semilla resulta muy fácil, por supuesto; es algo a tu alcance. Pero que broten las flores queda fuera de tu alcance. Puedes preparar la tierra, pero las flores brotarán por sí mismas; no puedes obligarlas. La primavera también está fuera de tu alcance, pero si tu preparación es perfecta, llegará. No cabe lugar a dudas.

Vas por muy buen camino; presenciar es el sendero y empiezas a sentir de vez en cuando un momento sin pensamientos, fugaces visiones de la no mente... pero momentáneas.

Hay que recordar una ley fundamental: que lo que puede existir un momento puede llegar a ser eterno. No se te conceden dos momentos juntos, sino solo uno. Y si eres capaz de transformar un momento en un estado sin pensamientos, estarás aprendiendo el secreto. Entonces no habrá obstáculo ni motivo para que no cambies el segundo momento, que también llegará solo, con el mismo potencial y la misma capacidad.

Si conoces el secreto, estarás en posesión de la llave maestra que puede abrir cualquier momento a la visión de la no mente. La no mente es la etapa final, cuando la mente desaparece para siempre y ese intervalo sin pensamientos se convierte en tu realidad intrínseca. Si surgen esas fugaces visiones, te demostrarán que vas por el buen camino y que estás utilizando el método adecuado.

Pero no seas impaciente. La existencia requiere una paciencia infinita. Los misterios fundamentales solo se desvelan a quienes tienen una paciencia infinita. Y eso me recuerda algo...

En el antiguo Tíbet era costumbre, señal de respeto, que todas las familias contribuyeran al gran experimento de aumentar la consciencia, de modo que el primogénito de cada familia era entregado a un monasterio para que lo adiestraran en la meditación. Quizá no exista un país que haya realizado un experimento tan amplio como ese con la consciencia.

La destrucción del Tíbet a manos de la China comunista es uno de los mayores desastres que podrían haberle ocurrido a la humanidad. No es solo que se trate de un país pequeño, sino de que era un gran experimento que se llevaba realizando en el Tíbet desde hacía siglos.

El primogénito era entregado a un monasterio cuando era muy pequeño, con cinco o seis años como máximo. Pero en el Tíbet saben que los niños pueden aprender a ser testigos mejor que los adultos. Los adultos ya están echados a

perder. El niño es inocente y la pizarra de su mente está aún en blanco; enseñarle el vacío es muy fácil.

Pero que un niño entrara en un monasterio resultaba muy difícil, sobre todo si era pequeño. Me acuerdo de cierto incidente... Voy a contaros solo uno, pero tiene que haber centenares iguales. Es normal.

Se marcha un niño, de seis años, y su madre no para de llorar, porque la vida en un monasterio para un niño de esa edad tiene que ser muy dura. El padre le dice a su hijo:

—No mires atrás. La respetabilidad de nuestra familia está en juego. Ningún niño ha mirado atrás en toda la historia de nuestra familia. Sea cual sea la prueba a la que te sometan para entrar en el monasterio, aun a riesgo de tu vida, no mires atrás. No pienses en mí, ni en tu madre llorando.

»Te entregamos al experimento supremo de la consciencia humana con gran alegría, aunque la separación vaya a resultar dolorosa. Pero sabemos que superarás todas las pruebas. Llevas nuestra sangre, y defenderás la dignidad de tu familia.

El niño va a lomos de un caballo, acompañado por un criado en otro caballo. En la primera curva del camino lo embarga un tremendo deseo de volver a ver la casa familiar, el jardín. El padre estará allí, la madre estará llorando... pero recuerda que el padre le ha dicho: «No mires atrás».

Y no vuelve la vista atrás. Sigue las curvas del camino con lágrimas en los ojos. Ya no puede ver su casa y quién sabe cuánto tiempo pasará —quizá años y años— hasta que vuelva a ver a su padre, a su madre, a su familia.

Llega al monasterio, y a la puerta lo recibe el abad, que le da la bienvenida con toda gentileza, como si se tratara de un adulto; le hace una reverencia y el niño se la devuelve. Entonces el abad le dice:

—Tu primera prueba consistirá en sentarte a la puerta con los ojos cerrados, sin moverte, a menos que te llamemos para que entres.

El niño se sienta a la puerta, con los ojos cerrados. Pasan las horas y ni siquiera puede moverse. Se le posan moscas en la cara, pero no las puede

espantar. Es cuestión de la dignidad que le ha mostrado el abad. Ha dejado de pensar como un niño; con tales muestras de respeto, tiene que cumplir los deseos de su familia y las expectativas del abad.

El día toca a su fin, y los monjes empiezan a sentir lástima del niño. Con hambre, con sed... Se limita a esperar. Empiezan a darse cuenta de que el niño es pequeño, pero que tiene mucho valor, muchas agallas.

Por fin, cuando empieza a ponerse el sol, llega el abad y lleva al niño dentro. Le dice:

—Has pasado la primera prueba, pero aún tienes que remontar muchas cumbres. Respeto tu paciencia, siendo tan pequeño como eres. Has estado sin moverte, sin abrir los ojos. No te ha faltado el valor, confiando en que entrarías en el monasterio a su debido tiempo.

Y después llegaron los años de aprender a ser testigo. Al niño no se le permitiría volver a ver a sus padres hasta diez, quizá veinte años después. Pero el criterio que se seguía era que hasta que no llegara a experimentar la no mente, no debía volver a ver a sus padres, a su familia. Una vez alcanzado ese estado, podía volver al mundo. Entonces no habría ningún problema.

Cuando una persona alcanza el estado de la no mente, nada puede distraerla de su ser. No hay mayor fuerza que la fuerza de la no mente. A una persona así no se le puede hacer ningún daño, porque en su interior no pueden surgir ni los celos, ni la codicia, ni la ira, ni ningún compromiso, nada. La no mente es un cielo completamente despejado, sin nubes.

Me preguntas: «¿Cómo lleva la observación a la no mente?».

Existe una ley intrínseca: los pensamientos no poseen vida propia. Son parásitos; viven gracias a tu identificación con ellos. Cuando dices «estoy enfadado», estás aportando energía vital a la ira, porque te identificas con la ira. Pero cuando dices «veo que la ira está lanzando destellos en la pantalla de mi mente» no le das vida ni energía a la ira. Lo comprenderás porque has dejado de

identificarte, la ira se ha vuelto impotente, no tiene ningún efecto sobre ti, no te cambia, no te afecta. Es algo totalmente hueco, muerto. Es algo que pasará y dejará el cielo despejado y la pantalla de la mente vacía.

Empiezas a salir de tus pensamientos, poco a poco. En eso consiste el proceso de presenciar y observar. Por decirlo de otra forma (George Gurdjieff lo llamaba «no identificación»), has dejado de identificarte con tus pensamientos. Te alejas, mantienes cierta distancia, muestras indiferencia, como si fueran los pensamientos de otra persona. Has roto el vínculo con esos pensamientos. Solo así puedes observarlos.

Observar requiere cierto distanciamiento. Si te identificas con algo, no hay distanciamiento, todo está demasiado cerca. Es como si acercaras demasiado el espejo: no podrías verte la cara. Se necesita cierta distancia; si no, no puedes ver el reflejo de tu cara.

Si los pensamientos están demasiado próximos a ti, no puedes observar. Los pensamientos dejan una impronta en ti, unos colores: la ira te hace iracundo, la codicia te hace codicioso, la lujuria te hace lujurioso, porque no hay distanciamiento. Están tan cerca que acabarás creyendo que tus pensamientos y tú sois una y la misma cosa.

La observación destruye esa unidad y crea una separación. Cuanto más observas, más se agranda la distancia. Cuanto mayor es la distancia, menos energía dedicas a tus pensamientos. Y no tienen otra fuente de energía. Al cabo de poco tiempo empiezan a morir, a desaparecer. En esos momentos en los que desaparecen empiezas a vislumbrar la no mente.

Eso es lo que estás experimentando. Dices: «Soy cada vez más capaz de observar mi cuerpo, mis pensamientos y mis sentimientos, y es una sensación maravillosa». Eso es solo el principio. Incluso el principio es increíblemente maravilloso... estar en el buen camino, incluso sin haber dado un solo paso, te proporcionará una inmensa alegría, sin motivo alguno.

Y en cuanto empiezas a avanzar por el buen camino, tu dicha, tus

experiencias hermosas serán cada vez más profundas, más amplias, con nuevos matices, con nuevas flores, con nuevas fragancias.

Dices: «Pero los momentos sin pensamientos son escasos y distanciados». Es un gran logro, porque la mayoría de las personas no conocen ni un solo intervalo así. Sus pensamientos están en una continua hora punta, amontonados, unos detrás de otros, tanto mientras duermen como cuando están despiertas.

Lo que llamamos sueños no son sino pensamientos en forma de imágenes... porque la mente inconsciente no conoce las lenguas. No existe ninguna escuela en la que se enseñe el lenguaje del inconsciente.

El inconsciente es muy primitivo, como un niño pequeño. ¿Os habéis fijado en los libros para niños pequeños? Si quieres enseñarle algo a un niño, en primer lugar tienes que hacer un dibujo grande; por eso en los libros infantiles se ven muchos dibujos, imágenes de colores con muy poca escritura. Al niño le despierta más interés la imagen. Es primitivo, y comprende el lenguaje de las imágenes. Poco a poco va asociando las imágenes con la lengua, y cuando ve la imagen de un árbol sabe que es un mango. Empieza a comprender que debajo de la imagen del árbol hay cierta palabra que lo define. Lo que despierta su interés es el árbol, pero poco a poco lo asocia con la palabra «árbol». A medida que el niño va creciendo, las imágenes pierden importancia y la adquiere la lengua. Cuando llega a la universidad, las imágenes han desaparecido de sus libros; solo queda la lengua.

Y, a propósito, esto me recuerda que quisiera deciros que la televisión ha devuelto a la humanidad a un estado primitivo, porque la gente vuelve a fijarse en las imágenes. Existe un peligro en el futuro... porque ya es evidente que se ha dejado de leer buena literatura. ¿Para qué molestarse en leer, cuando se puede ver una película en la televisión? Es un fenómeno muy peligroso, porque hay cosas que no se pueden reproducir con imágenes. La buena literatura se puede reproducir solo parcialmente con imágenes. El peligro radica en que la gente empiece a olvidar las lenguas, su belleza y su magia, y vuelvan a ser primitivos con tanto ver la televisión.

En la actualidad, el estadounidense medio ve la televisión siete horas y media al día. Eso acabará por destruir algo que hemos conseguido con grandes dificultades. Esa persona que ve la televisión siete horas y media al día... no se puede esperar que vaya a leer a Shakespeare, a Kalidas, a Tagore, a Herman Hesse, a Martin Buber o a Jean Paul Sartre. Cuanto más elevada es la literatura, menores son las posibilidad de presentarla en imágenes. Las imágenes son fáciles, con colores fascinantes, pero no tienen ni punto de comparación con la lengua.

Hay que proteger el futuro de muchas cosas. Los ordenadores pueden destrozar la memoria humana, porque no se necesitará. Puedes llevar en un bolsillo un ordenador del tamaño de un paquete de cigarrillos que contenga todo lo que necesitas saber. No necesitas tu propia memoria; con solo apretar una tecla, el ordenador te da cualquier información que necesites.

Los ordenadores pueden destruir el sistema de memoria de la humanidad que se ha desarrollado en el transcurso de muchos siglos y con grandes dificultades. La televisión puede destruir la gran literatura y la posibilidad de que vuelvan a aparecer en el mundo personas como Shelley o Byron. Son grandes inventos, pero nadie se ha parado a pensar en las consecuencias, en que harán retroceder a la humanidad.

Lo que sientes es un indicio estupendo de que estás en el buen camino. El buscador siempre se plantea si avanza en la dirección que debe o no. No existe ninguna seguridad, ningún seguro, ninguna garantía. Todas las dimensiones están abiertas; ¿cómo elegir la acertada?

Esos son los caminos y los criterios que hay que elegir. Si avanzas por un sendero, con una metodología, sea cual sea, que te proporciona alegría, más sensibilidad, más atención y una sensación de intenso bienestar... ese es el único criterio para saber que estás en el buen camino. Si eres más desgraciado, más iracundo, más egoísta, más codicioso, más lujurioso... son señales de que vas por el mal camino.

Por el buen camino tu dicha crecerá día a día, y tus experiencias de

sensaciones maravillosas serán cada vez más psicodélicas, más llenas de color... unos colores que jamás habías visto en el mundo, unas fragancias que jamás habías percibido en el mundo. Entonces puedes proseguir por ese camino sin temor a equivocarte.

Esas experiencias interiores te mantendrán en el buen camino. Recuerda que si crecen, significa que avanzas. Ahora solo disfrutas de unos momentos sin pensamientos... No es poco lo que has alcanzado; es un gran logro, porque la mayoría de las personas no tienen ni un solo momento sin pensamientos en toda su vida.

Esos intervalos aumentarán.

A medida que te vayas centrando, que estés más atento, esos intervalos se harán más extensos. Y no queda lejos el día en que, si sigues avanzando sin mirar atrás, sin extraviarte, si avanzas todo recto, no queda lejos el día en que notarás que los intervalos se han hecho tan grandes que pasarán las horas sin que se te ocurra un solo pensamiento. Tendrás experiencias más amplia de la no mente.

El logro definitivo es cuando la no mente te rodea veinticuatro horas al día, lo cual no significa que no puedas utilizar la mente; eso es una falacia que postulan quienes no saben nada de la no mente. No significa que no puedas usar la mente; simplemente significa que la mente no puede usarte a ti.

La no mente no significa la destrucción de la mente. Simplemente significa dejar la mente a un lado. Puedes ponerla en funcionamiento en cualquier momento en el que necesites comunicarte con el mundo. Será tu sierva.

En este momento es tu ama. Incluso cuando estás a solas no para, dale que te dale, y no puedes hacer nada, eres totalmente impotente.

La mente no es sino un medio para cuando quieres comunicarte con los demás, pero cuando estás solo, no la necesitas para nada. Así que cuando quieras usar la mente, puedes usarla.

Y has de recordar otra cosa: que cuando la mente guarda silencio durante

horas, se hace joven, se renueva, se hace más creativa, más sensible, rejuvenece gracias al descanso.

La mente de la mayoría de las personas empieza a funcionar a la edad de tres o cuatro años, y no para durante setenta u ochenta años, sin tomarse vacaciones. Naturalmente, no puede ser muy creativa. Se queda agotada, cansada de tanta porquería. Hay millones de personas en el mundo que viven sin la menor creatividad. La creatividad es una de las mayores experiencias, de las más gozosas. Pero la mente está tan cansada... no se encuentra en un estado de energía desbordante.

La persona en estado de no mente mantiene su mente descansada, llena de energía, inmensamente sensible, dispuesta a entrar en funcionamiento en el momento en que se le dé la orden. No es simple coincidencia que las palabras de las personas que han experimentado la no mente empiecen a tener una magia propia. Cuando usan la mente, tienen carisma, una fuerza magnética, una enorme espontaneidad y la frescura del rocío antes de que salga el sol. Y la mente es el medio de expresión y creatividad más evolucionado de la naturaleza.

Por eso la persona que medita o, en otras palabras, la persona con no mente, incluso transforma su prosa en poesía. Sus palabras se cargan de tal autoridad, sin el menor esfuerzo, que no tienen necesidad de argumentos. Esas palabras son argumentos por sí mismos. Su fuerza se convierte en una verdad manifiesta. No necesitan apoyo de la lógica ni de los libros sagrados. Las palabras de la persona con no mente son intrínsecamente ciertas. Si estás dispuesto a recibirlas y a escucharlas, lo notarás en tu corazón: la verdad manifiesta.

Veamos qué ha ocurrido en el transcurso de los siglos. A Buda Gautama jamás le ha contradicho ninguno de sus discípulos, tampoco a Mahavira, ni a Moisés ni a Jesucristo. Había algo convincente en sus palabras, en su presencia misma. Te convierten sin hacer el menor esfuerzo para convertirte. Ninguno de los grandes maestros han sido misioneros; jamás intentaron convertir a nadie, pero convirtieron a millones de personas.

Es un milagro, pero el milagro consiste en una mente reposada, en una mente

siempre llena de energía que solo se usa de vez en cuando.

Cuando os hablo, tengo que usar la mente. Cuando estoy a solas en mi habitación, durante casi todo el día, me olvido de la mente. Soy puro silencio... y mientras tanto la mente reposa. Cuando hablo con vosotros, esos son los únicos momentos en los que uso la mente . Cuando estoy solo, estoy completamente solo, y no tengo ninguna necesidad de usarla.

Dices: «Cuando dices que la meditación es observar, creo entenderlo, pero cuando hablas de la no mente, no me resulta nada fácil».

¿Cómo iba a resultarte fácil, si es tu posibilidad futura? Ya te has iniciado en la meditación; puede que estés en las primeras etapas, pero tienes una cierta experiencia que te ayuda a comprenderme. Si puedes comprender la meditación, no te preocupes por nada.

No cabe duda de que la meditación lleva a la no mente, al igual que todo río avanza hacia el mar sin necesidad de mapas ni guías. Todo río, sin excepción, llega hasta el mar. Toda meditación, sin excepción, acaba por llegar al estado de la no mente.

Pero, naturalmente, cuando el Ganges está aún en el Himalaya, serpenteando por las montañas y los valles, no tiene ni idea de qué es el mar, no puede ni siquiera concebir la existencia del mar... pero avanza hacia el mar, porque el agua posee la capacidad intrínseca de llegar a las zonas más bajas. Y los mares son las zonas más bajas, de modo que los ríos nacen en las cimas del Himalaya e inmediatamente empiezan a avanzar hacia los espacios de menor altitud, hasta que por último se unen con el mar.

En la meditación se da el proceso contrario: avanza hacia arriba, hacia cimas más elevadas, y la cima suprema es la no mente. La no mente parece una expresión muy sencilla, pero su significado exacto es iluminación, libertad, liberación de toda atadura, la experiencia de la ausencia de muerte y la inmortalidad.

Son palabras mayores, y no quiero asustarte; por eso hablo en términos más

sencillos, de la no mente. Conoces la mente... puedes concebir un estado en el que esa mente no esté en funcionamiento.

Cuando esa mente deja de estar en funcionamiento, pasas a formar parte de la mente del cosmos, de la mente universal. Cuando formas parte de la mente universal, tu mente individual funciona como una sierva obediente. Ha reconocido al amo, y transmite noticias de la mente universal a quienes aún están encadenados a la mente individual.

Cuando hablo con vosotros, lo que en realidad ocurre es que el universo me está utilizando. Mis palabras no son mías; pertenecen a la verdad universal. En eso consiste su carisma, su poder, su magia.

21



¿Es posible que en lugar de observar el pensamiento esté pensando en observar?

No solo es posible, sino que es completamente seguro que en lugar de observar el pensamiento estás pensando en observar. Pero si te has dado cuenta, se puede producir un cambio. Si puedes pensar en observar, ¿por qué no vas a poder observar el pensamiento? Inténtalo. No se trata de un proceso difícil; es muy sencillo.

Es lo que hace la mayoría de las personas. Piensan en observar, se engañan a sí mismas y empiezan a creerse que están ocurriendo grandes cosas. El observador ha hecho su entrada y pronto desaparecerán todos esos pensamientos; entonces, la no mente no estará muy lejos.

Cuando algunas personas me dicen que la meditación les va muy bien, tengo ciertos recelos. Si la meditación te va muy bien, no tienes que decírmelo; yo lo veo. Cambia tus ojos, cambia tu actitud, cambia tu forma de andar, tu forma de hablar, te hace más silencioso, como un estanque sin ondas de pensamientos.

Pero la mente humana es muy astuta, e intenta engañarte hasta el final. Y como eres muy inocente, sigue engañándote.

Sadie Moskovitz llevó al cine a su anciana abuela. Ponían una superproducción sobre el Imperio romano. En una escena arrojaban a unos prisioneros desarmados a los leones. La anciana señora prorrumpió en agudos lamentos, gritando:

—¡Ay, pobrecillos!

A Sadie le dio mucha vergüenza y le susurró enérgicamente:

—No grites, abuela. Son cristianos.

La abuela respondió, con voz entrecortada:

—Ah, ya.

Se quedó callada, pero luego empezó a gemir aún más fuerte.

—¿Qué te pasa ahora, abuela? —preguntó Sadie.

—Mira, mira —contestó la abuela, señalando algo—. Ese pobre leoncito de detrás. No le ha tocado ningún cristiano.

Ten cuidado con la mente, más que con nada en el mundo. Es el recurso para engañarte más importante que han creado tu cuerpo, tu psicología, tu química y tu biología. Te mantiene encadenado al cuerpo y no te permite abrir los ojos a tu consciencia. Te hace trabajar continuamente, sin darte ni unas pequeñas vacaciones. Existe el peligro de que, si te da incluso unas vacaciones muy breves, tomes conciencia de tu esplendor interior, de la belleza de tu ser, de su aplastante verdad y su fulgor. Y una vez que hayas visto ese fulgor, dejará de engañarte.

Tienes que cambiar. En lugar de pensar en observar, empieza a observar el pensamiento. Incluso si piensas en observar, observa. No importa en qué pienses (puede ser en observar); que nada te perturbe. Observas incluso cuando estás pensando en observar, y la observación te revelará los secretos y el misterio de tu ser. Y a medida que se revelan desaparece la mente.

La mente solo estará presente mientras tú seas completamente ignorante e inconsciente. Cuando la meditación y la observación te aporten más luz desaparecerá la mente, como la oscuridad. No es un enemigo poderoso; simplemente, nunca has intentado superarlo.

Observar consiste en el sencillo proceso de traspasar la mente, de sentirse muy lejos, de mirar la mente, de observar qué ocurre. Haga lo que haga la mente, tú te limitas a verlo. No lo juzgues, no lo valores, no lo condenes, porque todo eso forma parte del pensamiento.

La observación no sabe de juicios, condenas, justificaciones, valoraciones. La observación es como un espejo: frente a un espejo, puedes ver una hermosa cara, pero el espejo no te sonríe. A lo mejor tu cara es fea, pero al espejo no le desagrada. A lo mejor no tienes cara, pero al espejo le da igual.

Observar es exactamente como un espejo que refleja la mente. Pase lo que pase, el espejo refleja, pero no hace ningún comentario. En eso consiste el secreto de traspasar la mente, de alejarse cada vez más de ella. Al cabo de poco tiempo verás que tu mente no es sino un eco lejano, que ni siquiera puedes distinguir sus murmullos, y después desaparecerá.

Te apegas a la mente por lo que valoras o desprecias. Ni siquiera cuando desaparezca la mente debes decir: «¡Ya está! Conque era esto». Entonces la mente ha vuelto a entrar por la puerta secreta que conoce. Guarda silencio. No tienes que decir: «¡Ya está! Conque era esto».

Saborea y disfruta el silencio que ha empezado a rodearte. Mientras que la mente era como estar en medio del mercado, ahora has entrado en los silencios del corazón. Baila, disfruta, pero no digas ni una sola palabra.

22



¿Qué significa estar en el medio?

Estar en el medio significa muchas cosas. Te contestaré con palabras de Buda, porque fue el primero en emplear las palabras «estar en el medio» y, naturalmente, nadie ha sido capaz de mejorar el significado que le dio a la palabra «medio».

Denominaba a su camino «el camino del medio». El primer significado es que se pueden evitar ambos extremos, el de la derecha y el de la izquierda; si puedes situarte exactamente en el medio, entre ambos extremos, no te situarás en el medio, sino que habrás trascendido la trinidad de los extremos, y el medio. Si cortas con los extremos, el medio desaparece por sí mismo. ¿El medio de qué?

Cuando Buda Gautama insiste en el medio, en realidad no se refiere al medio. Es una forma sutil de convencerte de que debes transformarte. Pero si te dice directamente que te transformes, quizá sientas miedo, temor. Estar en el centro parece algo muy sencillo.

Buda Gautama jugaba con esa palabra por pura compasión. La expresión que utilizaba para el medio es «*majjhim nikaya*», «el camino del medio». Cada extremo excluye al otro; cada extremo debe oponerse al otro polo. Lo negativo se opone a lo positivo, el menos al más, la muerte a la vida. Si los consideras extremos, se presentarán, naturalmente, como opuestos.

Pero la persona que puede detenerse justo en el medio, trasciende inmediatamente todo extremo y el medio al mismo tiempo. Y desde el punto de vista más elevado del ser transformado verás que no existe esa oposición. Los extremos no son opuestos, no son contradictorios, sino complementarios.

La vida y la muerte no son enemigas; forman parte de un único proceso. La muerte no acaba con la vida, sino que sencillamente la renueva. Le da nueva forma, un cuerpo nuevo, un plano de consciencia distinto. No va en contra de la vida; si se la considera desde el punto de vista adecuado, es un proceso de renovación de la vida, de rejuvenecimiento de la vida. El día no va en contra de la noche...

En la existencia no se da la contraposición en nada; todos los opuestos contribuyen al todo. La existencia es una unidad orgánica que no excluye nada, en la que todo está incluido.

La persona que puede situarse en el medio conoce esa experiencia increíble, que los opuestos no existen, que no existe lo contradictorio. La existencia entera es una sola, y en esa unidad desaparecen todas las contradicciones, todos los opuestos, todos los contrarios, y se funden en la unidad. Por eso la vida incluye la muerte, como el día incluye la noche.

La persona capaz de experimentar esa unidad orgánica no tiene miedo, no siente ansiedad ni angustia. Empieza a comprender la inmensidad de su ser, porque es tan inmenso como la existencia misma.

P. D. Ouspenski, uno de los grandes discípulos de George Gurdjieff, escribió un libro. Debo de haber leído miles de libros, y quizá no haya nadie en el mundo entero que sepa de libros más que yo, pero en la experiencia de tantos miles de libros jamás me he encontrado con ninguno comparable con *Tertium Organum*, de P. D. Ouspenski.

Tertium Organum significa el tercer canon del pensamiento. Le puso ese título a un libro tan incomparable porque ya existían otros dos libros sobre el mismo tema: el primero, de Aristóteles, titulado *Organum*, el primer principio del pensamiento, y el segundo de Bacon, *Novum Organum*, nuevo canon del pensamiento.

Ouspenski declara al principio de *Tertium Organum*, el tercer canon del pensamiento: «Aunque lo llamo el tercer canon del pensamiento, ya existía antes del primer canon del pensamiento».

Este libro encierra tantos secretos que cada página, cada párrafo, cada frase parece preñada de significado... En ese libro hay multitud de cosas, y una de ellas viene muy al caso de lo que estoy contando. P. D. Ouspenski fue uno de los matemáticos más importantes de su época. Sabe muy bien de lo que habla, y dice que en matemáticas la parte nunca puede ser mayor que el todo. Es algo evidente: ¿cómo va a ser la parte mayor que el todo? Pero añade que las matemáticas no lo son todo. «Yo he conocido la experiencia mística con mi maestro, George Gurdjieff, y puedo asegurar que existen unas matemáticas superiores, las matemáticas místicas, en las que la parte no solo puede igualar al todo, sino que a veces es mayor que el todo.»

Entramos en un mundo extraño, en el que la parte no solo puede igualar al todo, sino que a veces puede ser mayor que el todo. Parece absurdo desde el punto de vista de la lógica, y encima dicho por un hombre que es uno de los más grandes matemáticos, y él lo sabe. Asegura: «Me da vergüenza afirmar esto. Como matemático debería condenarlo. Pero ¿cómo ir en contra de la experiencia existencial? Cuando se trata de la experiencia, con matemáticas o sin ellas, tengo que consignarla tal y como es».

En el momento en que alguien trasciende los contrarios y los reconoce como complementarios, no solo pasa a formar parte del todo, sino que se convierte en el todo.

Y voy a hablaros del mayor de los absurdos. De vez en cuando, con un hombre como Buda Gautama, como Mahavira, como Chuang Tzu o Lao Tzu, sucede que la parte se hace mayor que el todo. Completamente ilógico, completamente antimatemático, pero completamente cierto.

Un Buda Gautama no solo abarca el todo sino que debido a su transformación es un poco más que el todo. El todo no tiene conciencia de su complementariedad. Buda Gautama sí tiene conciencia de esa complementariedad, y ahí es donde trasciende y se hace mayor que el todo, aunque solo sea una parte de él.

Estar en el medio es uno de los grandes métodos para transformarte en lo

supremo. Para prepararte para estar en el medio tendrás que abandonar toda idea extremista. Y todas las ideas son extremistas, ya sean de derechas o de izquierdas, cristianas o musulmanas, hindúes o budistas. Has elegido; no has permitido una consciencia sin elección, que acepte todo lo que es.

Todos tus prejuicios son elecciones tuyas. Yo estoy en contra de todos los prejuicios, para que llegues al medio.

El Papa se enteró de que una señora irlandesa había tenido diez hijos y envió a un cardenal a que le diera su bendición.

Cuando se reunió con la señora, el cardenal se indignó al saber que no era católica. «¿Va a usted a decirme que he venido hasta aquí para conocer a una protestante enloquecida con el sexo?», vociferó con voz atronadora.

Si hubiera sido católica, habría recibido la bendición del Papa, pero por desgracia era protestante... La mente llena de prejuicios cambia inmediatamente de postura; en lugar de bendecirla, maldice a esa pobre mujer y la llama «protestante enloquecida con el sexo».

Así funcionan todos los prejuicios.

El *sannyasin* es el que no tiene prejuicios, el que no ha elegido ninguna ideología, el que es consciente, sin elegir, de todo cuanto es. Sin elegir, estarás en el medio. En cuanto eliges, eliges un extremo. En cuanto eliges, eliges en contra de algo; en otro caso, ni te planteas la elección. Estar en la conciencia sin elegir nada es otro significado de estar en el medio.

Un día, un joven príncipe muy apuesto (se llamaba Shrona) escuchó a Buda Gautama por primera vez. Buda estaba de visita en la capital del reino del joven. Al escucharlo, el príncipe le pidió inmediatamente que lo iniciara. Tenía fama

por tocar el sitar, y también por su vida de lujo, de lujos increíbles. Hasta cuentan que cuando subía de un piso a otro, en lugar de barandilla había en las escaleras una hilera de hermosas mujeres, de modo que ascendía pasando del hombro de una mujer al de otra. Así subía las escaleras. Se pasaba el día durmiendo porque tenía monumentales resacas de la noche anterior; pasaba la noche de fiesta, bebiendo, comiendo, entre música y bailes. No tenía tiempo para dormir por la noche.

El pueblo lo sabía, sabía muy bien todo esto. Buda Gautama jamás había dudado en iniciar a nadie hasta entonces, pero con aquel hombre sí vaciló. Dijo:

—Shrona, lo sé todo de ti. Me gustaría que lo pensaras, que recapacitaras. Estaré en la capital durante los cuatro meses de la estación de lluvias.

Durante los cuatro meses de la estación de lluvias Buda Gautama no iba a ningún lado, ni tampoco sus *sannyasins.* Durante ocho meses del año no paraban de viajar y compartir sus experiencias de meditación y los estados más elevados de la consciencia; pero hace veinticinco siglos solo había caminos sin pavimentar, y Buda no permitía a sus discípulos que tuvieran nada, ni siquiera un paraguas, ni zapatos; solo tres trozos de tela. Una era para casos de emergencia, y las otras dos para cambiarse todos los días después de bañarse. No permitía más de tres trozos de tela. En la estación húmeda, lloviendo a chaparrones, habría resultado difícil mantener los tres trozos de tela secos, y los pobres *sannyasins* se habrían puesto enfermos andando por el barro en medio de la lluvia.

Por ese motivo se empeñaba en que durante cuatro meses se quedaran en un sitio, y que fueran allí quienes quisieran verlo. Durante los otros ocho meses acudía a ver a todos cuantos tenían sed; durante cuatro meses, que fueran a verlo a él. Por eso dijo:

—No hay prisa, Shrona.

Pero Shrona replicó:

—Cuando tomo una decisión, no recapacito. Tienes que iniciarme ahora mismo.

Buda intentó de nuevo convencerlo y le dijo:

—No pasa nada por recapacitar, porque has llevado una vida de lujos infinitos. Jamás has andado por un camino; siempre has ido en un carruaje de oro. Jamás has abandonado el lujo de tu palacio y de tus jardines. Siempre has vivido rodeado de hermosas mujeres, grandes músicos, bailarines. Cuando seas *sannyasin* no podrás hacer nada de eso, ni siquiera comer dos veces al día (un *sannyasin* budista suele comer una vez al día).

La ciencia ha demostrado lo acertado de la idea de Buda Gautama tras veinticinco siglos de críticas. La ciencia ha llegado a la misma conclusión: si puedes reducir la comida a la mitad, también se reducirán a la mitad tus males y enfermedades, y tu vida se multiplicará por dos. Ahora se puede afirmar científicamente que Buda tenía razón. No era una cuestión de privaciones, sino una medida muy saludable.

Le dijo a Shrona:

—No serás capaz de hacerlo. Y no me gusta que nadie vuelva al mundo, porque así pierde su autoestima. Por eso te recomiendo que recapacites.

Shrona replicó:

—He recapacitado una y otra vez y sigo deseando la iniciación ahora mismo. Cuanto más me digas que recapacite, más firme y testarudo me pondré.

Buda Gautama tuvo que ceder e iniciarlo, y empezaron a haber problemas desde el segundo día, pero unos problemas que no se esperaban los *sannyasins* de Buda Gautama, pero que Buda quizá sí se esperaba que empezaran a surgir.

Mientras que todos los *sannyasins* tenían tres trozos de tela, Shrona empezó a ir desnudo, pasando de un extremo a otro. Mientras que todos los discípulos budistas andaban por el camino, Shrona andaba por el borde, en medio de los espinos. Cuando los demás *sannyasins* descansaban bajo la sombra de los árboles, Shrona se quedaba de pie a pleno sol.

Al cabo de seis meses, aquel apuesto príncipe envejeció, se convirtió en una especie de esqueleto ennegrecido. Nadie reconocía en él al hombre que había sido un gran príncipe, famoso por su vida de lujos sin cuento. Le sangraban los

pies, le había menguado el cuerpo. Una noche, al cabo de seis meses, Buda Gautama se acercó al árbol bajo el que dormía Shrona. Fue una de las raras ocasiones en las que Buda fue a ver a un discípulo en mitad de la noche. No se conocen otros casos, al menos en las escrituras budistas.

Despertó a Shrona y le hizo una pregunta muy extraña:

—Me han contado que cuando eras príncipe también eras el mejor intérprete de sitar del país. ¿Es cierto?

Shrona respondió:

—Podrías habérmelo preguntado en cualquier otro momento. No veo por qué tiene que ser en mitad de la noche.

Buda Gautama dijo:

—Espera un poco y lo comprenderás.

Shrona dijo:

—Sí, es cierto.

Buda añadió:

—Y, ahora, la segunda pregunta. Si las cuerdas del sitar están demasiado tensadas, ¿puede brotar música de esas cuerdas?

Shrona contestó:

—Claro que no. Si están demasiado tensas, se rompen.

Buda preguntó:

—Y si están demasiado flojas, ¿hay música?

Shrona dijo:

—Me estás haciendo unas preguntas muy extrañas en mitad de la noche. Cuando las cuerdas están demasiado flojas el sitar no puede dar música. Se necesita cierta tensión. En realidad, tocar el sitar es fácil. La verdadera maestría consiste en mantener las cuerdas justo en el medio, para que no estén ni demasiado tensadas ni demasiado flojas.

Buda dijo:

—De eso quería hablarte. La vida también es un instrumento musical: demasiado tenso y no hay música; demasiado flojo y tampoco hay música. Las

cuerdas de la vida tienen que estar justo en el medio, ni demasiado tensas ni demasiado flojas; solo entonces surge la música. Y solo un maestro sabe mantenerlas en el medio. Como tú has sido maestro del sitar, también me gustaría que fueras maestro de la vida. No vayas de un extremo a otro, del lujo a la austeridad, de los placeres al autocastigo. Intenta estar justo en el medio.

En cierto sentido, Buda Gautama fue uno de los psicólogos más profundos que ha conocido el mundo. Estar en el medio de cada acto de tu vida... Encuentra el medio y habrás encontrado el camino de la meditación y el camino de la liberación.

23



¿Por qué resulta tan difícil el estado de abandono?

El mundo necesita adictos al trabajo, necesita que las personas sean esclavos, proletarios, peones, y que funcionen como máquinas. Por eso los llamados moralistas y los puritanos han enseñado a la gente que el trabajo posee un valor intrínseco. No es cierto.

Tiene cierto valor, pero de la clase más baja. Es una necesidad: como los seres humanos tienen estómago, necesitan llenarlo. Necesitan ropa y un techo para resguardarse. Se ha explotado al límite esa necesidad natural. La gente se ve obligada a trabajar, pero lo que produce no llega a sus manos, sino a manos de quienes no trabajan.

La sociedad siempre ha sido explotadora, dividida entre ricos y pobres. Los pobres tienen que trabajar para sobrevivir, y los ricos acumulan montones de dinero. Es una situación muy desagradable, inhumana, primitiva, propia de dementes. Los que trabajan son pobres, están muertos de hambre, y no les queda tiempo para la literatura, para la música, para la pintura. Ni siquiera pueden concebir mundos de inmensa belleza, de arte, ni siquiera pueden imaginarse que exista algo como la meditación. Bastante tienen con ganar lo suficiente como para comer una vez al día.

En el transcurso de los siglos la mayoría de las personas han sido pobres, y su supervivencia dependía de lo útiles que resultaran como mecanismos de producción. En cuanto dejaban de necesitarlos, quedaban abandonados a su suerte, condenados a morirse de hambre. Y son ellos los auténticos poseedores de la riqueza del mundo, porque ellos son los productores. Pero los más astutos

se alían con los políticos y con los sacerdotes para mantener la sociedad dividida en dos categorías, los auténticos seres humanos (los ricos y los superricos) y los seres humanos solo de nombre, a quienes se utiliza como mercancías, como mecanismos productivos.

Con esta situación, los intereses creados que predominan desde hace siglos solo han transmitido una cosa: el trabajo, y que cuanto más trabajes más producirás, para que los ricos se enriquezcan más.

El único valor del trabajo consiste en producir lo suficiente para todos. Tal vez cuatro o cinco horas de trabajo al día serían suficientes para que la humanidad entera viviera en paz, con comodidad. Pero ese deseo demente de enriquecerse, esa codicia que no conoce límites... que no comprende que cuanto más dinero tienes menos vale tu dinero.

Se trata de una ley muy sencilla de la economía, la ley de los rendimientos decrecientes. Tienes una casa: es algo valioso, tienes que vivir en ella, la necesitas. Tienes dos casas, tres casas, centenares de casas... el valor decrece en la misma medida que aumenta el número de casas. En el mundo existe una reducida clase que posee dinero sin valor.

Por ejemplo: el hombre más rico del mundo en la actualidad es un japonés que tiene veinte mil millones de dólares en el banco. ¿Qué puede hacer con ellos? ¿Comérselos? Y el dinero atrae más dinero; solo con los intereses que genera, ese hombre será cada día más rico, pero el dinero pierde su valor traspasado un cierto límite.

Pero la codicia es una locura. La sociedad humana ha vivido bajo el imperio de una especie de demencia.

Por eso resulta muy difícil el estado de abandono, porque siempre se ha considerado simple pereza. Va en contra de la sociedad adicta al trabajo.

Abandonarse significa empezar a vivir más sensatamente. No vas como un loco en pos del dinero, no trabajas sin parar, sino que trabajas para cubrir tus necesidades materiales. Pero también están las necesidades espirituales.

El trabajo es imprescindible para las necesidades materiales, pero a la

mayoría de los seres humanos les han impedido por completo un desarrollo espiritual.

El estado de abandono es uno de los espacios más hermosos. Te limitas a existir, sin hacer nada, a estar en silencio, y todo fluye por sí mismo. Tú sencillamente disfrutas del canto de los pájaros, del verdor de los árboles, de los colores pluridimensionales y psicodélicos de las flores.

Para experimentar la existencia no tienes que hace nada; lo que tienes que hacer es dejar de hacer. Tienes que encontrarte en un estado de completa inactividad, sin tensiones, sin preocupaciones.

En ese estado de tranquilidad empiezas a sintonizar con la música que te rodea. De pronto te das cuenta de la belleza del sol. Hay millones de personas que jamás han disfrutado de un atardecer, que jamás han disfrutado de un amanecer. No se lo pueden permitir. No paran de trabajar y de producir, y no para que revierta en ellos, sino en los intereses creados, con toda su astucia, en los que detentan el poder, en los que pueden manipular a los seres humanos.

Por supuesto, te enseñan que el trabajo es algo estupendo... por su propio interés. Y los condicionamientos han ahondado tanto en las personas que no comprendemos por qué no podemos relajarnos.

Incluso durante las vacaciones la gente se empeña en hacer esto o lo otro. No pueden disfrutar de unas vacaciones simplemente tumbados en la playa, con el mar y el aire fresco. No; tienen que hacer alguna tontería. Si no tienen nada mejor que hacer, se dedican a desmontar el frigorífico (que funcionaba estupendamente) o a destripar el reloj de pared que llevaba siglos funcionando sin problemas, para mejorar el mecanismo. Pero el problema principal radica en que no pueden quedarse tranquilamente sentados, en silencio. Tienen que hacer algo, tienen que ir a algún sitio.

En cada época de vacaciones todos van como locos a los balnearios, las playas, pero no para descansar... No tienen tiempo para el descanso, porque millones de personas van al mismo sitio. Las vacaciones son la mejor época para quedarse en casa, porque la ciudad entera se ha ido a la playa. Los coches van

pegados unos a otros, y cuando llegan a la playa está llena de gente; ni siquiera pueden encontrar un sitio para poner la toalla. He visto fotos de las playas. Hasta el mar debe de reírse de la estupidez de esa gente.

Se tumban unos minutos, y enseguida quieren helados y Coca-Colas. Todos se llevan el televisor portátil o la radio portátil. Y de repente se acabó el tiempo, porque hay que volver a casa a toda velocidad.

Hay más accidentes durante las vacaciones que en cualquier otra época; mueren más personas, chocan más coches. Es curioso. Y la gente se pasa cinco días a la semana, los días laborables, pendiente de las vacaciones, esperanzada. Y se pasa esos dos días del fin de semana esperando a que vuelvan a abrir las oficinas y las fábricas.

La gente se ha olvidado por completo del lenguaje de la relajación. Los han obligado a que se olviden de él.

El niño nace con una capacidad interna; no hay que enseñarle a que se relaje. Fíjate en cualquier niño: está relajado, en estado de abandono. Pero no le permites que disfrute de ese estado paradisíaco. No tardarás en civilizarlo.

Todo niño es primitivo, incivilizado. Pero los padres, los profesores, todo el mundo está encima del niño para civilizarlo, para que pase a formar parte de la sociedad. A nadie le preocupa que la sociedad sea una auténtica demencia. Lo mejor sería que el niño siguiera como está, que no fuera iniciado en la sociedad ni en la llamada civilización.

Pero con tantas buenas intenciones, los padres no dejan en paz al niño. Le tienen que enseñar a trabajar, le tienen que enseñar a ser productivo, a que sea competitivo. Tienen que decirle: «A menos que llegues a la cumbre, nos defraudarás».

Así que todos corren hacia la cumbre. ¿Cómo se va uno a relajar?

Cuando se tendieron las primeras vías de ferrocarril en la India... Me han contado una anécdota estupenda.

El ingeniero británico a cargo de las obras se quedó atónito al ver que todos los días un joven indio, un aldeano, llegaba a allí, se tumbaba a la sombra de un gran árbol y se dedicaba a contemplar a los obreros y a los ingenieros que les daban órdenes. Aquel hombre empezó a despertar el interés del ingeniero, aquel tipo extraño que se presentaba todos los días. Se llevaba su comida, comía y descansaba; dormía por la tarde a la sombra del árbol.

Un día el ingeniero no pudo resistir la tentación y le preguntó al aldeano:

—¿Por qué no trabaja? Viene todos los días y pierde el tiempo mirando.

El aldeano replicó:

—¿Y para qué voy a trabajar?

El ingeniero respondió:

—¡Para ganar dinero!

El aldeano preguntó:

—¿Y qué voy a hacer con el dinero?

El ingeniero respondió:

—¡Si serás imbécil que no sabes qué hacer con el dinero! Cuando tengas dinero podrás relajarte y disfrutar.

El pobre aldeano dijo:

—Pues qué cosa tan rara, porque yo ya estoy relajado y disfrutando. Anda que no hay que darle vueltas: trabajar un montón, ganar dinero y después disfrutarlo y relajarte. Pero ¡si yo ya lo hago!

Los niños llegan al mundo con esa cualidad intrínseca, intuitiva, de abandono. Están completamente relajados, y por eso todos los niños son maravillosos. ¿Os habéis parado a pensar en eso? Todos los niños, sin excepción, poseen una gracia, una vivacidad y una belleza extraordinarias. Y esos niños crecerán, y su gracia y su belleza desaparecerán.

Es muy difícil encontrar a un adulto con la misma gracia, la misma belleza y

la misma vivacidad. Si encuentras a un adulto con la inocencia y la relajación de un niño, habrás encontrado a un sabio.

Así definimos al sabio en Oriente: quien vuelve a alcanzar la infancia. Tras experimentar todos los altibajos de la vida, su experiencia lo lleva a decidir (la decisión llega por sí misma) que tiene que volver a ser lo que era en la infancia antes de que le sobrevenga la muerte.

Os enseño el estado de abandono porque es lo único que os hará sabios. No puede ayudaros ninguna religión, ninguna iglesia, ninguna teología, porque ellas no enseñan el estado de abandono. Todas se empeñan en el trabajo, en la dignidad del trabajo. Se sirven de hermosas palabras para esclavizarte, para explotarte. Son cómplices de los parásitos de la sociedad.

Yo no estoy en contra del trabajo; el trabajo tiene cierta utilidad, pero solo eso: cierta utilidad. No puede convertirse en la razón de tu vida. Tenemos una necesidad perentoria de comida, de ropa, de un techo. Trabaja, pero no te hagas adicto al trabajo. En cuanto dejas de trabajar, deberías saber relajarte.

Y no hace falta ser muy listo para relajarse; es un arte muy sencillo, y es muy sencillo porque lo conociste cuando naciste. Ya lo tienes ahí; solo hay que activarlo, despertarlo del aletargamiento. Hay que despertarlo.

Todos los métodos de meditación no son sino métodos para ayudarte a recordar el arte de abandonarse. Si hablo de recordar es porque ya lo conocías, y sigues conociéndolo, pero la sociedad intenta reprimir ese conocimiento.

Hay que recordar unos principios muy sencillos, como que el cuerpo debe ser el comienzo. Al estar tumbado en la cama (y te tumbas en la cama todos los días, o sea que no hace falta nada especial), cuando estés tumbado en la cama, antes de que te invada el sueño, observa con los ojos cerrados la energía que surge de tus pies. Desplázate de ahí; observa solo en el interior. ¿Notas alguna tensión, en las piernas, en los muslos, en el estómago? ¿Notas presiones, tensiones? Si notas tensión en alguna zona, intenta relajarla, y no te apartes de ese punto a menos que notes la relajación.

Repítelo con las manos, porque las manos son la mente, están conectadas con

la mente. Si tu mano derecha está tensa, estará tenso el lado izquierdo de tu cerebro. Si tu mano izquierda está tensa, estará tenso el lado derecho de tu cerebro. De modo que fíjate en las manos —son casi las ramas de tu mente— y llega por último a la mente.

Cuando todo el cuerpo está relajado, la mente ya está relajada al noventa por ciento, porque el cuerpo no es sino una extensión de la mente. Y con ese diez por ciento de tensión que sigue en tu mente... limítate a observarlo, y por el solo hecho de observarlo desaparecerán las nubes. Tardarás unos días; tiene su truco. Y así revivirás la experiencia de la infancia, cuando estabas relajado.

¿Te has fijado en una cosa? Los niños se caen todos los días, pero no se hacen daño, no se rompen los huesos. Inténtalo. Prueba a caerte cuando el niño se caiga.

Un psicoanalista estaba realizando cierto experimento. Puso el siguiente anuncio en los periódicos: «Pagaré una buena suma de dinero a quien esté dispuesto a venir a mi casa y estar con mi hijo durante todo el día, haciendo lo mismo que haga el niño, siguiendo todos y cada uno de sus movimientos».

Se presentó un joven que se dedicaba a la lucha libre y dijo:

—Aquí me tiene. ¿Dónde está el niño?

Pero a mitad del día el luchador estaba hecho polvo. Ya tenía dos fracturas, porque tenía que hacer lo mismo que el niño. Y el niño estaba encantado: ¡qué cosa tan rara! Así que daba saltos sin venir a cuento, y el luchador tenía que hacer lo que él hacía; se subía a un árbol, y el joven luchador tenía que subirse; saltaba del árbol, y el luchador tenía que saltar. Y eso durante horas. El niño se olvidó por completo de comer, de todo; le encantaba ver lo mal que lo estaba pasando el luchador.

Al llegar la tarde, el luchador se negó en redondo a continuar. Le dijo al psicoanalista:

—Puede guardarse el dinero. Ese niño suyo va a acabar matándome. Estoy

para que me lleven al hospital. Ese niño es un peligro. No intente el experimento con nadie más.

Los niños tienen mucha energía, y todavía no conocen la tensión. ¿Os habéis fijado en un niño durmiendo? ¿Os habéis fijado en un niño chupándose el dedo, disfrutando, soñando con cosas preciosas? Su cuerpo entero se encuentra en un profundo estado de abandono.

Es algo que ocurre todos los días, algo que todos saben, que cuando los borrachos se caen no se rompen nada. Los encuentran por la mañana tirados en cualquier acera y los llevan a casa, pero es curioso que no paren de caerse...

Me han contado el caso de un borracho que cuando volvía a su casa se dio un golpe en la cabeza con un poste eléctrico. Miró el poste y vio al menos ocho. Dijo:

—¡Dios mío! ¿Cómo voy a llegar a casa?

Intentó escabullirse por aquí y por allá, pero nada que hacer. Cada vez que lo intentaba, el mismo poste eléctrico volvía a darle un fuerte golpe. Acabó gritando, pidiendo ayuda. Acudió un policía y le preguntó:

—¿Qué pasa?

Aquel hombre contestó:

—Estoy rodeado de postes eléctricos y no puedo escapar. ¡Y mi mujer, ya sabe! Tengo que volver a casa. ¡Llevo casi dos horas peleándome! ¿Quién habrá puesto todo esto? Porque durante el día solo he visto un poste.

El policía lo apartó de aquellos postes imaginarios. El borracho llevaba dos horas debatiéndose, pero no estaba herido, porque un borracho está relajado.

Sé de accidentes en los que solo los borrachos resultaron ilesos, mientras que todos los demás recibieron heridas.

Un día se cayó un tren desde un puente, algo que en la India pasa dos o tres veces casi todos los años. Los puentes se desmoronan sin más, sobre todo los de reciente construcción, porque antes de obtener el permiso del gobierno para

construir el puente hay que sobornar a tanta gente que al final el contratista, el constructor, tiene que sacar el dinero del mismo puente, porque se ha gastado un montón. Hay que sobornar prácticamente a cuantos estén implicados en la obra.

Y, claro, en lugar de utilizar cemento, pone arena, así que la primera vez que el tren pasa por el puente... el tren y el puente van a parar al río.

Algo parecido ocurrió cerca de mi pueblo. Yo fui corriendo a ver qué había pasado. Solo había un hombre ileso, el borracho del pueblo. Cuando lo vi me preguntó:

—¿Qué ha pasado? Francamente, no sé por qué iba yo en ese tren. Unos idiotas me metieron en él. Yo me resistí, pero el tren se puso en marcha y no me dio tiempo a salir, y de repente me vi en el río, nadando. No sé qué pasó entremedias. ¡No tengo ni idea de lo que pasó entremedias!

Yo le dije:

—Vente conmigo, porque los demás están en el hospital.

Algunas personas estaban inconscientes, otras habían muerto, había varias con fracturas múltiples... Todo el mundo tenía esto o lo otro, salvo el borracho, que me preguntaba: «¿Qué ha pasado?».

Lo llevé a su casa. No paró de decirme, una y otra vez:

—Puedes contármelo. Yo no se lo voy a decir a nadie.

—No sé. Eras tú quien estabas en el tren.

—Eso sí que lo sé —dijo—. Recuerdo que me metieron en el tren, no sé quién. Y yo que no quería, porque no quería ir a ninguna parte. ¡Iba a mi casa! Pensé que igual el tren iba hacia mi casa, y de repente me veo en el río. Pero en el fondo no está mal, porque hace al menos dos o tres meses que no me baño. Y, encima, con el agua fría del río me he recuperado. Empiezo a sentirme un poco consciente.

El borracho no se hace daño, porque como no sabe que se está cayendo, no se pone tenso. Se cae sin más, sin ponerse tenso. Es la tensión lo que produce las

fracturas. Si eres capaz de caerte relajado, no te pasa nada. Los borrachos lo saben, lo saben los niños... ¿Por qué se te ha olvidado a ti?

Empieza en la cama, cada noche, y al cabo de unos días te harás con el truco. Y en cuanto se te haya desvelado el secreto (y eso es algo que no te puede enseñar nadie, que tendrás que ir buscando en tu cuerpo), serás capaz de relajarte, en cualquier momento, incluso durante el día.

Dominar la relajación es una de las experiencias más hermosas del mundo. Es el inicio de un gran viaje hacia la espiritualidad, porque cuando llegas al estado de abandono, dejas de ser un cuerpo.

¿Te has fijado en algo muy sencillo, que solo tienes conciencia de tu cuerpo cuando hay tensión o dolor? ¿Has tenido alguna vez conciencia de tu cabeza sin dolor de cabeza?

Si todo tu cuerpo está relajado, te olvidas de que eres un cuerpo. Y en ese olvido del cuerpo se recuerda un nuevo fenómeno que está oculto dentro del cuerpo: el ser espiritual.

El abandono es la forma de saber que no eres el cuerpo, sino algo eterno, inmortal.

No se necesita ninguna otra religión. El sencillo arte de abandonarse transforma a todo ser humano en una persona religiosa. La religión no consiste en creer en Dios; la religión no consiste en el Papa, ni en ningún sistema ideológico. La religión consiste en lo eterno que existe en tu interior: *satyam, shivam, sundram*, la verdad de tu existencia, tu divinidad y tu belleza, tu gracia, tu esplendor. El arte de abandonarse es sinónimo de experimentar lo inmaterial, lo inconmensurable: tu auténtico ser.

En algunos momentos, sin darte cuenta, te encuentras en un estado de abandono; por ejemplo, cuando te ríes de verdad —con una risa que te sale de dentro, no solo de la cabeza, sino de dentro—, estás relajado sin saberlo, te abandonas. Por eso es muy saludable la risa. No existe mejor medicina para lograr el bienestar.

Pero han acabado con la risa los mismos conspiradores que han acabado con

la conciencia del abandono. Han transformado a la humanidad entera en un montón de personas serias, psicológicamente enfermas.

¿Te has fijado en las risitas de un niño pequeño? Participa su cuerpo entero. Y cuando te ríes, raramente ríes con el cuerpo entero... Es algo intelectual, de la cabeza.

Desde mi punto de vista, la risa es mucho más importante que ninguna oración, porque la oración no te relaja. Por el contrario, puede producirte aun más tensión. Con la risa te olvidas de repente de todos los condicionamientos, de toda la educación, de toda esa seriedad. De repente te libras de todo eso, aunque sea unos momentos. La próxima vez que te rías, presta atención a tu grado de relajación, y descubre en qué otras ocasiones te sientes relajado.

Después de hacer el amor te sientes relajado... aunque la misma pandilla de conspiradores no permite que te relajes ni siquiera después de hacer el amor. El hombre se limita a darse la vuelta y finge quedarse dormido, pero en el fondo vuelve a sentirse culpable, porque ha cometido otro pecado. La mujer se echa a llorar, porque se siente utilizada. Y es completamente natural que se sienta así, porque el amor no alienta nada en ella. No obtiene ninguna experiencia orgásmica. Hace cincuenta años no existía ninguna mujer en el mundo que hubiera experimentado un orgasmo. En la India resulta sumamente difícil encontrar a una mujer que sepa lo que es un orgasmo.

No puede existir mayor conspiración contra la humanidad. El hombre quiere acabar con el asunto lo antes posible. Lleva a cuestas la Biblia, el Corán, el Bhagavadgita, y todos ellos critican lo que hace. Además, está convencido de que lo que hace es malo. Así que, naturalmente, cuanto antes acabe con ello, mejor. Y después se siente fatal. ¿Cómo va a relajarse? Se pone aun más tenso. Y como es tan rápido, la mujer no llega al clímax. Cuando ella empieza, él ya ha terminado. Naturalmente, la mujer empieza a pensar que el hombre es más bien un animal.

En las iglesias y en los templos solo se ven mujeres, sobre todo mujeres mayores. Y cuando el sacerdote habla del pecado, lo entienden perfectamente. Es

un pecado, porque no obtienen ningún placer y las utilizan como una mercancía, como objetos sexuales. Pero si estás libre de culpa, libre de inhibiciones, el amor te proporcionará una extraordinaria experiencia de abandono.

De modo que debes observar tu vida, para encontrar alguna experiencia natural de abandono... Cuando estás nadando, por ejemplo. Si eres buen nadador, puedes flotar, no nadar, y experimentarás un abandono extraordinario... dejándote ir con el río, sin hacer ningún movimiento contra la corriente, pasando a formar parte de la corriente.

Tienes que adquirir experiencias de abandono de diversas procedencias, y dentro de poco estarás en posesión del secreto. Es una de las cosas más fundamentales, sobre todo para los que me rodean. Te librará de los condicionamientos que te hacen adicto al trabajo.

Eso no significa que te vayas a volver perezoso; por el contrario, cuanto más relajado te sientes, más fuerte eres y más energía adquieres. Tu trabajo empezará a tener el toque de la creatividad, no de la productividad. Hagas lo que hagas, lo harás en su totalidad, con amor y con una tremenda energía.

De modo que el abandono no es contrario al trabajo, sino que transforma el trabajo en una experiencia creativa.

He aquí unos cuantos chistes para que os riáis de verdad. Disipará todas las tensiones de la cara, del cuerpo, del estómago, y de repente notaréis una energía completamente nueva en vuestro interior. Si no, la mayoría de las personas tienen el estómago encogido continuamente.

Nathan Nussbaum fue a ver a un especialista de fama mundial para consultarle el problema de salud que tenía.

—¿Cuánto le debo? —preguntó Nathan.

—Mis honorarios son quinientos dólares —contestó el médico.

—¿Quinientos dólares? ¡No es posible! —exclamó Nathan.

—Por ser usted supongo que podría reducir mis honorarios a trescientos

dólares —dijo el médico.

—¿Trescientos dólares por una consulta? ¡Es absurdo! —exclamó Nathan.

—Bueno, ¿puede pagar ciento cincuenta dólares? —preguntó el médico.

—Pero ¿quién tiene tanto dinero? —se lamentó Nathan.

—Mire, deme cincuenta dólares y tan amigos —replicó el médico.

—Puedo darle veinte dólares —dijo Nathan—. O lo toma o lo deja.

—No lo entiendo —dijo el especialista—. ¿Por qué ha venido al médico más caro de Nueva York?

—Verá, doctor —respondió Nathan—. Cuando se trata de mi salud, nada me parece demasiado caro.

Joe, el amigo de Paddy, asistía a un curso nocturno para adultos.

—¿Quién es Ronald Reagan? —le preguntó un día a Paddy.

—No lo sé —contestó Paddy.

—Es el presidente de Estados Unidos —dijo Joe—. ¿Y sabes quién es Margaret Thatcher?

—Pues no —respondió Paddy.

—Es la primera ministra de Gran Bretaña —dijo Joe—. Oye, deberías ir a ese curso nocturno, como yo.

—Pues ahora yo te voy a preguntar una cosa —dijo Paddy—. ¿Sabes quién es Mick O'Sullivan?

—No —reconoció Joe.

—Pues es el tipo que se tira a tu mujer mientras tú estás en el curso nocturno.

Jesucristo y Moisés van un domingo por la tarde a jugar una partida de golf. Moisés lanza primero y la bola sale directa por la calle. Jesucristo se prepara y con el primer golpe largo, con efecto a la derecha, la bola cae en medio de la hierba.

—¡Bendito sea Moisés! —exclama Jesucristo.

Pero Moisés, que es buen chico, le da a Jesucristo la oportunidad de situar la bola en la calle sin penalización. Jesucristo se pone cabezota y rechaza la oferta. Moisés le dice:

—Venga, Jesús, que no puedes lanzar la bola desde esa hierba.

—Si lo puede hacer Arnold Palmer, yo también puedo hacerlo —replica Jesucristo.

Lanza la bola y ¡catacloc!, al estanque que se va. Moisés le da a la segunda bola, que llega al *green*, y se da la vuelta para ver a Jesucristo, que se está enrollando las perneras de los pantalones.

—¡Venga, Jesucristo! —implora Moisés—. Si lo único que te pido es que metas la bola por la calle. ¡Sería un milagro que acertaras con ese golpe!

—Si Arnold Palmer es capaz de hacerlo, yo también —replica Jesucristo, mientras empieza a caminar por el agua.

Un jardinero que estaba observando la escena le pregunta a Moisés:

—Pero ¿qué se ha creído ese tío, que es Jesucristo o algo así?

—Ojalá —replica Moisés—. Resulta que se cree Arnold Palmer.

24



Por lo que has dicho, creo que piensas que para que se dé la iluminación hay que prepararse con la meditación, pero que también se necesita un impulso desde lo más profundo, el darte cuenta de que eso es lo único que importa. Lo que yo veo es que me interesa todo, los rollos mentales, las mujeres, la música, las percepciones sensoriales... ¿Me va a impedir todo eso alcanzar la iluminación?

Voy a contar una historia muy antigua.

Un anciano va a ver a su maestro y le dice:

—He consultado con muchos maestros y he renunciado a muchos placeres. He ayunado, he sido célibe, he pasado en vela muchas noches en busca de la iluminación. He dejado todo lo que se me pedía que dejara, he sufrido mucho y no he alcanzado la iluminación. ¿Qué puedo hacer?

El maestro contestó:

—Dejar de sufrir.

Ni la música, ni las percepciones sensoriales ni las mujeres pueden impedir que alcances la iluminación. Solo hay una cosa que te lo puede impedir, y es el sufrimiento. La iluminación es la fiesta suprema, y cualquier fiestecilla que celebres es simplemente un paso adelante. Pero el sufrimiento no puede ser un paso hacia la iluminación.

Me dices: «Lo que yo veo es que me interesa todo, todos los rollos mentales...». Desaparecerán a medida que mejore la meditación, lo mismo que cuando llevas luz a una habitación desaparece la oscuridad. La oscuridad no

puede ser un obstáculo. No se puede decir que la oscuridad es tan densa y tan antigua que cuando das la luz se apaga. La oscuridad no puede apagar la luz.

Tus rollos mentales son pompas de jabón. En cuanto hayas vislumbrado la meditación... lo que dices de esos rollos, la mente misma desaparece.

La música será más profunda a medida que crezca la meditación; tu música tendrá nuevos sabores, nuevas flores, nuevas fragancias. Tu música armonizará cada día más con la meditación. Por último, la música llega a tal punto de perfección que no se necesitan instrumentos; solo puro silencio, sin sonidos. En realidad, lo que llamamos música es juego entre el sonido y el silencio. Quienes dan más importancia al sonido se pierden el significado más profundo de la música. El sentido más profundo se encuentra entre dos sonidos, en los intervalos.

La meditación no se opone a la música. Por el contrario, la música ha nacido de la consciencia meditativa. La primera vez que se empleó fue para expresar algo sobre la meditación, pero hay que cambiar la forma, dar más importancia al silencio que al sonido. Y la meditación obra ese milagro automáticamente.

Con respecto a las mujeres, la iluminación es imposible sin ellas. Son la verdadera fuerza impulsora. Dicen que detrás de cada gran hombre hay una mujer. Puede ser cierto o no, pero detrás de todo hombre iluminado hay muchas mujeres, que lo acosan, lo martirizan, hasta que por fin decide que más le vale ser un iluminado. Si no hay ninguna mujer que te acose, ¿para qué querrías la iluminación? Las mujeres no han llegado a la iluminación por la sencilla razón de que ningún hombre las acosa. Así que no te preocupes por las mujeres; prestan una ayuda valiosísima, y son absolutamente imprescindibles.

Las percepciones sensoriales no representan un obstáculo. Tu sensibilidad, tu percepción se harán más profundas a medida que profundices en el meditación. El anciano de la historia que he contado recibió la respuesta adecuada del maestro, y esa es la respuesta que yo te doy a ti: líbrate del sufrimiento. Ninguna otra cosa del mundo podrá impedir que medites.

V
SER

El secreto de la rosa mística



Un día se abrirá la rosa mística en tu interior, y se liberará su fragancia. Ni siquiera entonces le pongas nombre. La existencia es eterna, y no existen límites para el crecimiento. Hay cielos más allá de los cielos, y cumbres más allá de las cumbres.

25

¿Cuál es el secreto de la rosa mística?

La rosa mística es un antiguo símbolo de enorme importancia.

Charles Darwin postulaba una teoría de la evolución. La mayor parte es válida, pero perdió de vista algo muy básico. Solo pensó en la evolución del esqueleto humano. Comparó los esqueletos de otros animales con los de los humanos. El simio, el chimpancé, ciertas especies de mono tienen un esqueleto similar; por eso llegó a la conclusión de que el hombre desciende de los simios, los chimpancés o los monos.

Naturalmente, todo el mundo se burló de él, sobre todo los cristianos, porque el cristianismo mantiene una actitud muy testaruda, fanática, que nunca se había mostrado tan abiertamente hasta que Darwin empezó a defender la teoría de la evolución. Ni siquiera en la actualidad se sabe muy bien en qué consiste el problema, por qué los cristianos atacan tanto a Darwin.

Los cristianos creen que Dios creó el mundo entero en seis días. Evidentemente, cuando Dios crea algo, tiene que ser entero y perfecto; por consiguiente, no se plantea la cuestión de la evolución. La evolución significa que las cosas evolucionan, mejoran, se perfeccionan, alcanzan niveles superiores. Esta teoría contradice la idea de una creación acabada, y por eso se critica y se condena a Darwin.

Ahora que recuerdo... Había una pequeña escuela en la que el maestro les explicaba a los alumnos cómo había creado Dios el mundo. Un niño, cuyo padre era científico y le había hablado de la teoría de la evolución, se levantó y dijo:

—Pues mi padre dice otra cosa. Dice que nacimos de los monos.

El maestro cristiano replicó:

—A lo mejor tiene razón con respecto a tu familia, pero no estamos hablando de tu familia. Puedes venir a verme después de clase.

Pero esa era la actitud en el mundo entero, no solo entre los cristianos, sino también entre los musulmanes y los hindúes. Pensaban que Darwin les había arrebatado su dignidad, su condición de creaciones superiores de Dios. Había destruido su complacencia del ego, que Dios había creado al hombre a su imagen y semejanza. Y resulta que ese tipo dice que Dios creó al hombre a imagen y semejanza de un mono. Nadie estaba dispuesto a aceptarlo.

Tampoco yo estoy dispuesto a aceptarlo, pero por razones distintas. No se trata de comparar esqueletos; la evolución radica en la consciencia, no en el cuerpo. El hombre tiene cuerpo, como tienen cuerpo los monos y los chimpancés.

Incluso Darwin se sentía confuso: ¿cómo puede un mono convertirse de pronto en hombre? Que sepamos, al menos en los últimos diez mil años no ha habido ni un solo caso de un mono que saltara de un árbol y se convirtiese en hombre. Si no ha ocurrido en el transcurso de diez mil años, es inconcebible que haya ocurrido jamás.

Darwin se pasó la vida buscando eslabones perdidos: la distancia entre el mono y el hombre parece demasiado grande. Quería descubrir unos eslabones perdidos para acortar esa distancia: el mono se transforma en otro ser, ese otro ser se transforma en otro ser, y por último solo queda una pequeña diferencia... y el animal se transforma en hombre.

Pero no encontró ese eslabón perdido. Como había nacido en Occidente y tenía la actitud propia de un materialista, eso produjo los problemas. Por otro lado, proclamaba algo de gran importancia.

La evolución no tiene que producirse en el cuerpo, sino en la consciencia, y

entonces se transforma en progreso espiritual. Pero Darwin no concebía el espíritu en el hombre. Para él, el hombre era solo el cuerpo, nada más.

Yo postulo una teoría de la evolución espiritual, que ha constituido la base de todos los misticismos del mundo.

El hombre nace como una semilla. Aceptar la semilla como tu vida es el mayor error que se puede cometer. Millones de personas nacen como semillas, frescas, jóvenes, con un tremendo potencial para crecer, pero como aceptan la semilla como si fuera la vida, mueren como semillas muertas; en su vida no ocurre nada.

El símbolo de la rosa mística consiste en que si el hombre se ocupa de la semilla con la que ha nacido, le proporciona la tierra adecuada, la atmósfera adecuada y las vibraciones adecuadas, avanza por el buen camino, en el que la semilla puede empezar a crecer, y la floración última adquiere el símbolo de la rosa mística, cuando tu ser florece, abre todos sus pétalos y extiende su maravillosa fragancia.

A menos que florezcas hasta alcanzar el estado de rosa mística, tu vida no será sino un ejercicio inútil. Naciste innecesariamente, vives innecesariamente y morirás innecesariamente. Tu biografía entera puede reducirse a una sola palabra: innecesaria.

Pero si puedes florecer y liberar lo que está oculto en tu interior, habrás cumplido el vehemente deseo de la existencia, habrás devuelto a la existencia la fragancia que estaba oculta en tu semilla. Habrás cumplido tu destino.

Los místicos nunca han aceptado al hombre como el producto final. El hombre es solo un comienzo, y no se debería morir como un comienzo. Eso es feo, insulta y perjudica tu dignidad. El hombre debería lograr la realización absoluta, no solo para su propia satisfacción, sino para satisfacción del cosmos. Ese es el secreto de la rosa mística.

Cierto que en algunas tradiciones la rosa mística se conoce como la rosa mágica. Ambas palabras son muy elocuentes. Desde luego, es algo mágico cuando ves en tu interior el florecer de la rosa, su belleza, su divinidad, tu

verdad: *satyam, shivam, sundram.* No das crédito a tus ojos, jamás te habías imaginado que hubiera tanto dentro de ti, que tuvieras un potencial tan valioso como ese, que tu interior fuera un tesoro inagotable, que no tuvieras que estar en deuda con la existencia para siempre. Puedes devolver a la existencia, multiplicado por un millón, lo que la existencia te ha dado. Es un momento de intensa alegría, no solo para ti sino para el cosmos entero.

La experiencia es tan misteriosa que no hay forma de desvelar el misterio. Puedes experimentarla, pero no explicarla —ese es el significado de la palabra «mística»—; puedes vivirla, pero te deja casi sin habla. No puedes pronunciar una sola palabra que exprese algo de esa rosa, su belleza, su fragancia, su danza, su música... nada que pueda expresarse con una palabra.

La palabra «mágico» también es muy elocuente. Cosas como esta solo ocurren en el mundo de la magia. Increíble... Ves con tus propios ojos cosas que no deberían estar ocurriendo, pero que están ocurriendo. Una de las peores pérdidas que sufrió la India fue la separación de Pakistán, y eso fue en lo último que pensaron los políticos. Yo lo veía prácticamente todos los días cuando era niño, porque las calles de todo el país estaban llenas de magos.

He visto con mis propios ojos cosas que ni siquiera ahora puedo comprender cómo ocurrían. Por supuesto, había muchos trucos; no se trataba de milagros, y nadie aseguraba obrar milagros. Eran personas sencillas, pobres, nada arrogantes, pero lo que hacían era casi milagroso.

En mi infancia vi a magos colocar una planta de mango, de apenas quince centímetros... Cavaban un agujero delante de todo el mundo, metían la planta, la tapaban y después entonaban un galimatías que no había forma de entender. Fingían que existía cierta comunicación entre la planta oculta y ellos. Al destaparla, la planta de apenas quince centímetros tenía mangos maduros. Invitaban a la gente a que se acercara a comprobar que los mangos no estaban atados al tallo. La gente se acercaba y veía que eran frutos auténticos, que no estaban atados.

El mago ofrecía los mangos a unas cuantas personas para que los probaran y

constataran que no eran falsos ni ilusorios, y, cuando la gente los probaba, decía: «¡No había probado un mango tan dulce en mi vida!». Y a nadie se le ocurría decir que se había obrado un milagro.

He visto a magos sacarse del estómago grandes bolas de acero. Eran tan grandes que les costaba trabajo sacárselas de la boca —se las tenía que sacar la gente—, y tan pesadas que cuando las tiraban al suelo formaban un hoyo. El mago se sacaba una bola detrás de otra, cada cual más grande... Era un truco, pero ¿cómo lo hacían? Y cuando lanzaban esas bolas, casi del tamaño de un balón de fútbol, cuando las lanzaban al aire y caían, hacían un hoyo enorme en el suelo. Decían a la gente: «A ver, intentadlo». Y la gente lo intentaba, pero las bolas eran tan pesadas que costaba mucho trabajo recogerlas. Y todas las bolas, una docena o más, habían salido del estómago del mago.

Medio desnudo, desnudo de cintura para arriba, mostraba cómo la bola iba ascendiendo. Se veía cómo ascendía la bola, cómo se le atascaba en la garganta, y tenías la sensación de que podías tocar y notar aquella bola dentro de su cuerpo. Después, llevaba la bola hasta su boca, con gran dificultad, y entre gritos y lágrimas le pedía a la gente que lo ayudara a sacarla, porque él no era capaz. Se partían el pecho por ayudarlo, y el milagro consistía en que mientras la sacaban, la bola aumentaba de tamaño. Cuando estaba totalmente fuera, era tan grande que el estómago no podría haber albergado ni una sola bola, y mucho menos una docena.

Pero todos esos magos eran musulmanes, porque no era un trabajo decente. Eran gente de la calle. Debido a la partición, todos esos magos musulmanes se trasladaron a Pakistán. Eran de muchos sitios, hasta de Afganistán. Pero ahora las carreteras están cortadas; ya no se ven a esos magos por ninguna parte.

Entonces pasaba casi a diario: en ese mercado, en aquella calle, junto al colegio, en cualquier sitio en el que pensaran que podían reunir suficiente gente.

Es algo que he visto con mis propios ojos y a veces me pregunto si lo he visto realmente o lo he soñado. No llevo treinta y cinco años soñando... pero es algo que parece absolutamente increíble que haya pasado.

Vino un mago a nuestro colegio. El colegio era muy grande, con casi mil alumnos y unos cincuenta profesores. Al principio, el director, que tenía un posgrado en ciencias, rechazó la presencia del mago.

—No quiero estupideces en este colegio —dijo.

Pero yo había visto a aquel hombre haciendo cosas inverosímiles, y le dije:

—Tú espera aquí.

Fui al despacho del director y le dije:

—Va a desaprovechar una oportunidad única. Usted es científico... y yo conozco a ese hombre. Lo he visto actuando. Puedo pedirle que haga cuanto pueda, ¿y qué puede pasar con eso? Cuando terminen las clases, que se queden a verlo los que quieran.

Aquellos magos eran tan pobres que les parecía incluso demasiado cuando les dabas cinco rupias. Le conté a aquel mago que había convencido al director, que estaba dispuesto a dejarlo trabajar después de las clases, pero que tenía que hacer el mejor truco que conociera, porque yo lo había prometido en su nombre, y el director era un hombre de mente científica y tenía que andarse con cuidado. Habría cincuenta profesores, y debería estar muy alerta.

—Que no te pillen —le dije—, porque también está en juego mi prestigio.

—No te preocupes, hijo —replicó el mago.

E hizo tales cosas que el director me llamó y me dijo:

—No deberías relacionarte con personas así. Es muy peligroso.

—¿Tiene idea de lo que ha hecho? —le pregunté.

—No tengo la menor idea, y ni siquiera puedo creer que haya ocurrido —me contestó.

El mago había lanzado una soga al aire que se mantuvo como una columna, una soga sin ningún tipo de soportes, sin nada; la llevaba enrollada al hombro, era una soga normal y corriente. La desenrolló y empezó a lanzarla hacia arriba, hasta que dejamos de ver el otro extremo. ¿Qué había pasado con el otro extremo?

Todos los magos tenían a un niño que los ayudaba. Llamó al chico y le dijo:

—¿Estás listo para subir por la soga?

El chico dijo: «Sí, maestro», y empezó a subir por la soga. Y justo cuando el otro extremo de la soga desapareció, también desapareció el chico. Entonces el mago dijo, dirigiéndose a la multitud:

—Voy a bajar al chico, trozo a trozo.

Yo estaba sentado junto al director. Me dijo:

—No irás a crearme problemas... Si viene la policía y ve a ese chico hecho pedazos...

Le dije:

—No se preocupe. No es más que un truco. No va a pasar nada. Lo he visto en muchas actuaciones... pero esto no lo había visto nunca.

El mago lanzó un cuchillo y al chico se le cayó una pierna; la gente se quedó casi sin respiración. Siguió lanzando cuchillos... otra pierna... una mano... otra mano... y todo quedó allí en el suelo, delante de nosotros, sin sangre, como si el chico fuera de plástico o algo parecido. Pero hablaba y hacía lo que le decía el mago. Por último cayó el cuerpo, y solo se quedó arriba la cabeza.

El director gritó:

—¡No le corte la cabeza!

—No se preocupe —le dije—. Si lo ha cortado... ¿Qué significa? Si viene la policía, a usted lo cogerán.

Replicó:

—Lo dije desde el principio, que no quería estupideces aquí, y ahora me sales con lo de la policía. Siempre he desconfiado de ti. Quizá hayas avisado a la policía para que vengan en el momento oportuno.

Yo insistí:

—No se preocupe.

Y entonces el mago gritó hacia el cielo:

—¡Chico, solo te queda la cabeza ahí arriba! ¡Tírala!

La cabeza cayó rodando, y el mago empezó a ensamblar los trozos del chico. Los juntó perfectamente, el chico se puso a recoger sus cosas y preguntó:

—¿Qué hago con la soga? ¿La vuelvo a enrollar?

—Sí —contestó el mago.

Y el chico tiró de la soga y la enrolló.

Yo conocía el truco de la soga solo de oídas, pero es algo que se conoce en todo el mundo. Akbar lo menciona en *Akbar nama*, su autobiografía. Desde Akbar se rumorea que hay magos capaces de hacerlo, pero no existe ningún dato fidedigno. Curzon, un virrey británico, asegura en sus memorias haber presenciado el truco de la soga con toda la corte en Nueva Delhi.

Yo estaba empeñado en encontrar a algún mago... Por mi pueblo pasaban muchos magos, y yo les preguntaba:

—¿Saben hacer el truco de la soga?

Ellos me decían:

—Es el no va más, y quedan muy pocos maestros de la magia que puedan hacerlo.

Pero aquel hombre... Yo no le había pedido el truco de la soga, pero lo hizo. Todavía no me lo creo. Aún puedo ver la escena, al director del colegio alucinando... y lo único que se llevó el mago fueron cinco rupias.

La magia significa simplemente algo increíble, tan absurdo e irracional que no hay forma de entenderlo. Por eso se emplean las dos palabras, la rosa mística y la rosa mágica, pero ni siquiera el truco de la soga se puede comparar con el florecimiento interior, porque piensas que no tienes nada en tu interior, solo un vacío... pero en ese vacío se encuentran la posibilidad y el potencial para que florezca una rosa.

Y no se trata de una rosa normal y corriente, porque no muere. No es que se abra por la mañana, dance durante todo el día, cante, juegue con el viento, la lluvia y el sol y que por la noche se le caigan todos los pétalos y a la mañana siguiente no encuentres ni rastro de ella. La rosa interior es eterna. Una vez encontrada, se quedará dentro de ti para siempre.

26



¿Es posible que se haya acabado el sexo para mí? Soy sannyasin *tuyo desde hace cuatro años y medio y mi cuerpo tiene treinta y un años. No tenía pensado abandonar el sexo, pero me da la sensación de que él me ha abandonado a mí. ¿Voy demasiado rápido o qué*?

El sitio en el que estás y el espacio en el que estás... cuatro años y medio es demasiado. Puedes entenderlo por la risa de la gente. Están metidos en lo mismo. Si meditas, el sexo desaparecerá por sí mismo.

El sexo forma parte de tu inconsciente, y si desaparece por sí mismo es una experiencia gozosa. Si te obligas a abandonarlo, nunca te abandonará. Por el contrario, se pervertirá, empezará a buscar malos caminos, por la puerta falsa. A menos que desaparezca por sí mismo, no desaparecerá.

La meditación es el método más secreto para traspasar el cuerpo y todo lo que contiene el cuerpo. El sexo forma parte del cuerpo, de la biología, no de la consciencia. En cuanto empiezas a elevarte en la consciencia, el sexo se queda atrás. Naturalmente, a los treinta y un años, uno empieza a decirse: «Aquí pasa algo raro». Pero no pasa nada raro; todo va bien. Deberías sentirte dichoso por haberte librado de la mayor cadena de tu ser. Estaban Adán y Eva bajo el árbol de la ciencia del bien y del mal, contemplando la manzana que tenía Eva en la mano. Eva le preguntó a Adán: «Y cuando nos hayamos comido la manzana, ¿qué es lo que vamos a hacer?». Naturalmente, la pobre mujer todavía no era consciente de ese «qué». Y solo se comieron una manzana... Me da la impresión de que tú te has comido demasiadas manzanas, y entonces vas demasiado rápido.

La madre del pequeño Ernie estaba preocupada por sus progresos en el colegio y lo llevó al psiquiatra. El loquero decidió hacerle una prueba de aptitud y le pidió a la enfermera que pusiera sobre la mesa un martillo, una llave inglesa y un destornillador. «Si coge el martillo, será carpintero. Si coge la llave inglesa, será mecánico, y si coge el destornillador, electricista», le explicó a la madre.

Ernie los engañó a todos. Agarró a la enfermera.

No importa la edad; el sexo no tiene nada que ver con la edad. Puede desaparecer en cualquier momento o no desaparecer ni siquiera cuando estás con un pie en la tumba. Todo depende de si tu vida es un fenómeno horizontal o también vertical.

La verticalidad puede darse en cualquier momento, sobre todo en quienes practican la meditación. Puedes empezar a moverte de una forma de la que no es capaz ningún otro animal, salvo unos cuantos hombres. Por desgracia, tengo que decir «unos cuantos hombres», porque, intrínsecamente, todo hombre es capaz de traspasar el sexo.

Pero la gente piensa que el sexo es la vida, que en cuanto desaparece no tiene sentido seguir viviendo. El sexo es para ellos el significado, la sal de la vida. Son las personas más pobres del mundo, las que no han conocido nada sino lo más bajo y jamás han alzado los ojos hacia las estrellas.

«Un hombre se hace viejo cuando no puede aceptar un sí por respuesta.»

Así que no te preocupes... A los treinta y un años de edad eres un viejo sabio. Y la belleza de un viejo sabio es inmensamente valiosa en comparación con la estupidez de cuantos son simplemente jóvenes. Los jóvenes hacen el tonto; a esa edad es raro ser capaz de salir de esa estupidez que llamamos juventud.

Tú eres exactamente lo que me gustaría que fuera todo *sannyasin*. Este lugar es un lugar para la transformación, y la única energía de la que dispones para transformarte es el sexo. El sexo es la fuerza básica de tu vida. Si la transformas en formas más elevadas, desaparecerá de sus manifestaciones más bajas. Pero no

te vas a perder nada; en cada estado más elevado la energía te proporcionará más dicha. Cuanto más se eleve... será como una oleada de dicha. Te sentirás orgásmico en todas y cada una de las fibras de tu ser. El orgasmo sexual te parecerá un eco lejano, como algo experimentado en un sueño, como un recuerdo.

Como lo que estás experimentando ahora es tan auténtico, tan real, tan tangible, no necesitarás compañero o compañera. Esa es también una de las dependencias básicas, y el motivo por el que todas las parejas se pelean continuamente. El motivo es que nadie quiere depender de nadie. Te quita la dignidad, la individualidad, la libertad; te convierte en esclavo, en un sentido muy sutil.

El hombre que ama a una mujer la odiará, porque esa mujer se convierte en una necesidad para él, y detestamos el hecho de depender de alguien. Y a la mujer le ocurre lo mismo. Toda mujer odia a su marido, tiene que odiarlo, porque se ha hecho dependiente de él por unos placeres momentáneos, que no duran.

Quien medita acaba por llegar a un espacio en el que no necesita a nadie para proporcionarle placer. Es tal su dicha que lo desborda, que puede compartirla, que puede cubrir el mundo entero con su dicha. Su ser mismo desborda de orgasmos.

Y debéis recordar una cosa, porque es importantísima: sois las dos cosas, hombre y mujer. Habéis nacido de un padre y una madre —la mitad de vuestro ser lo ha aportado el padre y la otra mitad la madre—, y, naturalmente, no podéis ser solamente hombre o mujer. Es una falsedad que se ha perpetuado en el transcurso de los siglos, que el hombre es hombre y la mujer, mujer. Es absurdo.

Todo hombre lleva una mujer dentro de sí, y toda mujer lleva un hombre dentro de sí.

Solamente quien medita llega a conocer su ser. De repente, la mujer que tiene dentro de sí y el hombre que tiene dentro de sí se funden y se confunden el uno en el otro. Eso produce un estado orgásmico, y deja de ser una experiencia

momentánea, pasajera. Es algo que continúa, día tras día, como los latidos del corazón o la respiración. Es un continuo estado orgásmico.

Y el sexo desaparece de una forma natural, porque se da una experiencia más importante. Si ha salido el sol, ¿por qué encender una vela? Seguro que vas a apagarla, y si alguien mantiene una vela encendida cuando está brillando el sol, lo único que demuestra es que está ciego.

Quien medita llega a conocer tal experiencia de gozo que los demás placeres se desvanecen.

Me preguntas: «¿Es posible que se haya acabado el sexo para mí?».

Sí, es posible, y no tienes por qué arrepentirte. No mires hacia atrás; mira hacia delante. En tu ser se va a abrir algo más grande, algo como un loto, que te proporcionará una satisfacción y una alegría inmensas, y libertad, independencia e individualidad. Te sentirás capaz de volar tú solo hacia el inmenso cielo de la existencia. Habrá desaparecido tu necesidad del otro (en eso consiste el sexo, en necesitar al otro), y en ese estado de experiencia orgásmica interior eres capaz de compartir tu amor sin la ayuda de nadie, sin negociar, sin esperar nada a cambio. En otras palabras, es lo mismo de lo que ya he hablado: la fraternidad, la fraternidad con la existencia entera. No hay nada más grande, más esplendoroso, más milagroso.

Dices: «Soy *sannyasin* tuyo desde hace cuatro años y medio y mi cuerpo tiene treinta y un años». El cuerpo puede tener cualquier edad...

Hay dos cosas que no necesariamente tienen la misma edad que el cuerpo. Una es la edad mental. Una persona puede tener setenta años, pero una edad mental de catorce, o viceversa. Es el caso de Mozart, que a la edad de cuatro años tocaba diversos instrumentos musicales con gran maestría y ya era famoso a los cinco. Los grandes maestros musicales no daban crédito ante la prodigiosa energía de Mozart. A los cinco años era casi tan maduro mentalmente como muy pocas personas lo son a los setenta.

La psicología acepta que cuerpo y mente no crecen al unísono. A veces, en la

mayoría de los casos, la mente se queda rezagada mientras el cuerpo sigue creciendo. En raros casos, la mente se adelanta y el cuerpo se queda rezagado.

En una ocasión preguntaron a Emerson su edad, un hombre muy sensible y creativo, y contestó:

—Trescientos sesenta años.

Los presentes no se lo creyeron; no podían creerse que Emerson, un hombre veraz, muy inocente, querido y respetado por todos, que comprendía las alturas de la consciencia... ¿Por qué iba a mentir sobre una cosa así? ¿Trescientos sesenta años? Si no aparentaba más de sesenta... ¿Qué sentido tenía?

Alguien dijo:

—Quizá no lo he entendido bien. ¿Sería tan amable de repetirlo?

Emerson se echó a reír y dijo:

—¿Por qué le da tantas vueltas? ¿Por qué no dice directamente que no se cree que tenga trescientos sesenta años?

Otro hombre dijo:

—Tenemos que preguntárselo. Aparenta sesenta como mucho. Tendrá que demostrarnos que su edad es de trescientos sesenta años. Y, supuestamente, un hombre de su integridad no miente.

Emerson replicó:

—No miento. He vivido tanto en sesenta años que ustedes tendrían que vivir trescientos sesenta. Por la intensidad y la totalidad de mi vida, he vivido en sesenta años lo que viviría un hombre normal y corriente en trescientos sesenta. No miento; todo depende de cómo se viva.

La meditación cambia por completo tu modo de vida, algo que aún no ha aceptado la psicología, pero la psicología de los iluminados sabe muy bien que la consciencia puede seguir creciendo y que no necesariamente crece al mismo ritmo que el cuerpo.

Adi Shankara, fundador de un sistema filosófico para los hindúes, murió a la edad de treinta y tres años. Se iluminó en algún momento cercano a los siete años. A esa edad murió su padre, que era pobre, un brahmín pobre, y la madre

solo vivía para él, que era hijo único. A los siete años de edad, Adi Shankara le dijo a su madre que quería renunciar al mundo. ¿Os imagináis a un niño de siete años pensando en renunciar al mundo? Debía de ser otro Mozart, un Mozart de la espiritualidad.

La madre dijo:

—Tu padre ha muerto y tú quieres renunciar al mundo. ¿Es que no piensas en mí?

Adi Shankara replicó:

—Solo puedo prometerte una cosa: que yo estaré presente en el momento de tu muerte, de modo que morirás en paz. Pero, ahora, permíteme que renuncie al mundo. Quiero ser *sannyasin* y buscar.

La madre se negó.

Para no hacerle daño, Shankara se quedó en casa unos días más. Un día fue al río. Iba allí a bañarse a diario, pero aquel día se empeñó en que su madre lo acompañara. La madre empezó a preocuparse; ¿por qué insistía tanto? Pero su empeño llegó a tal extremo que le dijo que si no iba con él, no se bañaría, y entonces no podría ni hacer el ritual del culto ni comer. La madre accedió.

Mientras la madre se quedaba en la orilla, al niño, de siete años, lo atrapó un cocodrilo. Empezó a llegar gente, pero nadie podía hacer nada. Los pies del niño estaban entre las fauces del cocodrilo, y Shankara le gritó a su madre:

—¡Ahora solo hay dos posibilidades: o me das permiso para renunciar al mundo y ser *sannyasin* o el cocodrilo me comerá! Tú decides, pero ¡rápido!

Es una historia extraña. ¿Cómo se confabuló el cocodrilo con el chico? Pero, naturalmente, la madre gritó enseguida:

—¡Te lo permito, puedes ser *sannyasin*! Hasta eso me servirá de consuelo, con tal de que sigas vivo.

Y, según cuentan, el cocodrilo lo dejó en paz y desapareció. Debía de ser un cocodrilo muy piadoso...

Sea como fuere, y quizá se trate solo de una parábola, una cosa es cierta: que, a los siete años de edad, Adi Shankara convenció a su madre de que o le permitía

ser *sannyasin* o debía prepararse para que muriera. Cómo lo consiguió es otra historia. Pero hay algo innegable, que le presentó a su madre una elección ineludible: o la muerte o el *sannyas.* Evidentemente, la madre no tenía elección, y dio su permiso.

Adi Shankara empezó a ser *sannyasin* a los siete años. No existe un caso semejante al de Shankara en la historia de la humanidad. Entre los siete y los once años (no existen datos históricos, pero parece que ocurrió entre los siete y los once años) se iluminó. A los once empezó a escribir sus grandes comentarios sobre los *Upanishads*, y sobre una de las escrituras más complejas de la India, los *Brahmasutras* de Badrayana.

Es casi imposible comprender esos escritos a los once años, pero Shankara escribió los comentarios más importantes. Los grandes comentaristas del pasado no pudieron comprenderlo, ni tampoco los grandes comentaristas posteriores a Shankara. Nadie ha podido superar esos vuelos de la consciencia y dar tanto significado a los escritos, casi muertos, de Badrayana, los *Brahmasutras.* Su interpretación solo es posible tras la iluminación. En cada palabra... le da un significado distinto. Algo que parece normal y corriente se transforma en algo extraordinario. Shankara posee ese toque que lo convierte todo en oro.

Cuando contaba treinta y tres años había escrito todos los excelentes comentarios sobre todos los escritos importantes, había viajado por todo el país y había derrotado a los llamados grandes filósofos, teólogos, sacerdotes. Y a esa edad murió.

La consciencia no se limita a la edad física. La consciencia puede adelantársete, adelantarse a tu cuerpo. De modo que no te preocupes.

Dices: «No tenía pensado abandonar el sexo, pero me da la impresión de que el sexo me ha abandonado a mí».

Y así debe ser. No se debe abandonar el sexo con un esfuerzo consciente, porque eso es simple represión. Lo mejor es no darle importancia al sexo. Debes centrarte en la meditación, y un día el sexo se vendrá abajo por sí mismo, como

una hoja seca cae del árbol, sin hacer ruido, silenciosamente, para acabar desapareciendo.

27



¿Por qué soy tan sensible? ¿De dónde sale esta sensibilidad, y es posible compartirla?

Al nacer todo niño es sensible, sumamente sensible, pero la sociedad no quiere tantas personas sensibles en el mundo; quiere personas endurecidas. Necesita trabajadores, soldados, personas duras y capaces de pasar por encima del corazón. Necesita profesores, intelectuales, científicos, esas personas que no saben nada del corazón, de la sensibilidad.

Ser sensible es de bienaventurados. Quizá una mujer tenga más capacidad de ser sensible que un hombre porque no va a ser soldado, porque nadie espera que vaya a matar a nadie. La mujer es más sensible que el hombre porque la sociedad la rechaza para cualquier trabajo importante.

No hay mal que por bien no venga. La mujer sigue siendo humana, mientras que el hombre se ha convertido en un monstruo. Su trabajo parece consistir en matar o que lo maten. Su vida entera está dedicada a acumular armas mortíferas. No parece sentirse satisfecho con la Segunda Guerra Mundial; ya se está preparando para la tercera. Y no olvidéis que cuando un soldado muere en el frente de batalla, muere un padre, muere un hijo, muere un marido, y las mujeres sufren.

Y como las mujeres sufren desde hace siglos, se han hecho muy sensibles a los delicados matices de la alegría, del sufrimiento, del dolor, del placer. No debes preguntar: «¿Por qué soy tan sensible?». Naces sensible; estás en tu derecho. Cuando no seas sensible, sí podrás preguntar: «¿Por qué no soy sensible?».

La sensibilidad es una de las grandes cualidades de la religiosidad.

Cuentan de uno de los grandes hombres del siglo XX, George Bernard Shaw, que cuando cierta persona fue a conocerlo, un artista muy creativo, novelista, vio tal profusión de hermosas flores en el jardín de Shaw que no daba crédito a sus ojos. Al entrar en la casa no vio ni una sola flor. Le dijo:

—Qué curioso... Con tantas flores y tan bonitas en el jardín... Podría cortar unas cuantas y ponerlas en un jarrón.

Shaw replicó:

—También me encantan los niños. Son tan hermosos como las flores, pero no les corto la cabeza para decorar mi salón. Las flores se abren, danzan en medio de la lluvia, con el sol, al viento. Están vivas. No soy carnicero; no podría arrancar una flor de su fuente vital, y además no me gustan los cadáveres en mi salón.

Tenía razón. Era un hombre sensible, muy sensible.

Me preguntas: «¿De dónde sale esta sensibilidad?». Sale de tu ser. No busques otro origen. Es tu naturaleza misma. «¿Es posible compartir la sensibilidad?». Por supuesto.

Quizá hayas observado que cuando estrechas la mano a ciertas personas tienes la sensación de estrecharle la mano a una rama de árbol seca: no tiene vida, no tiene calor ni energía. Y también habrás vivido la experiencia de estrecharle la mano a otras personas y de haber sentido que se transmitía algo, que algo pasaba de una energía a otra... una cálida corriente de simpatía. Esas son las personas con las que, cuando estás a su lado, te sientes alentado. Y las otras, como ramas secas de un árbol... si estás a su lado te sentirás como si te estuvieran vaciando.

La sensibilidad se puede compartir de mil maneras. La fundamental es el

afecto, no una relación amorosa, sino el puro afecto, sin condiciones, sin pedir nada a cambio, simplemente derramando el afecto de tu corazón, incluso sobre los desconocidos, porque desborda de sensibilidad. Ahora los científicos dicen que puedes estrecharle la mano a un árbol, y que si eres amable notarás una inmensa sensibilidad en el árbol mismo.

Se cuentan viejas historias, que no pueden ser ciertas... pero nunca se sabe, a lo mejor sí lo son. Se cuenta que siempre que Buda Gautama pasaba por un sitio, los árboles que no tenían hojas de repente se cubrían de hojas para darle sombra. Siempre que se sentaba bajo un árbol, brotaban de repente miles de flores y se derramaban sobre él. Puede ser simple simbolismo, pero también existe la posibilidad de que sea algo real. Y al decir esto, cuento con las investigaciones científicas como apoyo.

Fue el primer Nobel indio, Jagdishchandra Bose, quien demostró a la comunidad científica que los árboles no están muertos. Por eso le concedieron el premio Nobel. Pero han pasado muchas cosas desde Jagdishchandra Bose. Sería inmensamente feliz si pudiera ver lo que han conseguido los científicos. En la actualidad se puede aplicar una especie de cardiograma a un árbol. Una persona cariñosa, un amigo con amor en el corazón, se acerca al árbol, y el árbol se pone a bailar aunque no haya viento, y el cardiograma es simétrico. El gráfico del papel es casi de una belleza armoniosa.

Cuando otra persona se aproxima al árbol con un hacha, con la intención de talarlo, aunque no haya llegado muy cerca, el gráfico del cardiograma se dispara. Pierde la simetría, la armonía; se vuelve loco. Algo le va a pasar al árbol. Es extraño, porque al árbol aún no le ha pasado nada; es solo una idea en la mente del leñador. El árbol es tan sensible que percibe incluso las ideas de una persona. Y si vuelve la misma persona con el hacha, pero sin la idea de talarlo, el gráfico se mantiene normal. El árbol no tiene miedo, no se pone nervioso.

Y otra cosa de la que se han dado cuenta es que si un árbol tiembla de miedo... No se les había ocurrido. Un científico puso unos cardiogramas en árboles cercanos, y cuando un árbol se puso a temblar de miedo, también

empezaron a temblar los demás. Debían de ser viejos amigos. Al crecer en la misma arboleda, debieron de compartir amor y amistad. Por eso reaccionaron inmediatamente.

La existencia entera desborda de sensibilidad, y el hombre es el producto más elevado de la existencia. Es natural que tu corazón, tu ser esté a punto de desbordarse. Lo has estado ocultando, reprimiéndolo; tus padres y tus profesores te han dicho que hay que ser duro, que hay que ser fuerte, porque vivimos en un mundo en el que hay que luchar. Si no puedes luchar y competir, no eres nadie.

Por eso solo unas cuantas personas como los poetas, los pintores, los músicos o los escultores, que no viven en el mundo de la competición, que no esperan acumular millones de dólares, son las únicas en las que se puede encontrar rastros de sensibilidad.

Pero el meditador sigue el camino del místico, y será cada vez más sensible. Y cuanto más compartas tu sensibilidad, tu amor, tu fraternidad, tu compasión, más cerca estarás del objetivo de la mística.

Incluso a los niños, sobre todo a los chicos, se les dice que no tienen que llorar, que llorar es algo vergonzoso. Las mujeres sí pueden llorar porque hasta ahora no se las ha considerado iguales como seres humanos. En cierto sentido son subhumanas, y por eso se les consiente... Ya se sabe, las mujeres son débiles. La sensibilidad se considera una debilidad.

La persona fuerte no debe tener sensibilidad. Cuando corta la cabeza a un montón de personas no tiene que pensárselo dos veces. El día que el presidente Truman ordenó que se lanzaran las primeras bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, que causaron la muerte de más de doscientas mil personas, se quedó despierto hasta que recibió la noticia de que habían soltado las bombas y que, según los cálculos, habían funcionado estupendamente. Y después se fue a dormir. Por la mañana, lo primero que le preguntaron los periodistas fue:

—Después de haber matado a doscientas mil personas inocentes (porque eran civiles, no militares), ¿pudo dormir por la noche?

Y el presidente Truman contestó:

—¡Claro que sí! Dormí como un tronco, por primera vez desde hacía meses. El trabajo se había hecho a la perfección. Ahora Japón no tiene más remedio que rendirse. Cuando recibí la noticia me puse tan contento que dormí durante toda la noche, sin despertarme ni una sola vez.

Así son las personas insensibles... Y encima él se llamaba Truman, True man. Desde entonces yo lo llamo presidente Untrueman.[1]

Pero desde la infancia se educa la cabeza y se deja sin educar el corazón.

Ernie estaba hablando con Ronnie, el niño de la casa de al lado.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó Ernie.

—No lo sé —contestó Ronnie.

—¿Te preocupan las mujeres? —preguntó Ernie.

—No —respondió Ronnie.

—Entonces tienes cuatro años —replicó Ernie en tono cómplice.

Por último, me gustaría aconsejarte que siguieras ascendiendo. A lo mejor nunca llegas a la cumbre, pero ese es el camino que debes seguir. La sensibilidad es el comienzo de una nueva apertura de tu ser. No tengas miedo; sigue ascendiendo más y más. Sé cada día más sensible. Y es de esperar que te lleve al florecer máximo de la humanidad: la rosa mística.

Era un día muy especial en casa de Paddy, y Maureen bajó a desayunar con aire expectante.

—Es el décimo aniversario de nuestra boda —le dijo en un susurro a Paddy, que estaba leyendo el periódico—. Vamos a preparar un pollo de nuestra granja.

Paddy alzó la mirada y dijo:

—¿Y para qué vamos a matar un animal inocente por algo que pasó hace diez años?

—¡Hay un joven intentando entrar por la ventana de mi habitación! —gritó por teléfono la señora Kleinman, una anciana.

—Perdone, señora, pero ha llamado a los bomberos —le contestaron—. Tiene que llamar a la policía.

—¡No, por favor! —replicó la anciana, suplicante—. Quiero hablar con los bomberos. ¡Si lo que necesita ese joven es una escalera más larga!

—Fíjese, doctor, mi pobre marido —dijo la señora Ginsberg a su psicoanalista, tirando de su marido—. Está convencido de que es un parquímetro.

El psicoanalista miró a aquel hombre, todo silencioso, hecho un asco y preguntó:

—¿Por qué no dice nada? ¿Es que no puede hablar?

—¿Y cómo va hablar con todas las monedas que tiene en la boca? —replicó la señora Ginsberg.

Vivimos en un mundo de locos, en un mundo penoso. Si no te distancias de la psicología de las masas y manifiestas tu auténtica realidad, acabarás ahogándote en la porquería de este mundo.

Desde mi punto de vista, el *sannyasin* es quien hace todos los esfuerzos posibles por librarse de la locura para la que lo han condicionado.

La sensibilidad te ayudará enormemente a ser cuerdo, sensible. Y si sigues por el buen camino, acabará en la meditación, y por último en la experiencia mística de la iluminación.

28



¿Qué es la religión?

La religión no es lo que la gente entiende como tal. No es ni el cristianismo, ni el hinduismo, ni el islamismo. La religión es una roca muerta.

Yo no enseño religión, sino religiosidad... un río que fluye, que cambia continuamente su curso, pero que acaba por desembocar en el mar.

Una roca puede ser muy antigua, mucho más vieja y con mucha más experiencia que cualquier *Rigveda*, pero una roca es una roca, y está muerta. No se mueve con el cambio de las estaciones, no se mueve con la existencia; simplemente está ahí. ¿Y habéis visto una roca que cante, que baile?

La religión es para mí una cualidad, no una organización.

Todas las religiones que existen en el mundo (y no son pocas: hay trescientas) son rocas muertas. No fluyen, no cambian, no se mueven con los tiempos. Y algo muerto no va a ayudarte, a menos que quieras abrir una tumba, en cuyo caso una roca sí podría servirte de algo.

Y las llamadas religiones no han parado de abrir tumbas, de destruir vuestra vida, vuestro amor, vuestra alegría, y de llenaros la cabeza de fantasías, ilusiones, alucinaciones sobre Dios, sobre el cielo y el infierno, la reencarnación y toda clase de estupideces.

Yo confío en el fluir, en el cambio, en el movimiento... porque esa es la naturaleza de la vida, que solo conoce algo permanente: el cambio.

Solo el cambio nunca cambia; todo lo demás cambia. En otoño los árboles se quedan desnudos. Se les caen todas las hojas, sin quejarse. Caen silenciosa, pacíficamente, y vuelven a fundirse con la tierra de la que nacieron. Los árboles

desnudos recortándose contra el cielo tienen una belleza especial, y sus corazones deben de albergar una tremenda confianza, porque saben que, aunque hayan desaparecido las hojas viejas, aparecerán las nuevas. Y pronto empiezan a brotar hojas nuevas, frescas, más jóvenes, más delicadas.

Una religión no debería ser una organización muerta, sino una especie de religiosidad, una condición que abarca la sinceridad, la veracidad, la naturalidad, un profundo estado de abandono en el cosmos, un corazón amante, una amistad hacia el todo.

Para eso no se necesitan escrituras sagradas. Es más: no existe ninguna escritura sagrada. Las llamadas sagradas escrituras ni siquiera son buena literatura. Más vale que no las lea nadie, porque están plagadas de asquerosa pornografía.

Cuando se lo comenté a un amigo, se puso a estudiar la Biblia y encontró nada menos que quinientas páginas de pornografía pura y dura. Si hubiera que prohibir algún libro, tendría que ser la Biblia. Pero ese amigo no sabe que la Biblia no es nada. Si leéis los *Puranas* hindúes, os quedaréis sorprendidos. Son las ediciones más antiguas de *Playboy.* No solo los seres humanos, sino los dioses que aparecen descritos son personas tan feas, tan sucias... Y curiosamente, se les sigue rindiendo culto como dioses.

Por ejemplo: los hindúes y los jainistas adoran a la luna como una deidad masculina. Pues bien, según el mito, le atrae sexualmente una hermosa mujer que es la esposa de un santo. En la India, los santos van a bañarse a primera hora de la mañana, antes de que salga el sol, y ese es el momento en el que aparecía la luna, disfrazada, por supuesto, porque los dioses pueden hacer lo que les dé la gana. Llamaba a la puerta y la esposa pensaba que el marido había vuelto. La luna hacía el amor con la esposa de otro y desaparecía.

Casi todos los llamados dioses hindúes son violadores. Y no les satisface que en el cielo tengan a las mujeres más hermosas, por supuesto, no cubiertas de piel, sino de plástico. Pero al parecer no conocían una palabra para denominar el plástico en aquella época. Dicen que las chicas celestiales (la palabra es *apsara*,

que podría traducirse con bastante precisión por prostituta que se contrata por teléfono; no son prostitutas callejeras, sino de alto copete) no sudan.

Cuando me enteré de ese detalle, que no sudan, me puse a pensar: ¿cómo es posible que una mujer o un hombre con piel no sude? El plástico parece la única alternativa. Y dejan de cumplir años a los dieciséis; no se hacen mayores. Tienen dieciséis años durante siglos... ¿Y cuántos santos han disfrutado de ellas? No creo que puedan recordar cuántos en el transcurso de tantos milenios.

Una auténtica religiosidad no necesita de profetas, salvadores, sagradas escrituras, iglesias, papas ni sacerdotes, porque la religiosidad es el florecimiento de tu corazón, llegar al centro mismo de tu ser. Y cuando llegas al centro mismo de tu ser se produce un estallido de belleza, de dicha, de silencio, de luz. Empiezas a transformarte en una persona completamente distinta. Desaparece cuanto era oscuro en tu vida, y también desaparece todo cuanto era malo. Todo cuanto haces lo haces en su totalidad y con absoluta conciencia. Yo solo conozco una virtud, y es la conciencia.

Si la religiosidad se extendiera por el mundo entero, las religiones se apagarían.

Y supondría una verdadera bendición para la humanidad que el hombre fuera simplemente hombre, ni cristiano, ni musulmán ni hindú. Esas demarcaciones, esas divisiones han sido la causa de miles de guerras en el transcurso de la historia. Si examinamos la historia de la humanidad, no podemos resistir la tentación de decir que hemos vivido en la locura. En el nombre de Dios, en el nombre de la iglesia, en el nombre de ideologías sin base alguna la gente no ha parado de matarse entre sí. La religión aún no ha llegado al mundo.

A menos que la religiosidad llegue a ser el clima mismo de la humanidad, no habrá religión, pero yo me empeño en llamarlo religiosidad para que no se convierta en algo organizado. El amor no se puede organizar. ¿Acaso existen iglesias del amor, templos del amor, mezquitas del amor?

El amor es un asunto individual con otro individuo y la religiosidad es una cuestión más amplia, con el individuo dirigido hacia el cosmos entero.

Cuando una persona se enamora del cosmos entero, de los árboles, las montañas, los ríos, los mares, las estrellas, conoce la oración. Es algo sin palabras... Conoce una profunda danza en su corazón y una música sin sonidos. Experimenta por primera vez lo eterno, lo inmortal, lo que permanece con todo cambio, que renueva la vida.

Y quien se transforma en una persona religiosa y abandona el cristianismo, el hinduismo, el islamismo, el jainismo, el budismo... declara por primera vez su individualidad.

La religiosidad es un asunto individual, un mensaje de amor que diriges al cosmos entero. Solo entonces habrá una paz que supere todos los malentendidos.

Todas las religiones han sido parásitos que han explotado a las personas, las han esclavizado, las han obligado a creer. Y todas las creencias se oponen a la inteligencia, obligan a la gente a rezar oraciones, palabras que no tienen sentido porque no salen del corazón, sino de la memoria.

He contado varias veces un hermoso relato de Lev Tolstói. Habla de tres aldeanos incultos que vivían en una pequeña isla en medio de un gran lago. Millones de personas acudían a verlos, a adorarlos, y el arzobispo de la antigua Rusia, antes de la revolución soviética, empezó a preocuparse. Las iglesias estaban vacías; nadie iba a ver al arzobispo. Y resulta que la iglesia ortodoxa rusa es una de las más antiguas del mundo, muy ortodoxa, pero la gente acudía a esas tres personas que ni siquiera estaban iniciadas en los secretos del cristianismo... ¿Cómo habían llegado a santos?

En la India resulta muy fácil llegar a santo, pero no tanto en el mundo cristiano. La palabra «santo» deriva de «sanctus», de sancionar, aprobar, es decir, que a menos que el Papa o el arzobispo den su aprobación, no se te puede aceptar como santo. Pero la gente decía que aquellos tres hombres eran auténticos santos...

El arzobispo se enfadó, se subió a una barca un buen día y fue a ver a aquellos tres hombres, que estaban sentados bajo un árbol. No daba crédito a sus ojos: ¿qué clase de santos eran? Empezó por presentarse con toda solemnidad.

—Soy el arzobispo —dijo.

Los tres santos se postraron a sus pies. Entonces empezó a sentirse más tranquilo, pensando «menudos idiotas... Las cosas no han llegado demasiado lejos. Todavía se les puede controlar». Les preguntó:

—¿Sois santos?

Los tres hombres se miraron y contestaron:

—Pues nunca habíamos oído esa palabra. Es que somos analfabetos, incultos. Es como si nos hablaras en chino. ¿Puedes explicarnos qué quieres decir?

—¡Dios mío! —exclamó el arzobispo—. ¿No sabéis lo que es un santo? ¿Conocéis la plegaria cristiana?

Los tres hombres volvieron a mirarse y se dieron un codazo como para decir: «Venga, cuéntaselo tú».

El arzobispo se creció ante aquello. Dijo:

—A ver, cuál es vuestra plegaria.

Los hombres contestaron:

—Es que somos incultos, y no sabemos nada de la plegaria cristiana. Tenemos nuestra propia plegaria.

El arzobispo se echó a reír y dijo:

—Nadie se inventa su propia plegaria. Las plegarias tienen que ser autorizadas por la Iglesia. Pero en fin... ¿cuál es vuestra plegaria?

Aquellos hombres se morían de la vergüenza, pero por fin uno de ellos dijo:

—Como nos lo preguntas, no podemos negarnos a contestar, pero no es en realidad una plegaria... Hemos oído contar que Dios tiene tres formas, Dios, el Espíritu Santo y el Hijo, así que se nos ocurrió una plegaria, que es así: «Tú eres tres, nosotros somos tres, o sea que ten misericordia de nosotros».

El arzobispo exclamó:

—¡Si seréis idiotas! ¿Eso es una plegaria? Yo os voy a enseñar la plegaria autorizada por la Iglesia.

Pero la oración era demasiado larga, y los tres hombres dijeron al unísono:

—Esta plegaria tan larga no podemos recordarla. Vamos a intentarlo, pero a ver si puedes repetirla. —Y le pidieron que la repitiera por tercera vez, porque era demasiado larga—. Es que si nos acordamos del principio se nos olvida el final, y si nos acordamos del final se nos olvida el principio. Y si nos acordamos del principio y del final, se nos olvida lo de en medio.

El arzobispo dijo:

—Os tienen que educar un poco.

Pero ellos replicaron:

—No sabemos escribir, que si no habríamos escrito tu plegaria. Repítela otra vez, que vamos a hacerlo lo mejor posible.

El arzobispo estaba encantado de haber convertido a tres imbéciles a quienes rendían culto millones de personas. Recitó la oración una tercera vez, los hombres se postraron a sus pies, y él volvió a su barca.

Cuando estaba en medio del lago vio algo enorme que se acercaba a él. No daba crédito a sus ojos. ¿Qué sería aquello? Se puso a rezar. Al aproximarse, se dio cuenta de que eran los tres imbéciles andando sobre el agua.

—¡Dios mío! ¡Pero si solo Jesucristo fue capaz de andar sobre las aguas!

Y aparecieron los tres hombres, con las manos juntas, y dijeron:

—Perdón, es que se nos ha olvidado la oración y hemos pensado... bueno, a ver si la puedes repetir otra vez.

Al verlos caminando por las aguas, el arzobispo lo comprendió todo. Dijo:

—No necesitáis mi oración. Vuestra oración es perfecta. Llevo toda la vida orando, he llegado a lo más alto en la Iglesia ortodoxa de Rusia, pero no puedo andar sobre las aguas. Dios debe de estar con vosotros. Seguid con vuestra antigua plegaria.

Y todos felices, dijeron:

—Estamos muy contentos, porque esa plegaria tan larga nos tenía destrozados.

Es una preciosa historia sobre la muerte de la religión tradicional, ortodoxa. La religiosidad debe surgir en tu corazón como una ofrenda individual de amor y fragancia al cosmos.

La persona religiosa ni siquiera necesita a Dios, porque Dios es una hipótesis no demostrada, y una persona religiosa no puede aceptar nada que no esté demostrado. Solo puede aceptar lo que siente.

¿Qué sientes? La respiración, los latidos del corazón... La existencia inspira y espira, la existencia te da la vida un momento tras otro, pero nunca te has parado a mirar los árboles, nunca te has parado a mirar las flores, su belleza, y nunca has pensado que son divinas. Son el único Dios que existe. La existencia entera es divinidad.

Si te invade la religiosidad, la existencia entera se llenará de divinidad. Eso es para mí la religión.

29



Todas tus respuestas, aunque yo no haya formulado la pregunta, me las tomo como algo personal. ¿Es eso normal?

En cierto sentido todo lo que digo puede aplicarse a todos, más o menos, porque hablo sobre la estructura de la consciencia y del ser humano. Las personas no son demasiado distintas, así que cualquiera puede formular una pregunta que coincida con tu pregunta. De modo que existe la posibilidad, y en realidad así debería ser, de que no hagas tú la pregunta pero que la respuesta vaya dirigida a ti. Alguien ha formulado la pregunta en tu lugar.

Según mi experiencia, es bueno que otra persona formule tu pregunta. Así escucharás con mayor atención, con más tranquilidad.

¡Ay del pobrecillo que formula la pregunta...! No es capaz de escuchar la respuesta en silencio, con tranquilidad. Se pondrá tenso, se preocupará... porque nadie sabe lo que yo voy a contestar. Como lo más probable es que se vaya a llevar unos cuantos golpes, se pondrá a la defensiva. Los demás están encantados, riéndose a costa del pobrecillo que ha formulado la pregunta.

Pero no hay ningún problema. Ya te desquitarás cuando alguien haga otra pregunta; la escucharás tranquilamente, y te reirás. Pero debes recordar una cosa: que cualquier pregunta que pueda plantear cualquier ser humano te afectará, porque todos estamos metidos en lo mismo. Quizá desde un punto de vista cuantitativo algunos estén más metidos en el asunto y otros no tanto, pero a menos que estés iluminado, a menos que no tengas que hacer ninguna pregunta, que solo conozcas la respuesta, es imposible que...

Es uno de los milagros de la existencia: cuando hay preguntas, no hay

respuestas, y cuando llega la respuesta, la pregunta desaparece como cuando enciendes la luz en una habitación y se desvanece la oscuridad. Nunca coinciden las preguntas y las respuestas. No pueden estar cara a cara, porque la pregunta es solo una sombra, la oscuridad, la ausencia de luz.

Pero mi respuesta no puede llegar a ser tu respuesta. Tu respuesta está oculta en tu propio ser, en lo más profundo. Tienes que buscarla. Yo puedo darte ciertas indicaciones, puedo recomendarte ciertos trucos. Puedo mostrarte el camino, pero tendrás que recorrerlo tú solo. Yo no puedo acompañarte porque es un viaje interior.

En su noveno cumpleaños, Hymie entró en el bar del barrio y le gritó a la camarera que le pusiera un whisky con hielo.

—¡Pero bueno! —exclamó la camarera, muy guapa ella—. ¿Qué quieres, meterme en líos o qué?

—Pues a lo mejor más tarde —replicó el niño—. Pero de momento ponme una copa.

Hay muy pocas personas que superen mentalmente la edad de trece o catorce años, y eso provoca una situación muy extraña. Parecen mayores físicamente, y se supone que son sensatos, pero no sabes que su edad mental es de trece o catorce años y que actuarán según su edad mental, no según su edad física.

En la reunión anual del clan MacTavish, Hamish MacTavish se precipitó hacia el micrófono, interrumpiendo a los que cantaban «Las azules campanas de Escocia» y gritó:

—¡A ver, honrados y leales MacTavish! ¡Escuchad esto! ¡Es mi cartera, la he

perdido! Hay cien libras en esa cartera, y a quien me la traiga le daré una recompensa de quince libras.

Se oyó una voz al fondo de la sala:

—Yo doy veinticinco.

En las situaciones reales actúas de acuerdo con tu estado mental real. Normalmente puedes fingir ser un viejo sabio, pero los viejos sabios son tan retrasados como los demás.

El *mulá* Nasrudín estaba sentado en el balcón de su casa cuando le gritó a su criado:

—¡Traeme las gafas, rápido!

El criado le llevó las gafas y le preguntó:

—¿A qué viene tanta prisa?

El *mulá* contestó:

—Si serás idiota... Ha pasado una mujer guapísima y no he podido distinguir si era hombre o mujer. Me hacían falta las gafas inmediatamente. Pero tú has llegado tarde y esa mujer guapísima ya no está en la calle. Ha doblado la esquina y se ha metido en un callejón.

Un día, el *mulá* Nasrudín va andando por la calle. Se le había puesto el pelo completamente blanco. Ve a una chica guapísima y le da un pellizco en el trasero. La chica suelta un grito y le dice:

—¡Eres un viejo, de la edad de mi abuelo! Tienes el pelo blanco... ¿Qué haces?

—Es verdad que tengo el pelo blanco, pero mi corazón todavía es negro... y me fío de mi corazón, no de mi pelo.

Está muy bien que te tomes las respuestas a preguntas que tú no has formulado como algo personal. Es la actitud correcta. No importa quién pregunte; lo que importa es que la pregunta también es tuya, que estaba latente en tu inconsciente, y como alguien la ha planteado, ha salido a la luz. Mi respuesta también va dirigida a ti, tanto como a quien la ha formulado.

Os hablo a todos vosotros casi como si me dirigiera a una sola individualidad. No respondo a preguntas para distintas personas, porque, desde mi punto de vista, todas las preguntas son humanas, y quienes tienen suficiente entendimiento obtendrán cuanto puedan de la respuesta sin pensar en quién la ha formulado.

E insisto en que resulta más fácil comprender la respuesta cuando tú no la has formulado porque te sientes más relajado. No tiene nada que ver contigo, es problema de otra persona, y puedes escuchar con más atención. La persona que se ha molestado en preguntar no puede relajarse mientras yo respondo.

Lo estarás notando. Te sientes tenso, porque yo no soy de fiar. A veces soy bueno, a veces no; a veces me vuelvo completamente loco. Si me provocas con tu pregunta, puedo ponerme hecho una furia.

30



Cuando estoy contigo veo que en mí funcionan dos partes opuestas. Una parte te quiere y confía en ti más que en ninguna otra persona que he conocido. La otra parte te tiene un miedo terrible... miedo a tu verdad incontestable y a la autoridad que te otorga... miedo a lo vulnerable que me siento en tu presencia... miedo a que me hagas daño. Sin embargo, en el fondo sé que jamás me harías daño. ¿Podrías hablar sobre la confianza y el miedo del discípulo hacia el maestro?

Que te dividas en dos partes es un enorme malentendido... una parte me ama y la otra me tiene miedo. Te estás dividiendo en dos personas, tienes una personalidad dividida, y eso porque no comprendes la profunda relación ente amor y temor. Hay que comprender el trasfondo psicológico.

El amor es casi como una muerte. Cuando mueres, muere tu cuerpo físico y no lo experimentas, porque en la mayoría de los casos se muere tras la inconsciencia, de modo que no sientes la muerte. Solo quienes han llegado a completar la meditación ven su muerte, porque no se quedan inconscientes.

El miedo que se tiene es a reemplazar la palabra amor por muerte... El amor es una muerte consciente, no del cuerpo sino del ego. El ego te ha dominado durante muchas vidas, su dominación ha sido casi permanente. El amor es la única experiencia que puede destronarlo.

Si no puedes perder tu ego en el amor, no lo perderás nunca. Y recuerda que tú no eres el ego; es una idea falsa que tienes de ti mismo, adquirida y aceptada por la ignorancia. En el amor necesitas humildad; en el amor la confianza surge por sí misma. Puedes mostrarte totalmente vulnerable ante la persona que amas,

pero no sabes que con el amor esa sombra siempre estará allí, que es una especie de muerte. Tu personalidad siente una inmensa preocupación porque te encuentras sumergido en un amor tan profundo como ese.

Yo no veo disociación en ti; sencillamente no comprendes la relación entre el amor y el temor. Es completamente natural que la persona que ama sienta miedo, porque no sabe que el amor no es sino una tumba para el ego, y porque, como se identifica con el ego, piensa que va a significar su muerte.

Puede que esto no suceda en el nivel consciente; quizá se desarrolle en lo subterráneo, en medio de la oscuridad, en la parte inconsciente de tu psicología.

Quizá en el nivel consciente pienses que estás dividido en dos campos opuestos. No son campos opuestos, sino dos ramas del mismo árbol, pero el árbol está oculto en el inconsciente y tú solo ves las ramas en lo consciente. Como es natural, parecen dos cosas distintas.

Por eso, lo primero que hay que hacer es comprender que el amor es la muerte del ego, de la personalidad, de lo falso. No se puede tener las dos cosas, el amor y el ego. O tienes el ego o tienes el amor, pero tienes que hacerlo algo consciente...

Avanzas en la dirección opuesta al ego. Avanzas hacia el amor, la confianza; avanzas hacia la verdad, el ser. Hay que dejar atrás el ego, dejarlo por completo, y únicamente podrás dejarlo si eres consciente de ello.

También dices: «La otra parte te tiene un miedo terrible».

Todo el mundo le tiene miedo al amor, y por eso incluso los amantes mantienen cierta distancia, e incluso los amantes no paran de pelearse para no acortar esa distancia. Jamás se aproximan demasiado, de modo que puedan hacerse uno solo, porque hacerse uno con el otro significa perderte a ti mismo. Esa es la influencia del ego. A menos que tu amor sea tan grande que puedas hacerte uno con el amado, tu amor seguirá siendo incompleto y seguirás dividido entre el amor y el temor.

¿Qué tienes que perder? ¿Por qué tener miedo? A veces no lo entiendo. No tienes nada que perder... ¿y qué has ganado con tu ego? ¿Qué beneficios te ha

reportado? Quizá peleas, conflictos... Si eres muy susceptible, te sentirás insultado por cualquier cosilla: si alguien que siempre te saludaba pasa un día a tu lado sin decirte «hola» es suficiente para que te pases la noche en vela, pensando: «Se va a enterar ese hijo de puta. ¡Vamos, que no saludarme...!».

No tienes nada que perder, solo un temor del que no has tomado conciencia. Pero ha llegado el momento de tomar conciencia.

Dices: «... miedo a lo vulnerable que me siento en tu presencia... miedo a que me hagas daño». ¡Claro que voy a hacerte daño! Pero no tienes que sentir miedo. En eso consiste mi labor, en hacerte daño, en hacerte daño hasta que acabes por desprenderte del ego, porque eso es lo que se siente herido. Nadie puede hacer daño, ni humillar ni insultar a tu auténtico ser; es la parte falsa la que se enfada, la que se siente herida por tonterías.

Pero te aseguro que yo sí voy a hacerte daño, te lo prometo. Así que al menos puedes relajarte, no tienes por qué seguir con esa incertidumbre: «¿Y si me haces daño?». Desde luego que voy a hacerte daño, porque a menos que te haga daño, no podré cambiarte. Pero no te haré daño a ti, sino a lo falso que hay en ti.

Tú quieres que te prometa algo distinto. Dices: «Pero en el fondo, sé que no vas a hacerme daño». Te equivocas. No puedes convencerme de que no te haga daño... ¡no puedo perder mi trabajo!

Y por último dices: «¿Podrías hablar sobre la confianza y el miedo del discípulo hacia el maestro?». Ambas cosas van juntas, son uno y lo mismo. Cuando confías en el maestro, esa confianza brota de tu verdadero ser (el ego no confía en nadie) y el miedo brota del ego.

Si tienes demasiado miedo, te volverás contra el maestro y lo criticarás, dirás mentiras de él para protegerte de quienes dicen que estás traicionándolo. Es curioso, pero personas que han vivido conmigo diez, doce, catorce años, que han trabajado conmigo... se marcharon en cuanto su ego se sintió herido. Incluso después de estar aquí conmigo durante diez o doce años seguían sin comprender.

¿Cómo puedo ayudarte si no influyo en tu ego y lo separo de ti?

Decía Buda Gautama: «Yo soy médico». Veinticinco siglos más tarde, no puedo decir que yo sea solamente médico; soy cirujano. Se necesita cierta evolución tras veinticinco siglos.

Esas personas que vivieron conmigo durante doce años jamás escribieron una sola palabra sobre mí, jamás trajeron una sola persona a verme, pero en cuanto me dejaron empezaron a escribir libros contra mí, y de repente se convirtieron en grandes escritores.

Se trata de un simple mecanismo de defensa. Intentan contarle al mundo entero que me han dejado... porque ya no soy lo que ellos pensaban. Sin embargo, siguen sin darse cuenta de que no es asunto mío que ellos me dejaran, que no me importa. Aquí han llegado millares de personas, y se han ido; ni siquiera conozco sus nombres. Mientras están aquí, en mi sala de operaciones, hago lo que puedo, pero algunos imbéciles se escapan cuando la operación quirúrgica está a medias.

Me han contado una historia de un político que fue a ver a un cirujano de gran prestigio, un neurocirujano. El político era muy importante y se iba a presentar a las elecciones para presidente del país. El neurocirujano reunió a todos sus colegas y les dijo que tuvieran mucho cuidado. Pero vieron tanta porquería en el cerebro del político que decidieron que lo mejor sería dejarlo en coma, quitarle el cerebro y hacerle una buena limpieza en seco.

Mientras limpiaban el cerebro en otra sala, el político recobró el conocimiento y en ese momento entró un hombre y dijo:

—Pero ¿qué hace ahí? ¡Acaban de elegirlo presidente del país!

El político saltó de la camilla de operaciones, y los cirujanos no daban crédito. Dijeron:

—¡Un momento, que le estamos limpiando el cerebro!

—No voy a necesitarlo al menos hasta dentro de cinco años —replicó el

político—. Quédenselo y límpienlo a fondo. Soy presidente del gobierno. ¿Para qué necesito el cerebro?

... Al menos eres consciente de la disociación. Profundiza un poco más en la meditación y desaparecerá la disociación. Es sencillamente una confusión, porque no sabes que al amor lo sigue el miedo como una sombra. A menos que se desvanezca la sombra, el amor no llegará a florecer por completo.

Pero a veces las palabras son muy peligrosas. No existe ningún diccionario en el que encuentres la palabra amor relacionada con el temor, pero la verdad es que sigue al amor hasta el final cuando el maestro desenvaina la espada y le da el toque de gracia.

Por eso no puedo prometerte que no te haré daño, pero la mía será una herida curativa. Te llevará a una situación más sana, de mayor unidad, a tu autenticidad y tu ser.

No te dejes engañar por las palabras, porque las palabras no han sido acuñadas por los iluminados.

Un caballero impecablemente vestido se aproximó al mostrador de ropa para hombre y fue recibido por la encargada, una mujer joven, guapa y con buen tipo.

—Buenas tardes —susurró la chica—. ¿Qué desea?

—Lo que deseo —contestó el hombre tras dedicarle una prolongada mirada — es tomarla en mis brazos, ir a mi casa, abrir una botella de champán, poner música romántica y hacer el amor con usted. Pero, en fin, lo que necesito son unas camisas.

De la palabra «desear» es de donde surgió el problema. El hombre solo había ido

a comprar camisas; si la chica le hubiera preguntado: «¿Qué necesita?» o algo parecido, las cosas habrían sido distintas.

A veces las palabras desempeñan un papel tremendamente importante en nuestra vida. Con una sola palabra, tu ego se apodera de ella y tu consciencia se oscurece, se llena de nubes.

Es bueno que lo hayas sacado a luz, porque eso demuestra que tu amor es mayor que tu miedo. Traslada tu energía hacia el amor y deja el miedo sin energía. Se morirá por sí mismo. No es sino una sombra.

VI
LA LIBERTAD

Sé tú mismo



La responsabilidad es una cara de la moneda, y la otra es la libertad. Puedes tener las dos cosas juntas, o abandonarlas juntas. Si no quieres responsabilidad, tampoco tendrás libertad, y sin libertad no existe el crecimiento. Puedes llevar una vida dichosa, pero no existen dos caminos, solo uno: ser tú mismo, seas lo que seas.

31



¿Por qué da tanto miedo lo nuevo? El deseo y la necesidad de que me reconozcan han desaparecido al mismo tiempo que la acción. Aunque en el fondo me siento tremendamente agradecido y feliz, veo que una parte de mí se siente culpable, y también veo que la pereza no es una de mis características. No encuentro una nueva forma de ser total en mi trabajo. Me resulta muy doloroso. ¿Puedes darme alguna orientación, puedes traerme la luz?

Lo nuevo siempre da miedo, por la sencilla razón de que es nuevo y no sabes cómo enfrentarte a ello. Te das cuenta de repente de que todos tus conocimientos carecen de sentido, porque no existe respuesta, según tus experiencias y tus conocimientos, capaz de ser una reacción auténtica ante lo nuevo.

De repente te ves ignorante, impotente, sin saber qué hacer, y de ahí el miedo. Si no, en lugar de sentir miedo, vivirías una experiencia completamente distinta con lo nuevo. Estallarías de alegría. Si eres un buscador, un aventurero, lo nuevo te llenará de un éxtasis indecible y verás una nueva posibilidad para poner en funcionamiento tu inteligencia.

La inteligencia no tiene que funcionar con lo viejo; para eso está la memoria. Ya conoces la respuesta; la respuesta forma parte del sistema de tu memoria, pero recuerda que la memoria no es lo mismo que la inteligencia.

La inteligencia consiste en la capacidad de disfrutar de lo nuevo, de dar una cálida bienvenida a lo nuevo, con intensidad y claridad. La respuesta brotará del centro mismo de tu ser con la simple observación de lo nuevo. Así funciona el meditador. El meditador se enfrenta continuamente a lo nuevo. Es más: va en

busca de la novedad suprema, de lo que jamás envejece, de lo que siempre está nuevo y lozano.

Esa es la cualidad del *satyam, shivam, sundram.* La verdad no envejece, ni lo divino que te rodea por todos lados, ni la experiencia de la belleza. Los rosas pueden brotar y morir, las expresiones de la belleza pueden aparecer y desaparecer, pero la experiencia de la belleza siempre es la misma.

Preguntas: «¿Por qué da tanto miedo lo nuevo?». Porque sigues viviendo en la mente y no sabes en qué consiste la meditación.

A la mente le encanta lo viejo. Con lo viejo la mente se siente muy a gusto porque conoce todas las respuestas, no se siente impotente, no ve que tenga que elegir entre esto o lo otro. Conoce la respuesta adecuada, sin lugar a dudas. La mente no quiere que entres en contacto con lo nuevo; quiere que sigas dándole vueltas a lo viejo.

La meditación es justo lo contrario de la mente. Si la mente se limita a lo viejo, la meditación es una exploración de la expansión del universo entero. El meditador quiere llegar a lo nuevo a cada momento, porque con lo nuevo se agudiza su inteligencia, y solo con lo nuevo él mismo se renueva. Solo con lo nuevo se abre un camino hacia lo definitivo.

Lo viejo está muerto. Claro, lo viejo parece muy cómodo. Y parece cómodo porque no tienes que hacer nada; ni siquiera tienes que ser inteligente. Puedes ser tonto y fingir ante el mundo que eres un gran intelectual porque tu memoria ha acumulado datos.

La memoria no forma parte de la consciencia; la memoria forma parte del cuerpo. La memoria es un mecanismo como el de cualquier ordenador: le proporcionas datos y, le des lo que des, se queda tan contento. Lo sabe. Y el conocimiento proporciona cierto poder, porque te encuentras en un territorio en el que tú dominas, en el que lo sabes todo.

Lo desconocido, lo nuevo, te deja desprotegido, demostrando tu ignorancia, y eso te hace daño. No quieres reconocer tu ignorancia, y por eso te da miedo. Pero mientras que tu ignorancia es inmensa, tus conocimientos son como una

gota de rocío. Si no quieres seguir siendo una gota de rocío, cerrada, sin receptividad ni sensibilidad ante la inmensa existencia a la que puedes tener acceso en cualquier momento, ármate de valor y escapa de esa pequeñez. En cuanto esa gota dé un salto para llegar al mar... Es la misma situación de quien da el salto de la mente a la meditación.

La mente es tan pequeña, y la existencia, la vida, tan grande, tan infinita, que a menos que salgas de la mente llevarás la vida de un prisionero, de un esclavo. Un esclavo no puede saber en qué consiste la danza, un esclavo no puede conocer la libertad, ni el gozo de la libertad ni la dicha, el éxtasis de ser inmenso, oceánico.

Mi tarea con vosotros consiste en convenceros de que salgáis de vuestras cuevas oscuras, por mucho que os parezcan acogedoras por la sencilla razón de que estáis acostumbrados a ellas.

Ya ocurrió durante la Revolución francesa... En Francia estaba la prisión más grande de todas, la Bastilla, adonde solo se enviaban prisioneros que iban a pasar allí el resto de su vida. Entraban, pero jamás salían. Una vez que entraba allí una persona... Había una puerta de entrada, pero no de salida.

En la Bastilla había pequeñas cuevas para los presos, miles de cuevas oscuras, sin luz. A los prisioneros los esposaban y encadenaban, y se arrojaban las llaves de los grilletes y las cadenas a un pozo en medio de la prisión. Como nunca iban a usarlas, ¿para qué guardar tantos miles de llaves? No tenía sentido; esas personas morirían, y, en lugar de abrir las cadenas, las cortarían, sin más.

Durante la Revolución francesa, los revolucionarios consideraron algo prioritario abrir las puertas de la Bastilla y liberar a aquellos miles de prisioneros. Pensaron que iban a hacer algo grandioso. No podían esperarse la reacción de los prisioneros: se negaron. Dijeron: «Vivimos aquí, unos llevamos veinte años, otros treinta...». Algunos llevaban viviendo allí cincuenta, sesenta, incluso setenta años.

Alguien que llevara viviendo allí setenta años debía de haber cumplido casi los cien. Toda su experiencia vital se limitaba a una covacha. No podía salir de

allí; estaba encadenado a la pared de la cueva. No podía abandonar esa cueva ni siquiera para ver el cielo, las estrellas o la luna. Naturalmente, esa persona tenía miedo de volver al mundo al cabo de setenta años.

Casi todos los que conocía debían de estar muertos... o si no, ¿dónde podría encontrarlos? Sus nombres se han desvanecido, sus rostros se han desvanecido... esos setenta años perdidos... ¿Quién sabe si lo reconocerán? Si ni siquiera él puede recordarlos, ¿quién va a reconocerlo a él, a un hombre condenado a la cárcel de por vida? ¿Y qué va a hacer? ¿De dónde va a sacar comida y ropa, y dónde va a dormir? Necesitará un techo.

Es casi un lenguaje olvidado, el del trabajo, el de ganarse la vida, y a esa edad, viejo, enfermo, destrozado, ¿quién le va a dar trabajo? Si ni siquiera los presos que apenas han pasado unos meses en la cárcel consiguen trabajo fácilmente, ¿quién va a confiar en alguien que se ha pasado setenta años en ella? Demasiado arriesgado.

Aquí todo parece cómodo. Puede parecerle incómodo a alguien de fuera, pero para quien ha vivido en una cueva setenta años... Pudo resultarle incómodo al principio, durante unos cuantos días, unos cuantos meses, pero el ser humano tiene una enorme capacidad de adaptación. Si lo obligan, se adapta a cualquier situación.

Y setenta años, o cincuenta, es mucho tiempo, medio siglo. Esa persona empieza a sentirse a gusto, cómodo, sin tener que preocuparse por la comida, por el mañana, sin tener que preocuparse de nada. Se ha olvidado de los nombres de sus hijos, se ha olvidado de quién era su mujer y de qué les ha ocurrido a todos ellos. No; no quiere salir de allí.

Los revolucionarios no daban crédito.

—Vamos a concederos la libertad y tenéis miedo, como si fuéramos a mataros...

Y los prisioneros dijeron:

—Así nos sentimos... como si fuerais a matarnos. Aquí estamos

estupendamente. Lo sentimos, pero no podemos adaptarnos a vuestros deseos. Es demasiado tarde.

Pero los revolucionarios son muy testarudos. No hicieron caso a los prisioneros; los desencadenaron, les quitaron los grilletes, los obligaron a salir con la misma violencia con que en su momento los habían obligado a entrar. Los habían llevado a la cárcel en contra de su voluntad, y los sacaron de la cárcel en contra de su voluntad.

Muchos prisioneros no podían abrir los ojos porque no soportaban la luz. Sus ojos se habían debilitado, eran demasiado delicados, al haber vivido en la oscuridad; ya no podían abrirse a la luz del sol. Muchos ya no sabían andar. Pero los revolucionarios eran inflexibles, y no prestaron atención a sus quejas ni a su llanto. Los revolucionarios son revolucionarios; obligaron a salir de la Bastilla a casi tres mil presos.

No había nadie para recibirlos, y deambularon por la ciudad como muertos, casi como fantasmas. No reconocían a nadie. Setenta años antes las cosas eran completamente distintas. No vieron a nadie de su generación. Al caer la noche casi todos habían vuelto a la prisión, enfrentándose con los revolucionarios que intentaban impedirles la entrada. Dijeron: «No podemos vivir ahí fuera. ¿Quién va a darnos de comer? ¿Quién va a cuidar de nosotros, quién nos va a atender, a darnos un techo, ropa? ¿Quién se va a hacer responsable de todo eso? ¿Vosotros?». Y lo más sorprendente que dijeron fue: «No podemos dormir sin cadenas y grilletes. Nos hemos acostumbrado tanto a ellos que parece que nos falta algo. No podemos dormir. Lo intentamos durante el día debajo de unos árboles, pero si no sentimos la carga, el peso de las cadenas en los pies y las manos, no podemos dormir. Así que no nos incordiéis, por favor. Bastante nos han incordiado durante toda la vida, y ahora, al final, no queremos cambiarla».

Finalmente los revolucionarios también reconocieron su problema. No habían pensado que el hombre se adapta a cierta situación y entonces se convierte en su territorio. En ese territorio se siente cómodo y a gusto.

En mi experiencia... He hablado con mendigos que tenían cuentas bancarias.

Yo no tengo cuenta bancaria, ni la he tenido nunca. Por casualidad, como viajaba continuamente, iba a la estación de tren de Jabalpur al menos diez o quince veces al mes, en la ida o en la vuelta.

A la entrada de la estación solía estar un viejo mendigo. Como el primer día le di una rupia, no aceptaba menos y nunca pedía más. Se había acostumbrado, y yo también me había acostumbrado a esa rupia que tenía que darle. Si iba allí alguna vez y no veía al mendigo, lo echaba de menos y preguntaba a la gente dónde estaba. Nos hicimos amigos, y a veces, cuando no lo encontraba, al día siguiente le daba dos rupias, una por el día que no lo había visto, porque me preocupaba.

Un día que pasaba junto a la estación lo vi. No iba a salir de la ciudad, sino que pasaba por allí en coche porque iba a ver al médico de los empleados del ferrocarril en el hospital de la estación. Vi en una esquina al anciano hablando con un chico, que era alumno mío. Paré el coche y me quedé esperando. Cuando terminaron de hablar se quedaron horrorizados. El hombre parecía horrorizado, y yo no entendía por qué.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Llevo mucho tiempo ocultándoselo a todo el mundo, pero no se lo puedo ocultar a usted. Este chico es mi hijo, su alumno, y estoy preparándolo para que sea médico, como poco.

Le dije al chico:

—No me habías dicho que fueras hijo de un mendigo.

Replicó:

—Mi padre no me deja. No nos vemos en sitios en que pueda vernos la gente, porque si se enterasen de que soy hijo de un mendigo sería muy difícil... en la escuela y para que me admitieran en otras escuelas. Sería imposible, y mi padre quedaría en evidencia: puede costear la educación de su hijo para que estudie medicina y sigue pidiendo limosna. Me trae la mejor ropa...

Me había fijado en eso, que de los chicos de la clase era el que llevaba la mejor ropa, los mejores zapatos, todo lo mejor.

Le pregunté al anciano:

—¿Cuánto tienes en la cuenta del banco?

Respondió:

—No puedo seguir ocultándoselo, y confío en que no le diga a nadie que es mi hijo. Tengo treinta mil rupias en el banco.

—Pero con treinta mil rupias podrías poner una tienda, o una pequeña fábrica. ¿Por qué sigues pidiendo limosna, a tu edad? —le pregunté.

—Es que pedir limosna es muy cómodo. Con todo lo demás podría arruinarme, pero pidiendo limosna es imposible. Y gano más que un tendero o el propietario de una pequeña fábrica. Gano unas cincuenta rupias al día... Ni siquiera un médico gana tanto en la India, ni un profesor. —Y añadió—: Tengo mis clientes, y ¿por qué iba a meterme en algo nuevo de lo que no sé nada, sin necesidad? Mendigar es mi herencia; mi padre era mendigo, mi abuelo era mendigo, y los dos se hicieron ricos.

Por primera vez tomé conciencia de una nueva dimensión de la mente humana: no importa la situación en la que te encuentres, poco a poco te vas adaptando. Y una vez que te has adaptado no te quieres mover, porque tendrías que empezar otra vez desde cero, tendrías que empezar a aprender, tendrías que empezar a enfrentarte a los problemas. Ahora no tienes problemas; conoces todas las respuestas a todas las preguntas que pueden surgir en cierta situación en la que te has encerrado.

Es cómodo y agradable vivir con lo viejo, pero eso no te traerá las flores de la libertad ni te abrirá el cielo entero para que despliegues tus alas y vueles. No te permitirá que aspires a llegar a las estrellas; no te permitirá que te muevas en ninguna dirección ni dimensión. Serás como una tumba, en la que nada se mueve.

Lo nuevo da miedo, pero eso es lo que yo enseño, lo nuevo. Tendréis que dejar a un lado los temores, tendréis que dejar a un lado esa absurda comodidad,

vuestros pequeños consuelos. Ese es el precio por los gozos más elevados, por las esferas más elevadas del ser, las increíbles posibilidades de éxtasis. Nunca perderás, pero al principio tendrás que arriesgar algo.

Es bueno que seas consciente de que lo nuevo te da miedo. Los seres humanos, los animales, todos llevan siglos viviendo con lo viejo. Solo el hombre ha sido capaz de elevarse de vez en cuando para vislumbrar lo nuevo. Fijaos en los búfalos... ¿Se os pasa por la cabeza que en el transcurso de millones de años de evolución los búfalos hayan comido una hierba distinta de la que comen hoy en día? La misma hierba... ¿Podéis concebir que los búfalos cambien algún día? Están adaptados, completamente adaptados y felices.

No se puede transformar un búfalo en un Buda. Los búfalos están felices. ¿Para qué molestarse en cambiar?

El reino animal es inferior al del ser humano por una sola razón: el hombre explora, en su interior se esconde el aventurero. Puede que su mente sienta miedo, pero su consciencia desea la comunión con el universo, tocar las estrellas, abrirse a la belleza, la verdad y la divinidad de la existencia.

Si en lugar de centrarte en la mente te centras en la meditación, desaparecerán todos tus temores. Tendrás que pasar de tu estado de comodidad y tranquilidad, putrefacto y viejo, a algo nuevo, fresco, joven... del cuerpo a la consciencia, de la mente a la no mente. Entonces, a cada momento te enfrentarás con lo nuevo.

Y lo nuevo resulta fascinante. En cuanto comprendas que lo nuevo no es tu enemigo desaparecerá el miedo, y empezarás a ir en busca de lo nuevo. El día en que empieces a buscar lo nuevo con alegría y un corazón gozoso, serás un *sannyasin*. Así defino yo a un *sannyasin*...

La búsqueda de lo nuevo es uno de los aspectos del buscador.

Dices: «El deseo y la necesidad de que me reconozcan han desaparecido al mismo tiempo que la acción. Aunque en el fondo me siento tremendamente agradecido y feliz, veo que una parte de mí se siente culpable, y también veo que

la pereza no es una de mis características. No encuentro una nueva forma de dedicarme por completo a mi trabajo. Me resulta muy doloroso».

Todos tus problemas son creaciones tuyas.

En primer lugar, deberías sentirte inmensamente feliz de que haya desaparecido la necesidad de reconocimiento. Es un gran logro. Ya no dependes de las opiniones de los demás; eres por primera vez tú mismo y no necesitas que nadie te dé su aprobación.

Es el comienzo del nacimiento de la individualidad. En otro caso, las personas son solo piezas de un engranaje; se creen lo que dicen los demás, incluso sobre ellas mismas. Lo único que saben de sí mismas es lo que dicen los demás. Recogen las opiniones ajenas, y en eso consiste el conocimiento de sí mismas. Que haya desaparecido la necesidad de reconocimiento es una gran experiencia. Deberías sentirte feliz en lugar de convertirlo en un problema.

La mente es muy lista y muy astuta. Incluso si te sientes en éxtasis, la mente te dirá que tengas cuidado, que a lo mejor tienes una alucinación. Y destruirá tu dicha... «¡Dios mío! ¿Será posible que solo se trate de una alucinación?» Cuando sientes dolor, la mente no te dice eso... no le ha ocurrido a nadie en la historia entera de la humanidad. Si tienes una migraña, la mente no te dice que podría ser algo ilusorio, pero si estás disfrutando de un hermoso espacio en tu interior, como si floreciera una rosa, la mente saltará inmediatamente para decirte: «Estás soñando, es una alucinación, una ilusión. Estás hipnotizado». Y tú le haces caso, porque llevas siglos haciéndole caso. Es una costumbre.

Dices que junto a la necesidad de reconocimiento también ha desaparecido la acción. Es un logro incluso más importante que el primero. Si se acaba el hacer, también debe de haberse ido el hacedor... pero sospecho que en eso radica el problema. Se acaba la acción pero continúa el hacedor: eso crea la tensión. Eso hace que una parte de ti se sienta culpable. ¿Quién es esa parte?

Si se acaba la acción, no pasa nada malo. Es más: es uno de los requisitos fundamentales para la iluminación. Eso no significa que no hagas cosas; harás

cosas pero no como satisfacción de tu ego ni proyecciones de tu mente. Serán espontáneas y gozarás haciéndolas, o viceversa: porque gozas las haces.

Pero parece que el hacedor aún sigue escondido en tu interior. Una parte ha desaparecido, pero la otra parte sigue ahí, provocándote sentimiento de culpa: ser perezoso, no hacer nada... eso no es bueno. Deberías hacer algo, no deberías ser un parásito. El hacedor sigue creándote problemas, ansiedad.

Si has sido capaz de librarte de la necesidad de reconocimiento, de hacer, libérate también del hacedor, pero recuerda que eso no significa que seas perezoso. Es una interpretación errónea de la mente. La mente siempre interpreta erróneamente cualquier cosa que suponga un paso adelante para superarla. Cuando te sientes en ese estado de abandono, la mente dice: «Eso es pereza». La mente lo condena todo. Le gusta condenar a los demás, le gusta condenarte a ti; solo disfruta condenando.

Dices: «Aunque en el fondo me siento tremendamente agradecido y feliz, veo que una parte de mí se siente culpable». Tienes que tomar conciencia de esa parte y abandonarla.

Si puedes renunciar a tanto, ¿por qué continuar con esa pequeña parte de la culpa? No le has hecho daño a nadie. Te sientes culpable porque la sociedad te educa en la idea de que tienes que hacer algo, que ser alguien; no puedes ser un don nadie, no puedes ser un inútil. Tienes que dejar tu huella en las páginas de la historia.

¿Qué estupidez es esa? ¿Por qué tendría yo que dejar mi huella en las páginas de la historia? ¿Para martirizar a los niños del futuro? ¿Y por qué tendría que ser alguien especial? Son historias del ego.

Ha desaparecido una gran parte del ego, pero aún queda otra parte que te hace sentirte culpable, que te llama perezoso. Pero no se trata de pereza, sino de relajación, de abandonarse. Y de esa relajación nacerán nuevas flores. La diferencia consiste en que la pereza es estéril, nada nace de ella; es un desierto. Pronto verás la diferencia; no te aferres a la palabra «pereza». Olvídala; es una palabra muy negativa y destructiva.

Ante los ojos del mundo, yo nunca he hecho nada. Mi familia me decía desde el principio:

—Vas a ser un inútil.

Y tenían razón. Solo valgo para no hacer nada. Ellos estaban muy preocupados. Me preguntaban:

—¿Cómo vas a vivir? ¿Cómo te las vas a arreglar en la vida?

Y yo les decía:

—No os preocupéis. Si no me preocupo yo, ¿por qué tendríais que preocuparos vosotros? Ya ocurrirá algo. No os preocupéis.

Pero ellos seguían preocupados, y no paraban de decirme:

—Eso es pereza. No es bueno.

Yo replicaba:

—No es pereza, es meditación. Simplemente estoy en silencio. Y ya lo comprobaréis: si es pereza, veréis que mi vida es un desierto en el que nada crece. Y si tengo razón y es un estado de abandono, entonces veréis que, aunque no sea visible para la gente normal y corriente, lo verán quienes tengan ojos. Quienes tienen oídos oyen que mi vida se ha convertido en una canción, una danza, una fiesta, con miles de flores, y que me siento alegre y satisfecho.

No he vivido ni un solo momento de culpabilidad.

Hay que aprender el lenguaje adecuado para el camino de la meditación. Tu lenguaje es propio de la mente; cuando pases de la mente a la meditación tendrás que cambiar muchas palabras que la mente usa pero que no se pueden aplicar al mundo de la meditación. Llámalo abandono y de repente sentirás una enorme relajación. Llámalo pereza e inmediatamente será algo condenatorio, doloroso, angustioso... Aprende el nuevo lenguaje, porque has elegido el camino de la búsqueda de lo nuevo y lo desconocido.

Yo también estoy en contra de la pereza. La pereza es simplemente estupidez, tontería. Pero abandonarse es el mayor logro del ser humano. La relajación es una de las experiencias más hermosas, que puede traerte infinidad de regalos del más allá de los que no tienes conciencia. Cambia el lenguaje.

Si la pereza no es una de tus características, bien. Que lo sea la relajación. La relajación, el no hacer nada, no molesta en absoluto; sencillamente tu vida se hace más creativa, en lugar de más productiva. Entre esas dos palabras está la diferencia.

La mente llama a la productividad actividad, y la creatividad no cuenta. Se tarda tiempo en comprender la verdadera creatividad. El otro día se vendió un cuadro de Van Gogh por cuarenta millones de dólares. Unos meses antes, otro cuadro suyo se había vendido por catorce millones, y entonces dijeron que era lo máximo que podía alcanzar, que ningún cuadro había llegado a catorce millones... ¿Y cuarenta?

Ese pintor vivió en la miseria, muerto de hambre, porque no vendía ni un solo cuadro. Y no pedía cuarenta millones de dólares; a veces estaba dispuesto a cambiar un cuadro por un plato de comida; incluso por una taza de té estaba dispuesto a dar un cuadro. Pero la gente no accedía, ni siquiera a cambio de una taza de té. «No tenemos sitio. ¿Dónde lo vamos a poner? Pregúntale a otro», le decían. Para ellos, dónde ponerlo, no tener sitio, era un problema.

Fue cuando dejó de estar en este mundo, cien años después de su muerte, cuando lo empezaron a reconocer, poco a poco. Lo mismo les ocurre a casi todos los genios. Por razones completamente desconocidas, todo genio se adelanta a su época. ¿Por qué no pueden esperar un poco? Llegan cuando sus contemporáneos aún no están aquí, y cuando llegan sus contemporáneos, ellos ya se han ido y no se enteran.

¿Pensáis que Jesucristo llegará a saber cuántos cristianos hay hoy en el mundo? ¿Pensáis que Sócrates llegará a saber que su nombre es algo de lo que se enorgullece Grecia? Sin su nombre, Grecia no sería nada. Fueron sus enseñanzas y las de sus discípulos, Platón y Aristóteles, lo que mantuvieron a Grecia en la cúspide de la inteligencia, porque no creo que nadie en Europa haya sido capaz de superar la agudeza de la inteligencia de Sócrates. Quizá aún no hayan aparecido sus contemporáneos, aunque han pasado veinticinco siglos.

Cuando los cuadros de Van Gogh lograron reconocimiento la gente empezó a

buscarlos. Debió de pintar miles de cuadros y regalarlos, a sus amigos, o cambiarlos por una taza de té o un plato de comida. La gente aceptaba los cuadros para no parecer grosera, para no parecer incivilizada. Pensaban: «En cuanto se vaya, llevaremos el cuadro al trastero». Nadie colgaba sus cuadros en el salón, porque cualquiera que los viera pensaría que el dueño de la casa se había vuelto loco. ¿Por qué colgaba un cuadro así?

Las ideas de Van Gogh parecían locuras en aquellos tiempos, pero su época llegó más tarde. Toda su familia lo censuraba, le decía: «No has hecho nada y eres un parásito de tu hermano menor», porque su hermano menor lo ayudaba para que pudiera sobrevivir.

Van Gogh no comía todos los días de la semana; comía cuatro días y ayunaba tres —un día comía, otro ayunaba, al siguiente comía, al siguiente ayunaba—, porque con lo poco que podía ahorrar durante los días de ayuno compraba lienzos, óleos, pinceles. No tenía otra alternativa.

Nadie ha pintado con tanto amor y tanto gozo, con su propia vida y su propia sangre. Se destruyó pintando. Y ahora sus obras se buscan en trasteros de Holanda y Francia, donde vivió. Sus cuadros se han encontrado en los trasteros de muchas casas, y ahora alcanzan un precio increíble.

El último se vendió hace poco por cuarenta millones de dólares. Cuando se vendió otro meses antes, los críticos decían: «Esto es lo máximo. Nadie va a adquirir un cuadro a un precio superior». Había batido un récord, catorce millones. Antes, el récord estaba en tres millones, por un cuadro de otro pintor. Pero eso supuso un gran salto, hasta catorce millones, y en el transcurso de tres o cuatro meses se vendió otro cuadro suyo por cuarenta millones de dólares. Y me imagino que sus cuadros pueden llegar a venderse a precios aún más elevados.

Se han encontrado otros doscientos cuadros, no en muy buenas condiciones. Ese hombre fue uno de los mayores genios que ha conocido el mundo, pero no era un hacedor, no era un productor. Si hubiera tenido algún oficio —zapatero o carpintero o sastre—, habría ganado suficiente dinero y todos lo habrían

respetado por ganarse la vida. Pero lo condenaban por ser perezoso, sin que nadie supiera qué estaba haciendo.

Podía pasar un día entero sin acordarse de comer ni de beber, siquiera agua, de tan absorto como estaba en su pintura. Solo cuando caía la noche y le costaba trabajo ver se daba cuenta de que el día había pasado. Era tan pobre que ni siquiera podía comprar velas; a veces pintaba por la noche en la calle, a la luz de los faroles.

Su hermano debía de ser un hombre sensible. Era joven y sabía algo de pintura, porque trabajaba de vendedor en una tienda en la que se vendían cuadros y otros objetos de arte. De modo que algo debía de comprender, y quería a su hermano, pero ¿qué podía hacer? Él también era pobre, y apenas le llegaba para sobrevivir.

Pero quería hacerle un regalo a su hermano: que no muriera sin haber visto vendido al menos uno de sus cuadros. Logró reunir algún dinero y le pidió a un amigo:

—Compra un cuadro de mi hermano. Quiero que tenga el consuelo de que su vida no haya sido totalmente vana, que al menos venda un cuadro.

Pero el amigo que había elegido no tenía sensibilidad para la pintura. Fue a ver a Van Gogh y le dijo:

—Querría comprar un cuadro.

Con gran alegría, Van Gogh dijo:

—¡Venga a mi casa! No es muy grande pero tengo muchos cuadros.

El hombre replicó:

—Me servirá cualquiera...

Y a Van Gogh le dolió mucho. Dijo:

—¿Cómo que le sirve cualquiera? ¿No quiere ver mis cuadros? ¿No quiere elegir?

El hombre replicó:

—Me da igual. No me haga perder el tiempo. Me sirve cualquiera.

Van Gogh le dijo:

—Pues no voy a venderle nada, y estoy completamente seguro de que lo ha mandado mi hermano. ¡Lárguese de aquí! Y dígale a mi hermano que eso no me sirve de consuelo, que me siento más dolido que nunca.

Ni siquiera su hermano volvió a intentarlo.

La creatividad se da en un estado de abandono; la productividad necesita tensión, ansiedad, hacer, el ego, el reconocimiento. La creatividad no requiere reconocimiento, un ego, un hacedor, solo el puro gozo de crear.

Al menos Van Gogh podía mostrar sus cuadros; yo ni siquiera puedo mostrar mis cuadros, pero vosotros sois mis cuadros.

Yo he creado a mi manera algo invisible y sutil que no se puede enseñar ni se puede vender, y que nadie conocerá. No quedará constancia de cuántas personas se han transformado, de cuántas personas han cambiado su vida, pasando del nivel más bajo a la cima más elevada de la iluminación, pero tampoco se podrá decir que no he sido creativo. Trabajo día y noche, pero no soy un hacedor.

Así que cuando me pidas orientación, sé muy inteligente a la hora de ponerla en práctica. Lo mejor es ver si otra persona la pone en práctica y qué le ocurre.

Este hermoso silencio... esa es mi creación.

Miles de lotos empiezan a florecer de repente, miles de corazones se unen en una increíble armonía, en una canción, en la dicha.

32



Desde que soy capaz de confiar más y más en la existencia, todo va tan bien, con tanta suavidad, es todo tan bonito... Me llega todo lo que necesito, e incluso cuando algo va mal, acabo por ver el porqué. Me siento agradecido al ver que la existencia siempre me proporciona lo que me conviene. Me da mucha confianza. ¿Puedes hablar sobre esto, por favor?

Hay que comprender un poco más claramente el fenómeno de la confianza, y entonces podré extenderme sobre lo que me preguntas.

En primer lugar, la confianza ha de ser incondicional, no porque la naturaleza satisfaga todas tus necesidades, porque la existencia te preste ayuda, te apoye... ¿Y si no te apoya? ¿Y si pone obstáculos en tu camino? Entonces desaparecerá tu confianza. Esa confianza no es auténtica.

Y otra cosa que hay que recordar: la confianza en la existencia solo puede ser verdadera si confías en ti mismo, porque tú eres la experiencia más próxima de la existencia. Si no, cuando las cosas vayan bien, confiarás, y cuando no vayan bien, la confianza empezará a desaparecer.

Un día vino a verme un hombre y me dijo:

—Confío en Dios plenamente.

Repliqué:

—¿Cómo has encontrado la plena confianza en Dios? ¡Yo ni siquiera he encontrado a Dios todavía!

Dijo:

—Llevo casado siete años y no venían niños. Alguien me sugirió que era por

mi irreligiosidad, que confiara en Dios y tendría un hijo. Yo tenía mis recelos, pero pensé: «¿qué tiene de malo intentarlo?». Lo peor que puede pasar es que no llegue ningún hijo, y, al fin y al cabo, ya cuento con eso. Así que empecé a adorar al dios elefante Ganesha, cuyo templo estaba al lado de mi casa. Por raro que parezca, a los nueve meses mi esposa dio a luz un niño precioso. Confío en Dios plenamente, sobre todo en el dios elefante.

Le dije:

—Tengo entendido que eres profesor de ciencias.

Replicó:

—Pues sí.

Añadí:

—Hay que comprender algo muy sencillo: que ningún experimento científico se considera concluyente a menos que se hagan muchos experimentos y siempre se llegue a la misma conclusión, sin excepciones.

—Cierto —dijo.

—Entonces, empieza con otras cosas con tu dios elefante —le dije. Parecía un poco asustado—. No tengas miedo. ¡La plena confianza no conoce el miedo! Empieza a pedirle al dios elefante una niña. Ya tienes un niño; ahora te falta una niña.

—Mi esposa también está empeñada en tener una niña —dijo.

—¡Pues a intentarlo! Es solo cuestión de nueve meses, y después te daré otro experimento —le dije.

Pasaron nueve meses, diez, y como el hombre no aparecía, tuve que ir yo a su casa. Llamé a la puerta y pregunté:

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado con tu dios elefante?

El hombre contestó:

—Olvídate del dios ese. Fue una casualidad, porque llevo rezando sin parar diez meses, día y noche, y mi mujer ni siquiera está embarazada.

—¿Un solo fallo y ya ha desaparecido la confianza?

Cuando todo va estupendamente, puedes confiar, pero estás confiando en alguien, en Dios, en el único hijo engendrado por Dios, en algún mensajero de Dios, un profeta, un *tirthankara* o un Buda Gautama, da igual. Confías en alguien y las cosas pueden torcerse en cualquier momento. La confianza básica no debe depositarse en la existencia, sino que tiene que estar dentro de ti.

Deberías aprender a ser más consciente y estar más alerta para confiar en ti mismo. ¿Confías en ti mismo? Si confías en ti mismo, no puede ser por ninguna razón concreta. Tiene que ser una confianza incondicional. Y de esa confianza incondicional brotarán muchas ramas, y te convertirás en un árbol enorme de frondoso follaje.

Confiarás en el amor, confiarás en la verdad, en la divinidad, en la belleza; sencillamente confiarás porque tu corazón está lleno de confianza, sin siquiera una sombra de desconfianza. Incluso si quieres desconfiar, no podrás.

Solo cuando no puedes desconfiar, incluso si quieres hacerlo, has llegado al centro mismo de tu ser, de donde brota la confianza en la existencia, en la vida, en las personas, en los árboles.

Y eso no se debe a ninguna condición: ¡la vida es tal dicha, tal éxtasis! En cuanto la hayas probado en tu interior querrás probarla en el cosmos entero. Si es tan maravillosa dentro de ti, cuánto más lo será cuando confíes en todo. No depende de que se cumpla ninguna condición.

Dices: «Desde que soy capaz de confiar más y más en la existencia...». ¿Cómo consigues confiar más y más en la existencia? ¿En qué te basas? La existencia te da el nacimiento, que es doloroso; la existencia te da la vida, que no es sino sufrimiento; la existencia te da esperanzas que nunca se cumplen, la existencia te hace promesas y lo prometido nunca llega, y por último te hace viejo, y después un paso más —el paso adelante de Ronald Reagan— y se acabó.

¿Qué ha podido crear en ti más y más confianza en la existencia? Y recuerda que hay cosas que o tienes o no tienes; no puedes tenerlas más o menos.

El amor es otra dimensión de la confianza. ¿Te has parado a pensarlo? La gente dice: «Te quiero cada día más». Pero el amor no sabe de cantidades, no se

puede medir por más o menos, uno, dos o tres kilos. Menos mal que no dicen: «Te quiero dos kilos, y va aumentando. No te preocupes; ya verás como dentro de poco te quiero tres kilos».

No es una cantidad, no forma parte del mundo de las cantidades, no es materia que pueda medirse por más o por menos.

La confianza es la fragancia suprema del amor. No puedes decir: «Soy capaz de confiar más y más». Lo dices porque la existencia, quizá por pura coincidencia, te ha servido de gran apoyo, o quizá tengas mucha imaginación y sea lo que sea lo que te traiga la existencia, te pones a imaginar: «Eso es lo que siempre he querido».

En ninguno de los dos casos es confianza, y me gustaría que en primer lugar comprendieras que la confianza no es una cantidad, sino una cualidad. O la tienes totalmente o no la tienes en absoluto; o es cero o es al ciento por ciento. No puedes dividirla en trozos; es una e indivisible, orgánicamente una.

Pero comprendo por qué dices «más y más»: porque cada día ves que todo funciona muy bien. Pero no va todo tan bien en Etiopía. No va todo tan bien para los millones de pobres sobre la faz de la tierra. No va todo tan bien para los millones de enfermos en la lista de espera de la muerte.

¿Qué es lo que va tan bien? No encontrarás un mundo más demente que el que te rodea. Hay millones de personas detrás de las rejas de las cárceles; a ellos no les van bien las cosas. Y hay millones de personas que no pueden comer ni una sola vez al día; a ellos no les van bien las cosas. No seas tan egocéntrico como para decir que si a ti te van bien las cosas puedes confiar en la existencia.

¿Y el resto del mundo? ¿Cuántas personas se suicidan? ¿Cuántas personas se matan entre sí? ¿Cuántas personas están locas? A ellos no les van bien las cosas. Si ese es tu criterio para la confianza, pronto desaparecerá. Un pequeño accidente, un choque con el coche, y las cosas dejan de ir bien.

Está aquí presente uno de mis antiguos *sannyasins*, un hombre que está muy cerca de la iluminación, que cualquier día estallará de luz. Fue quien me invitó a Puna hace veinticinco años. En esos veinticinco años han pasado muchas cosas,

pero él ha mantenido la firme determinación de profundizar en la meditación. Un hombre así puede decir que confía en sí mismo, porque cada momento y cada día se aproxima más a la luz que han buscado tantas personas en el mundo.

Gracias a su experiencia interior, a la dicha, la paz y el silencio, puede extender sus alas hacia la existencia, hacia la gente, y encontrar la confianza. Pero no será más y más; llegará por sí mismo el día que traspase la pequeña distancia que quede.

A veces, cuando la caravana llega a su destino tras atravesar kilómetros y kilómetros de desierto y arena, todos cansados y harapientos, pero con la esperanza de llegar a la meta.... Y justo cuando se acercan, todos quieren descansar un poco. Ahora que ya han llegado, no hay prisas; de repente se sienten cansados porque ya no los mantiene la esperanza. Han llegado al destino, y antes de dar los últimos pasos para entrar en el templo, se sientan a las puertas, agotados.

Eso le ocurre a todo viajero del mundo interior. Esos pocos pasos cuando ya has llegado parecen los más largos, pero al relajarte y ver la luz que irradia el templo, al oír la música celestial, al oír la danza en el interior, no puedes quedarte fuera mucho tiempo; te levantarás y entrarás en el templo.

En el momento en que alguien entra en el templo de su propio ser sabe que no hay muerte, sabe que no hay enfermedades, sabe que no hay problemas. Entonces brota la confianza, y la confianza en el maestro que ha ayudado por la sencilla razón de que ha amado, y amado en abundancia. Entonces brota el amor por cuantos han ayudado, amigos y enemigos, y brota una confianza hacia la existencia entera, porque es la existencia entera la que te ha llevado por distintos caminos a la cima más elevada de la consciencia. No hay sino gratitud.

Dices: «Todo va tan bien, con tanta suavidad, es todo tan bonito...». Está muy bien, pero no te fíes de eso. Lo que hoy es tan bonito mañana puede ser feo, y lo que hoy es suave mañana puede ser áspero, y lo que es tan suave puede convertirse en el mayor obstáculo. Nunca se sabe qué ocurrirá mañana.

En lugar de centrar la mirada en la confianza en la existencia, encuentra en

primer lugar tu centro, porque es la única garantía de que la confianza en la existencia será incondicional; pase lo que pase, no se producirán cambios en tu confianza.

Dices: «Me llega todo lo que necesito, y cuando algo va mal, acabo por ver el porqué. Me siento agradecido al ver que la existencia siempre me proporciona lo que me conviene. Me da mucha confianza. ¿Podrías hablar sobre eso, por favor?».

Estás viviendo en una ilusión. No hablas de la confianza en ti mismo, y quien no la ha experimentado en sí mismo solo puede imaginársela. Tienes una imaginación prodigiosa: si las cosas van bien, cualquiera, por estúpido que sea, tendrá confianza. Cuando las cosas van mal, tu confianza se tambalea un poquito, pero esperas... quizá al final lo que parecía ir mal no iba tan mal como creías. Después vuelve la confianza, más profunda, pero esa confianza no va a transformar tu ser, porque es un confianza secundaria, no primaria.

Haces castillos de arena. Cuando todo va bien, el castillo se yergue y tú confías en la existencia, en que nada va a alterar la situación... ¡Pero nunca se sabe! Sopla el viento y el castillo puede venirse abajo, o llega un niño juguetón, salta encima del castillo y lo destroza. Hay miles de posibilidades de que el castillo se desmorone. Quizá te consuele pensar: «Algo tiene que tener de bueno que el castillo se haya desmoronado. A lo mejor es el momento de volver a casa. Tengo hambre... Por eso la existencia ha destruido el castillo. Vuelve a casa a comer algo. La existencia se cuida de todo...».

En ese sentido tu confianza no es digna de confianza. Puede proporcionarte algunos momentos bonitos, pero son como un sueño.

Me gustaría que tuvieras una confianza tan firme que, cambiara lo que cambiase, siguieras manteniéndola. Pero el comienzo tiene que venir desde el interior. Desde el interior puedes llegar al exterior, pero no ocurre lo mismo al revés.

Buena cosa es que pienses en la confianza. Es bueno que la confianza.... que la idea rodee tu mente y su atmósfera. No te ofendas si te digo que ha llegado el

momento en el que deberías darle un giro a tu confianza, volver la flecha hacia ti. ¿Confías en ti mismo? Y tú eres lo más próximo a la existencia; la existencia te penetra hasta tu ser mismo.

Deberías empezar desde el principio, no por la mitad o por el final. Y estás empezando casi por el final. Así no se puede progresar, porque te puedes perder la mitad. Empieza por el principio y deja que todo progrese de una forma espontánea. Crecerá, progresará. Tu ser posee un enorme potencial de crecimiento. Empieza por el ser.

Todas las religiones del mundo intentan apartar al hombre de sí mismo. Dicen: «Cree en Dios, confía en Dios, reza a Dios, porque él se encargará de todo». Y sabemos que nadie se ha encargado de este mundo, desde hace milenios. Si Dios hubiera estado al tanto, no habrían existido ni los Gengis Jan ni los Tamerlán ni los Nadir Sha ni los Hitler ni los Stalin ni los Ronald Reagan... ¿para qué? Si alguien se hubiera encargado de la existencia no habría habido ni Hiroshima ni Nagasaki. En el transcurso de tres mil años los seres humanos han librado cinco mil guerras; salta a la vista que nadie se está encargando de nada.

Las enfermedades siguen multiplicándose. Cuando yo era pequeño, la tuberculosis era la enfermedad más extendida, mientras que ahora es como un resfriado normal y corriente. Nadie se preocupa demasiado por una tuberculosis; hay medicinas para la curarla. Pero esas medicinas no las ha proporcionado ningún dios, sino que las ha inventado la ciencia, son obra de los seres humanos.

Después apareció el cáncer, y luego una enfermedad terrible, el sida. En la actualidad hay unos diez millones de personas en el mundo que padecen sida, y esa no es la estadística de todo el mundo, sino solo de los países occidentales.

Para dar una visión general, si también existieran estadísticas en los países de Oriente, donde la homosexualidad existe desde hace mucho más tiempo que en Occidente, podría haber al menos veinte millones de personas infectadas de sida. ¿Se ocupa de ellos la existencia? ¿Se ocupa de ellos Dios?

Así que no pienses que tu vida va estupendamente. Puedes confiar en la existencia... Yo no me opongo a esa confianza, pero debería echar raíces en tu ser y después extender sus ramas. Quizá entonces percibirás que la existencia se encarga de todo.

Incluso con un desastre como la enfermedad del sida, la existencia quizá se ocupe de que el ser humano tome conciencia de que no debería permitirse ninguna perversión sexual. La existencia dice a todas las religiones: «Vosotras sois las responsables de la homosexualidad. La homosexualidad nació en los monasterios, con los monjes y las monjas, porque hombres y mujeres estaban separados. Era antinatural».

Quizá percibas que la existencia no está en contra, que simplemente está intentando limpiar toda la porquería que se ha acumulado en la mente humana, en los seres humanos. Pero para tener esa percepción tienes que confiar en ti mismo. ¿Y cómo encontrar esa confianza? No es una cuestión de fe, no es un sermón cristiano de cualquier misionero estúpido que no sabe nada de religión pero se ha empollado unas cuantas frases bonitas de la Biblia y te cuenta cosas que son las responsables de todos los problemas del mundo.

Han muerto más personas a causa de las guerras religiosas que de las guerras políticas. Ha habido tantas guerras en nombre de Dios, ha habido tantas cruzadas, tantas *yihads*, tantas guerras santas en nombre de la religión que no te puedes creer que esa gente vaya a mejorar a la humanidad, a hacer un mundo mejor.

Si tienes la percepción que surge de la confianza en tu interior, no es una cuestión de fe. Los misioneros cristianos y todos los demás misioneros solo promueven la fe. La fe es una falsa confianza; nadie puede infundirte la verdadera confianza.

Tendrás que profundizar en tu ser con la meditación para encontrar las aguas puras de la confianza. Es una obra que tendrás que realizar tú solo. Va a ser tu propia creación de exploración, tu propia aventura. Desde luego, los Buda pueden mostrarte el camino, pero no pueden ayudarte de ninguna otra manera.

Yo puedo hablarte sobre la meditación, pero no puedo meditar por ti, y como no sea con la meditación, no serás capaz de encontrar la confianza en ti mismo. Y el día que encuentres la confianza en ti mismo será el día más grande de tu vida eterna. Cambiará la visión, la percepción de la existencia y de los demás. La confianza crecerá y se extenderá a tu alrededor. Solo entonces tendrás una confianza incondicional en la existencia.

Estás buscando a tientas lo que tienes que buscar, pero vas en la dirección errónea. Cambia de dirección: tantea en tu interior. Si tu deseo y tu sed son lo suficientemente fuertes, no hay razón alguna por la que no puedas encontrarlo. Está ahí, dentro de tu ser, no demasiado lejos.

No tienes que escalar el Everest; solo tienes que asentarte en tu propio centro, con determinación, sin distracciones, en paz y silencio absolutos, y la confianza brotará en ti sin que tengas que hacer esfuerzos. Solamente esa confianza es digna de confianza. Entonces ni los cambios en el mundo ni los cambios de la gente harán mella en tu confianza; si no, con cualquier cosilla desaparecerá tu supuesta fe, tu supuesta confianza.

Recuerdo un día que vino a verme el fiscal general de Madhya Pradesh, muy preocupado:

—Tiene que venir inmediatamente. Mi padre ha tenido un ataque al corazón y a usted lo quiere muchísimo.

Su padre era un personaje conocido en toda la India, Dada Dharmadhikari, una persona muy inteligente que había mantenido un contacto muy estrecho con J. Krishnamurti durante casi cuarenta años.

Siempre que iba a ver a su hijo, venía a verme a mí, y yo le decía:

—Toda esa palabrería de Krishnamurti es puramente intelectual. No te servirá de nada en el momento que la necesites.

Él replicaba:

—No. En el transcurso de cuarenta años me ha llegado hasta lo más

profundo, hasta los mismos huesos. Y eso no puede cambiarlo nada.

Fui a su casa. Habían preparado una habitación a oscuras para que descansara. Entré sin hacer ruido porque oí a alguien decir: «*Hare Krishna, Hare Rama*».

Pensé que Dada Dharmadhikari no podía pronunciar esas palabras, pero no había nadie más. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad de la habitación, me acerqué a él, sin hacer ruido, y le oí susurrar: «*Hare Krishna, Hare Rama*».

Le dije:

—¿Qué haces, Dada? Esto es completamente contrario a lo que dice Krishnamurti. ¿Te has metido de repente en la historia de los harekrishnas? Ayer eras totalmente krishnamurtiano.

Me contestó:

—No me vengas ahora con monsergas. Sé que Dios no existe y que lo del «*Hare Krishna, Hare Rama*» es una estupidez, pero por si acaso... ¿Y si resulta que Dios existe? Al fin y al cabo, ¿qué puede pasar? Lo único que hago es repetir el mantra que me dio mi gurú cuando era pequeño. Me dijo: «Ante cualquier dificultad, repítelo, y recibirás ayuda». Me estoy muriendo, y no es momento para discusiones.

Yo le dije:

—Precisamente este es el momento de discutir, porque llevo casi veinte años diciéndote que esa palabrería de Krishnamurti es puramente intelectual, y que desaparecerá en el momento en que lo necesites. Y ahora ha llegado el momento. Di conmigo: ¡No existe ningún dios!

Replicó:

—No puedo decirlo precisamente ahora. Es demasiado arriesgado. Mira, déjame en paz, porque me quedan muy pocos minutos, o igual ni unos minutos. Deja que repita el mantra. Si existe, le diré: «He repetido el mantra. Perdona mi estupidez por decirle a la gente que Dios no existe y esas cosas». Si no existe, no hay problema, pero no puedo arriesgarme.

Pero no murió; fue solo el primer ataque. La mayoría de las personas mueren cuando sufren el tercer infarto. Sobrevivió, y fui a verlo al cabo de cuatro o cinco días. Estaba sentado en el jardín, al sol. Le pregunté:

—¿Qué pasa con «*Hare Krishna*, *Hare Rama*»?

Me respondió:

—Todo eso son tonterías.

—¿Se te ha olvidado? —le pregunté.

—No, no se me ha olvidado —respondió—. Pero en momentos de debilidad, de indefensión, buscas ayuda en el más allá.

—Entonces, todos tus argumentos intelectuales y filosóficos son superficiales. Si no pueden ayudarte cuando estás indefenso, no sirven para nada —le dije.

Puedes confiar en la existencia como esfuerzo intelectual y seguir tranquilamente con ese esfuerzo intelectual, pero en los momentos de indefensión empezarás a olvidarte de ello y volverás a la realidad que has estado ocultando. No me gustaría meteros en el lío que ha metido Krishnamurti a millones de personas. He conocido a muchas, y su intelecto está lleno de las respuestas que repitió Krishnamurti durante casi setenta años.

Krishnamurti vivió muchos años, noventa, y empezó a hablar cuando tenía veinte. Creo que ningún otro hombre ha condicionado la mente de las personas durante setenta años... y eso que estaba en contra de condicionar la mente de la gente. La condicionó enormemente, y era un gran intelectual, un gran racionalista. Sabía convencer a la gente fácilmente, y lo hacía, pero la convicción se desvanecía de inmediato cuando una persona estaba moribunda. Dada Dharmadhikari era uno de sus mejores amigos.

No empieces jamás por lo secundario; recuerda siempre una regla fundamental, que consiste en empezar por lo primario. Y la realidad y la existencia primarias eres tú.

En tu interior está oculto el *stayam, shivam, sundram*, la verdad, la divinidad y su absoluta belleza. Esa es la semilla. Cuídalo y muy pronto brotará un enorme árbol dentro de ti que extenderá sus ramas en todas direcciones, con millones de flores. Pero el comienzo eres tú, y a menos que empieces desde el interior de tu ser, siempre tendrás una salida en falso.

33



Me parece que el sexo me está abandonando. ¿Será la música lo próximo que me deje?

El sexo está abandonando a tantas personas que el problema no es que te esté abandonando a ti también, sino que muchas otras puedan ir a por él. Está bien abandonarlo, pero intenta no ir a por él.

Puedo comprender lo que te preocupa. Me preguntas: «Me parece que el sexo me está abandonando. ¿Será la música lo próximo que me deje?».

La música no es algo biológico, no depende de la química ni de la fisiología. La música ni siquiera depende de la mente.

La música es... un espacio entre la mente y la meditación, uno de los fenómenos más misteriosos que existen. Concebirla en términos intelectuales resulta casi imposible, por la sencilla razón de que traspasa la mente pero no es todavía meditación.

La música puede convertirse en meditación o rebajarse y convertirse en mente: tiene ambas posibilidades. En ese caso, serás técnico, pero no músico. Puedes tocar perfectamente los instrumentos musicales, sin fallos, pero seguirás siendo un simple técnico. Conoces la técnica a la perfección, pero no es tu corazón ni tu ser; solo tu conocimiento.

La música puede elevarse y alejarse de la mente, y entonces empieza a aproximarse a la paz y el silencio. Se es músico cuando se comprende el sonido del silencio, y cuando se comprende el sonido del silencio se es capaz de crear sonidos sinónimos del silencio. Es verdaderamente milagroso. Entonces el

músico alcanza el pleno florecimiento. Más allá de esa música comienza el mundo de la meditación.

Al menos en Oriente, las fuentes más antiguas aseguran que la música nació de la meditación. Las personas que profundizaron en la meditación disfrutaron de su silencio, amaron esa paz que parece insondable. Querían transmitir que eres mucho más de lo que crees ser, mucho más grande de lo que crees, tan grande como el universo entero... pero ¿cómo decirlo? Las palabras son conceptos filosóficos muy pobres, casi mendigos. Los antiguos meditadores intentaron encontrar un modo de transmitir su paz, su silencio, su gozo, y ellos fueron quienes descubrieron la música. La música es una consecuencia de la meditación.

Pero se pueden seguir los dos caminos: o, partiendo de la meditación, convertir la música en expresión, en expresión creativa de la experiencia, o ir de la música a la meditación, porque la música te acerca cada vez más a la meditación a medida que la música se convierte en un inmenso silencio, cuando los sonidos se funden con el silencio, cuando los sonidos crean unos silencios profundos, que jamás habías conocido. Entonces te aproximarás a los límites de la meditación.

No te preocupes por la música. La música no pertenece a la misma categoría que el sexo, aunque en Occidente la música moderna ha caído tan bajo que se aproxima mucho a la categoría del sexo. Solo en Occidente se aprecia esa clase de música, que despierta la sexualidad. El sexo es el punto más bajo de la energía vital, y si se utiliza la música para despertar la sexualidad, es natural que pase a la misma categoría.

La supraconsciencia es el punto más elevado de la energía vital. Cuando la música alcanza la supraconsciencia, abre en ti territorios inexplorados, cielos desconocidos. Puede transformarse en la puerta hacia lo divino. Igual que puede transformarse en la puerta hacia el nivel más bajo de lo animal, en el nivel más elevado puede ser la puerta hacia lo divino.

El ser humano representa solamente un puente, un puente entre lo animal y

lo divino. No debes construir tu casa en el puente (los puentes no están destinados a la construcción de casas), sino pasar por él, de una orilla a otra.

El miedo que sientes a que la música sea lo siguiente que te deje procede de tu condicionamiento occidental, porque en Occidente solo se valora la música de contenido sexual. Occidente se ha olvidado por completo de sus grandes músicos, que casi alcanzaron la supraconsciencia. Pero ni siquiera los más grandes músicos occidentales pudieron traspasar su energía vital, no pudieron alcanzar las energías cósmicas.

Esto me trae a la memoria dos historias, ambas reales. La primera es sobre un hombre que quería que el emperador de China lo proclamase el mejor arquero del imperio. Desde luego que era el mejor, y el emperador envió un mensaje por todo el imperio: que si había alguien que se considerase digno competidor debía presentarse en la capital en una fecha determinada. Si no acudía nadie, aquel hombre sería proclamado el mejor arquero del imperio.

El padre del emperador había muerto cuando su hijo era apenas un niño. Antes de morir, el padre entregó el niño a su criado más fiel y le dijo:

—Cuida de él. Queda bajo tu responsabilidad que el imperio no caiga en manos de alguien que piense que solo ha quedado un niño. En cuanto sea mayor de edad, ordena que lo proclamen emperador.

El criado cumplió sus funciones con tal prudencia e inteligencia que durante casi quince años mantuvo el imperio para que lo heredase el niño. En realidad, no era solo un criado, sino que ejerció casi de padrastro, y el emperador le profesaba gran respeto. El anciano le dijo al joven emperador:

—Ese hombre tiene una gran técnica en el tiro con arco, porque lo he visto actuar, pero en realidad no sabe lo que es el verdadero tiro con arco. Es buen técnico y jamás falla un disparo.

El emperador replicó:

—Si nunca falla un disparo, si su técnica es perfecta, ¿por qué dices que no es un gran arquero?

El anciano contestó:

—Yo conozco a otro arquero y puedo comparar. Tú no lo conoces... En las montañas vive un anciano, más viejo que yo. Nadie sabe qué edad tiene, y él no se ha molestado nunca en contar sus años, pero seguro que tiene más de cien. Yo he visto cómo puede ser el tiro con arco en su máxima expresión, y me gustaría sugerirle a ese joven arquero que fuera a las montañas. Le daré una carta de presentación. Cuando pase unos días con ese anciano, dejará de creer que es el mejor arquero.

El arquero no se lo podía creer. Dijo:

—¿Quién puede ser mejor que yo? ¿Quién puede superar mi maestría?

Pero el emperador dijo:

—Tienes que hacer lo que dice el anciano. Ve a las montañas con esta carta, pasa unos días con el viejo arquero y observa la diferencia entre el técnico y el auténtico maestro.

El joven arquero empezó a interesarse, aunque intelectualmente no podía comprender que hubiera alguien mejor que él. Pero no tenía ni idea...

Tardó muchos días en encontrar al anciano, que vivía en una montaña muy alta. Era muy viejo, iba encorvado y no podía andar erguido. El arquero no vio rastro de arcos ni flechas en la pequeña cueva del anciano. Le preguntó:

—¿Seguro que eres tú a quien he venido a buscar?

El anciano respondió:

—Estoy completamente seguro, porque en estas montañas no vive nadie más. Según esta carta, te consideras un gran arquero. Si eres tan bueno, ¿por qué llevas arco y flechas? Eso está bien para los principiantes, para los aprendices, pero no para los maestros.

El arquero replicó:

—¿Qué clase de arquero sería sin arco y sin flechas?

El anciano salió y llevó al joven a un precipicio que se asomaba a un valle, un precipicio de cientos de metros de profundidad. Aunque iba encorvado (no podía ponerse derecho), llegó al borde del precipicio sin tambalearse. De puntillas sobre el borde del precipicio, llamó al arquero:

—¡Ven!

El arquero exclamó:

—¡Dios mío! Como sople un poquito de viento te caerás, un pequeño error y adiós, adiós para siempre. Te harás pedazos. El precipicio es enorme, peligroso...

El anciano estaba allí tranquilo, como en su casa.

El arquero lo intentó, pero solo pudo avanzar unos pasos y se puso a temblar de tal manera que tuvo que sentarse. No solo eso; se tumbó sobre la roca, aferrándose a ella y gritando «¡Ayúdame!» cuando el anciano ya iba casi dos metros por delante de él. El anciano dijo:

—Pero ¿qué clase de arquero eres? Si un arquero no puede estar en este pequeño precipicio sin echarse a temblar, no se puede decir que sea arquero. Si te tiemblan las manos... a lo mejor la gente no lo sabe, pero a un maestro no se le engaña. Practica unos cuantos días en este precipicio, llegando hasta el borde sin miedo, sin nerviosismo.

El arquero replicó:

—Pero si incluso intentarlo es peligroso, si incluso me mataría con solo ensayarlo. ¿No hay otra forma de aprender a tirar con arco?

El anciano contestó:

—La otra forma es... —y levantó la cabeza. Había siete grullas sobrevolando el precipicio; las miró una a una y todas cayeron al suelo, siete grullas sin haber disparado una sola flecha—. A menos que tus ojos sean como flechas, no serás un maestro. Así que vuelve a casa y aprende a ser maestro. Si sigo viviendo, iré a verte cuando piense que estás listo. Y si yo no estoy vivo, irá mi hijo. Lo enviaré con todas las instrucciones necesarias. Si te da su aprobación, el emperador podrá declararte el mejor arquero del imperio.

El joven volvió a casa tembloroso, e incluso cuando llegó seguía temblando. No se le había ocurrido pensar que un hombre pudiera matar un pájaro simplemente mirándolo. No se le había ocurrido que los ojos pudieran funcionar como flechas, que solo la idea fuera suficiente. Se necesita el apoyo de un

corazón firme, intrépido, para que la idea de derribar algo sea suficiente para derribarlo.

Empezó a practicar. Pasaron veinte años, y un día se presentó un joven. El arquero se había olvidado por completo del asunto. El joven le preguntó:

—No veo el arco y las flechas que llevabas cuando fuiste a ver a mi padre. Ha muerto, pero me ha dejado instrucciones. La primera pregunta es: ¿dónde están tu arco y tus flechas?

El hombre guardó silencio unos momentos y después respondió:

—Ya he oído esas palabras. Sí, lo recuerdo. Quizá en una época tuve arco y flechas, pero cuando vi a tu padre, comprendí el antiguo proverbio chino: «Cuando un arquero alcanza la perfección, deja el arco y las flechas». Cuando un músico alcanza la perfección, se olvida de los instrumentos musicales. Él mismo es música, su ser mismo es música. No he aprendido nada más... pero tu padre me lo enseñó todo de una forma muy extraña.

Salió con el joven, miró un pájaro y el pájaro cayó al suelo. El joven dijo:

—Ya puedes ir con esta carta que dejó mi padre a ver al emperador.

El arquero dijo:

—¿A quién le importa a estas alturas que el emperador me proclame maestro del tiro al arco? ¿Quién puede declarar semejante cosa? ¿Quién tiene autoridad para ponerme a prueba? Si tu padre viviera... Quizá él tuviera esa autoridad, pero nadie más. No tiene nada que ver con el emperador, no tiene nada que ver con el imperio.

»Pero tú eres el hijo de mi maestro. Aunque me enseñó muy poco, ese poco ha llegado a ser una enorme maestría dentro de mí. Tu anciano padre ya no vive, y por eso me postro a tus pies, porque eres de su misma sangre. Llévate estas rosas de mi jardín para ponerlas en la tumba de tu padre. Aunque no podrá oírlo, dile que sus enseñanzas no han caído en saco roto. Soy un verdadero maestro y no tengo el menor deseo de que me proclamen campeón del imperio. Se ha desvanecido todo deseo en mí, ha desaparecido. Me siento tan satisfecho y

completo que no puedo imaginar que mi ser pueda adquirir nada más. Y todo se lo debo a tu anciano padre.

Cuando la música llega a la perfección no te abandona; tú te conviertes en la música misma. Todos tus gestos, tus ojos, tus manos, tus pies, tu ser entero empiezan a vibrar con la música que está en sintonía con la música del universo. No te preocupes por eso.

La niebla londinense envolvía las orillas del río Támesis, y un joven vagabundo se dispuso a pasar la noche en el malecón. De repente lo despertó un ruido: una mujer guapísima que descendía de un Rolls Royce.

—¡Ay, pobrecillo! —exclamó—. Debe de estar muerto de frío. Vamos a mi casa, y se puede quedar allí esta noche.

Naturalmente, el vagabundo se subió al coche y se sentó al lado de la mujer. Al cabo de poco rato llegaron a una gran mansión. Abrió la puerta un mayordomo, y la mujer le ordenó que le diera de comer al vagabundo, que le preparase un baño caliente y una cama en las habitaciones del servicio.

Poco después, la señora fue silenciosamente a la zona de servicio, vestida solamente con un salto de cama. Llamó a la puerta de la habitación, entró, y, al ver que estaba la luz encendida, le preguntó al joven vagabundo por qué no estaba durmiendo.

—¿Seguro que no tiene hambre? —le preguntó toda inocente.

—No. Su mayordomo me ha servido una cena principesca —contestó el vagabundo.

—¿A lo mejor no le parece cómoda la cama? —insistió la mujer.

—Es estupenda, muy blanda —contestó el vagabundo.

—A lo mejor es que necesita un poco de compañía. A ver, hágame sitio —dijo la mujer.

El joven estaba encantado. Hizo un poco de sitio y cayó al río Támesis.

De modo que no te preocupes. Todos los sueños se desvanecen, y lo real se mantiene.

34



Cada vez me ocurre con más frecuencia que estoy solo y empiezo a disfrutar de ese espacio en silencio. Pero tengo miedo de que así empezaré a perder el contacto con los demás y me convertiré en alguien ajeno a todo. Siento algo que me empuja hacia ti, pero ya no existen ni el deseo ni la pasión para enamorarme de nadie. ¿Puedes decirme qué ocurre, por favor? ¿Hago bien o voy por mal camino?

La pregunta que formulas da pie a otros asuntos que os resultarán útiles a todos. Dices: «Cada vez me ocurre con más frecuencia que estoy solo y empiezo a disfrutar de ese espacio de silencio. Pero tengo miedo de que así empezaré a perder el contacto con los demás y me convertiré en alguien ajeno a todo».

Ser un *sannyasin* es ser un extraño; ser un *sannyasin* significa ser ajeno a todo. Dejas de pertenecer a la masa, porque has elegido el camino del león, estar solo, en lugar del camino de la oveja, estar siempre en el rebaño. Ahora que te ocurre a ti, que empiezas a amar tu soledad, también brota el miedo a convertirte en un extraño, en perder el contacto con los demás.

¿Te has parado a pensar qué has ganado con el contacto con los demás? ¿Cuál es el resultado de haber estado entre la gente, salvo el sufrimiento, la angustia, la desesperación? ¿Qué te ha aportado toda esa gente? Sí, te ha aportado avaricia, violencia, te ha aportado ambiciones, todo cosas horribles. Te ha aportado el odio a ti mismo, un constante deseo por el futuro... pero eso es una estrategia para apartarte del presente.

Y recuerda que tu afán por el futuro nunca se satisfará. Toda satisfacción se

da en el presente. Y cualquier persona que haya intentado cualquier cosa que merezca la pena es la clase de persona que tiene el valor de aceptar que es un extraño.

Por supuesto que hay cierto temor al principio, porque cuanto más extraño te haces, más te critican; cuanto más extraño eres, más notas que no tienes ningún tipo de apoyo. Siempre te habían prestado apoyo y te has olvidado de que puedes valerte por ti mismo, sin necesidad de apoyo. Es más: todos esos apoyos te han dejado tullido. Si a un niño se le da toda clase de apoyos, si se lo lleva de la mano desde el principio, jamás aprenderá a andar solo.

Ser un desconocido significa haber abandonado cuanto te ha dejado el pasado en herencia. Esa herencia no tiene nada bonito: está llena de sangre, guerras y odio. No puedes alegrarte de nada que te venga de esa herencia. Si te mantienes alerta (y tu soledad te pondrá muy alerta), comprenderás que has estado cargando sobre tus hombros una inmensa porquería que has heredado de las antiguas generaciones. No hay nada de valor en ella, porque lo que hay de valor tienes que descubrirlo tú mismo; nadie te lo va a dar.

Entre la masa está muy extendida la idea de que puedes obtener conocimientos de los demás, que el consejo de los demás puede servirte de algo, que puedes hacerte religioso creyendo en otros, que puedes llegar a ser espiritual si obedeces los mandamientos de Dios, pero siempre es a otros a los que tienes que respetar. Tú no vales nada; si hay algo de valor en tu vida, será por mediación de otros.

Es una idea que se ha extendido y que ha contaminado a todos. Por eso tienes miedo cuando empiezas a avanzar por un sendero y dejas la autopista.

Dicen, o lo decían antes, porque ya no tiene sentido, que todos los caminos llevan a Roma. Pero no todos los senderos, porque cada sendero marca su propio recorrido, su propio destino. Hasta los caminos se han rebelado, porque se han olvidado por completo de Roma. Raramente encontrarás un camino destrozado, hecho polvo, que te lleve al Vaticano.

Ese miedo es muy natural, pero tienes que olvidarlo. Demostrarías falta de

inteligencia si te dejaras llevar por ese miedo.

En segundo lugar, la experiencia demuestra que en la soledad de los espacios silenciosos de tu corazón sientes que estás perdiendo contacto con los demás. Fíjate en mí. ¿Conoces a una persona más ajena a todo y más extraña que yo? Desde luego que he perdido contacto con todos los imbéciles; ahora solo mantengo contacto con los sedientos, los que tienen entendimiento y los que desean evolucionar para alcanzar la espiritualidad. Esta comuna de amigos y compañeros de viaje tiene un significado completamente distinto al de estar en la masa.

La masa aplasta tu individualidad, destruye tu libertad, te humilla hasta tal extremo que empiezas a odiarte a ti mismo en lugar de a amarte. La sociedad está dominada por una psicología completamente errónea. Parece lógica pero no es psicológica, y la lógica es algo inventado por el hombre, mientras que la psicología no lo es.

La lógica que está oculta tras la humillación de todo individuo, hasta el extremo de que no pueda amarse a sí mismo, consiste en que si te amas a ti mismo, ¿cómo vas a amar a otros? Y la sociedad, la familia, la nación y la religión... a todos les interesa que ames a otros. Ama a tu esposa, ama a tus hijos, ama a tus padres, a tus profesores, a todo el mundo excepto a ti mismo. Es una lógica muy sencilla: si te amas a ti mismo, no te preocuparás demasiado por la esposa, el marido, los hijos, los padres o los sacerdotes.

Es el miedo que lleva milenios dominando a la humanidad, pero es un miedo absurdo, porque no ha conseguido lo que pretendía. Es un hecho psicológico muy sencillo que quien no puede amarse a sí mismo no puede amar a nadie. Pero eso no es una cuestión lógica, sino una verdad psicológica. Si no eres capaz de amarte a ti mismo, no podrás probar ni siquiera el amor ni lo que significa el amor.

Puedes fingir que amas a tus hijos, que amas a tu esposa, a tus padres... pero es puro fingimiento. Si hubiera tanta gente que amara en el mundo, ¿de dónde

saldrían las guerras? ¿De dónde sale tanta violencia, sin cesar? ¿De dónde sale tanto odio si todo el mundo ama tanto?

Tienes que amar a tus hijos, a tu esposa, a tu marido, a tus padres, a tus mayores, a los sacerdotes, a los vecinos... Algunos maestros, como Jesucristo, incluso predican que también hay que amar a los enemigos. ¿Sin amarte a ti mismo? Esa extraña lógica ha destruido las raíces mismas del amor.

Yo te digo: en primer lugar, ámate a ti mismo. Y si puedes amarte a ti mismo, los demás aceptarán tu amor con toda naturalidad, espontáneamente, sin pretensiones. La persona llena de amor no tarda en desbordarse. No puedes contener tu amor en un pequeño espacio interior; tu amor es mucho más grande que tú. Tu amor puede llenar la tierra entera. El amor de una sola persona puede llenar el universo entero, es tan enorme que puedes compartirlo con todos.

Pero si tu fuente está cerrada, lo único que te queda es fingir. Todo el mundo finge; por eso se habla tanto de amor, de poesía, de literatura. Y si miras a tu alrededor, no ves amor por ninguna parte, no lo encuentras.

Yo quisiera que el universo entero fuera puro amor y gozo, pero comprendo en qué ha fallado la humanidad, el falso camino que han seguido sus maestros, los mensajeros de Dios y los salvadores. Hicieron caso a la lógica olvidándose de que la lógica es obra del hombre, que no tiene nada que ver con la naturaleza. La naturaleza no tiene la obligación de satisfacer las conclusiones lógicas. Si puedes hacer oír tu naturaleza, será muy sencillo de comprender.

Ámate a ti mismo, para que todas las fuentes del amor se abran, para que desaparezcan todos los obstáculos. Y si eres capaz de amarte a ti mismo, con todas tus fragilidades, con todas tus debilidades, con todas tus equivocaciones, podrás amar a cualquiera. Tendrás una compasión y una comprensión enormes, porque tú también cometes los mismos errores, cometes las mismas faltas y tienes las mismas debilidades.

Quienes nunca se han amado a sí mismos nunca han entrado en contacto consigo mismos. Sí, pueden estar en contacto con otros, pero es una situación muy extraña: Si no estás en contacto contigo mismo, ¿cómo vas a estar en

contacto con otros? ¿Quién va a ponerse en contacto con los demás? ¿Quién eres tú?

Llega un momento en que no lo sabes. Sabes que mantienes contacto con un amigo, contacto con tus hijos, con tu madre... pero ¿quién eres tú? Y tu madre, tu amigo, tus hijos viven la misma situación: no saben quiénes son. Nadie sabe quién es, y todos están en contacto con todos los demás. ¿Acaso se puede concebir mayor locura que esta situación?

En cuanto seas un verdadero intruso, un auténtico desconocido, ya verás cómo empiezan a darse auténticos contactos, porque estarás en contacto con tu propio ser. Tendrás tal fuerza magnética que cuantos estén buscando, indagando, quienes anhelan que ocurra algo en su vida, quienes no quieren llevar una vida vacía y sin sentido, empezarán a ponerse en contacto contigo.

Ese contacto será de gran trascendencia. Os satisfaréis mutuamente sin destruiros. Amaréis, pero sin posesividad. Ayudaréis, pero no os esclavizaréis. Serviréis de apoyo, pero no para explotar; por amor, por amistad, por comprensión, ocurra lo que ocurra irá bien.

Por supuesto, no formarás parte del gran mundo de personas retrasadas cuya edad mental no sobrepasa los catorce años, lo suficiente para ser cartero, jefe de estación o presidente de gobierno, para cualquier banalidad. Yo no veo ninguna diferencia entre un jefe de estación y un presidente de gobierno: los dos son como moscas que pretenden ser importantes. No estarás en contacto con esas personas psicológicamente retrasadas, pero entrarás en contacto con seres humanos auténticos, verdaderos, inteligentes, amantes, que tienen conocimiento, que tienen compasión. Y como son capaces de amarse a sí mismos, también son capaces de amarte a ti.

Mi experiencia es muy distinta. En cuanto desapareció mi ceguera, en cuanto encontré mi propio ser, no daba crédito a cómo llegaba la gente a mí. No me había anunciado en la prensa, y de repente, mientras iba por la calle, alguien me paraba, un poco avergonzado de dirigirse a un desconocido y me decía: «Algo en

ti me impulsa a ser amigo tuyo». Yo me preguntaba: «¿Cuántos amigos puedo tener?».

Uno de esos amigos preparó una casa para que yo viviera en ella. Era bastante grande, pero al poco tiempo no paraban de llegar invitados, desde muy lejos. Le dije a ese amigo: «Hay que hacer algo, porque no tenemos sitio». Toda la vida había sufrido por la falta de espacio, y todavía me sigue ocurriendo. Algunos *sannyasins* siempre andan buscando sitio, porque vienen más personas o amenazan con venir.

Nunca me he sentido un extraño. Por el contrario, he conocido a personas que están en la misma onda, personas que están llenas de la misma música. Poco a poco empezaron a llegar personas de fuera de la India, y quizá sea este el único grupo con hermanos y hermanas de todos los países.

Sin embargo, no hay ni iglesia ni dogmas ni creencias. ¿Qué mantiene unidas a todas estas personas? Yo no prometo ni cielo ni paraíso, ni amenazo con el infierno, con que si no creéis en mí seréis arrojados a la oscuridad y el fuego eternos. Tampoco os asusto ni os animo a ansiar los placeres celestiales. Yo no prometo nada; es más: retiro las promesas que os hayan hecho otros.

¿Por qué se ha convertido esta pequeña comuna de amigos en una comuna internacional? No creo que sigas mucho tiempo siendo un extraño y un intruso si verdaderamente disfrutas de tu soledad y de la belleza que te colma cuando eres puro silencio y nada más, y cuando brotan las flores en esa primavera de soledad. Entonces encontrarás a esas personas que son como tú.

No tendrás que hacer demasiados esfuerzos para encontrarlas. Buscar es muy difícil, pero si te mantienes en tu silencio, tu silencio se oirá más fuerte que ningún ruido. Tu amor empezará a irradiar, a tender su red, a atraer a las personas sin que siquiera se den cuenta plenamente de adónde y por qué van. Solo se darán cuenta de que han llegado a un sitio y que han pasado a formar parte de esta gran caravana.

Lo que tú estás experimentando es una de las cosas más importantes que le pueden ocurrir a una persona.

Me dices: « Siento algo que me empuja hacia ti». Muchos sentirán lo mismo, y te transmitirán lo mismo que tú me has transmitido. Tienes que aprender de esto.

Yo no tengo nada que darte. No puedo ofrecerte un contacto directo con Dios, porque, que yo sepa, no hay ningún Dios, como tampoco hay cielo ni infierno. Así es como desmantelo todas las creencias que has heredado del pasado. Querría que vivieras sin creencias, sin promesas, sin futuro, sin pasado... simplemente disfrutando del momento en toda su intensidad.

Este es tu momento, al igual que es mi momento. Y si nos encontramos en el momento de júbilo, no creará ningún tipo de sometimiento. Si en el vivir pleno del presente encontramos un profundo amor, una profunda amistad, no nos encadenamos, no firmamos un contrato, porque este momento no tiene nada que ver con el siguiente. Este momento vivido en su totalidad y en toda su intensidad casi iguala a la eternidad. Es suficiente en sí mismo.

También dices: «Pero ya no existen ni el deseo ni la pasión para enamorarme de nadie». Resulta que cuando has probado algo de calidad superior, es normal que no te atraiga nada de calidad inferior. Si algo te atrae hacia mí... eso significa que no puedes seguir pensando en tus deseos y pasiones de antes, en tus antiguas historias de amor, que te parecían maravillosas. Ahora estás viviendo la mejor historia de amor.

Y esas historias te sucederán cada vez con más frecuencia. Vivirás en un plano de consciencia completamente distinto, y los planos inferiores pasarán a formar parte del pasado. Pero eso no significa que hayas perdido nada, sino que has ganado mucho, porque tienes la mejor historia de amor posible.

Estás preocupado; no sabes si haces bien o si vas por mal camino. Desde el punto de vista de la masa, vas mal, nunca irás bien, y desde luego que vas por mal camino. Ese sería el dictamen de la mayoría de la gente. Como te has apartado de la masa, de sus sagradas escrituras, de sus religiones, de sus ideologías, como ya no eres uno de ellos, es natural que piensen que no tienes razón, que nunca tendrás razón, y, en ese sentido, claro que vas por mal camino.

Pero desde mi punto de vista te has ido por un buen mal camino, porque nada mejor que perderte si con eso te alejas de la masa.

A un médico que trabajaba en un hospital psiquiátrico se le pinchó una rueda del coche en el aparcamiento y al desmontarla se le cayeron las tuercas a la alcantarilla. No sabía qué hacer, y de repente apareció un paciente y le dijo que quitara una tuerca de cada una de las demás ruedas para poder llegar hasta el garaje.

El médico se quedó admirado y dijo:

—Muy bien pensado, joven. ¿Por qué está usted aquí?

El chico contestó:

—Estoy loco, pero no soy imbécil.

La locura está muy bien para el sitio en el que estamos, pero no la estupidez. Este sitio acoge a toda clase de locos, porque son la flor y nata de la humanidad, pero no a los que les falta un tornillo, ni a los imbéciles. No cabe duda de que te has descarriado, que te has alejado de la masa, pero aquí has encontrado a los tuyos.

Yo no pienso ni un solo momento que pueda haber un mundo más allá de vosotros. Vosotros sois mi mundo.

He olvidado por completo lo que ocurre en el mundo, si sigue existiendo o no, si ha acabado la tercera guerra mundial o aún no ha empezado. No me preocupa lo más mínimo; solo me interesan las personas con quienes me siento en sincronía, con quienes mi corazón late al unísono.

Y cuando tu corazón empiece a latir al unísono con las maravillosas personas que hay aquí, no te sentirás solo. Por supuesto, estarás solo, pero nunca te sentirás solo. Seguirás siendo un extraño para el mundo, pero yo he reunido a muchos extraños, y aquí no serás un extraño.

Aquí todos son extraños, todos son intrusos. Entre los míos, nadie te condenará, nadie dirá que no eres digno de respeto. Te amarán y te respetarán como eres, no como deberías ser. Hemos dejado a un lado los «deberías»; vivimos en lo existencial y lo real. No decimos: «Primero deberías ajustarte a mi ideal y después te amaría».

Un día, cuando era pequeño, me dijo mi padre:

—Si no sigues la religión de nuestra familia, que nuestros antepasados siguieron durante centenares de años, no tendrás mi amor.

Yo repliqué:

—Si pones una condición, entonces amas a tus antepasados, amas tu religión, tus ideales, tu moralidad... pero no me amas a mí. Si tu amor no es incondicional, no es amor. No voy a aceptarlo. Y no creas que eres solamente tú el que está en situación de amarme; yo también formo parte de ello. Puedo rechazarlo. Si veo incluso una mínima condición oculta, seré el último en aceptarlo. Puedo vivir sin tu amor, pero no aceptaré un amor con condiciones. Eso no es amor.

Mi padre debió de pasarse el día entero pensando. Por la noche, cuando iba a acostarme, me dijo:

—Lo siento. Comprendo lo que dices. Quizá quería imponerte mis ideales en nombre del amor.

¿Cómo puede el amor imponerle ideales a nadie? El amor te acepta como eres, no tienes por qué ser de otra manera. Yo digo que un lugar es santo cuando el amor en él es incondicional, cuando se comparte sin pedir nada a cambio, ni siquiera de una forma sutil.

Así que no te preocupes. Quizá estés un poco loco; es perfectamente aceptable, digno de amor, porque quien no está un poco loco es demasiado soso, sin savia.

No se puede esperar nada inesperado de una persona que no está un poco loca, que no tiene color ni savia. Es como el típico hombre de negocios, no un poeta, un pintor, un cantante, un músico, un meditador. Todo eso les está vedado

a las personas supuestamente cuerdas, sobrias y respetables de la sociedad. Esas personas no han aportado nada que haga del mundo un lugar más hermoso. Solo quienes eran tachados de locos por sus contemporáneos eran los creativos, los que aportaban algo. Toda la evolución depende de ellos.

Pensad en el primer mono que saltó de un árbol y se convirtió en hombre. ¿Qué creéis que pensarían de él los demás monos? «Fijaos en ese loco... ¿Qué clase de mono se ha creído que es, poniéndose a dos patas en el suelo? Es un extraño, un intruso...»

Debieron de reírse mucho de que aquel tipo se hubiera vuelto loco, y hablar de ello durante siglos, una generación de monos tras otra. Quizá todavía sigan hablando del asunto, de que un mono loco diera origen a cinco mil millones de monos locos en la tierra.

Las personas como Buda Gautama, Sócrates, Pitágoras o Jesucristo son extraños e intrusos para sus contemporáneos. Se las considera raras, estrafalarias. Y como es la masa, la mayoría, la que escribe los libros de historia, no hablan de quienes realmente han aportado algo. Solo hablan de las personas destructivas.

La historia está llena de Hitlers, Mussolinis y Stalins. Raramente, en las notas a pie de página, se encuentra algo sobre Pitágoras, Heráclito, Plotino, Kabir... y quizá ni siquiera en las notas a pie de página. Y son estas personas las que han vivido, han amado y han creado cuanta humanidad, cuanta consciencia es posible en un solo individuo.

Alégrate de ser un extraño; alégrate de ser un intruso. Ese es el camino hacia el *satyam, shivam, sundram.* Ese es el camino que te llevará a la verdad, a lo divino, al esplendor y la belleza increíbles que los acompañan.

35



¿Por qué me da miedo aceptarme como soy?

Todo el mundo está en la misma situación. A todo el mundo le da miedo aceptarse como es. Así influye y condiciona el pasado de la humanidad a todo niño, a todo ser humano.

La estrategia es sencilla pero muy peligrosa. Esa estrategia consiste en condenarte e inculcarte ideales para que siempre intentes ser otro. El cristiano intenta ser Jesucristo, el budista intenta ser Buda, y parece una estratagema tan hábil para distraerte de ti mismo que quizá las personas que lo han hecho ni siquiera sean conscientes de ello.

Lo que dijo Jesucristo en la cruz, las últimas palabras que dirigió a la humanidad, es tremendamente significativo en muchos sentidos, y sobre todo en este contexto. Le rogó a Dios: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen».

Eso puede aplicarse a todo padre y a toda madre, a todos los profesores, todos los sacerdotes y todos los moralistas, quienes dominan la cultura, la sociedad, la civilización, quienes intentan moldear a todos de cierta manera. Quizá tampoco ellos sepan lo que hacen, quizá también piensen que todo lo hacen por vuestro bien. No dudo de sus buenas intenciones, pero me gustaría que tuvierais en cuenta que son unos ignorantes, unos inconscientes.

Cuando nace un niño, cae en manos de una sociedad inconsciente, y esa sociedad inconsciente empieza a moldear al niño ajustándose a sus ideales, olvidándose de algo fundamental: que el niño posee su propio potencial, que no tiene que convertirse en un Jesucristo, ni en un Krishna ni en un Buda, sino en sí

mismo. Si no llega a ser él mismo se sentirá hundido toda su vida. Su vida será un auténtico infierno, y él no sabrá qué ha ido mal. Lo han encaminado mal desde el principio.

Las personas que lo han encaminado mal son quienes él piensa que lo quieren, quienes él considera sus benefactores. En realidad son sus peores enemigos. Padres, profesores, sacerdotes y líderes son los peores enemigos de todo individuo que nace en este mundo. Sin darse cuenta, te alejan de ti mismo. Y para alejarte de ti mismo tienen que inculcarte un condicionamiento: que eres indigno, que no vales para nada, que no sirves para nada tal y como eres. Por supuesto, puedes ganarte el respeto y la dignidad si te ajustas a las normas y las reglas dictadas por los demás. Si consigues ser un hipócrita, serás un ciudadano respetado por la sociedad, pero si te empeñas en ser sincero, honrado, auténtico, en ser tú mismo, todo el mundo te censurará, y hace falta mucho valor para soportar que todo el mundo te censure. Hay que ser muy templado para proclamar: «No voy a ser sino yo mismo, bueno o malo, aceptable o inaceptable, con reconocimiento o sin reconocimiento. Hay algo que tengo muy claro: que solo puedo ser yo mismo, no otro».

Para eso hace falta enfocar la vida de una forma totalmente revolucionaria. Es la rebelión fundamental de todo individuo para salir del círculo vicioso del sufrimiento.

Me preguntas: «¿Por qué me da miedo aceptarme como soy?». Porque nadie te ha aceptado como eres. Han despertado en ti el miedo y el temor de que si te aceptas a ti mismo serás rechazado por los demás.

Es una condición impuesta por toda sociedad y toda cultura que han existido hasta el momento: o te aceptas a ti mismo y todos te rechazan, o te rechazas a ti mismo y obtienes el respeto y la admiración de tu sociedad y tu cultura. La elección resulta muy difícil.

Evidentemente, la mayoría elige la respetabilidad, pero la respetabilidad va acompañada de toda clase de angustias y ansiedades, de una vida sin sentido,

como un desierto donde nada crece, donde nada verdea, donde no nace ni una sola flor, donde, por mucho que andes, jamás encontrarás un oasis.

Esto me recuerda a Lev Tolstói... Tenía un sueño que se repetía y que los psicoanalistas de diversas escuelas han intentado interpretar durante un siglo. Es un sueño extraño, aunque a mí no me lo parece. Desde mi punto de vista, no hay que recurrir al psicoanálisis, sino al sentido común. Tuvo el mismo sueño todas las noches, durante años. Era una pesadilla, y Tolstói se despertaba en mitad de la noche, sudando, aunque el sueño no presentara ningún peligro. Pero hay que comprender el sinsentido del sueño... el problema que se convertía en pesadilla. Es un sueño que representa la vida de casi todos. Ninguna escuela de psicoanálisis ha sido capaz de averiguar qué clase de sueño es... porque no existe ningún paralelismo, ningún precedente.

Era el mismo sueño todas las noches: un inmenso desierto, un desierto hasta donde alcanzaba la vista... y un par de botas, que Tolstói reconocía porque eran suyas, que no paraban de andar. Pero él no las llevaba... las botas andaban por la arena, haciendo ruido. Y no paraban de andar, porque era un desierto infinito. Jamás llegaban a ninguna parte. Veía las huellas de las botas durante kilómetros, y veía las botas que seguían avanzando.

Lo normal es no considerarlo una pesadilla, pero si te paras a pensar... Todos los días, todas las noches el mismo sueño absurdo, sin llegar a ninguna parte, como si no hubiera ningún destino... y sin nadie que camine con esas botas, que están vacías.

Lo consultó con los psicoanalistas rusos más famosos de la época. Ninguno logró entender su significado, porque en ningún libro aparece una descripción de este sueño ni remotamente parecida. Es único.

Pero para mí no es cuestión de psicoanálisis. Es un simple sueño, que representa la vida de todo ser humano. Vas por un desierto porque no te diriges hacia la meta que es intrínseca a tu ser. No vas a llegar a ninguna parte. Cuanto más te alejes, más te alejarás de ti mismo. Y cuanto más busques un sentido... lo

único que encontrarás es un vacío absoluto. Ese es el significado. No está la persona; solo las botas andarinas.

No estás en lo que haces, no estás en lo que eres, no estás en lo que finges. Es pura hipocresía, pura falsedad.

Pero todo eso se ha creado siguiendo un método muy sencillo: decirle a todo el mundo que no eres digno de existir tal y como eres. Tal y como eres, eres una casualidad, una desgracia. Tal y como eres, deberías sentir vergüenza de ti mismo porque no hay nada en ti digno de respeto.

Como es natural, el niño empieza a hacer cosas supuestamente respetables, y cada día se hace más falso, más hipócrita, cada día se aleja más de su auténtica realidad, de su verdadero ser... y entonces surge el miedo.

Siempre que nace el deseo de conocerte a ti mismo, lo sigue un gran temor, el miedo a que si te descubres a ti mismo, te perderás el respeto, incluso a tus propios ojos.

La sociedad pesa demasiado sobre los individuos. Hace todos los esfuerzos posibles para condicionarte hasta el extremo de que llegues a pensar que tú eres el condicionamiento mismo, y entonces pasas a formar parte de la sociedad, contrariando tu propio ser. Te haces cristiano, te haces hindú o musulmán, y te olvidas por completo de que cuando naciste eras simplemente un ser humano, sin religión, sin tendencias políticas, sin nación, sin raza. Naciste como una pura posibilidad de crecimiento.

Desde mi punto de vista, el *sannyas* está para devolverte a tu ser, con cualquier consecuencia, a costa de cualquier riesgo. Tienes que volver a ti mismo. Quizá no encuentres a un Jesucristo, ni falta que hace. Con uno basta y sobra. Quizá no encuentres a un Buda Gautama; estupendo, porque demasiados Budas Gautama nos aburrirían la existencia.

La existencia no quiere repetir a las personas. Es tan creativa que siempre aporta algo nuevo a cada individuo, un nuevo potencial, una nueva posibilidad, una nueva cima, una nueva dimensión.

El *sannyas* supone una sublevación contra todas las sociedades, todas las

culturas y todas las civilizaciones, por la sencilla razón de que todas estas van en contra del individuo.

Yo defiendo al individuo a ultranza. Sacrificaría todas las sociedades, todas las religiones y todas las civilizaciones, la historia entera de la humanidad, por un solo individuo. El individuo es el fenómeno más valioso, porque el individuo forma parte de la existencia.

Hay que dejarse de miedos. Te los han impuesto, no son algo natural. Fíjate en un niño pequeño: se acepta a sí mismo perfectamente, sin censura, sin deseos de ser otro, pero, al crecer, se aparta de sí mismo. Tendrás que reunir valor para volver a tu ser. La sociedad entera intentará impedírtelo; te condenará. Pero más vale ser condenado por el mundo entero que sufrir, ser falso y llevar la vida de otra persona.

Puedes llevar una vida dichosa. Y no hay dos caminos; solo uno: ser tú mismo, seas lo que seas. A partir de ahí, de la aceptación y el respeto profundos por ti mismo, empezarás a crecer. De ti brotarán flores, no budistas, ni cristianas, ni hindúes, sino tuyas, tu propia contribución a la existencia.

Pero hace falta un enorme valor para internarse solo por un sendero y dejar atrás la autopista de la masa. En medio de la masa te sientes a gusto, cómodo; cuando vas solo, es natural que tengas miedo. La mente no para de intentar convencerte de que la humanidad entera no puede equivocarse, mientras que tú vas solo. Es mejor formar parte de la masa porque así no eres responsable de que las cosas vayan mal: todo el mundo es responsable. Pero en cuanto te separas de la masa, aceptas tu propia responsabilidad: si algo va mal, el responsable eres tú.

Pero debes recordar algo fundamental: la responsabilidad es una cara de la moneda, y la otra es la libertad. Puedes tener las dos cosas o abandonar ambas. Si no quieres la responsabilidad, tampoco tendrás libertad, y sin libertad no hay crecimiento.

De modo que tienes que aceptar tu propia responsabilidad y vivir en absoluta libertad para crecer, seas lo que seas. Quizá llegues a ser una rosa, o te quedes en

caléndula o en simple flor silvestre, pero hay algo seguro: que llegues a lo que llegues, serás inmensamente feliz, absolutamente dichoso.

Quizá en lugar de ser respetado todo el mundo te condene, pero en lo más profundo de tu ser sentirás el gozo extático que solo puede sentir un individuo libre. Y solo un individuo libre puede crecer en los estratos superiores de la consciencia y puede alcanzar cimas como las del Himalaya.

La sociedad ha retrasado el desarrollo de todo el mundo, ha convertido a todos en verdaderos imbéciles. Necesita imbéciles; no quiere personas inteligentes. Teme a la inteligencia porque la inteligencia siempre se rebela contra la esclavitud, contra la superstición, contra toda clase de explotación, contra toda clase de estupidez, de discriminación por razones de raza, nación, clase o color.

La inteligencia está en continua rebelión. Solo los idiotas obedecen.

Incluso Dios quería que Adán fuera un imbécil, porque le interesaba que Adán y Eva fueran unos idiotas que lo adorasen.

Desde mi punto de vista, el diablo es el primer revolucionario del mundo, y también es el diablo el personaje más importante de la historia. La civilización y el progreso le deben mucho al diablo, no a Dios. Lo que quería Dios era un Adán imbécil y una Eva imbécil, nada más; si hubieran obedecido a Dios, todavía estaríamos comiendo hierba en el Jardín del Edén.

El ser humano avanzó porque se rebeló contra Dios. Dios era la clase dominante. Dios representa a la clase dominante, la autoridad, el poder. No se puede convertir a nadie inteligente en esclavo; preferiría morir a ser esclavo. Nadie puede explotarlo ni arrancarlo de su centro.

... Yo solo creo en la religión de la sublevación. Salvo eso, no existe la religiosidad; salvo eso, no existe posibilidad alguna de que tu consciencia alcance el máximo potencial que está latente en tu interior.

Paddy acababa de apuntarse al club de paracaidismo del pueblo y fue a hacer el

primer salto. Todo iba estupendamente hasta que a Paddy le llegó el turno de saltar.

—¡Quieto ahí! —gritó el monitor—. ¡No te has puesto el paracaídas!

—Venga, es igual —replicó Paddy—. Si solo estamos de prácticas, ¿no?

La sociedad necesita a estos imbéciles, totalmente obedientes, dóciles, dispuestos a que los exploten, dispuestos a que los reduzcan prácticamente al estado animal.

No tengas miedo de aceptarte a ti mismo. Ahí es donde se oculta tu verdadero tesoro, donde está tu hogar. No hagas caso a los supuestos sabios, a esos envenenadores que han matado a millones de personas, que han destruido sus vidas, que las han despojado de todo sentido y significación...

No importa quién seas. Lo que importa es que deberías seguir siendo lo que eres, porque ahí comienza el crecimiento.

A continuación voy a citar varios *sutras*, para que meditéis sobre ellos. Quizá os infundan algo de valor, cierta inteligencia.

Todo el mundo es un ignorante, solo que sobre diferentes temas...

De modo que no os preocupéis por ser ignorantes. Todo el mundo lo es.

Todos los hombres nacen libres, pero algunos se casan.

Manténte alerta... ¡y la libertad es tuya!

La ilusión es el primero de los placeres.

Recuerda que la vida del crecimiento va más allá de la vida mundana de los placeres. El placer no es nada demasiado importante; es como rascarse: da cierto gusto, pero solo un momento. Si sigues rascándote, te harás sangre, y el placer se

tornará dolor. Y lo sabéis muy bien: habéis transformado todos vuestros placeres en dolor.

La persona inteligente busca algo que nunca pueda tornarse en dolor, angustia, ansiedad y sufrimiento. Lo que yo denomino dicha no es el placer, porque la dicha no puede convertirse en su opuesto. No existe ese opuesto.

La búsqueda que habría que iniciar sería la de lo eterno, y todo el mundo tiene la capacidad de experimentar lo eterno; pero los placeres de lo físico y lo biológico y los placeres de la comida absorben a la gente y consumen el poco tiempo que tienen para crecer en este mundo.

Os voy a contar una cosa. Un hombre fue a ver a un psiquiatra y le dijo:

—Mire, estoy muy preocupado. Mi mujer se pasa el día comiendo, sentada en el sofá frente al televisor, y sin dejar de comer, cualquier cosa, aunque sea helado, y cuando no está comiendo está mascando chicle. Con tal de no dejar de mover la boca, lo que sea... Está espantosa, es como un saco de patatas. ¿Qué puedo hacer?

El psiquiatra respondió:

—Vamos a intentar una cosa. Seguro que funciona, porque ya lo han hecho muchos pacientes míos.

Le dio una fotografía de una chica desnuda, guapísima.

—¡Pero por Dios! ¿Cómo me va ayudar esta foto? —exclamó aquel hombre.

—Mire, tiene que comprender la estrategia. Pegue la foto dentro de la nevera, con una buena cola, para que su mujer no la pueda quitar. Así, cada vez que abra el frigorífico, se verá a sí misma y a esa chica tan guapa... A lo mejor empieza a adelgazar. Necesita a alguien con quien compararse.

El psiquiatra estuvo esperando tres o cuatro meses, y al final fue a casa del hombre que había ido a verlo para averiguar qué había pasado. No podía dar crédito a sus ojos: el hombre estaba sentado en el sofá, viendo la televisión y mascando chicle; estaba gordísimo. Preguntó:

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo es que se ha puesto así?

El hombre respondió:

—¡Es por esa maldita foto! Empecé a abrir el frigorífico por la foto, para verla. Pero cuando abres el frigorífico, pues claro, quieres comer algo. Hay tantas cosas, tan ricas... Así que cada vez que lo abro me pongo a comer. Su truco ha funcionado, pero le ha salido el tiro por la culata.

Las personas actúan de una forma tan estúpida en la vida... Una persona que no para de comer, aunque se lo prohíben los médicos y todo el mundo le dice que es peligroso... ¿Qué placer puede obtener de eso? Es solo una pequeña parte de la lengua la que experimenta el sabor; una vez que la comida ha traspasado esa pequeña parte, no se siente ni gusto ni placer. Es una auténtica estupidez. Pero los seres humanos van en pos de toda clase de placeres, sin darse cuenta de que están perdiendo un tiempo muy valioso. Esos son los momentos en los que alguien se convierte en un Buda Gautama, los momentos en los que alguien se convierte en un Sócrates. Los mismos momentos, la misma energía, el mismo potencial... pero tú lo desperdicias en busca de cosas absurdas.

La caballerosidad es la tentativa de un hombre por defender a una mujer de todos los hombres excepto de él.

Incluso cuando estás en el buen camino te atropellarán si te quedas sentado.

No hacer nada es lo más difícil del mundo.

Todo el mundo hace algo. Solo unas cuantas personas conocen el arte de no hacer nada de vez en cuando. Cuando no haces nada eres simplemente tu ser.

Hacer y ser son dos formas de vivir la vida, dos modos de vida. La vida del

hacer es mundana; la vida del ser es sublime, es divina. No quiero decir con esto que no haya que hacer nada, sino que el hacer debería ser algo secundario en la vida y el ser lo primario. El hacer debe ser únicamente para las necesidades de la vida y el ser tu verdadero lujo, tu verdadera alegría, tu verdadero éxtasis.

Para ser completamente feliz hay que ser completamente idiota.

Recuérdalo siempre que veas a alguien feliz. Los idiotas son muy felices, porque no saben para qué están aquí. No saben que tienen que cumplir una tarea. Son casi como niños retrasados que siguen jugando con muñecos. Los muñecos pueden cambiar de forma: el muñeco de alguien puede ser el dinero, el de otro las mujeres, o los hombres, pero hagas lo que hagas (te sientes feliz porque vas acumulando dinero, porque tienes nueva novia, porque te han ascendido en el trabajo), eres completamente feliz. A menos que seas estúpido, es imposible.

Una persona inteligente comprenderá que esas pequeñas cosas impiden llegar al más allá. Te mantienen entretenido aquí, donde no está tu hogar, en una vida que acabará en una tumba.

La persona inteligente empieza a preguntarse (y esta es su pregunta, su búsqueda fundamental): «¿Hay algo más allá de la tumba o no? Si no hay nada más allá de la tumba, esta vida es un sueño, un sinsentido. A menos que haya algo más allá, la vida no puede ser importante ni significativa».

Pero la persona estúpida se siente inmensamente feliz con cualquier juguete que le dé la sociedad. No seas estúpido.

Errar es humano; reconocerlo es divino.

Es muy humano cometer errores. Reconocerlo, sin sentimiento de culpa (al reconocer tus errores simplemente estás reconociendo tu humanidad), produce una transformación en tu ser, y empieza a abrirse a ti una parte de lo divino, una parte del más allá.

Toda nube está bordeada de plata, e incluso la ropa vieja tiene su lado brillante.

Si no fuera por el optimista, el pesimista no sabría lo feliz que no es.

Las personas se comparan continuamente con los demás, y se sienten felices o infelices debido a esas comparaciones.

Un día fui a ver a un famoso santo hindú. Este dijo a las personas que estaban con nosotros que se fijaran en lo que se transmitía entre él y yo.

—El secreto de la felicidad consiste en fijarse en quienes son infelices. Fijaos en los tullidos y os sentiréis felices de no ser tullidos. Fijaos en los ciegos y os sentiréis felices de no ser ciegos. Fijaos en los pobres y os sentiréis felices de no ser pobres.

Para callarle la boca a aquel imbécil, dije:

—No comprendes una cosa muy sencilla, que en cuanto una persona empieza a compararse con otras, no se compara solo con las que son más desgraciadas. También se comparará con las que son más ricas, o más guapas, o más fuertes, o más respetables que ella, y se sentirá fatal. Tú no revelas el secreto de la felicidad; lo que revelas es el secreto del más absoluto sufrimiento.

Sin embargo, eso es lo que se ha predicado en el transcurso de milenios, con distintas palabras, pero el secreto es en esencia el mismo, en todas las religiones: date por satisfecho, porque hay personas muy desgraciadas, da gracias a Dios por no ser una de ellas.

Pero no es una cuestión unilateral. En cuanto aprendes a compararte, no te limitas a compararte con quienes son inferiores a ti; inevitablemente te compararás con quienes son superiores a ti, y te torturarás.

La comparación no es lo más adecuado. Tú eres tú, y no hay nadie con quien se te pueda comparar. Eres incomparable, como lo son las demás personas.

No compares, nunca. La comparación es una de las causas de tu encadenamiento a lo mundano, porque la comparación crea competición, crea ambición. Y no llega sola; va muy acompañada. En cuanto empieces a competir, no podrás ponerle fin; la competición acabará contigo antes que tú con ella. Cuando te haces ambicioso eliges el camino más absurdo para seguir con tu vida.

A Henry Ford le preguntaron en una ocasión... y me parece uno de los hombres más sensatos del siglo XX, porque sus declaraciones tenían mucho sentido. Fue el primero que dijo que «la historia es una bobada», algo totalmente cierto. Le preguntaron:

—¿Qué ha aprendido en su vida llena de éxitos?

Fue uno de los hombres de mayor éxito que se pueda imaginar; pasó de la pobreza a ser el hombre más rico del mundo, y conviene recordar lo que dijo. Contestó:

—En mi vida de éxitos solo he aprendido una cosa: he aprendido a subir escaleras. Y cuando llego al último peldaño de la escalera me siento imbécil, y me avergüenzo de mí mismo, porque ya no hay a donde ir.

»No puedo decir a quienes vienen detrás de mí luchando por llegar al final de la misma escalera que me siento estúpido. ¿Para qué he estado luchando? Nadie me haría caso si dijera: “Paraos donde estáis. No perdáis el tiempo... porque no hay nada. Cuando lleguéis arriba, os quedaréis atascados. No podréis bajar porque os parecerá que es caer. No podréis subir porque no hay a donde subir”».

Los presidentes y los primeros ministros de los países se sienten atascados. Saben que solo puede ocurrirles una cosa: caer. No hay nada hacia lo que ascender; no hay a donde ir, salvo caer de donde están, y por eso se aferran a sus poltronas.

Pero ese modo de vida no es el adecuado. Primero subes las escaleras, peleándote con los demás; por último te quedas atascado y te aferras al último peldaño para que nadie pueda echarte de allí. ¿Qué es esto? ¿Un manicomio?

El ser humano ha convertido este planeta en un manicomio. Si quieres estar cuerdo, en primer lugar tienes que ser tú mismo, sin sentimiento de culpa, sin condenar. Acéptate con humildad y sencillez.

Es un regalo que te hace la existencia; agradécelo y empieza a buscar lo que te puede ayudar a desarrollarte como eres, no a ser una fotocopia de otro, sino a seguir siendo como eres.

No existe mayor éxtasis que el de ser tu naturaleza original.

Acerca del autor



Resulta difícil clasificar las enseñanzas de Osho, que abarcan desde la búsqueda individual hasta los asuntos sociales y políticos más urgentes de la sociedad actual. Sus libros no han sido escritos, sino transcritos a partir de las charlas improvisadas que ha dado en público en el transcurso de treinta y cinco años. El londinense *The Sunday Times* ha descrito a Osho como uno de los «mil creadores del siglo XX», y el escritor estadounidense Tom Robbins, como «el hombre más peligroso desde Jesucristo».

Acerca de su trabajo, Osho ha dicho que está ayudando a crear las condiciones para el nacimiento de un nuevo tipo de ser humano. A menudo ha caracterizado a este ser humano como Zorba el Buda: capaz de disfrutar de los placeres terrenales, como Zorba el griego, y de la silenciosa serenidad de Gautama Buda. En todos los aspectos de la obra de Osho, como un hilo conductor, aparece una visión que conjuga la intemporal sabiduría oriental y el potencial, la tecnología y la ciencia occidentales.

Osho también es conocido por su revolucionaria contribución a la ciencia de la transformación interna, con un enfoque de la meditación que reconoce el ritmo acelerado de la vida contemporánea. Sus singulares «meditaciones activas» están destinadas a liberar el estrés acumulado en el cuerpo y la mente, y facilitar así el estado de la meditación, relajado y libre de pensamientos.

OSHO
International Meditation Resort



El resort de Meditación fue creado por Osho con el fin de que las personas puedan tener una experiencia directa y personal con una nueva forma de vivir, con una actitud más atenta, relajada y divertida. Situado a unos ciento sesenta kilómetros al sudeste de Bombay, en Puna, India, el centro ofrece diversos programas a los miles de personas que acuden a él todos los años procedentes de más de cien países.

Desarrollada en principio como lugar de retiro para los marajás y la adinerada colonia británica, Puna es en la actualidad una ciudad moderna y próspera que alberga numerosas universidades e industrias de alta tecnología. El Resort de Meditación se extiende sobre una superficie de más de dieciséis hectáreas, en una zona poblada de árboles conocida como Koregaon Park. Ofrece alojamiento de lujo para un número limitado de huéspedes, y en las cercanías existen numerosos hoteles y apartamentos privados para estancias de varios días y de hasta varios meses.

Todos los programas del centro se basan en la visión de Osho de un ser humano cualitativamente nuevo, capaz de participar con creatividad en la vida cotidiana y de relajarse con el silencio y la meditación. La mayoría de los programas se desarrollan en instalaciones modernas, con aire acondicionado, y entre ellos se cuentan sesiones individuales, cursos y talleres, que abarcan desde las artes creativas hasta los tratamientos holísticos, pasando por la transformación y terapia personales, las ciencias esotéricas, el enfoque zen de los deportes y otras actividades recreativas, problemas de relación y transiciones vitales importantes para hombres y mujeres. Durante todo el año se ofrecen

sesiones individuales y talleres de grupo, junto con un programa diario de meditaciones.

Los cafés y restaurantes al aire libre del Resort de Meditación sirven cocina tradicional india y platos internacionales, todos ellos confeccionados con vegetales orgánicos cultivados en la granja de la comuna. El complejo tiene su propio suministro de agua filtrada.

PARA MÁS INFORMACIÓN

Para obtener más información sobre cómo visitar el Osho International Meditation Resort, o conocer más sobre Osho y su obra, se puede consultar *www.osho.com*, amplio sitio web en varias lenguas que incluye un recorrido por el Meditation Resort y un calendario de los cursos que ofrece, un catálogo completo de libros publicados, una biblioteca *on-line* con las grabaciones originales de audio y un archivo completo de los textos, y una lista de los centros de información sobre Osho de todo el mundo. También puede dirigirse a Osho International, Nueva York, *oshointernational@oshointernational.com*

* Así se denomina la puerta de entrada del OSHO International Meditation Resort donde Osho impartió sus charlas. *(N. del E.)*

1. Juego de palabras entre Truman, que se pronuncia como *true man* (hombre veraz, fiel) y *untrue man* que significa todo lo contrario. *(N. de la T.)*

Título original: *Satyam, Shivam, Sundaram*

Edición en formato digital: abril de 2011

© 1987, Osho International Foundation / Publicado por acuerdo con Osho International Foundation, Bahnhofstr. 52, 8001 Zúrich, Suiza
© 2005, Random House Mondadori, S. A.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2005, Flora Casas Vaca, por la traducción

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9989-132-3

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.com